

MARTA MARTÍN GIRÓN

POR LA AUTORA DE DAMA BLANCA

TODO LO QUE DEBISTE CALLAR



THRILLER

MARTA
MARTÍN GIRÓN

POR LA AUTORA
DE DAMA BLANCA

TODO LO QUE DEBISTE CALLAR

Título: Todo lo que debiste callar © Marta Martín Girón

Nº de registro: PS2404292672958

Primera edición: mayo 2024

Nota de la autora

Querido lector, si bien es cierto que algunos nombres, pasajes, fechas y enclaves están inspirados en hechos históricos reales, el relato que vas a leer a continuación es mera ficción. Dicho lo cual, solo me queda agradecerte que hayas elegido *Todo lo que debiste callar* para tu lectura y que la disfrutes.

Índice

Prólogo

No debí ir. Tendría que haber cerrado el piso a cal y canto y contratado a una empresa de limpieza para que se deshiciera de todo lo que había dentro, de todas sus pertenencias, incluidas fotos, recuerdos, ropa… Todo. Ni siquiera tendría que haberme molestado en fregar el vaso y los tres platos sucios que había en el fregadero ni en tirar la comida que quedaba en la nevera ni en bajar la basura.

Si hubiera sabido lo que iba a encontrar… No me habría molestado en ir conduciendo hasta allí con el dolor de la episiotomía aún supurando y mi bebé recién nacida. Cada escalón que subí hasta llegar a su piso fue como clavarme una aguja entre las piernas. Debí irme a casa con Aroa, tumbarnos en la cama, dormir, descansar y disfrutar de esa nueva etapa de la vida juntas. Pero fui porque consiguió engañarme, porque quise creer que estaba protegiéndome. Que nos quería y le preocupaba nuestro bienestar: el de Aroa y el mío.

De haber sabido en lo que iba a desencadenar todo aquello… Siempre me tomó por una tonta a la que poder manejar a su antojo.

Al parecer no andaba muy desencaminada.

¡Maldita loca! ¿Acaso no pudo callarse?

No. Eso no era propio de ella.

Pero ¿por qué no me lo contó antes?

La culpa fue mía, por no deshacerme de sus malditos cuadernos en cuanto leí las primeras páginas. Mejor dicho, por no quemarlos en cuanto los tuve en la mano. En cuanto los vi.

Tenía que haberlo imaginado nada más entrar en su casa y oler ese tufo que lo impregnaba todo. No a cerrado o podrido, sino a muerte. Debí tomarlo como una señal para salir corriendo de allí.

Pero no lo hice. No salí corriendo. No llamé a la empresa de limpieza para que se deshicieran de todo. No pude quemar los cuadernos. No pude superar la curiosidad de leer su contenido.

Y una vez que los leí, ya no hubo vuelta atrás.

PARTE UNO

1. Animal estéril

Enero 1990

Amaia Vera

Llevaba más de diez minutos sentada a los pies de la cama. Las lágrimas se le habían secado, igual que las ganas de seguir intentándolo. No quería recordar el número de veces que se había hecho una prueba de embarazo ni en cuántas ocasiones su cuerpo le había negado el don natural de la maternidad. Pero se acordaba. Su problema no estaba en la memoria, sino en el útero y los ovarios.

Una pequeña raya de color rosa; otra ilusión muerta. Así se sentía Amaia, como una ridícula línea rosa a punto de ser tirada a la basura junto con el resto de los desechos.

Miró el reloj y dio por sentado que Luis aún tardaría un par de horas. Cada día llegaba más tarde. Le traía sin cuidado lo sola y necesitada que se sintiera. Lo único que le importaba era el trabajo. No. Su dinero. Tal vez por eso su propio cuerpo no quería concederles un hijo. ¿Para qué? ¿Para que su bebé tuviera un padre ausente y se criase con una madre amargada? No. Si concebía un hijo dejaría de sentirse así. Él sería la razón de su existencia. Sonrió al imaginarlo entre sus brazos. Lo anhelaba tanto…

¿Quién iba a decirle a ella que iba a ser como un animal estéril e inservible? Volvió a mirar la raya rosa entre sus dedos temblorosos. Nadie. Nadie podría haberlo imaginado. Ahora sabía que lo había hecho todo mal. Luis le animó a quedarse en casa para cumplir su deseo de ser madre y ella fue fácil de convencer. Tendría que haberse encargado de la empresa y coger la baja cuando la maternidad fuera una certeza, cuando tuviera una tripa enorme y los tobillos como botas.

Si pudiera echar marcha atrás… ¿Qué habría hecho si hubiera sabido lo que iba a pasar, volvería a casarse con Luis? ¿Y si era él quien tenía el problema? No. El médico les aseguró que era ella. Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si el problema estaba en él, en que su esperma no era bueno? No. Podría equivocarse uno, pero no los otros cuatro especialistas que habían visitado.

No obstante, empezaba a dudar sobre los deseos de Luis por ser padre. Actuaba como si el asunto no fuera con él. ¿Acaso había cambiado de opinión? Se querían, se llevaban bien, tenían dinero… Al menos, eso le estuvo asegurando durante meses, que la quería. Sin

embargo, llevaba tantas semanas, meses, notándole distante… ¿Tal vez empezaba a preferir no hablar del tema? Era posible que por eso hubiera estado llegando tarde del trabajo, porque allí había encontrado un sitio donde evadir la mente. Sí. Debía dejar de pensar cosas raras. Y sí, ella también debía buscarse algo en lo que ahogar el tiempo y la frustración. Sería lo más sano.

Amaia sonrió con pena mientras recordaba el día en que conoció a su marido, hacía ya seis años. Era una noche fría y llovía sin clemencia. Amaia aparcó lo más cerca que pudo del bar donde la esperaban sus amigas. Llegaba tarde. Echó a correr. Estaba a pocos metros cuando dio un resbalón y a punto estuvo de caerse al suelo.

—Cuidado —le dijo un chico a la vez que la sujetaba de un brazo. Puso el paraguas sobre ambos.

—Gracias.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Me he torcido el tobillo.

—¿Te duele? ¿Quieres que te acompañe al médico?

—¿Qué? No. No me malinterpretes, pero… No. Gracias.

—¿Puedes andar?

La acera estaba encharcada; sus zapatos y el bajo de los pantalones, empapados. Amaia probó a dar un paso, pero según apoyó el pie sintió una fuerte punzada que le hizo doblarse. El chico volvió a sostenerla.

—Creo que así no podrás llegar muy lejos.

—Voy ahí mismo. A ese bar. He quedado con mis amigas.

—Bueno, pues… Hasta ahí sí puedes dejarme que te acompañe, ¿no?

Amaia vaciló.

—Si insistes…

—Pásame el brazo por el cuello y yo te sujeto por la cintura, ¿te parece? Tendrás que llevar tú el paraguas.

—¿Y por qué no lo llevas tú?

—Podría, pero si te vuelves a resbalar, con las dos manos disponibles tendré más posibilidades de que no te caigas de bruces contra el suelo mojado. No creo que te gustase.

—Ya veo los charcos.

—Pues eso.

Amaia le dedicó una mueca de desconfianza, pero le pasó el

brazo por el cuello.

A cada paso, el paraguas zarandeaba sobre sus cabezas descubriendo sus cuerpos a la lluvia. Apenas apoyaba la punta del pie dolorido. Avanzaban despacio, como un herido de guerra. Sin embargo, ella se sentía más como la protagonista de una novela romántica. Ella, la dama en apuros; él, el galante caballero que antepone las necesidades de una desconocida a las suyas propias. Desde niña fantaseó con la idea de que conocería al amor de su vida de una forma inusual, que lo reconocería al instante; algo así como un amor a primera vista. Sin embargo, aquello estaba lejos de serlo. Era una situación atípica. Rara, incluso. No se sintió embriagada por él. Ni por el perfume ni por la sonrisa ni por la mirada ni por su rostro… Simplemente era un desconocido agradable y educado, tal vez, un tipo al que le gustaba hacer bromas pesadas. Nada más. Alto, moreno, con los ojos castaños y el pelo perfectamente peinado, bien vestido y con una dentadura envidiable. Un desconocido bien parecido, nada más.

—¿Y cómo vas a volver luego a casa? Por mucho vino que bebas, si ahora te duele tanto no creo que dentro de un rato se te haya pasado.

—¿Y tú qué sabes si voy a beber vino?

—Es un decir, mujer. No te estoy llamando borracha ni nada.

—Qué gracioso —susurró Amaia con sarcasmo.

—¿Qué?

—Nada. Que te agradezco la ayuda.

—No hay de qué.

—Si quieres entrar…

—¿Me estás invitando? —preguntó él con una sonrisa.

—Qué menos que invitarte a una copa para agradecerte tu ayuda.

—No es necesario, pero no me gusta rechazar a una chica guapa.

—¿Me estás echando un piropo?

—¿Tanto se ha notado?

Amaia escondió la cara para que el desconocido no la viera ruborizarse.

—Por cierto, me llamo Luis.

—Yo, Amaia.

Amaia sonrió al recordar el momento en que conoció a su marido, y la cara de sorpresa de sus amigas, primero, cuando los vieron entrar agarrados y con ella cojeando; después, cuando Amaia le invitó a que

las acompañara a tomar un vino y, más tarde, cuando le insinuó que podía quedarse con ellas a cenar y él aceptó.

Sintió añoranza al desempolvar esa primera cena juntos.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —se ofreció Luis cuando ya se marchaban. Al ponerse de pie Amaia se había quedado pálida.

—Ah, qué bien, ¿la acompañas tú? Estupendo —dijo una de sus amigas.

—Mañana te contamos qué tal ha ido —dijo la otra amiga.

Atónita por la reacción de sus amigas, Amaia aceptó el ofrecimiento de Luis.

Luis aparcó frente a la puerta de la casa de los padres de Amaia y se quedaron charlando durante más de una hora. Al despedirse, intercambiaron el número de teléfono y, al día siguiente, fiel a su promesa, Luis la telefoneó para saber qué tal se encontraba. Seis días más tarde, cuando la inflamación y el dolor habían desaparecido, quedaron para comer.

Llevaban un par de meses saliendo cuando los padres de Amaia quisieron conocer a Luis. Parecía un chico educado. Medía las palabras, no se excedía en los chistes ni se mostraba como un pelele sin personalidad. Pero detrás de esa fachada encomiable, Nicolás recelaba de las intenciones que pudiera tener para con su hija. Tal vez, por el ferviente interés que Luis mostraba en su patrimonio y en la empresa familiar que con tanto esfuerzo había levantado.

—¿Qué te ha parecido Luis? —le preguntó Amaia a su padre durante el desayuno.

—Parece un chico educado. Mientras se porte bien contigo y tú seas feliz me caerá bien.

Amaia cerró los ojos y pensó en sus padres. Ese mismo año de 1984, por el mes de octubre recibió una llamada en mitad de la madrugada.

—¿Amaia Vera Beltrán?

Sabía que el que un desconocido llamase a esas horas y preguntase por ti con nombre y apellidos solo podía significar una cosa.

—¿Qué ha pasado? —respondió Amaia temiéndose lo peor.

Entonces escuchó esas palabras funestas y demoledoras que nadie quiere escuchar en su vida: —Siento decirle que sus padres han sufrido un accidente de tráfico. Han fallecido.

Amaia miraba la prueba de embarazo mientras meditaba lo que

supuso la muerte de sus padres. Y es que, a lo largo de la vida hay momentos de inflexión. Algunos los decides tú creyendo que ese camino va a ser el que te lleve a lo que quieres, que te aporte esa felicidad que todo ser humano anhela. Mientras sea así, disfrutas de la vida como quien disfruta de una buena mano en las cartas. Puede que no obtengas el resultado que esperabas ni se produzca en el plazo planeado, pero estás conforme porque a fin de cuentas tú lo has elegido; has reflexionado en el cuándo, en el cómo y en el por qué, y has dado el paso. Sin embargo, hay otros puntos de inflexión que son ajenos a tu voluntad. La vida impone el qué, el cómo y el cuándo, ocultándote el por qué, pues da por hecho que no lo entenderás. Y lo hace sin desvelarte cuál va a ser su siguiente exigencia. A veces el juego se convierte en una prueba de supervivencia. Necesitas salir victorioso cuanto antes, porque tu salud física y mental depende de ello. Necesitas que el azar se olvide de ti en lo que te resta de vida.

—Si no hubierais muerto… —se lamentó. Y las lágrimas brotaron al fin.

Amaia era consciente de que aquella madrugada dio inicio su particular juego de supervivencia. Durante semanas tan solo deseaba dormir y olvidar. Aunque no podía. Su padre había confiado en ella para que algún día gobernase la empresa, y ese día había llegado.

Ocupó el despacho de su padre y se encerró en él.

—No quiero que me pases ninguna llamada. Que se encarguen los responsables de cada departamento —le dijo a Emma, la recepcionista.

—¿Y si es algo importante?

—No voy a contestar ni aunque llame el mismísimo Papa, así que entre Sofía y tú encargaos de que cada uno se ocupe de hacer su trabajo.

«Mientras se porte bien contigo y te haga feliz me caerá bien», recordó que le dijo su padre.

Luis empezó a llevarla al trabajo por las mañanas y a recogerla por las tardes. A menudo, incluso, comía con ella.

—Llevo semanas dándole vueltas a la cabeza y creo que podrías trabajar aquí, en la empresa —le dijo un día Amaia. Luis la miró enmudecido—. No tienes los mismos estudios que yo, pero no todo se aprende en la Universidad y tú pareces tener una mente despierta. Vamos, que pareces inteligente.

—Vaya, muchas gracias, cielo —le dijo él con guasa.

—Lo digo en serio. Creo que te gustaría. Yo misma he formado a un par de comerciales, aunque no sería el caso, claro. Tendrías que

empezar desde abajo, pero si te empleas a fondo, en seis o siete meses podrás ir conociendo otros departamentos. Y luego pasarías a tener las funciones que tenía yo antes de… —A Amaia se le hizo un nudo en la garganta; la muerte de sus padres seguía muy reciente.

—Tranquila —Luis la abrazó—. Y no hace falta que me lo vendas más. —La separó y la miró con cariño—. La respuesta es sí. Cuidaré de la empresa como si fuera mía.

Luis estaba convencido de que pronto dominaría el trabajo. Con un poco de suerte, acabaría siendo igual de importante que Amaia, y haría y desharía a su antojo, cobraría una fortuna y tendría el horario que a él le diera la gana.

Y no se equivocó.

Corría el mes de marzo de 1985 cuando una mañana Luis recibió la llamada de un cliente.

—Creo que ha habido un pequeño error en la página ocho —le dijo su cliente don Coronado en tono amable.

Un par de semanas atrás cerraron un importante acuerdo: una larga reunión que terminó de forma alegre en un restaurante caro. Al llegar a la oficina, Luis le entregó la documentación a Sofía, la secretaria de Amaia, para que le hiciera llegar un borrador del contrato.

—Un segundo, que lo compruebo. —Luis cogió su copia del borrador.

—La garantía que me ofreciste cubría las primeras quinientas mil pesetas del desgaste del material —continuó Coronado con cordialidad —, y la puesta a punto y revisión cada seis meses de la maquinaria durante dos años. ¿Correcto? Según el borrador, el importe acordado fueron doscientas mil pesetas y el periodo de revisión y puesta a punto, de un año.

Luis sintió que le bullía la sangre.

—Por supuesto que sí, don Coronado. Es evidente que la secretaria se ha equivocado. Le di claras instrucciones de nuestro acuerdo.

—Tranquilo, Luis. Todos nos equivocamos. A veces, tener que atender una simple llamada de teléfono hace que perdamos el hilo de lo que estábamos haciendo. Nos ha pasado a todos, ¿verdad? No te preocupes. Cámbialo y, si quieres, lo firmamos a mediodía, comiendo. Esta vez invito yo. Viendo lo que le ofrecéis a otros, creo que estoy en deuda contigo —zanjó soltando una risotada.

En cuanto colgó, Luis se dirigió al despacho de Amaia. Entró y

cerró la puerta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al verle el rostro encendido.

—La inútil de Sofía me ha hecho quedar como una auténtica mierda con mi mejor cliente.

—¡¿Qué?! ¿Qué ha pasado?

—Voy a despedirla ahora mismo —dijo a la vez que ponía con violencia las manos en el escritorio de Amaia, arrugando todos los papeles—. Espero que me apoyes.

—Pero tendrás que contarme qué es lo que ha pasado, ¿no?

—Acaso no te vale con lo que ya te he dicho. Me ha hecho quedar como un estúpido. Pensaba que estarías de mi parte, que lo entenderías…

—Pero…

—No podemos tener en plantilla a una incompetente. Se pasa el día distraída: que si su hijo tiene fiebre, que si la niña se ha portado bien en el cole… Si tanto le preocupan sus hijos, que se quede en casa con ellos.

—Tiene dos niños. Carlos y Enrique. Además, ¿qué estás diciendo? —le reprendió Amaia—. Siempre ha sido una excelente secretaria. Que tenga familia no la convierte en una incompetente, como tú dices. Además, desde el primer día se ha portado de forma excepcional con mi familia. Es como una más.

—¿En serio? No es la primera vez que me la lía. Me tiene manía. ¿No lo notas? ¿No te has fijado en cómo me mira? No aguanta que le dé órdenes, que le pida cosas. Se cree que por llevar aquí más años puede mirarme por encima del hombro, y está muy equivocada.

—No te mira mal, Luis. Creo que lo estás malinterpretando. Estás…

—No, Amaia. Está claro que no me quiere aquí. ¿Tú sabes el rapapolvo que acabo de comerme por su culpa? Por suerte, me he disculpado insistentemente y le convencido al cliente para que vayamos a comer. Le he tenido que contar una milonga sobre la secretaria, decirle que era nueva y que la pobre está aprendiendo. Ah, y por si no te habías dado cuenta, los que hacemos que la empresa gane dinero somos los comerciales. De nada sirve si nosotros nos rompemos los cuernos ahí fuera haciendo ofertas si luego hay dos o tres inútiles en la oficina que no saben hacer su trabajo.

—*No* hables así de *mis* empleados.

—No, Amaia. *Nuestros* empleados. Quiero lo mejor para esta empresa porque sé que es lo más sagrado para ti, porque es lo que te

queda de tus padres. Sé cuánto luchó tu padre para levantarla y no estoy dispuesto a que tres inútiles la lleven a la ruina. Hay que tomar medidas drásticas y tomarlas ya, antes de que sea demasiado tarde. Dar ejemplo. Así que, por favor, no te pongas en medio cuando despida a Sofía.

Amaia agachó la cabeza.

—Haz lo que creas conveniente. Confío en ti —le dijo.

Luis le pidió al gestor el finiquito de Sofía y cuando lo tuvo la llamó al despacho.

—Recoge tus cosas; estás despedida.

Mientras Luis despedía a Sofía, Amaia se encerró en el baño para que sus empleados no la vieran llorar.

Amaia recordaba aquello, no solo porque Luis despidiera a una buena empleada, sino porque esa misma noche le pidió que se casara con él.

Pronto se cumplirían cinco años de aquello.

Amaia se miró el anillo de casada de su mano izquierda y luego miró el de pedida que llevaba en su anular derecho. Observó el brillante rodeado de oro blanco y se preguntó qué habría pasado si le hubiera dicho que no; o si no le hubiera pedido que entrase en la empresa de su padre; o si en vez de dejar que un desconocido la acompañase hasta el bar hubiera seguido su camino ella sola.

Se enjugó las lágrimas, cogió la prueba de embarazo y observó una vez más la solitaria raya rosa antes de tirarlo a la basura. Tenía que asumir que aún no había llegado el momento de formar una familia.

2. El día del despido

Marzo de 1985

Sofía Rubio

«Recoge tus cosas, estás despedida».

La voz de Luis resonaba en la cabeza de Sofía como si estuviera escuchándole en ese preciso instante; una y otra vez. Su tono no había sido de broma; se dio cuenta nada más entrar en el despacho y verle los ojos inyectados en sangre. Sofía se quedó sin palabras, desorientada. Se sintió empalidecer. Amaia agachó la mirada y se marchó del despacho. Era evidente que no estaba de acuerdo con la decisión de su marido, ese mequetrefe con ínfulas de amo y señor de todo lo que tocaba.

—¿He hecho algo mal? —preguntó con un nudo en la garganta.

—¿Acaso no lo sabes ya? Mejor, vete sin humillarte aún más. Ten la decencia de, por lo menos, no montar un escándalo —le dijo Luis—. Aquí tienes el finiquito. Fírmalo y vete.

Y eso hizo. Sofía dejó su firma y una lágrima marcada en los papeles del despido, recogió sus cosas y se fue.

Llegó a casa abrazando los recuerdos de diez años de trabajo empaquetados en una caja de cartón y con el rostro enrojecido de haber estado llorando.

Su marido Manuel estaba sentado en el sofá cuando la oyó entrar.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que llegas tan pronto?

Al verle la cara temió la respuesta.

—Me han despedido —dijo Sofía con la barbilla temblándole.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ha sido ese mal bicho.

—¿El novio de tu jefa?

—Sí —dijo echándose de nuevo a llorar.

—Pero ¿tanto poder tiene ese en la empresa?

—Pues al parecer, sí.

—Tranquila, cariño. Saldremos de esta.

—¡¿Cómo?! ¡Llevas dos años sin encontrar trabajo! ¡El mío era el

único sueldo que entraba en casa!

—Pero seguro que encontraré algo pronto; ya toca. Además, a ti te habrán dado algo de finiquito, ¿no? Y tendrás paro.

—¡Sí, pero tenemos muchísimas deudas! —empezaron a discutir casi a gritos—. Si no hubiéramos comprado el coche… Te dije que no teníamos que cambiar de coche. No sin que tú tuvieras trabajo.

—Bueno. Lo siento. ¿Y ahora qué quieres que le haga?

—¿Ahora? Ahora ya no se puede hacer nada. ¡Sí! Venderlo.

—¡No podemos estar sin coche!

—Pues yo creo que sí.

—Aunque lo vendiéramos, tendríamos que pagar el préstamo. Nos quedaríamos sin coche y con un préstamo aún por pagar. Te recuerdo que no valen lo mismo una vez que salen del concesionario.

—Pues tendremos que irnos a un piso más pequeño… —sollozó Sofía.

—Bueno. Tranquila. Buscaremos una solución. Confía —le dijo Manuel en un tono más sosegado. Se acercó a ella y la abrazó.

Eran palabras en las que él trataba de creer desde hacía más de dos años. La poca estabilidad anímica que le quedaba se acababa de derrumbar como un castillo de naipes. Su depresión ahora corría a sus anchas, sin ataduras que la contuvieran. Ambos pensaron en sus dos hijos pequeños, de apenas cuatro y cinco años. Se sentían avergonzados por haberles arrastrado a una situación tan caótica, llena de préstamos e incertidumbre. Sin un presente estable. Con un futuro aciago.

3. Ni un día más

Miércoles, 23 de mayo de 1990

Amaia Vera

Los minutos pasaban sin tener noticias de Luis. La sopa bullía dentro de la cacerola igual que los pensamientos en su cabeza. Miró la hora: pasaban las nueve de la noche.

—Cada día viene más tarde. No me parece normal. En cuanto tenga la cena, empiezo sin él. No pienso espe…

El sonido de la puerta la dejó con la palabra en la boca. Sintió rabia.

—¡Ya estoy en casa! —vociferó Luis desde la entrada.

Amaia siguió dándole forma a la segunda tortilla, sin contestar.

—*Ummm*… Qué bien huele.

Luis se le acercó por la espalda y la abrazó por la cintura apoyándole el mentón sobre el hombro. Amaia percibió una fragancia distinta a la de la comida. El corazón se le aceleró al tiempo que Luis le daba un beso en la mejilla.

—Llegas muy tarde, ¿no?

—Ya sabes cómo es a veces el trabajo. Tenía un montón de temas atrasados y he perdido la noción del tiempo.

—¿Cómo puede ser que tengas trabajo atrasado? Te pasas allí el día entero. Entras a las ocho y vuelves pasadas las nueve de la noche. Me parece que al cabo del día tienes tiempo de sobra para hacer lo que tengas que hacer, ¿no?

—*Uy, uy, uy*… ¿Has tenido un mal día, cielo? —le preguntó Luis, tratando de distender el ambiente. En verdad, para no oír sus reproches.

Amaia se limitó a servir la sopa.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —le preguntó Luis mientras se sentaba a la mesa.

—Nada. No me encuentro bien, solo es eso.

Los cubiertos chocaban contra los platos provocando un arrítmico tintineo. Esa noche no hubo una gran conversación, menos aún una confesión de lo que habían hecho realmente durante el día. La rayita rosa no se le iba de la cabeza, pero no le diría nada, como tampoco

hizo las últimas tres veces.

Después de la cena se fueron al dormitorio, se metieron en la cama y vieron un rato la tele.

Luis dormía cuando Amaia se levantó sin hacer ruido. Se dirigió al cuarto de la colada y buscó la camisa que había llevado Luis durante el día. Ahí estaba, debajo de un par de jerséis, escondida adrede. La abrió por el cuello. No le hizo falta aproximársela demasiado para apreciar el perfume que unos minutos atrás le había alterado el ritmo cardiaco. Se quedó paralizada mientras sus manos estrangulaban la tela.

Fue a la cocina, se bebió un vaso de agua y regresó a la cama.

Apenas durmió un par de horas.

La noche había sido larga, pero al fin empezaba a entrar claridad por las persianas. Luis se vestía para ir a la oficina mientras Amaia miraba las sombras que las luces de la calle dibujaban en el techo. Le pareció oír la puerta del mueble donde guardaban las tazas del desayuno. Después, el cajón de los tenedores. Poco más tarde, un leve olor a café recién hecho. Sintió náuseas. Una lágrima le resbaló por la sien hasta mojar la almohada. Se sentía vacía y traicionada.

Cuando oyó pasos aproximándose al dormitorio se hizo la dormida.

—Me voy a la oficina, cielo —le susurró Luis a la vez que se inclinaba para darle un beso en la frente.

—Hasta luego —dijo Amaia con un quejido exánime y perezoso.

En cuanto entendió que se había marchado, abandonó la cama y corrió al antiguo despacho de su padre, la única habitación en toda la casa que había conseguido mantener tal y como la tenían sus padres antes de morir, el único sitio del que Luis no se había apoderado con sus elaboradas argumentaciones: «hay que pasar página, cariño», «tus padres hubieran querido que siguieras haciendo tu vida», «a tus padres ya no les sirve nada de todo esto; ellos querrían que lo disfrutáramos, que lo adaptaras a tus gustos y necesidades».

Del primer cajón del escritorio sacó la agenda telefónica de su padre. Algunos teléfonos llevaban escritos en esas páginas amarillentas al menos treinta años, desde antes de que Nicolás decidiera montar su propia empresa.

—¿Cómo se llamaba? —susurró Amaia mientras ocupaba el sillón de su padre y comenzaba a puntear con el dedo cada uno de los contactos.

Una página tras otra. Nombres, direcciones, teléfonos…

—¿Cómo demonios se llamaba aquel hombre?

Saltó a la siguiente letra.

—¿Ezequiel? ¿Uriel? ¿Rafael?... Maldita sea… ¿No tenía nombre de arcángel? Papá lo llamaba… San… San qué. ¡San Miguel! ¡Eso!

Abrió la pestaña que marcaba la letra «M». Leyó varios nombres hasta que llegó al que buscaba: «Miguel Elorga Mora. Detective privado».

Descolgó el auricular y tecleó el número. Dos tonos después una voz ronca contestó.

—¿Sí?

—Buenos días. Me llamo Amaia Vera…

—¿Amaia? —la interrumpió—. Eh… ¿La hija de Nicolás Vera?

—Sí. ¿Cómo…?

—Tengo buena memoria y, aparte de ti, tan solo conozco a otra Amaia. —Amaia titubeó—. Y dime, ¿a qué se debe esta tempranera llamada?

—¿Tempranera? Oh, lo siento. No me he dado cuenta de la hora que es.

—No. Tranquila. Da igual. Ya tenía que levantarme.

—Pues… —Por un instante Amaia se sintió ridícula. «Soy como esas mujeres a los que les engaña su marido porque no son suficiente para ellos», pensó, castigándose—. Creo que mi marido me es infiel.

Se produjo un silencio que a Amaia se le antojó muy largo, en el que oyó en su mente cómo se repetían sus últimas palabras como un eco percutiendo cada vez con más fuerza.

—Entiendo.

—¿Investigas casos de ese tipo?

—Me temo que es lo que más me encargan.

—¿Y te interesaría trabajar para mí?

—Claro.

—Perfecto, ¿cuándo podemos vernos?

4. Una llamada inesperada

Jueves, 24 de mayo de 1990

Miguel Elorga Mora

Nunca pensé que una mujer como Amaia pudiera llegar a requerir de mis servicios. Conocí a su padre en 1983, a raíz de un problema con un trabajador que le estafaba. Aunque al principio Nicolás Vera solo albergaba sospechas, después de mis investigaciones pudimos llegar a la conclusión de que uno de sus comerciales más veteranos dejó de estar satisfecho con el trabajo, el sueldo y el tiempo que le quedaba libre. Varios meses antes de que Nicolás Vera contratara mis servicios, el trabajador en cuestión llegó a la oficina un lunes por la mañana luciendo un collarín, ya que, al parecer, durante el fin de semana se había caído de una escalera mientras arreglaba el canalón de casa. A partir de ese día, cada dos por tres cogía la baja médica alegando un problema de cervicales que le ocasionaba malestar, mareos, insomnio…, y finalmente, depresión. Según el empleado, tenía encima tal disgusto que cada vez comía menos y solo quería estar encerrado en casa, en un cuarto oscuro, durmiendo. Solo salía para ir al médico a que le recetara los calmantes musculares y le renovara la baja. Preocupados por la salud del empleado, un día Nicolás y su esposa Adelina se presentaron en su casa, con una bandeja de pasteles. El susodicho les abrió mostrando un aspecto estupendo: repeinado, afeitado, perfumado y con más tripa que antes de coger la baja. Cuando uno está enfermo la actitud es importante, pero Nicolás y Adelina vieron claro que aquel individuo no estaba pasando por ninguna depresión. Fue entonces cuando contrataron mis servicios y yo me encargué de hacer el resto: destapar la mentira. El tipo había iniciado la vida que siempre quiso llevar: iba cada día a comprar el pan, luego daba un paseo por la manzana con su yorkshire, preparaba la comida o, cuando no, comía directamente en el club de golf y, día sí día no, se iba a hacer unos hoyos. Cuando tenía que ir a la consulta médica fingía sentir dolores, calambres, se ponía el collarín y acudía sin afeitar ni peinarse. Lo único cierto de aquella historia fue que se cayó de la escalera y se dio un golpe en la cabeza y fue al médico para asegurarse de no tener una contusión cerebral. A partir de ahí, creó una mentira que fue creciendo como una bola de nieve hasta que le reventó en los morros.

Fue un caso fácil. En apenas tres semanas recabé toda la información necesaria para que la empresa pudiera alegar un despido procedente. Nicolás podría haberlo llevado a juicio, pero no quiso

empeñar más tiempo y dinero en un personaje así.

Fue durante ese caso cuando conocí a su hija Amaia. Coincidí con ella una sola vez, cuando fui al domicilio de su padre a llevarle la información. Me impactó que, de unos padres tan normalitos, físicamente hablando, hubiera nacido una mujer tan atractiva. Morena, de estatura media, delgada, pero con las curvas bien marcadas… Su piel parecía suave, como la de un bebé. Y desprendía un olor… Era de la clase de mujer que te hace mirarla dos veces: la primera, porque te llama la atención, y la segunda, porque no crees que pueda ser real. Por aquel entonces mi vida rozaba el caos: me encontraba en pleno trámite de separación y me pasaba el día discutiendo con mi ex. Por suerte, me ahorró tener que investigar si me ponía los cuernos o no. Se dio cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro cuando empecé a pasar más horas fuera de casa que con ella; estar en cualquier sitio, haciendo cualquier cosa, era mejor que su compañía. Los dos lo sabíamos, pero fue ella quien tuvo el valor de decirlo.

—Perfecto, ¿cuándo podemos vernos? —me preguntó Amaia.

—¿Te va bien en media hora?

—Sí. ¿Dónde? ¿Puedes venir a mi casa?

—Claro.

—Estupendo. ¿Recuerdas la dirección de mis padres?

—Sí.

—Pues te espero aquí.

Me extrañó que viviera en la casa de sus padres, pero no quise hacer preguntas.

Fui directo a la cocina para servirme un café. Aún quedaba media cafetera del día anterior. Me lo bebí de un trago, sin calentar ni endulzar. Cogí ropa limpia y me di una ducha. Normalmente no solía lavarme los dientes por la mañana, pero ese día fue una excepción: quería causarle la mejor impresión posible a mi futura nueva clienta. La experiencia me decía que la mayoría de los casos en los que uno de los cónyuges tenía sospechas de que el otro le era infiel, este acertaba. Con lo cual, aunque nunca deseaba las desgracias ajenas, era probable que el matrimonio de Amaia tuviera los días contados y, aunque no me gustaba mezclar el trabajo con el placer, ¿quién sabía si algún día tendría alguna posibilidad con ella? De vez en cuando uno tiene que convertirse en un tiburón y saber cuándo hincarle el diente a la carnaza, y yo llevaba demasiado tiempo, desde que me divorcié, convertido en uno de esos pececillos naranjas que solo saben dar vueltas dentro de su pecera redonda de cristal.

Una gota de perfume, la cara bien afeitada, un pantalón chino con una camisa y a correr.

Llamé al portero. La voz de Amaia no tardó en escucharse. La recordaba exactamente así, cálida y firme.

—Soy Miguel Elorga —respondí.

Sonó el cierre centralizado y la puerta cedió. Recorrí el camino de piedra negra hasta la puerta principal. Amaia abrió antes de que llegara.

—Buenos días —saludó con gesto serio. Creo que trató de dedicarme una sonrisa, pero se quedó en una mirada esquiva—. Pasa.

Habían transcurrido cerca de siete años desde la única vez que la vi, pero según pasé por su lado el aroma me despertó el ínfimo recuerdo que tenía de ella.

El pelo en un moño. Pantalón de pinzas y camiseta ceñida. Seguía siendo un bombón. No entendía cómo ningún hombre podía serle infiel a una mujer como esa.

Caminamos en silencio hasta el comedor, el mismo lugar en el que me reuní con su padre.

—Por favor… —dijo señalando el sillón para que me sentara.

Sobre la mesa auxiliar había una bandeja con todo lo necesario para tomar un té recién hecho.

—¿Prefieres té o café?

—Ya me he tomado un café antes de salir de casa, así que el té será perfecto.

—Si prefieres café no me cuesta nada prepararlo.

Vacilé mientras sus ojos del color de mi bebida preferida me demandaban una respuesta sincera.

—No quiero ser una molestia.

—Me paso el día en casa sin hacer prácticamente nada. Puede que lo más excitante que haga hoy sea prepararle un café a un detective privado que está a punto de abrirme los ojos, de modo que, ¿cómo te gusta?

—Solo y sin azúcar.

—Intenso. Muy bien.

—La acompaño a la cocina, si quiere.

Paró en seco y me miró con cara de pocos amigos.

—Nada de voseos. No estás hablando con mis padres. Además,

por teléfono hemos hablado normal, tuteándonos. No vamos a tenernos más respeto por el hecho de hablarnos de usted, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo.

Su tono era directo y firme, no como el que se emplea en una reprimenda, pero sí el que se tiene cuando estás hasta la coronilla de alguien y no quieres pagar el pato con otra persona.

—Gracias. Ven, sí. Acompáñame.

Caminó por delante de mí hasta la cocina. Era de un tamaño considerable; nunca había estado allí. El sol se colaba por un gran ventanal de cinco hojas que ocupaba por completo una de las paredes. Más allá de las cristaleras, un precioso jardín con una mesa redonda abrazada por cuatro sillas.

Estuve a punto de ofrecerle ayuda, pero intuí la respuesta. Me acomodé en un taburete alto y la observé. Sus movimientos calmados y gráciles me hicieron imaginarla como a una geisha occidental, pero mucho más atractiva, para mi gusto, por supuesto.

—¿Te apetece un cruasán a la plancha?

—¿Qué? No, no te molestes —respondí.

—¿Otra vez con esas? No es ninguna molestia. ¿No sueles desayunar?

—Depende del día, pero sí, por lo general sí.

—En ese caso, estaría bien que me acompañaras.

—Si es por acompañarte…, de acuerdo.

Dejó lo que estaba haciendo y se puso a exprimir unas naranjas.

—Y dime, ¿cuántos casos de infidelidad has investigado?

—Si quieres que te diga la verdad, he perdido la cuenta. Pero más de veinte, seguro.

Asintió sin decir nada, con la atención puesta en la media naranja que apretaba en la mano.

—¿Por qué piensas que tu marido te es infiel?

—Lleva tiempo volviendo muy tarde a casa. Alega que debido al trabajo, pero yo sé perfectamente cuáles son sus funciones y, salvo épocas concretas, no es un trabajo que requiera tantas horas extra. Además, ayer llegó apestando a perfume de mujer.

—Pudo haberse reunido con alguien.

—No. Me lo hubiera dicho. Además, últimamente está más simpático que de costumbre. Solo le vi comportarse así cuando

empezamos a salir.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Dejó los dos vasos de zumo recién exprimido sobre la mesa, distraída, y luego se giró para preparar los cruasanes y los cafés.

—Desde… Lo conocí el 9 de marzo del 84. Fue un día *raro*, por eso lo recuerdo.

—¿Y cuánto tiempo lleváis casados?

—Desde mayo del 86.

—O sea, cuatro años casados.

—Sí.

El olor a bollería a la plancha y a café recién hecho me despertó de pronto el apetito.

—¿Mermelada de fresa, ciruela, melocotón…?

—De fresa está bien.

Dejó los platos y las tazas sobre la mesa y se sentó a la isla, enfrente de mí.

—Gracias, tiene una pinta estupenda.

—De nada.

Durante el desayuno terminó de ponerme al día de su relación. También de la repentina pérdida de sus padres en un accidente de tráfico cuando se dirigían a Avilés para asistir a una representación en el Teatro Palacio Valdés; de la incorporación de Luis a la empresa; de cuando le pidió que se fueran a vivir juntos y, más tarde, le pidió matrimonio; de la decisión de Amaia de quedarse en casa para tener hijos antes incluso de estar embarazada…

—Pienso que mi esterilidad es lo que lo ha alejado. Él siempre ha querido tener hijos y resulta que yo…

—Si tu marido es un adúltero no es por tu culpa, y menos por no poder tener…

—¿Tienes hijos? —Me interrumpió.

—No.

—¿Y alguna vez has querido tenerlos?

—No he tenido la fortuna de encontrar a la mujer adecuada, pero sí, supongo que algún día querré tenerlos. —Sus ojos se pusieron brillantes—. Aun así, te aseguro que esa no sería una prioridad. Lo más importante sería estar bien con ella y, si no pudiésemos tenerlos y ambos quisiéramos con tanto ahínco ser padres, buscaríamos otras formas para conseguirlo. Existe la adopción.

—Lo intentamos. Hice todos los trámites pertinentes. Estábamos tan cerca… Pero un día me dijo que no quería seguir adelante, que no lo sentiría como suyo, que no podría criar al hijo de unos desconocidos que tal vez fueran unos delincuentes, unos drogadictos o algo peor. Es fácil decir que se hará una cosa y luego no cumplirla.

—Lo siento.

—No. La culpa es mía. Tenía que haber hecho las cosas de otra manera. Pero aún estoy a tiempo de cambiar algunas. No voy a permitir que ningún hombre se apodere de mi vida, de mi dinero, de mis pertenencias o mi felicidad sin pagar por ello. Quiero que averigües si estoy en lo cierto y desde cuándo ocurre y, a partir de ahí… Bueno, ya pensaré qué hacer. Lo único que tengo claro es que esto no va a quedar así.

No conocía nada más peligroso que una mujer despechada. Aunque Amaia debía estar viviendo un tormento y durante los últimos años se había ido consumiendo al lado de aquel bastardo, sus raíces eran fuertes. Su rostro adquirió una luz distinta. La mujer firme y segura de sí misma que conocí años atrás volvía a alzarse en armas.

Esa fue nuestra primera reunión. Acordamos mis honorarios y quedamos en que le iría poniendo al día en cuanto averiguara cualquier cosa. Anteriormente había tenido casos extraños, pero aquel se convertiría en uno imposible de olvidar.

5. Un pozo sin fondo

Marzo de 1987
Tres años antes

Sofía Rubio

Habían transcurrido dos años desde aquella tarde de marzo de 1985 cuando Luis Carrión llamó a Sofía al despacho de Amaia y le soltó a bocajarro: «Recoge tus cosas, estás despedida». Dos años duros a lo largo de los cuales la situación en casa se fue volviendo cada vez más insostenible. En la cuenta corriente del matrimonio tan solo entraban los ingresos de la prestación por desempleo de Sofía, y no eran suficientes. Y Manuel, su marido, llevaba meses sin encontrar trabajo. Las deudas eran mucho mayores que los ingresos. La hipoteca, el préstamo personal para pagar el coche, los recibos de los muebles financiados a cinco años, la luz, la comunidad, el agua… El dinero del finiquito de Sofía se iba derramando como el agua de un estanque agujereado.

—Quédate tú en casa cuidando de los niños —le dijo Manuel a Sofía—. Yo buscaré trabajo.

—¿Tú? Desde que me despidieron solo has conseguido hacer un par de suplencias de tres meses cada una —le respondió Sofía—. No te quieren. Para ellos eres muy mayor.

—Solo tengo cincuenta y seis años.

—Cincuenta y siete, a decir verdad. Si no te contrataban antes, ahora menos. Llevas mucho tiempo sin reciclar tus conocimientos de programación. Salen programas nuevos cada día. Para ellos te has quedado obsoleto.

—¿Y qué propones? ¿Buscar tú trabajo?

—Sabes que no he parado de buscarlo desde que me despidieron —le respondió Sofía con odio.

—Es que tú lo tienes peor, Sofía. Si les dices la verdad, que tienes dos hijos y un marido desempleado, no te quieren; si les dices que eres divorciada, tampoco. ¿Entonces…?

—Pues les diré que estoy soltera y no tengo hijos. Así ya no encontrarán excusas.

—Puedo hacer chapuzas —dijo Manuel, como si no lo hubiera probado ya.

—Eres malísimo haciendo chapuzas. Gastas más de lo que ganas y

tardas mucho más de lo que deberías.

—Pues me pondré a limpiar, si hace falta —planteó Manuel, como si fuera una posibilidad en la que tampoco hubieran pensado nunca.

—Las empresas no quieren hombres de la limpieza.

—Porque tú lo digas.

—Será de todas las ofertas que has recibido o la cantidad de empresas que te han cogido cuando les has dado tu currículum…

Manuel sintió un abismo en el pecho. No sabía qué hacer. Lo había probado prácticamente todo. Pero ninguna empresa lo quería para ningún puesto. Llevaba tanto tiempo sintiéndose acabado… La esperanza se había desvanecido. Manuel se veía a sí mismo como un puñado de polvo sobre una mano abierta. Un polvo inerte a expensas de una ráfaga de aire, y el aire llevaba demasiado tiempo soplando sin clemencia.

Manuel se acercó a su mujer y le cogió de las manos. Sofía lo observó: los ojos, el contorno violáceo de los párpados, los pómulos hundidos… El rostro de su marido ya no era el de hacía cuatro años, antes de que se le terminara el último contrato que mereció la pena, la última relación laboral que no le hizo sentir un desperdicio humano. Ella tampoco era la misma de hacía dos años, pero el maquillaje le ayudaba a ocultar las huellas de la decadencia.

Con voz firme, Manuel le habló a Sofía:

—Pues tendremos que dejar a los niños con alguien y buscar trabajo los dos, con más insistencia. De lo que sea. Si tengo que ponerme a pedir dinero por la calle, lo haré.

Sofía negó con sutileza con la cabeza a la vez que contenía las ganas de llorar.

—Encontraremos algo —le prometió ella—. Saldremos de esta.

Al día siguiente, Manuel salió de casa a primera hora de la mañana para seguir buscando trabajo. Sofía iría más tarde, después de dejar a los niños en el colegio. Eran cerca de las doce de la mañana cuando Sofía terminó de entregar sus currículums y regresó a casa hasta la hora en que tuviera que ir a buscar a sus hijos al colegio.

—Cariño… ¿Estás en casa? —preguntó a la vez que soltaba las llaves en la bandeja del mueble recibidor.

Le dolían los pies y las piernas de haber estado pateándose las calles en traje y con esos zapatos de tacón tan incómodos. Todo por causar buena impresión y sumar posibilidades a conseguir un trabajo.

Fue a la cocina y cogió un vaso de agua. Aún faltaba media hora para ir al colegio. Descansaría un rato en el sofá mientras echaba un ojo a los anuncios del periódico. Al entrar en el comedor se encontró a su marido colgado de una cuerda de la lámpara y una silla tirada cerca de las piernas inertes de Manuel. El vaso se le escurrió de entre los dedos. El agua formó un charco a sus pies mezclado con el cristal que se había roto en dos únicos pedazos. Sofía se quedó paralizada. Lívida. Boquiabierta. Su corazón siguió latiendo mientras el resto de su cuerpo se ahogaba en preguntas y reproches. Su marido se había quitado la vida sin pensar en ella. Simplemente la había abandonado. Se acababa de marchar para siempre y la había dejado sola al frente de una casa, de dos hijos, de las deudas… La había desamparado a las puertas del infierno sin ni siquiera decirle adiós, sin una carta de despedida.

¿Cómo ella no supo verlo?

¿Cómo él no le pidió ayuda?

Sofía cayó hincando las rodillas en el suelo. Bajó la mirada y vio, ahora entre sus piernas, el trozo de cristal en forma de cuchillo. Lo cogió entre los dedos trémulos.

«Manuel…».

«Mis niños…».

No tenía sentido seguir con vida.

6. Haciendo guardia

Jueves, 24 de mayo de 1990
Ahora

Miguel Elorga Mora

Una de mis máximas era no perder el tiempo. En cuanto salí de la casa de mi nueva clienta, me dirigí al lugar donde el sacrificado e infatigable cónyuge pasaba, supuestamente, las horas del día trabajando y encargándose del correcto funcionamiento de la empresa de su mujer. Aparqué el coche cerca de la puerta principal. El trasiego de gente entrando y saliendo no era grande, tampoco el que circulaba por la calle. Mientras montaba guardia, estudié la lista de empleados que Amaia me había facilitado. Los nombres, los puestos y la antigüedad de cada uno de ellos. Las incorporaciones más recientes eran, la recepcionista, una mujer de treinta y dos años llamada Raquel Fernández, y Carolina del Monte, de veinticinco y que cubría el puesto de Sofía Rubio, la anterior secretaria que despidió Luis. Por el puesto de recepción habían pasado tres chicas desde que Emma Roca dimitió un año después de que el señor Vera y su mujer fallecieron. El puesto de Sofía también lo ocupó un hombre durante varios meses, antes de que Luis le despidiera y contratara a Carolina. Al margen de eso, algo me decía que la aventura de Luis iba a ser el clásico caso del jefe liado con una empleada.

De lunes a jueves hacían turno partido; los viernes, jornada intensiva hasta las tres de la tarde. Aquel día era jueves, por lo tanto, esperé a que dieran las dos del mediodía, momento en que los empleados disponían de un par de horas para descansar, comer o hacer lo que les viniera en gana. A las dos y cinco minutos, todos los trabajadores se habían marchado, a excepción de dos personas: Luis y la secretaria, Carolina. Era lógico pensar, si me basaba en las sospechas de Amaia, que tal vez esos dos estarían haciendo algún trabajillo *extra*.

Treinta minutos más tarde, los vi salir de la oficina. Evidentemente, iban juntos a alguna parte, tal vez a comer. Carolina esperó al lado mientras Luis cerraba con llave. La chica miró alrededor, como si buscara miradas indiscretas. Luis le dijo algo que llamó su atención. Le sonrió con lascivia. Se sentía segura. Él le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el coche. Le apoyó la mano en la parte baja de la espalda y empezaron a caminar. Luis se dirigió al asiento del conductor; ella, al de Amaia. Imaginé posibles

conversaciones entre ambos: algún tema de oficina recién tratado, comentarios picantes sobre el último polvo que habían echado, lo que iban a pedir para comer, alguna tarea de la que encargarse por la tarde…

Arrancaron y un segundo después lo hice yo. Los seguí hasta un restaurante caro, a las afueras. Una vez allí se desató la naturalidad. Se bajaron del coche y caminaron al interior, cogidos de la mano. El camarero los condujo hasta una mesa para dos mientras yo buscaba la mejor panorámica desde la barra. Allí se sentían resguardados del mundo, de los rumores, de mis miradas, de medir sus muestras de cariño. Actuaban como una pareja más, como si sus actos fueran éticos e inocuos, como si no hubiera una esposa en casa sufriendo por la traición de su marido. Pedí unas tapas mientras ellos se comían un buen plato de arroz con bogavante acompañado de una botella de vino blanco. Carolina se levantó de la silla, se acercó a Luis, le dio un beso en los labios y se ausentó al aseo.

«Qué fácil y rápido ha sido confirmar las sospechas de Amaia», pensé mientras Luis observaba el contoneo de su joven amante al alejarse y se le dibujaba una mueca de satisfacción. Les quedaba un buen rato para terminar de comer y yo ya había visto suficiente. Terminé las tapas de calamares y bravas y me largué.

Una de las frases que más escuchaba era «lo sabía» y eso fue exactamente lo que Amaia dijo en cuando le conté lo que había presenciado. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de mis anteriores clientas, ella no soltó ni sola una lágrima. Se quedó callada, pensativa.

—¿Quieres tomar algo? —me ofreció—. Tengo wiski, ron, vodka, cerveza, vino…

—No, gracias. No bebo mientras trabajo.

—Yo tampoco me voy a dar a la bebida porque un hijo de perra me haya puesto los cuernos. Tengo cerveza sin alcohol.

—A eso no te diré que no.

Me sonrió y volví a seguirla, por segunda vez aquel día, hasta la espaciosa e impoluta cocina. A esas horas los rayos se filtraban con determinación a través de las cristaleras, proyectando sobre las zonas resplandecidas las sombras de los marcos de las ventanas.

—Así que el muy desgraciado está liado con Carolina… Debo ir pensando cómo proceder —dijo al tiempo que me entregaba un botellín. Aunque creo que realmente estaba pensando en voz alta—. ¿Quieres un vaso?

—No hace falta —decliné—. A morro sabe mejor.

—Opino lo mismo.

Me acercó su botellín para chocarlo contra el mío y formuló un brindis: —Por aprender a abrir los ojos a tiempo.

Se lo llevó a los labios y dio un trago.

—¿Conoces a Carolina? —le pregunté.

—Claro que la conozco. Luis la contrató después de que despidiera de malas maneras a una empleada que llevaba en la empresa toda la vida, Sofía Rubio. Pobrecilla. No sabes la pena que me dio. A veces pienso en ella, en qué será de su vida, si encontró un buen trabajo o aprovechó el desempleo para cuidar de sus hijos. He pensado alguna vez en telefonearla, pero… ¿qué iba a decirle: «qué tal te va»? Si me dijera que le va mal, no podría devolverle su trabajo. Lo más seguro es que me odie por haberme comportado como una cobarde y no haber sabido pararle los pies a Luis. Es posible, incluso, que pensase que yo tuve algo que ver en la decisión de despedirla. Si se pudiera volver atrás en el tiempo… ¿Verdad?

—Sí. Creo que muchos lo hemos deseado en algún momento de nuestra vida. Por cierto, antes me dijiste que querías saber desde cuándo estaban juntos.

—Sí.

—No sé si voy a ser capaz de llegar a tanto.

—No. Olvídate de eso. Si lo averiguas, bien, pero si no, no importa. Tengo otras prioridades.

—Tú dirás.

—Quiero que lo averigües todo acerca de esa mujer. Dónde nació, si tiene hijos, padres, abuelos vivos…, si conocía a Luis antes de entrar a trabajar en mi empresa, cuándo se levanta y se acuesta, si tiene alergias… Todo.

—¿Crees que le sedujo ella?

—La verdad es que eso me trae sin cuidado.

—¿Puedo preguntar entonces para qué quieres esa información?

—Aún no lo sé, pero tengo claro que la información es poder y eso es algo que quiero recuperar. —Dio un trago y con el dorso de la mano se secó un par de gotas de los labios—. Tengo curiosidad. ¿Cómo procede la gente en estos casos?

—Hay de todo. Hay quienes se vengan, quienes caen sumidos en una larga depresión, quienes se divorcian y no vuelven a verse en la vida... En tu caso, podrías divorciarte mañana mismo si quisieras.

Como no tenéis hijos en común no tendrías por qué volver a verle.

—Ya. Qué cómodo para él, ¿no? Al final va a resultar que no tener hijos ha sido una bendición. Pero no. Tengo que pensar en la forma de hacerle pagar por esto, por convencerme para que me quedara en casa mientras él se crecía y se apoderaba de la empresa de mi padre, igual que ha ido haciendo con todo lo demás. He sido una estúpida durante demasiado tiempo.

—A veces el amor nos ciega.

—Toma. —Me entregó un juego de llaves enganchadas en un llavero con forma de libro—. Son de la oficina. Y esta es la clave de la alarma de seguridad. La información personal de los empleados está bajo llave en uno de los armarios de mi despacho.

—¿Tu despacho lo ocupa ahora él?

—Eso pretendía, pero no. La llave de su despacho es esta. La mía esta otra —dijo a la vez que revolvía las llaves sobre la palma de mi mano. Terminó cogiendo una con una forma especial, con la cabeza triangular y atípicamente gorda y estriada en forma de cono y añadió —: y esta es la llave de la caja fuerte. Revísala también. Está en mi despacho. Si ves algo raro, cualquier documento que esté a su nombre, me lo haces saber de inmediato.

—De acuerdo.

—Por lo demás, con que me vayas poniendo al día al final de cada semana, será suficiente. Bueno, tú eres quien entiende de todo esto, así que lo dejo a tu criterio.

—¿Puedo preguntar qué piensas hacer?

—De momento no voy a hacer nada. Voy a convertirme en espectadora de cómo ese embaucador interpreta el papel de marido fiel y trabajador. Supongo que mientras tanto, organizaré o pensaré en mi vida futura. La secretaria le sacia sexualmente, de modo que no hará intención de ponerme un dedo encima. Y en el caso de que quisiera que nos acostemos, le pondré cualquier excusa. Tranquilo, no va a insistir. Entretanto, hablaré con mi abogado. Quiero saber si siendo madre soltera podría conseguir la custodia legal de un bebé.

—¿Adoptar tú sola? —Quizá mi tono fue demasiado sorpresivo.

—Sí. ¿Lo ves mal? —replicó a la vez que alzaba una ceja.

No supe si buscaba sinceridad o solo oír lo que quería. Opté por la primera opción: —No. Si es tu deseo creo que debes hacerlo. De todas formas, eres muy joven, seguro que encuentras un hombre que te respete y con el que formar una familia.

Se le dibujó una sonrisa de medio lado que tampoco supe

interpretar. Me hubiera encantado saber qué pensaba. Tal vez, que daba igual qué hombre estuviera a su lado, ya que quien tenía un vientre estéril era ella.

Me fui al cabo de unos minutos.

Esa noche me acosté poco después de llegar a casa, sin embargo, no podía dormirme. Amaia no se me iba de la cabeza. Concluí que lo primero que haría sería buscar información en la oficina. A fin de cuentas, tenía las llaves y la clave de la alarma de seguridad; no sería difícil.

7. Dentro de la oficina

Viernes, 25 de mayo de 1990
Al día siguiente

Miguel Elorga Mora

Esperé a la madrugada del viernes al sábado para colarme en la oficina. Dejé el coche aparcado a escasos metros. Recorrí el último tramo a pie. Las inmediaciones estaban más iluminadas de lo que hubiera deseado y mi vestimenta oscura no era suficiente camuflaje. Por suerte, la empresa estaba a las afueras, en una zona bastante tranquila. Con una pistola de perdigones me cargué las bombillas de las dos farolas más próximas a la puerta principal.

Me puse los guantes de trabajar y me dirigí a la entrada.

Abrí, entré y cerré con la mayor premura posible. La exigua claridad procedente del exterior tendría que servirme para ubicarme; al menos, hasta alejarme lo suficiente de las puertas de cristal como para poder usar una linterna.

Desactivé la alarma.

Por Amaia supe que aquellas no eran las oficinas originales. Cuando el negocio prosperó, el señor Vera decidió trasladarlo a una nave acorde al creciente volumen de trabajo y facturación. Llevaban allí alrededor de diez años. Era espacioso y estaba amueblado en tonos claros, con elegancia, algo que no siempre se consigue a golpe de talonario. Nada más entrar, a la izquierda, se encontraba la recepción. La típica mesa alta que parece un muro con el que resguardarse de los desconocidos y las miradas indiscretas, de aquellos que muy posiblemente aguardarían su turno sentados en los sillones situados justo enfrente.

Amaia me había facilitado también un plano de la distribución de la nave. A oscuras, subí hasta la primera planta. Una vez en su despacho y, ahora sí, linterna en mano, pude moverme con libertad. Guardaba la misma línea refinada que el resto de la oficina, pero su escritorio era más oscuro, tal vez de nogal. Nunca he sido muy fino para distinguir entre los tonos y las vetas de las maderas. Aparté el sillón con ruedas y eché un vistazo. No encontré nada que me llamara la atención: una foto de Amaia con Luis, otra de los padres de Amaia, un par de botes con bolígrafos, un teléfono y una bandeja de piel oscura con algunos papeles sin importancia. Dejé todo tal cual estaba y me dirigí a los armarios. Rebusqué en ellos hasta dar con las fichas

personales de los trabajadores. Encontré la de la secretaria: Carolina del Monte Argandoña. Hice fotocopias en la máquina fotocopiadora que había precisamente junto a la mesa de la secretaria, de Carolina.

Abrí la caja fuerte. La escritura de la nave, varios contratos de venta por grandes sumas de dinero, acciones, pagarés, bonos, dos cheques para cobrar de más de dos millones de pesetas cada uno…, y una caja de caudales con dinero en efectivo. Ninguno de los documentos despertó mis sospechas. El nombre de Luis no figuraba en ninguno de ellos, ni en los derechos de cobro ni en los contratos.

Aunque Luis tenía su propio despacho, desde que su mujer decidió quedarse en casa para ser madre, su maridito había estado usando el de ella. Por razones obvias, claro: quería hacerse con la empresa de su mujer. El despacho de Amaia siempre había sido el despacho del jefe, primero lo fue de Nicolás Vera; y ahora, lo era de Amaia. No obstante, por mucho que Luis deseara suplantar a su mujer, él tenía su propio despacho y no iba a marcharme de allí sin inspeccionarlo. Así que, ojeé por la mesa y luego por los armarios. Pronto vi que había papeles recientes en los dos escritorios, lo que me llevó a la conclusión de que ocupaba tanto un despacho como el otro. Había tantos archivadores que para revisarlo todo tendría que haberme pasado allí un mes. Pensé que, si no había nada fuera de lugar dentro de la caja fuerte ni en el cajón con llave del escritorio, tampoco lo habría en ningún otro archivador. Di por revisado el despacho. Me dirigí al puesto de Carolina. Rebusqué en su mesa. Sobre ella: un cactus, cuadernos, bolígrafos, un par de bandejas para apilar papeles… En un cajón: más papeles, chocolatinas y un paquete de chicles. En el otro cajón: un paquete de hojas DIN A4 sin abrir, un archivador estrecho de tapas flexibles (lugar donde guardaba catálogos de distintos proveedores), más cuadernos, un neceser con maquillaje, una caja de tampones…

Salvo los datos personales de Carolina y su dirección, me iba a largar de allí casi con las manos vacías. No obstante, lo más seguro era que en su domicilio encontrase algo más interesante.

Antes de irme, coloqué unos micros en los falsos techos de los dos despachos principales y en la sala de reuniones. Después, con la misma discreción que entré, salí.

Nadie pudo verme.

Todo parecía estar en calma.

De no ser por su indiscutible infidelidad, Luis habría dado el pego de ser un niño bueno.

*

Pasé el fin de semana haciendo guardia dentro del coche, delante del domicilio de Carolina. El sábado por la mañana la vi salir del portal. Vestía un vaquero, un abrigo cerrado hasta el cuello, un bolso estilo bandolera cruzándole el pecho y unas zapatillas deportivas. El pelo, recogido en una coleta alta. Por su atuendo sencillo supuse que no había quedado con Luis.

Guardando las distancias la seguí hasta el supermercado. Aproveché para comprar algunas cosas que me hacían falta; nada que requiriese de refrigeración, por supuesto. Una hogaza de pan de molde; un par de latas de atún y pimiento morrón, por si tenía que improvisar un bocadillo; un bote grande de fabada precocinada, para la cena; varias chocolatinas; una botella de agua y una bolsa de patatas fritas. Basándome en su carrito, concluí que los sábados solía hacer la compra para el resto de la semana y que comía más sano que yo.

Al cabo de aproximadamente tres cuartos de hora, estábamos regresando al punto de origen y, de nuevo, yo volvía a hacer guardia en el coche. El día prometía ser bastante aburrido. Sin embargo, al cabo de un rato Carolina volvió a salir.

Manteniendo una separación prudencial, fui detrás de ella. Mi presencia parecía pasarle inadvertida. Aunque no sé de qué me sorprendía: mientras hacíamos la compra en el súper ocurrió lo mismo: no me dirigió ni una sola mirada, como si fuera un ser transparente o poco llamativo. Toda una ventaja dado mi cometido. En esta ocasión, su estela me condujo hasta una farmacia próxima a su casa. «Bueno, pues compraré una caja de analgésicos», pensé. Había un par de clientes esperando a ser atendidos. Un tercero estaba solventando dudas con la farmacéutica. Me quedé a un par de pasos por detrás de Carolina. De pronto se giró, me miró inexpresiva y se dirigió al estante de las cremas hidratantes. Hice como que no me inmutaba. Continué con la vista al frente, como si lo que de verdad llamara mi atención fuera la explicación de la farmacéutica sobre la dosis y las horas a las que su cliente tenía que tomar el jarabe. Salió una segunda farmacéutica de la trastienda para aligerar la cola que se estaba formando. Al cabo de unos minutos, le tocó el turno a Carolina. Le entregó una crema facial y le pidió una prueba de embarazo. Los ojos se me abrieron como platos.

—Buenos días —dijo la farmacéutica, dirigiéndose a mí.

—Buenos días. Algo para el dolor de cabeza.

Me contestó con una retahíla de posibilidades: que si ácido acetilsalicílico, que si paracetamol, que si antiinflamatorios… Mis oídos la oían como un zumbido molesto que interfería en los intentos

por escuchar la conversación de Carolina con la otra boticaria. Le contesté con un «lo que usted me recomiende, que es quien sabe de estas cosas», y se fue a la trastienda.

«¿Es fiable?», preguntó Carolina. «Sí, más de un 99,9 % de fiabilidad». «¿Y cómo…?» «Es muy fácil. Orinas en un vasito y luego introduces la banda unos segundos. Lo dejas reposar unos minutos y listo. De todas formas, tienes las instrucciones dentro de la caja». Carolina suspiró. «De acuerdo». «¿Algo más?». «No».

—¿Necesita algo más, caballero? —Esa pregunta era para mí.

—No. Gracias.

Pagamos prácticamente al mismo tiempo, pero conseguí que Carolina volviera a ir por delante de mí.

Acababa de comprar una prueba de embarazo. Cuando Amaia se enterase le iba a dar algo.

En cuanto salió de la farmacia emprendió el camino a casa. Tal vez por eso no se había percatado de mi presencia, de que habíamos coincidido en el súper y después en la farmacia. Su cabeza debía estar en otra parte, igual que ahora lo estaba la mía. Contemplaba su fisonomía, la de una chica joven, guapa para muchos y atractiva para otros. Una mujer que no pasaba desapercibida debido a su altura y su esbelta figura, a su pelo cobrizo. Una mujer que podría conquistar a casi cualquiera y que, sin embargo, había comenzado una aventura amorosa con un hombre casado que además era su jefe.

Era lógico imaginar que se haría la prueba nada más llegar a casa. ¿O tal vez Luis estaba al tanto y querían hacérsela juntos? No. Luis no tenía pinta de ser el típico romántico que desea ver las rayitas rosas a la vez que su amada; más bien lo contrario. Eso suponiendo que Luis estuviera al tanto de las sospechas de embarazo de Carolina. ¿Sería algo buscado por la desleal pareja? Los ojos asustados de Carolina decían lo contrario: un posible embarazo no entraba en sus planes. No obstante, si soy sincero, me importaba un pito lo que hicieran, planearan o sintieran, más allá de tener que informar a Amaia. La única que me generaba algún sentimiento de empatía o compasión era Amaia, y no porque fuera a pagarme por mis servicios, sino porque sentía un vínculo extraño e inusual con ella; tal vez por haber trabajado para su padre o porque creía que venía de una familia de buenas personas. Miedo me daba ver cómo reaccionaría cuando le contara todo.

Y mientras Carolina se desvanecía en el interior del portal, yo traté de acomodarme en el asiento del coche.

Deseaba saber el resultado de aquella prueba.

*

Pasaron los minutos sin tener la más remota idea de lo que Carolina estaba haciendo. Permanecer tanto tiempo encerrado en un coche a la espera de algo interesante o de pasar a la acción provoca que los pensamientos entren en bucle. Si la prueba daba positiva, ¿cuál sería la reacción de cada uno de los implicados: Amaia, Carolina y Luis? ¿Sabría Luis algo de todo aquello? ¿Estaba buscando tener un hijo con Carolina ya que Amaia era estéril? Y de ser así, ¿se divorciaría de mi clienta o seguiría llevando una doble vida? Miré hacia las ventanas, deseando saber qué estaría haciendo Carolina. ¿Se habría hecho ya la prueba? ¿Habría telefoneado a Luis para darle el resultado? Me planteé la posibilidad de telefonear a Amaia para contarle lo que estaba sucediendo, pero lo descarté de inmediato. Aún era pronto y no debía desatender la vigilancia en busca de una cabina telefónica. Y, en el caso de que fuera negativa…, ¿era prudente contárselo a Amaia? ¿Para qué, solo para hacerle más daño?

Algo me decía que el resultado de la prueba marcaría el curso de los acontecimientos.

8. Una rama seca

Sábado, 26 de mayo de 1990

Mismo día

Amaia Vera

Arreglaba el rosal del jardín pensando en su vida, en el detective, en su marido y en qué motivos le habían llevado a serle infiel. ¿Cuándo había dejado de ser suficiente? Sospechaba que Luis y Carolina llevaban juntos varios meses. Ese era el tiempo que Luis llevaba comportándose de forma distinta: más amable y detallista.

Amaia examinó el rosal en busca de otra rama seca. Pensó en su útero. Metió las tijeras y dio un corte preciso en una de ellas, una que, por el extremo, había cambiado el tono verde oscuro por un marrón apagado. Deseaba que se pudiera cortar todo con tanta facilidad. No entendía cómo no lo se había dado cuenta antes. Eran muchos meses como para no sospechar. Confiaba en que Miguel lo averiguara. Quería ver la cara de lerdo que ponía Luis al decirle que lo sabía todo. Ya no podría engañarla ni ponerle excusas estúpidas.

«Lo sé todo, cabrón. Lo sé todo».

El sonido del teléfono la sacó de sus cavilaciones.

Aunque intuía que Luis estaba despierto sabía que aún continuaba en la cama. Cuanto más lejos se mantuviera de ella, mejor, menos tiempo fingiendo un amor inexistente. Atravesó la cocina. El sonido resonaba por toda la casa gracias a los dos aparatos que había en el domicilio: el del despacho de su padre y el que descansaba sobre la mesita auxiliar del comedor. En sus oídos se solapó el timbre de ambos.

Apenas recibía llamadas. Sintió que su pulso se aceleraba al pensar en la posibilidad de que fuera Miguel.

—¿Diga?

Al otro lado tan solo se escuchó silencio. El mismo que de pronto también la envolvió dentro de su casa.

—¿Hola? —insistió.

—*Pi, pi, pi, pi, pi, pi…*

Entendió que la llamada no era para ella, sino para Luis. ¿No tenía suficiente con robarle el marido que ahora también tenía el descaro de llamar a casa?

Sintió cómo los músculos se le tensaban. Se quedó paralizada delante de la mesita, mirando el teléfono, con rabia y decepción. Luis le había dado el teléfono de casa. De *su* casa. ¿Por qué?

—¡¿Quién era!? —le preguntó Luis desde el dormitorio.

—¡No lo sé! ¡Han debido equivocarse!

No se había alejado ni dos metros cuando el teléfono volvió a sonar, sobresaltándola.

Retrocedió y descolgó al segundo tono.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Hola?

Más silencio.

De nuevo, el estridente *«pi, pi, pi, pi, pi, pi…»,* como un taladro perforando su tímpano.

Escuchó pasos. Luis se había levantado de la cama.

Amaia colgó y se alejó del teléfono y regresó al jardín, a sus rosales. Si volvía a sonar, dejaría que su marido contestara.

Al oír el *«ring, ring…»* de una tercera llamada se le hizo un nudo en la garganta. Antes de que fuera a dar el segundo tono, Luis ya había contestado. No habían pasado ni dos minutos desde la llamada anterior.

Con las tijeras en la mano, observó la rosa más grande y perfecta del jardín. Escuchó la voz de Luis como un susurro lejano, hablando en voz baja para que no pudiera distinguir lo que decía. No hacía falta que se molestara, Amaia intuía quién había telefoneado. En ese momento, entendió que daba igual la cantidad de veces, el cómo o el por qué. Incluso, daba igual querer saber desde cuándo.

Olió la rosa. Las mejillas se le mojaron.

«El lunes le diré a Miguel que pare de investigar y empezaré a tramitar los papeles del divorcio».

9. Su situación

Enero de 1989
Un año y cuatro meses antes

Sofía Rubio

Habían pasado casi dos años desde que Manuel se suicidó, pero Sofía seguía preguntándose por qué los había abandonado. Pensó que tal vez lo había hecho para que ella cobrara el dinero del seguro de vida. Pero no, Manuel no era tan tonto. Él sabía, ambos sabían, que cuando se trata de suicidios las aseguradoras no te dan ninguna indemnización. De modo que tomó la decisión sin tener en cuenta los sentimientos de nadie. En más de una ocasión Sofía pensó en seguir los pasos de su marido. Pensó en cortarse las venas, tomar veneno, tirarse de un puente…, algo que le arrancara el dolor y la dejara al fin descansar. Por eso lo había hecho Manuel, para descansar. Qué egoísmo por su parte. ¿Acaso ella no tenía el mismo derecho que él?, se preguntaba.

Estaba viuda, sin un trabajo estable, con montones de deudas y con dos hijos a los que alimentar y cuidar ella sola. Había caído en un pozo sin fondo del que no sabía ni tenía fuerzas para salir.

Al acabarse su prestación por desempleo, Sofía solicitó un subsidio adicional de seis meses. Se lo concedieron, pero la cuantía era la mitad que la anterior prestación. Con ese dinero no alcanzaba ni a pagar la mitad de la hipoteca.

A lo largo de esos meses puso el coche a la venta y consiguió venderlo. Con el dinero pagó una buena parte del préstamo personal, pero, tal y como le advirtió su difunto marido, el dinero de la venta del coche no cubrió el montante pendiente.

Hizo suplencias limpiando oficinas, de camarera, de telefonista… Incluso un par de noches hizo de canguro para otra madre del colegio de sus hijos. Pero nada cubría los gastos y deudas pendientes.

Optó por poner el piso a la venta, y varios meses después consiguió venderlo. Pudo liquidar la hipoteca, pero no le sobró dinero. Buscó un alquiler económico.

La moral de Sofía se fue consumiendo igual que se consumía la vela con la que se alumbraba cada noche para no incrementar la factura de la luz. Lloraba. Se sentía como un ratón corriendo en una rueda que no la llevaba a ninguna parte. Deseaba que todo aquello acabara, pero no tenía fuerzas para nada, poco a poco su única

voluntad era tumbarse a dormir.

Durante ese tiempo, sus hijos Carlos de ocho y Enrique de nueve años, trataron de desenvolverse ellos solos, sin la ayuda de una madre, ausente y narcotizada con antidepresivos. Se vestían, se preparaban la comida, iban y venían del colegio…, encontraron consuelo cuidándose el uno al otro.

Una mañana, alguien llamó a su puerta.

—¿Sofía Alcántara? —preguntó un hombre con traje y corbata. Le acompañaba una mujer vestida con un pantalón de vestir y una blusa blanca, más joven que él, pero con la misma expresión inflexible. Parecían los cobradores de algún seguro. Por sus caras debía deberles mucho dinero.

—Sí. Soy yo —respondió Sofía. Los párpados le pesaban. Los antidepresivos le producían mucho sueño y falta de concentración.

—Somos Jorge Pérez y Candela Elizondo, los asistentes sociales que llevamos su caso. ¿Recuerda? Después de nuestra última visita hemos recibido más denuncias en referencia a sus hijos Carlos y Enrique.

—¿Más denuncias? —repitió arrastrando las palabras.

—Sí. ¿Recuerda que ya hemos venido otras veces?

Sofía se quedó mirándolos en silencio, mientras ellos entraban en el desvencijado hogar. ¿Cuándo había sido eso? ¿Cómo era posible que no recordara nada? La pareja de asistentes sociales intercambió una mirada. La mujer cerró la puerta y, mientras ojeaba la vivienda, el hombre siguió hablando con Sofía:

—Hemos venido anteriormente para informarle de unas denuncias que nos pusieron al tanto de la situación de sus hijos Carlos y Enrique.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Quién ha puesto qué denuncias?

—Eso no importa, señora Rubio. Lo importante es que hemos recopilado información, testimonios y fotografías de que sus hijos no se encuentran bien atendidos. Van sucios, están desnutridos… —argumentó el asistente social a la vez que oteaba la apariencia deslucida de la madre. Los huesos se le marcaban y los globos oculares se adentraban en unas cuencas profundas y oscurecidas. Tenía los labios cuarteados y el pelo sucio y reseco recogido en una coleta. Hasta el champú se había convertido en un artículo de lujo para aquella familia.

—Mis hijos están bien. Los cuido lo mejor que puedo —sollozó. Aunque los párpados le pesaban más que las lágrimas.

—En nuestra última visita llevamos a cabo una evaluación de riesgos para determinar la situación real de los menores.

—Evaluación… No. Márchense. No puedo atenderles ahora.

—Señora Rubio. Esto es importante. Estamos aquí por sus hijos y por usted. Queremos que se arregle su situación.

—Estoy recibiendo ayuda psicológica y trabajo todo lo que puedo… ¿Qué voy a hacer si no me dan más trabajos? Lo he intentado todo. Me quedé viuda hace casi dos años y ya no puedo más —se justificó Sofía.

—Estamos seguros de que conseguirá salir de esta mala etapa, señora Rubio —dijo la mujer, que venía de hacer una breve inspección por la cocina—, pero como ya le informamos con anterioridad: su situación económica y de salud deben mejorar y, mientras eso sucede, nosotros debemos tomar medidas en beneficio de Carlos y Enrique.

—¿Y eso qué significa? —reclamó Sofía agotada.

—En nuestra última visita —continuó el hombre—, nos vimos en la obligación de elaborar un plan de intervención para abordar las necesidades de sus hijos y garantizar su seguridad y bienestar, y dado que la situación perdura, ahora deberemos presentar su caso a las autoridades judiciales y solicitar medidas de protección para los niños.

—¿Cómo? Medidas de… ¿Protección de qué, de mí? ¿Quieren quitarme a mis hijos? —concluyó a pesar de los fármacos.

—Solicitaremos la remoción temporal del hogar mientras su situación mejora, señora Rubio. Pero es solo temporal. Entretanto, la ayudaremos en todo lo posible para que le concedan asistencia financiera y usted deberá seguir recibiendo asesoramiento psicológico.

—No pueden hacer eso. No pueden separarnos.

—Será solo temporal, señora Rubio. Piense que es por el bien de sus hijos y de usted misma.

Al cabo de un rato, despidió a la pareja con los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué iba a hacer ahora? Se dirigió al comedor. Alzó la vista al techo buscando una lámpara donde colgarse ella también.

«Yo no puedo hacer eso. No puedo abandonar a mis hijos. Ellos me necesitan y haré lo que sea para recuperarlos».

Su mente aborrascada le mostró la cara y la voz de Luis Carrión.

«Puto desgraciado…».

Fue al cuarto de baño, abrió el mueble donde guardaba los antidepresivos y los tiró por el retrete. Hasta la última pastilla.

«No voy a permitir que me robes lo último que me queda».

Tiró de la cisterna y mientras el agua se tragaba los fármacos se hizo una promesa: su vida volvería a ser como antes.

Lo que no recordó es que en uno de los cajones de su mesilla aún guardaba un bote.

10. La noticia

Lunes, 28 de mayo de 1990
Ahora

Miguel Elorga Mora

Por fin era lunes. Había pasado el fin de semana pensando en Amaia; debía contarle todo lo que había averiguado. Aparte de lo de la prueba de embarazo, ese mismo sábado por la tarde seguí a Carolina hasta un parque. Allí se encontró con Luis. Carolina bajó del coche y se subió en el de él. Estuvieron dando vueltas sin orden ni concierto durante una hora. Me costó poder seguirlos sin que se dieran cuenta y sin perderlos de vista. Finalmente, aparcaron en un polígono industrial. Tuve que parar mi coche a una distancia prudencial del de ellos y me vi forzado a usar los prismáticos para, al menos, poder verles la cara. Estaban en medio de una acalorada pelea. Carolina tenía las mejillas bañadas de lágrimas y Luis gesticulaba de forma exagerada. Era evidente que estaba hablando a gritos, pero por desgracia, no pude oír nada. Todo apuntaba a que el tema era el resultado de la prueba de embarazo, a que había dado positivo. Después de permanecer allí parados cerca de otra hora, Luis arrancó y la acercó hasta su coche.

Eran las ocho de la tarde cuando Carolina regresaba a su piso. Para disimular la cara enrojecida por el llanto se puso las gafas de sol; seguramente por si se cruzaba con algún vecino.

El domingo no se movió de casa en todo el día.

Poco antes de las ocho de la mañana del lunes, como cada comienzo de semana, Carolina se marchó a la oficina. Fue entonces cuando, ataviado como un electricista, aproveché para colarme en su piso. Primero, me entretuve en esconder un par de micros por el domicilio. Uno, en el comedor, dentro de un jarrón que había al lado del teléfono y, el otro, en el dormitorio principal, en la base de la lámpara de la mesilla de noche.

Tenía una casa bastante amplia para vivir sola. Tres dormitorios, dos cuartos de baño, un salón de unos veinticinco metros cuadrados y una cocina grande, de forma rectangular. Encontré la prueba de embarazo sobre la encimera del cuarto de baño de su habitación. Las dos pequeñas rayas en paralelo en mitad de la pantalla confirmaron mis sospechas: estaba embarazada.

Examiné la vivienda habitación por habitación. La decoración era

minimalista, lo que hizo la inspección más ágil. Empecé por el salón. Sobre el mueble del comedor tenía dos fotografías. En una estaba ella con dos personas mayores, supuse que se trataban de sus padres; en la otra, con Luis. En una estantería había varios álbumes de fotos. Los ojeé por encima. Pude confirmar que la pareja del primer marco eran sus padres. Con mi cámara instantánea fotografié la más reciente que encontré de sus progenitores.

Figuritas. Cuatro macetas. Un aparador con la vajilla y la cristalería fina. Una enorme colección de cintas VHS perfectamente clasificadas y enumeradas. Sobre la mesa auxiliar de centro, varias revistas de cotilleos, una de ellas, abierta por un artículo que rezaba: «consejos para ser madre».

Recorrí el comedor con la vista. Había pasado por alto el contestador. Pulsé el botón de «play» y escuché los tres mensajes guardados. El primero era de su madre. Primero le preguntaba qué tal había ido la semana y, luego, le pedía que la llamara cuando tuviera un rato. Era de un par de semanas atrás.

El siguiente mensaje era de Luis. Le decía: «Estoy deseando que llegue mañana para verte. Te quiero, mi muñequita». Era de hacía ocho días.

El último volvía a ser de su madre, del día anterior, domingo: «Hola, hija. ¿Qué tal estás? Seguramente estás en casa y no quieres cogérmelo. Has salido a tu padre: más sensible de lo recomendable. ¿No me lo coges? Pues vale. A ver. Yo siento decírtelo otra vez. Y me duele en el alma verte así, pero las dos sabíamos que no era buena idea que empezaras una relación con un hombre casado. Te lo dije anoche y te lo vuelvo a repetir ahora. Aun así, tú no tienes la culpa. Sabes que no. El que tenía que haberte dicho que no, era él. Ponerte las cosas claras y decirte que estaba felizmente casado. Y si no, que se hubiera divorciado. Pero nada de engatusar a una tontaina enamoradiza y vivir una doble vida como si no hubiera consecuencias, porque las hay. Siempre las hay. Tú eres un claro ejemplo. Así que, ahora debe hacerse cargo del bebé, le guste o no. Eso no es tú problema, es el suyo. De todas formas… (Un chasquido con la lengua). Ay, hija… No me gusta decirte esto porque sé que te vas a disgustar aún más, pero… ¿Tú has pensado seriamente en lo que te ha ofrecido el engendro ese? Por mucho que él no me guste ni un pelo puede que tenga razón, que debas coger su dinero e ir a una clínica a ponerle remedio a este asunto. Eso sí, si terminas haciéndolo, tendrás, por tu propia dignidad, que dejar de verte con él, puede que incluso dejar el trabajo. No puedes convertirte en su fulana para que haga contigo lo que le dé la real gana. Tienes que respetarte. (Un suspiro). En fin, que es tu decisión. Pero piénsatelo. Y mañana tendrás que verlo otra vez

en el trabajo… Desde luego, si me lo estuviera haciendo a mí sé perfectamente lo que haría. No se iba a ir de rositas, eso te lo digo yo. Pues ale, si quieres ya me llamarás cuando se te pase el llanto».

Me quedé mirando el contestador y pensando en el mensaje. Volví a reproducirlo para hacer una copia con mi grabadora de mano. Luego, continué buscando en el resto de las habitaciones. En su dormitorio: ropa, zapatos y poco más. En el resto, nada sustancial.

Esa misma mañana, tras salir del domicilio de Carolina, fui a ver a Amaia.

—No creía que te vería tan pronto. Pasa. —Me guio hasta la cocina—. Supongo que has averiguado algo importante.

—Me temo que sí.

Retiró un taburete y se sentó. Hizo un gesto con la mano para que la acompañara.

—Yo también quería hablar contigo —dijo seria—, pero…, tú dirás.

Tenía los ojos ligeramente hinchados, como si hubiera estado llorando.

—El sábado seguí a Carolina. Por la mañana compró una prueba de embarazo. —Amaia comenzó a perder el color de su acaramelada piel—. Por la tarde se vio con Luis. Estuvieron discutiendo durante horas. El domingo no salió de casa. —Amaia me miraba fijamente, con los labios pegados. Deseaba saber qué estaba pensando, pero ante su mutismo continué informándola—. Esta mañana, después de que Carolina se marchara a la oficina, me he colado en su domicilio. He puesto un par de micros para poder escuchar cualquier conversación.

Amaia bajó la mirada hasta fijarla en la mesa que había entre ella y yo. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

—¿Quieres que siga o…?

—Sí. Continúa.

—He encontrado la prueba de embarazo.

—Está embarazada —afirmó.

—Me temo que sí. Al menos, había dos rayitas en la prueba que he encontrado sobre la encimera del mueble del baño.

—Está embarazada. Llevo más de un año intentándolo y va ella y se queda embarazada, ¿cuándo? ¿meses, semanas más tarde de empezar un lío con mi marido? —resolló con desdén—. Qué irónica es la vida, ¿verdad? —Hizo una pausa en la que ambos nos quedamos en

silencio, pensativos—. Ahora entiendo por qué tanta insistencia.

—¿A qué te refieres?

—El sábado por la mañana telefoneó varias veces aquí, a mi casa. Al principio lo cogí yo. Al no contestar supe que era ella. De modo que dejé que, si insistía, contestara Luis. Y lo hizo, la tiparraca esa volvió a llamar.

—¿Sabes que es bastante típico que la amante telefonee al domicilio del matrimonio y luego cuelgue? Suele insistir hasta que consigue hablar con el infiel.

—Es un descaro. Ellos estuvieron un par de minutos hablando. El estúpido de mi marido susurraba para que no le oyera. —Se tocó las manos, como si pudiera amasar la rabia entre los dedos—. Pensaba que me daba igual. Que ya me había hecho a la idea de que mi matrimonio había acabado. Pensaba ir hoy a ver al abogado para que preparase los papeles del divorcio y pedirte a ti que dejaras de investigarlos. Pero…

Negó con la cabeza y se quedó pensativa. Los ojos se le barnizaron, pero no llegó a derramar ninguna lágrima.

—¿Dices que discutieron? —preguntó con un tono de esperanza.

—Sí. Al parecer Luis le ha ofrecido dinero para que vaya a una clínica a abortar.

—¡¿Qué?!

—Esa es la conclusión a la que he llegado después de escuchar esto. Es de ayer, a mediodía.

Saqué la grabadora y reproduje el mensaje de la madre de Carolina, Bárbara Argandoña. Amaia lo escuchó atenta. Reflexiva.

—Quiere que aborte —susurró con sorpresa—. Entonces…

Guardé silencio, dándole tiempo para pensar.

—Gracias. Estás haciendo un gran trabajo.

—Y yo siento ser el portador de malas noticias.

Hizo una mueca de resignación.

—Antes has dicho… ¿Quieres que deje de investigar?

—No. Sigue.

—De acuerdo. ¿Quieres que me centre en algo en particular?

—Sí. En Carolina. Quiero saberlo todo sobre ella, si desea tener el hijo, si va a seguir con mi marido, la relación que tiene con sus padres… Todo lo que se te ocurra. Lo quiero saber todo sobre ella.

11. Con más cuidado

Junio de 1990

Miguel Elorga Mora

Gracias a los micros que instalé por el domicilio de Carolina pude ser testigo de las mañas que Luis empleaba para conseguir lo que quería. De pronto, daba la sensación de que ya no le incomodaba el embarazo de su amante. Empezó a decirle a Carolina que, si iban a seguir adelante, debería pensar en la posibilidad de dejar el trabajo; al menos, durante esos meses y los que ella quisiera emplear para cuidar al bebé.

—Empezará a crecerte la tripa o engordarás y los compañeros de la oficina te harán preguntas. ¿Acaso quieres que estén todo el día preguntándote? Creo que te volverás loca poniendo excusas. Y, aun así, pensarán lo que les dé la gana. Te juzgarán. Saben que no tienes pareja. Van a pensar que eres una pilingui que se ha liado con cualquiera sin tomar precauciones; los conozco —le dijo Luis en tono preocupado.

Eso fue pocos días después de que me colara en la empresa e instalara micros en varias salas.

Las primeras contestaciones de Carolina fueron: —Que se metan en sus asuntos. Yo quiero seguir viniendo a trabajar. Estar aquí a tu lado. ¿Cuándo vamos a vernos, si no?

Sin embargo, la firmeza de Carolina se fue transformando de forma gradual, pero fugaz, en dudas, y su respuesta ante la insistencia de Luis, pasó a ser: —Sí, puede que tengas razón. Nos veremos cuando salgas de la oficina.

La tenía donde él quería y reforzaba sus argumentos con promesas como: «Es cuestión de tiempo que deje a Amaia. Ya lo sabes, mi cielo».

A las tres semanas de enterarse que estaba embarazada, dimitió. Luis le prometió arreglarle los papeles para cobrar el paro y pasarle una manutención para que no le faltara de nada.

Una vez que la tuvo lo suficientemente lejos, continuó tratando de convencerla de que abortara. Pero aquella decisión estaba fuera de su alcance; Carolina deseaba a ese bebé por encima de todo y se sentía traicionada por no tener el respaldo de Luis. Aunque parecía que deseaba dejarle, era incapaz.

En los días sucesivos, solicité una partida de nacimiento de Carolina. Gracias a los nombres y apellidos de sus padres, pude saber la dirección de estos. Fue entonces cuando averigüé que el padre de Carolina, Abel del Monte Gil, había fallecido hacía pocos meses, en febrero de ese mismo año.

Empecé a hacer guardia ante el domicilio de la madre, Bárbara Argandoña del Valle. Aquella mujer se pasaba el día encerrada en casa y, cuando salía, regresaba a los pocos minutos; de modo que me tocaba hacer breves incursiones en su piso para no ser descubierto. La primera vez que entré me limité a poner un par de micros; de nuevo, uno lo más próximo a donde tenía el teléfono y, otro, en la cocina, dentro del plafón de la luz del techo. Ese día me crucé con Bárbara cuando salía del portal; un minuto más y me hubiera pillado con las manos en la masa.

La siguiente vez que entré en el piso de Bárbara opté por buscar el Libro de Familia. Empecé por el dormitorio. En los cajones de la cómoda, en los de las mesillas y en el armario, pero no hubo suerte. Allí no estaba. En su lugar, lo que sí encontré sobre una de las mesillas fue un cuaderno antiguo, con las tapas de piel en color marrón ennegrecido. Tenía una gran cantidad de hojas escritas, aunque también algunas en blanco al final. La letra era grande e irregular, con muchas faltas de ortografía. Pero no me entretuve en leerlo. Decidí regresar otro día para hacerle fotos porque ya me había entretenido más de la cuenta y empezaba a sentirme inquieto. Al dejarlo donde lo había encontrado sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo.

Tuve que colarme en el piso un par de veces más antes de encontrar el dichoso Libro de Familia. Bárbara lo escondía dentro de una caja de zapatos, debajo de una pila de, al menos, otras veinte cajas. Eso me dio que pensar. En el interior, además, guardaba otro cuaderno con unas tapas de cuero envejecido. A juzgar por la caligrafía, debían haberlo escrito un par de personas, como poco. Lo estuve ojeando durante un rato. Era como un libro de recetas de una bruja de la Edad Media. Hacía referencia a plantas de todo tipo, a ungüentos para aliviar dolores y males «comunes», como la falta de dinero, el mal de amores, el mal de ojo… Entre las páginas encontré recortes de fotografías que daban aún más repelús. Donde debían estar las caras de los fotografiados solo quedaban unos agujeros con el recerco marrón del fuego con las que alguien decidió borrarlas. Por las vestimentas y las formas de los cuerpos supe que algunas eran de un hombre, siempre el mismo, y las demás, de dos mujeres; a veces, solo una de ellas. Estuve tentado de llevarme el cuaderno para estudiarlo con calma, pero no quise arriesgarme a que su dueña fuera a buscarlo y se encontrara con que había desaparecido. Estaba terminando

cuando oí ruido en el descansillo. Lo guardé todo dentro de su correspondiente caja y la devolví a su lugar en el armario. Agudicé el oído. Eran un par de mujeres hablando. Pensé en la forma de salir de allí sin ser descubierto. De nuevo, me había demorado más de lo recomendable. Estaba apilando la última caja dentro del armario cuando oí una llave entrando en la cerradura. Cerré el armario despacio, sin hacer ruido. Me escondí detrás de la puerta del dormitorio, como un niño que pretende darle un susto a su madre.

Escuché la puerta que se cerraba.

Los pasos de alguien dirigiéndose a la cocina.

Una bolsa dejada sobre una encimera o una mesa.

La puerta de un armario dando un pequeño golpe.

El agua del grifo corriendo.

Mi espalda estaba más estirada que cuando nos hacían ponernos firmes en la mili. Pensé que en cualquier momento Bárbara vendría al dormitorio. Pero no. Fue al cuarto de baño, miccionó y regresó a la cocina.

Y de nuevo, los ruidos se convirtieron en un mapa sonoro de sus acciones.

La nevera abriéndose.

Ruido de una bolsa.

La puerta de un armario cerrándose, esta vez, de golpe.

Un cajón.

Una cacerola. La tapa chocando contra la encimera.

El agua del grifo corriendo, llenando la cacerola.

Era el momento de irse.

Asomé la cabeza por el pasillo.

Encendió la televisión. Sintonizó las noticias.

La voz del presentador se hizo más tenue cuando Bárbara entornó la puerta.

El zumbido de la campana extractora.

Eché un último vistazo al dormitorio antes de abandonarlo, para comprobar que con las prisas no me estuviera olvidando nada. Luego recorrí el pasillo lo más rápido y silencioso que pude mientras Bárbara seguía haciendo los típicos ruidos de una persona que está preparando la comida.

Cerré la puerta de su casa dando un ligero tirón. Por suerte, el estruendoso ruido de la campana extractora amortiguó cualquier

pequeño ruido que yo pudiera hacer, y en el descansillo no me topé con nadie.

Lo tomé como una llamada de atención. Si había una próxima vez debía andarme con más cuidado.

12. Desesperación

Junio de 1990

Sofía Rubio

Había pasado un año y medio y Sofía se había mantenido firme en su palabra. Las primeras semanas sin tomar antidepresivos fueron las más duras tanto para ella como para sus hijos, quienes, en silencio, aguantaron el padecimiento de su madre. La entereza de Sofía emanaba de la promesa que se había hecho a sí misma de mantener a su lado a la única familia que le quedaba.

Las ayudas que estaba recibiendo del Gobierno no eran suficientes, pero había conseguido que no se llevaran a Carlos y a Enrique. Las subvenciones cubrían el comedor escolar, por lo que de nueve de la mañana a cuatro y media de la tarde podía trabajar sin miedo a que nadie volviera a denunciarla por desatender a sus hijos.

En las últimas semanas trabajó limpiando casas. Era lo único que había encontrado, pero no era suficiente. Debía conseguir un trabajo mejor. Uno en el que pudiera hacer más horas, con mejor sueldo, con un contrato y sus correspondientes cotizaciones. La desesperación llamaba a su puerta y recurrir al bote de antidepresivos que guardaba en el cajón de la mesilla cada vez era más tentador.

«No puedo volver a caer», se decía. «Encontraré trabajo y la situación se arreglará de una vez por todas».

Una vez más se recorrió todas las empresas para dejar su currículum. Había llamado a los timbres de cada una de ellas, menos a uno, al de Limpiezas Campoamor.

Limpiezas Campoamor se encargaba del mantenimiento y limpieza de las oficinas de la empresa de donde Luis Carrión la despidió. Años atrás ella misma negoció con Eloísa Gutiérrez, la dueña de Limpiezas Campoamor, las condiciones del contrato para la limpieza de las oficinas de los Vera.

—Ya no te quedan más sitios donde dejar el currículum —se dijo Sofía a sí misma—. Además, no tendrás que verle. Las chicas de la limpieza van a primera hora de la mañana, cuando aún no ha llegado nadie a la oficina. Si te contratan, no tendrás que cruzarte con ese hijo de puta.

El rostro de Luis no se le iba de la cabeza. Tenía pesadillas recurrentes con él; también, con el día en que se encontró a su marido colgado de la lámpara del salón. Ese mal bicho había destruido a su

familia basándose en mentiras y manipulaciones.

Después de dejar a los niños en el colegio, Sofía acudió a Limpiezas Campoamor. La recibió la misma mujer de antaño, Eloísa Gutiérrez, solo que ahora estaba entrada en carnes y el pelo lo llevaba más corto y oxigenado.

—Adelante. Pasa. —Sofía entró en el despacho de Eloísa y se sentó. Aunque llamar despacho a esa habitación era ser muy amable. Aquello era un cuarto pequeño, de no más de ocho metros cuadrados. Había el espacio justo para una mesa, dos sillas, una a cada lado, y dos estanterías que rebosaban de archivadores—. ¿Dices que traes un currículum?

—Sí. Aquí lo tienes.

—Estupendo. Justo ahora estoy buscando a alguien para cubrir las vacaciones de verano.

Sofía arrugó el ceño. Los meses pasaban tan rápido que no se había dado cuenta de que ya estaban en Junio; pronto, los niños dejarían de ir al cole. ¿Qué iba a hacer con ellos?

—Déjame que vea… —dijo la dueña de la empresa a la vez que ojeaba el currículum—. Veo que tienes experiencia.

—Sí. Sobre todo, en casas particulares.

—¿Es en lo único que has trabajado, en la limpieza y de camarera?

Sofía había omitido los años como secretaria en la empresa Vera; confiaba en que Eloísa no la reconociera, a pesar de que notaba que la oteaba como si su cara le sonara de algo.

—No. Hace años trabajé…, en una librería —mintió—. Pero luego nació mi hijo mayor y tuve que dejarlo.

Eloísa asintió de forma recreada.

—Era curiosidad. En fin… Si te interesa, estoy buscando a alguien que tenga disponibilidad total, porque empezaría haciendo suplencias.

Disponibilidad total. Sofía tenía que apañarse como fuera, necesitaba ese trabajo.

—Habría días que tendrías que trabajar por la tarde. O incluso de noche. ¿Tienes a alguien con quién dejar a tu hijo ahora que pronto le darán las vacaciones en el colegio?

—Sí. No hay problema —volvió a mentir. Tampoco vio oportuno mencionar a su segundo hijo.

—Perfecto —dijo Eloísa a la vez que garabateaba un visto en la parte superior derecha del currículum.

—¿Hay alguna posibilidad de que me pueda quedar en la empresa después de que acabe el verano y ya no queden suplencias que cubrir? —Sofía deseaba con desesperación un puesto fijo.

—Oh, perdona. Creo que me he explicado mal. Por supuesto. Si trabajas bien y cumples con tus obligaciones, podrás quedarte en la empresa. Es decir, no busco a alguien solo para cubrir suplencias. Busco a alguien que se quede, solo que estos primeros meses…

Sofía sonrió con alivio.

—Estupendo.

Al día siguiente, Sofía empezó en su nuevo trabajo.

13. Demasiado pronto

Finales de junio de 1990

Miguel Elorga Mora

Hacía días que Amaia y yo no nos reuníamos. La telefoneé antes de ir a verla. Esa mañana me recibió con una tímida sonrisa. Debía estar empezando a aceptar la situación que le tocaba vivir.

—¿Qué, siguen fornicando como posesos? —preguntó a la vez que me entregaba una taza de café recién hecho.

—Eh…

—No te preocupes. Me es indiferente.

—Sí. Siguen en su línea de amor-odio.

Se le escapó un sonoro suspiró.

—¿Sabes? Llevo varios días preguntándome si debería perdonarle —dijo de pronto, como si yo fuera un amigo de confianza al que confesarle sus intimidades.

—¿Perdonarle?

—Si le dijera que sé lo de su aventura y decidiera dejarla…

—Pero… —No podía ser cierto lo que estaba oyendo. ¿A qué venía eso?

Hizo un aspaviento, como si no tuviera importancia lo que acababa de decir; yo, me quedé sin palabras.

—En fin. Cuéntame. —Le dio un trago al café y se quedó con la mirada ausente.

—¿Por dónde empiezo? —pregunté retóricamente.

—¿Qué sabes de la familia de Carolina?

—He estado sacando las partidas de nacimiento de su familia.

—Sí, me lo dijiste.

—Pues están todos muertos; a excepción de tres personas: Carolina, su madre y una tía.

—¿Solo?

—Sí. El resto han ido muriendo.

Se le alzaron las cejas, sorprendida.

—Además de eso, he averiguado que Carolina sale de cuentas en octubre.

—¿Qué? ¿En octubre? ¿Tan pronto? Pero si estamos a finales de junio. No puede ser. ¿Tú estás seguro? —preguntó alarmada.

—Sí. Completamente. Eso le dijo Carolina a Luis después de salir del ginecólogo. Por lo que se ve, se hizo la prueba de embarazo porque empezó a sentir náuseas por la mañana. Una compañera del trabajo le dijo que parecía que le había crecido el pecho y fue cuando ató cabos. Llevaba varios días encontrándose mal, siempre según lo que le cuenta a tu marido, y empezó a sospechar que le pasaba algo. No se dio cuenta antes porque siguió teniendo leves sangrados.

—Qué estúpida. ¿En serio no se dio cuenta de que tenía las tetas más grandes? ¿Y Luis, con lo sobón que es, tampoco se dio cuenta? Me parece un cuento chino, la verdad.

—Ya, pero según lo que le dijo Carolina, pensó que simplemente estaba engordando, y como había seguido teniendo el periodo…

—En serio, esa tía aparte de una golfa es estúpida. —Negó con la cabeza—. Octubre… Ya no puede abortar. El bebé es…, es un bebé. Hace días que dejó de ser un embrión.

—Sí.

Esperé unos segundos para que procesara la información. Hasta que siguió preguntando: —¿Le acompañó a la consulta?

—¿Luis? No.

Imaginé lo que debía estar pensando: «Esa tendría que haber sido yo». Quise cambiar de tema, pero creí que debía darle hasta el último detalle.

—Por cierto, va a ser una niña.

Amaia se quedó boquiabierta. Poco a poco fue apartando la mirada de la mía y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Qué injusta es la vida —dijo en un hilo de voz—. ¿Sabes la de veces que he fantaseado con estar embarazada, precisamente de una niña?

—Lo siento.

—Ya. Tú no tienes la culpa.

Y volvieron a pasar varios segundos antes de continuar: —Creo que la madre de Carolina está enferma.

Me miró con el ceño arrugado a la vez que se secaba las mejillas.

—¿Qué tiene?

—Aún no lo saben. Están haciéndole pruebas.

—Pues ya me contarás.

—Lo que sí sé es que no le ha dicho nada a Carolina. Parece que no tiene intención de contárselo.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Tal vez porque su padre se murió hace pocos meses y está embarazada?

—Puede ser. ¿Cuándo murió el padre? —se interesó.

—En febrero de este año.

—Vaya, parece que tiene la negra.

Agachó la cabeza, posiblemente recordando la forma tan inesperada y dolorosa en la que también ella perdió a sus padres.

—¿Has averiguado si Carolina y mi marido se conocían de antes?

—Todo me lleva a pensar que no, que se conocieron cuando la contratasteis.

—La contrató Luis. Despidió al chico que entró después de Sofía y la contrató a ella. De todas formas, eso no cambia gran cosa, tal vez, solo que no hubo premeditación.

Se hizo un largo silencio. Yo bebí un par de tragos de café mientras ella lo mareaba despacio, rozando la porcelana con la cucharilla como si fuera un cuenco tibetano, solo que el sonido de esta llegaba a resultar estridente.

—¿Te puedo preguntar algo? —proferí de pronto. Me miró fijamente, esperando a que desembuchara—. ¿Cómo puedes seguir conviviendo con él? ¿Por qué no le dejas?

Tomó aire y se quedó pensativa unos instantes.

—Llevo días pensándolo. ¿Recuerdas lo que te he comentado antes? Si le perdono… Si la deja… Yo podría también criar a esa niña. Me convertiría de pronto en madre. Madrastra. Esa criaturita no tiene la culpa de nada. Podría ser la solución a mi problema. Los que son religiosos dicen que los caminos del señor sin inescrutables, ¿no? Entonces, ¿quién dice que ese no sea el mejor camino que yo daba seguir? Si le perdono podría sanar toda la pena, el dolor y la angustia que he sufrido durante estos últimos meses. —Parecía haber estado pensado mucho en lo que me acababa de contar—. ¿Sabes? Algo me decía que Carolina no iba a abortar. Y ahora que sé que va a nacer una niña… Estoy pensando en… ¿Tú sabes cuánto podría llegar a amar a esa criatura? No tengo por qué haberla parido para quererla. En fin. No sé. Quiero esperar. No estoy preparada para tomar una decisión de la que luego pueda arrepentirme. No sé si me explico.

—Sí. Te entiendo —dije reflexivo mientras pensaba en lo dispares que pueden llegar a ser las mentes humanas. Muchas personas, en su

misma situación, hubieran odiado a la niña, por muy inocente que fuera. Volcarían en ella el miedo, el dolor, la frustración, incluso la rabia. Pero la mente de Amaia ya había viajado mucho más allá de donde yo alcanzaba a imaginar.

—No pretendo que comprendas o compartas mis pensamientos —prosiguió Amaia—. Sé que tú te habrías divorciado el primer día, pero… En el momento en que me dijiste que Carolina estaba embarazada… Aquello lo cambió todo. Es… No sé, es como si fuera un vientre de alquiler. A ver. Sé que la niña no va a ser nunca verdaderamente mía, y que si un día Luis quisiera divorciase de mí la perdería, pero… Ahora no quiero pensar en eso. Ahora solo puedo pensar en que, de la forma más extraña del mundo, el Universo parece que quiere poner en mis brazos a un bebé, a una preciosa niña. Y el hecho de que Carolina no tenga familia más que a su madre moribunda y a una tía… En fin. Déjalo. Tengo que pensar.

Y lo dejé: no quise contestarle. Le hubiera dicho que no, que no tenía ningún sentido, que no podía quedarse con las migajas de un bocadillo rancio. Pero no dije nada. Al parecer, había planes en su mente que yo no conocía.

14. Sábanas sucias

1984 - Navarra
Seis años antes

Hospital Psiquiátrico San Francisco Javier

Los tonos azules, ocres y verdes daban volumen al horizonte. Teresa lo contemplaba a través de la ventana como cada día, absorta, sin reparar en las sombras verticales de los barrotes que la mantenían a salvo. Los minutos pasaban y ella permanecía sentada en una silla con el cuerpo reclinado hacia esa parcela de libertad que no volvería a sentir suya. Un camisón blanco le cubría el cuerpo y las bragas, amarilleados por las pérdidas de orina durante la noche. Sus pies descalzos pisaban un suelo inclemente. Tenía el cabello lacio, ralo y sin vida, como un puñado de paja seca. La piel se le había vuelto fina y translúcida por la falta de la luz del sol. El paso de los años le había dejado una mirada vacía y con un contorno mortuorio.

El silencio era su mejor compañero.

—Aquí tienes tus pastillas —dijo el celador tras abrir la puerta con estrépito.

La silueta del hombre se reflejó en la ventana. Teresa no se inmutó, pero tampoco habría reaccionado si hubiera entrado cualquier otra persona.

—Vamos. La medicación.

Le aproximó un vaso de agua y cuatro pastillas.

Inmóvil, y sin mirarle a la cara, mantuvo las mandíbulas apretadas. El celador dejó el vaso de agua en el suelo y sujetó las píldoras en un puño. Con esfuerzo, le abrió la boca y se las introdujo. «Trágatelas», le ordenó mientras le aproximaba el agua a los labios. Con dos dedos en forma de pinza le tapó los orificios nasales y esperó a que Teresa se mostrase colaboradora para ingerir el líquido y los fármacos.

No opuso más resistencia. Teresa dio un trago y con ello hizo que las pastillas pasaran a formar parte de su organismo.

—Dentro de un rato vendré para asearte y llevarte a la consulta del doctor Millares. ¿Qué tal fue la última visita? Tengo entendido que os está ayudando mucho. No eres la única que va a verle. —Le habló a Teresa mientras se disponía a hacerle la cama. Ahuecó la almohada dándole unos golpes y la apoyó en el suelo—. Algunos parecen más

animados. ¿Es por el tratamiento? —Apartó la manta y el edredón y quedó al descubierto una mancha en la sábana bajera—. Ay, Teresa, Teresa… ¿Otra vez te has vuelto a mear encima?

Se aproximó a ella.

—A ver. Ponte de pie.

La cogió por los brazos para que abandonara la silla. Teresa seguía mirando por la ventana. El celador le subió el camisón y le pidió que alzara los brazos para quitárselo por la cabeza. Pero ella lo ignoró. Teresa parecía un muñeco sin articulaciones. Le despojó del camisón y lo tiró al suelo, junto a la almohada recién mullida. Luego le bajó las bragas.

—Será mejor que te asee ya.

Sacó un manojo de llaves del bolsillo y abrió un armario de metal. Allí guardaban los objetos personales de Teresa: un rosario, una cadena y una cruz de oro, unos pendientes de tuerca y, dentro de una bolsa, la ropa y el calzado que vestía el día que la ingresaron; además, las indumentarias hospitalarias y la ropa de cama limpias. El celador cogió una sábana, un camisón y unas bragas. Mientras tanto, Teresa permanecía de pie, abismada en el horizonte, en algún lugar mucho más allá del centro psiquiátrico.

El celador salió de la habitación y cerró la puerta con llave.

Al cabo de unos minutos regresó con una palangana con agua fría y jabón, una esponja y una toalla.

La espuma apareció después de escurrir varias veces la esponja. Empezó a frotarle un sobaco. Los pelos de la axila se enrollaban en las fibras. Algunas gotas surcaron el enjuto cuerpo de Teresa. Sus dientes empezaron a castañear. Volvió a mojar la esponja en el agua y le limpió la otra axila. La secó con la toalla.

—Ven. Abre —dijo a la vez que le agarraba por uno de los tobillos y tiraba para que separara las piernas.

Apartó las bragas sucias que aún descansaban sobre sus pies y empujó la palangana hasta ponérsela debajo.

—Agáchate un poco.

Teresa obedeció.

—Esto sí te gusta, ¿eh, guarra?

Cogió la esponja y se la pasó por los genitales y el culo. El agua fría caía de la esponja a chorros. Las gotas salpicaban dentro y fuera de la palangana. El celador la enjuagó y se la pasó tres veces más antes de limpiarla una quinta con la mano descubierta.

—Un poco de placer no le hace daño a nadie, ¿verdad? —preguntó mientras la acariciaba sus zonas erógenas.

La respiración de Teresa se aceleró mientras que el celador sintió una erección bajo sus pantalones.

De pronto, sintió calor en la mano. Un calor intenso y húmedo.

Apartó la mano como quien la aleja de una llama.

—Eres una cerda. ¿Me oyes? —le dijo a escasos milímetros de la cara, pinzándole los mofletes y en un tono que no llamaría la atención de nadie que pudiera encontrarse cerca.

Teresa permaneció en la misma postura, ligeramente agachada, sin alterarse, terminando de orinar a varios palmos de la palangana, salpicándolo todo.

El celador se secó las manos en la toalla y la tiró sobre la cama. Salió de la habitación y cerró con llave. Fue al cuarto de baño y se lavó con agua caliente y jabón.

Pasó más de media hora hasta que el celador regresó a la habitación de Teresa. Cuando entró, la encontró desnuda, sentada en la silla, mirando por la ventana.

PARTE DOS

1. No queda tiempo

Agosto de 1990

Bárbara Argandoña

Las esperas en las salas de los hospitales son insufribles. Allá donde mires encuentras rostros descompuestos, tristes, preocupados, llorosos…, el reflejo de los nervios que estrangulan tu estómago y tu garganta. Las salas de espera de oncología aún son peores. Allí las personas son conscientes de que están debatiéndose por su vida. Por lo general, los ves acompañados por uno o varios familiares tratando de hacerles la espera menos angustiosa. Todos ellos fingen que no pasa nada. Distraen su atención con charlas triviales que no consiguen hacerles olvidar por qué están ahí. El olor a desinfectante y a medicamentos tampoco ayuda. Penetra por tus fosas nasales como si fuera ácido, recordándote que morirás. Tal vez, no en esta ocasión; quizá, no de la enfermedad que ahora mismo desvela tus descansos, pero sí algún día, en alguna circunstancia, ya sea de forma pacífica o traumática, ya sea dolorosa o imperceptible a tu consciencia. Pero morirás. Y mientras ves que tus últimos y preciados minutos se esfuman esperando a ser atendida por un médico al que le importas un bledo, piensas en la de cosas que no has hecho, o en la de cosas que no debiste hacer. A mí todo eso me trae sin cuidado. Estoy aquí para que me lo confirmen, no para curarme. Si quisiera curarme, ya me lo hubiera tratado. Sé de sobra lo que funciona.

Miro a un lado y veo a una mujer acompañada de un chico más joven, posiblemente su hijo. Trata de darle conversación mientras la mirada de ella se desvanece en el infinito, mientras una sonrisa triste se aloja en la comisura de sus labios tratando de satisfacer los esfuerzos de su ser querido. Al otro lado, se encuentra un señor de unos sesenta años, con el pelo lleno de canas, con arrugas contorneando sus ojos, con sus gruesas manos venosas sujetando el informe médico, ese que de cuando en cuando ojea de forma compulsiva deseando que la enfermera anuncie que le ha llegado el turno de entrar en la consulta para que el doctor le ponga al tanto de su evolución. Un poco más allá, una mujer busca distraer la mente leyendo una novela. Parece concentrada, pero lleva demasiados minutos sin pasar la página. Trato de averiguar de qué obra se trata, pero el ángulo en el que la sostiene no me deja ver más que unas cubiertas teñidas de colores vivos. Tal vez, se trate de una novela romántica. No me parece una mala elección: sin duda, una historia bonita y de amor podría ser de ayuda. Tres sillas más allá, una pareja

de unos setenta años. La falta de pelo en las cejas del hombre me lleva a comprender que quien está afrontando una de las peores batallas por mantenerse con vida es él. La mujer le sostiene la mano con dulzura, y da la impresión de que se llevan bien, de que aún sigue viva la llama de su amor. No obstante, me pregunto si en casa se muestran igual de atentos el uno con el otro, o si antes de conocer la enfermedad de él siquiera se aguantaban. Por lo general, no se suelen ver a las parejas discutiendo por la calle; esas cosas se esconden en casa. Ante todo, hay que guardar las apariencias.

«Podría daros unos cuantos remedios. La mitad no estaríais aquí», pienso, y miro la hora en mi reloj de pulsera. Llevo al menos quince minutos esperando, comienzo a impacientarme.

No quiero pensar. Me paso el día dándole vueltas a la cabeza, reflexionando sobre qué hacer el tiempo que me quede.

Hace semanas que supe que tenía cáncer y aún no se lo he contado a mi hija. ¿Para qué? ¿Para preocuparla? En su estado, no debe llevarse disgustos. Está embarazada de siete meses y pico. ¿O son ocho?

Unos van y otros vienen.

Yo me he cansado de seguir en este mundo, y hay quienes no deberían pisarlo nunca.

No. Llego a la conclusión de que no le voy a decir lo de mi enfermedad. Lo otro, no me queda más remedio que hacerlo. Creo que lo mejor será que empiece esta tarde. Depende de lo que me diga el matasanos que está ahí dentro.

Se oye ruido. Alguien ha empujado la silla en la que se sentaba. Dos segundos después, alguien gira el pomo. Por fin han acabado. No sé quién hay dentro. Ya estaban ahí cuando llegué. Las miradas de todos están ahora fijas en la puerta. Se ha abierto apenas unos centímetros. Se escuchan voces ininteligibles. ¿Alguna duda de última hora? ¿Concretar el día y la hora para la siguiente visita? Vamos, hombre, que quiero irme a casa.

Miro de nuevo la sala: todos llevan más tiempo que yo esperando, pero me trae sin cuidado. Decreto que ahora me van a llamar a mí.

La puerta sigue entornada. Me están poniendo de los nervios.

Se abre.

Salen dos personas: un hombre de unos cincuenta y tantos años, encorvado como si tuviera ochenta. Su cabeza parece una bola de billar y está amarillo como la yema de un huevo fresco. Y una mujer más joven, que lo sujeta por el brazo para ayudarle a caminar.

Pasan por delante de todos ante nuestras atentas miradas. La mujer va haciendo muecas a modo de despedida —por pura educación, ya que ninguno nos conocemos de nada—, una despedida sentida y amarga. Parece que no les han dado buenas noticias. No me extraña, no hay que ser muy intuitivo para darse cuenta de que ya tiene un pie en el otro barrio. Debería ir en silla de ruedas, da la impresión de que en cualquier momento se le van a partir las piernas.

—¡Bárbara Argandoña! —Veo que la enfermera me está buscando con la mirada. Me pongo en pie lo más rápido que las energías me permiten. Me duele el abdomen. Las piernas, a pesar de los casi ocho kilos que he perdido en apenas dos meses, apenas tienen fuerzas para sostenerme. Aunque no llego a verme como el señor que acaba de marcharse.

La enfermera me sonríe con cariño. Una muestra de amor que no merezco. Debe tener mi edad, pero la genética no le ha propiciado una piel tersa. Yo tengo muchas menos arrugas que ella. Sin embargo, a pesar de nuestra fachada, yo me estoy muriendo y ella no. Lo que son las cosas.

—Buenos días —saludo a un par de metros del umbral. Siento las miradas desaprobatorias de los demás pacientes. Yo no tengo la culpa de saber conseguir lo que quiero.

—Buenos días —responde ella—. ¿Qué tal se encuentra?

Ya estoy dentro. Cierra la puerta mientras yo miro la mesa, las sillas, los informes sobre el escritorio, el doctor anotando algo en su ordenador.

—No muy bien.

—Siéntese, por favor —me solicita el médico sin apartar la vista de la pantalla. Somos números, como un cerdo en una granja, solo faltan los ganchos colgando del techo.

Obedezco y espero. Finalmente, me presta atención.

—¿Qué tal se encuentra?

—Mal.

—¿Duerme y come bien?

Miro la tarjeta identificativa de su solapa antes de contestarle.

—Doctor Mengíbar, vaya al grano, por favor.

Ambos intercambian una mirada fugaz y hacen un gesto de resignación, pero el doctor no tarda en confirmarme lo que yo ya sé.

—Señora Argandoña, siento que los resultados no sean los que deseábamos. Si el cáncer hubiera permanecido localizado solo en el

hígado podríamos haber llevado su caso al comité para debatir la posibilidad de incluirla en la lista de espera de trasplantes, pero me temo que la tomografía ha desvelado una masa metastásica en las meninges. Podríamos tratarle con quimioterapia, pero…

—No siga —le interrumpo. Ya sé que me voy a morir, solo quiero saber cuándo—. ¿Cuánto tiempo me queda?

—No sabría decírselo con certeza.

—No quiero compasión. Necesito una fecha lo más concreta posible.

—No lo sé. Un mes. Dos, a lo sumo.

No creo que llegue a dos, me noto a punto de entrar en el cadalso. En fin. Espero tener el tiempo suficiente.

—¿Puede recetarme algo para el dolor?

—Sí.

Coge su bloc de recetas y empieza a escribir. Primero una. Luego otra. Después, una tercera. Me van a atiborrar a mierda. Arranca las recetas y me las entrega, y empieza a explicarme cómo debo tomarlas, qué son y para qué sirven. Pero no le escucho, mi mente está inmersa en salir de allí cuanto antes. Espero que lo de la cabeza, los tumores que me han salido en las meninges, no se conviertan en un impedimento para lo que debo hacer. Ahora estoy convencida de que no me queda otra. Carolina debe saberlo. Su vida, su futuro y el de mi futura nieta, depende de que yo se lo cuente todo.

Es hora de marcharme. Me levanto de esa espantosa silla de respaldo y asiento rígido y me despido para no volver. Hago un último esfuerzo por mirarlos a la cara y no toparme con su gesto de pena. Al final, voy a pensar que no nos consideran tan igual a los animales.

Al salir de la consulta, paso por delante de todos. No he tardado ni cinco minutos. Al tiempo que camino despacio hago un ademán generalizado con la cabeza, sin mirar a nadie en concreto; a mí me dan igual las apariencias.

La planta de oncología está en la décima planta. Espero el ascensor sintiendo que, a cada minuto de pie, estática ante las puertas de aquel cacharro, se me debilitan más las piernas. Y una vez dentro tengo la sensación de que es un enorme ataúd metálico con olor a desinfectante.

¡Por fin fuera! Voy a coger un taxi. No hay tiempo que perder. Menos aún para esperar a un autobús que va a dedicarse a dar vueltas por sitios por los que no tengo que pasar, ni para aguantar a molestos pasajeros y sus conversaciones, las risas o los olores a Dios sabe qué,

ni paradas innecesarias cada cinco minutos. Camino hasta el primer coche blanco de rótulos rojos y me subo sin preguntar.

—Buenos días, señora. ¿A dónde vamos?

Cordial, pero sin excesos, como me gusta. Le doy la dirección de mi casa. Me apoyo en el respaldo y dejo volar mis sentidos a través de la ventanilla de la derecha. Noto la mirada del conductor a través del espejo retrovisor interior en un par de ocasiones, pero se mantiene callado, centrado en no molestarme. No me apetece hablar.

Al cabo de veintitantos minutos se detiene. Hemos llegado.

Saco el monedero y le entrego un billete de cinco mil pesetas. Espero a que me dé el cambio.

—Muchas gracias por ser tan respetuoso —le digo antes de bajarme.

Se lo agradezco de veras.

Entro en casa y voy al dormitorio. Cojo un taburete y rebusco dentro del armario, en el estante más alto. A punto estoy de caerme de él en un par de ocasiones, es como si estuviera en una cuerda floja. Al fin, encuentro una caja donde guardo algunos cuadernos antiguos con anotaciones de mi madre Lourdes, de mi abuela Agustina y de mi tía abuela Irune, algunas fotos antiguas, frascos con aceites, una rama de romero atada con una cinta roja, unas cuantas velas… El aroma que desprende la caja me trae intensos recuerdos. Ojeo las fotografías. Aparto una en la que estoy con mi abuela Agustina. Me la llevo al comedor junto con un cuaderno en el que solo hay una hoja escrita. Paso la página. Apoyo la fotografía sobre la mesa, para verla mientras escribo. Así no se me olvidará nada, ella me guiará. Aunque en realidad, tengo poco tiempo, no sé si podré profundizar cuanto debería.

La mano me tiembla.

La cabeza empieza a dolerme.

Pienso en Carolina, en lo sensible que es con algunas cosas.

Tendrá que superarlo.

2. Luces huérfanas

Viernes, 19 de octubre de 1990
Ahora

Carolina del Monte Argandoña

De soslayo, veía el mar a su izquierda: un manto negro, frío y ondulante agitado por las corrientes embravecidas. El reflejo de unas ilocalizables luces huérfanas encendía sobre la superficie danzarines destellos plateados. El sonido del motor empezaba a rasgarle los oídos. Tenía los ojos irritados de haber llorado y de enfocar la vista entre tanta oscuridad. Le dolía la cabeza.

Carolina miró a través del retrovisor para comprobar que su bebé seguía durmiendo. Se lamentó de solo tenerla a ella.

Debía haberle dado de comer hacía una hora. Sin embargo, aprovechó que dormía para continuar conduciendo durante varios kilómetros más. Deseaba llegar a San Millán cuanto antes.

Como era habitual por aquella zona, el viento se fue intensificando a medida que se acercaban al pueblo de su parentela materna, como si una fuerza invisible tratara de persuadirla de llegar a la que ahora era su casa. ¿Cuánto había de cierto en lo que le había contado su madre en ese cuaderno? ¿Era real o los delirios de una enferma? No podía sacárselo de la cabeza.

La carretera Nacional quedaba atrás y la falta de alumbrado público en la vía secundaria le exigía forzar aún más la vista. Sentía punzadas en las cuencas de los ojos y en las sienes. El paisaje le resultaba inconfundiblemente familiar. A cada costado, los campos se apreciaban como los trazos desgarrados de un artista disgustado por su obra. Sombras ennegrecidas en el horizonte. Árboles doblándose por los troncos como caballeros en una constante reverencia. Ramas zarandeadas como fustas de múltiples colas. Cultivos sin germinar. Hierbas circundando el borde de las cunetas. El silbido del aire y esa perceptible paz que a ella le parecía tan desasosegante. Sí. Era indudable: se encontraban cerca.

—Ya queda poco, mi vida —le dijo Carolina a su hija recién nacida. Apenas tenía una semana de vida y ya estaba siendo arrastrada por las desgracias de sus ancestros.

La observó a través del retrovisor: llevaba al menos dos horas sin moverse. Le pareció extraño que no tuviera hambre. De forma inconsciente Carolina se presionó el pecho con los brazos a la vez que

contenía el aliento. Revivió el dolor con cada toma. Apretó los dientes. Lo mejor para ambas sería que Aroa siguiera durmiendo un rato más; a fin de cuentas, pronto habrían llegado. Nunca lo había deseado tanto: llegar, soltar el equipaje, cerrar los ojos… Dormir. Pero aún quedaban algunos kilómetros y las rachas de viento cada vez más fuertes le obligaban a agarrar el volante con firmeza para no ser arrojadas fuera del pavimento. Oteó el horizonte: un cielo cerrado y ennegrecido sobre San Millán parecía negarles la bienvenida. Tuvo un mal presentimiento y entonces miró a su bebé. Llevó un brazo hacia atrás, entre el hueco de los dos asientos. Atendía a la carretera a la vez que, a través del espejo retrovisor interior, esperaba ver alguna reacción en su pequeña. Alcanzó uno de sus regordetes pies y lo meneó, pero la recién nacida permaneció serena. Carolina giró la cabeza para ver si hacía alguna mueca o conseguía apreciar el movimiento de su pecho al respirar. El coche dio un bandazo. Los neumáticos pisaron la línea blanca sonora del arcén durante tres segundos, el tiempo en que tardó en regresar la mano al volante y corregir el rumbo. El corazón le latía desbocado. A punto habían estado de caer en la cuneta. Los huesos se le marcaron bajo la piel de la mano. Aminoró la marcha. El coche que las seguía se encontraba muy alejado; ni siquiera se habría percatado de su casi accidente.

—Debería parar un momento —susurró.

Su respiración seguía alterada. Miró de nuevo por el espejo retrovisor interior: Aroa continuaba sin moverse. No creyó probable que no hubiera notado el volantazo, que no se hubiera despertado. Con la mirada a caballo entre las rayas blancas dibujadas en el asfalto y el rostro relajado de Aroa, volvió a meter el brazo entre los asientos y la zarandeó.

—¡Hija, ¿respiras?! —le preguntó, elevando el tono de forma gradual. Volvió a concluir que los ruidos deberían haberla despertado en más de una ocasión a lo largo del viaje.

La sacudió.

Nada.

—¡Aroa! ¡¡Aroa!! —gritó con desesperación, haciéndose escuchar por encima de los ruidos que las envolvían; esta vez, sin zarandearla.

Soltó el pie del acelerador y, mientras con una mano mantenía firme el volante, con la otra le dio un pellizco en una pantorrilla. De pronto, la serenidad del rostro del bebé desapareció tras una mueca de dolor. Para la madre, el llanto desconsolado de la recién nacida sonó como el arrullo de un mar en calma.

—Lo siento, hija. Ya. *Shhh*… Lo siento. Es que…

Paró el coche a un lado de la carretera. Las hierbas altas ahora acariciaban los bajos del coche, los neumáticos pisaban el barro. Puso los cuatro intermitentes. El coche que las seguía estaba a punto de pasarlas. Colándose entre el hueco de los dos sillones delanteros, Carolina saltó al asiento trasero. El coche pasó junto a ellas en un abrir y cerrar de ojos, provocando un balanceo pasajero. Cogió a su bebé en brazos y la acunó. En el horizonte no se veían más vehículos acercándose. Algo normal tratándose de una carretera secundaria hacia un pueblo de menos de seiscientos habitantes.

—Estamos a unos veinte minutos. ¿Tienes mucha hambre o aguantas hasta llegar a casa? —le preguntó entre besos y arrumacos, pero la niña no se calmaba.

No sabía qué hacer. Tampoco entendía si su llanto era todavía a causa del pellizco o de si simplemente tenía hambre.

Se sacó un pecho y se lo aproximó. Aroa buscó el pezón agrietado de su madre y comenzó a mamar con ansia. Desde que la alumbró, los pechos de Carolina apenas habían producido una poca cantidad de leche. A pesar del consuelo y las promesas de la matrona, seguía sin subirle. Igual que en la última toma, después de unas cuantas succiones, el alimento del bebé se convirtió en una mezcla de calostro y sangre. Carolina no podía contener las lágrimas. Aguantaba la respiración hasta que se veía obligada a tomar aire. El dolor le resultaba inaguantable. Deseó gritar; no podían seguir así. A los cinco minutos, la retiró del pecho y la devolvió al canasto. Se secó las mejillas. Aroa comenzó a llorar. Ninguna de las dos había quedado satisfecha; se sentía mala madre por no poder amamantar a su bebé.

Regresó al asiento delantero y arrancó mientras el llanto desconsolado de su hija se sumaba al rugido del motor y al zumbido constante y molesto del viento.

—Estamos aquí por tu culpa —expresó en voz alta, como si su madre pudiera escucharla—. Siempre fuiste una egoísta. Pero el viaje habrá merecido la pena si consigo averiguar si la muerte de papá fue obra tuya.

Los últimos veinte minutos hasta San Millán, Carolina y Aroa los recorrieron llorando.

3. Sensación de agobio

Carolina del Monte Argandoña

Había aparcado a apenas un par de metros de la entrada de la casa de sus padres; ahora suya. Al abrir la puerta el viento casi la arranca de cuajo. Mientras buscaba las llaves, el pelo le azotaba el rostro con la misma violencia que era zarandeado cualquier objeto o persona que se encontrara en San Millán.

Sostuvo la puerta con un paragüero tan pesado como abarrotado y regresó a por Aroa. En cuanto la sacó del coche el aire lamió el rostro del bebé provocando que se embozara, unos instantes, hasta que entraron en la casa. Estaba dejando a la niña en mitad del pasillo cuando oyó un golpe fuerte y metálico a su espalda. Se giró sobresaltada. La corriente había tirado el paragüeros provocando que todos los paraguas quedaran esparcidos por el suelo. El llanto de Aroa alimentó el nerviosismo de Carolina, quien, de mala gana, lo recogió todo y lo devolvió a su sitio antes de terminar de meter el equipaje.

—*Shhhh*… Tranquila, que ya voy. Estamos en casa —dijo a la vez que soltaba los bártulos en el suelo y cerraba la puerta.

La casa estaba fría y olía a rancio. Hacía demasiado tiempo que nadie la pisaba. Una extraña sensación de soledad y desconfianza le anidó en el pecho.

Sacó a Aroa del canasto y la llevó al comedor.

—Ya, cielo. Calma. Vamos a encender la chimenea, ¿vale? —dijo acunándola. Había un par de leños dispuestos para tal efecto—. Ya verás qué rápido estamos calentitas. Mañana tendremos que ventilar un poco. Espero que ya se haya pasado este asqueroso viento.

Se sentó frente a la chimenea, con el bebé sobre el regazo. Cogió uno de los periódicos viejos que había dentro de una cesta de mimbre, le arrancó unas páginas y encendió una cerilla. Las llamas empezaron a consumir el papel y las primeras volutas de un humo negro se elevaron hacia el techo, adueñándose del olor de la habitación. Una brizna de calor les alcanzó las mejillas.

—Esto es fuego, cielo. Es bonito, ¿verdad? Según decía tu abuela Bárbara, no hay nada mejor que el fuego para eliminar las malas energías. Es un elemento esencial y purificador.

Metió el cilindro ardiente entre los troncos y esperó a que las llamas los alcanzasen. El humo negro y gris ascendió hacia la campana; una caricia cálida empezó a templar el cuarto.

—Esas cosas las aprendió de su madre Lourdes y de sus abuelas Agustina e Irune, o sea, mi abuela y bisabuelas, y tus bisabuela y tatarabuelas. ¿Entiendes? El caso es que tus tatarabuelas Irune y Agustina eran hermanas. Tu tatarabuela Irune se casó con el tatarabuelo Lorenzo y tu tatarabuela Agustina con el tatarabuelo Pedro. Cada pareja tuvo sus hijos. Irune y Lorenzo tuvieron varios, entre ellos a tu bisabuela Lourdes. Y los tatarabuelos Agustina y Pedro tuvieron a tu bisabuelo Constantino. Y cuando se hicieron mayores, Lourdes y Constantino se casaron. Sí, eran primos y aun así se casaron, pero es que antiguamente no era tan raro casarse entre familiares. Creo que por eso la gente salía con tantas taras. —Dejó de hablar y se quedó pensativa, mirando el rostro angelical de su hija—. Qué mala suerte hemos tenido, hija… Todas estaban mal de la cabeza. Incluida tu abuela Bárbara.

Barrió la habitación de un vistazo.

—¿Te gusta la casa?

Todo seguía según lo recordaba. La mesa de madera rodeada de sus seis sillas tapizadas de color verde botella, el sofá de tres plazas haciendo una ele con el de dos plazas; entre ambos, una mesita auxiliar con una lámpara alta; la mecedora de madera en la que su madre Bárbara acostumbraba a echarse una siesta después de comer; los cuadros campestres de paisajes otoñales; una lámpara de pie que nunca tuvo un lugar fijo, las cortinas de flores grandes…

—Hace años tu abuela me contó que esta casa la construyó la madre de tu tatarabuela. A mí nunca me ha gustado este pueblo, pero veníamos cuando yo era pequeña. Tus abuelos me obligaban. Tenía algunas amigas aquí, pero… Mañana iremos a ver a Zorione. Es la única amiga de verdad que tuve cuando era niña; la única que me queda en este sitio. Seguro que ella puede ayudarnos. ¿Y bien? ¿Tú qué crees? ¿Venimos de una familia de taradas? —le preguntó sonriéndole a la vez que le acariciaba el mentón. La niña movió la cabeza, como si no quisiera su mimo.

Carolina se quedó abstraída, con la vista perdida en las llamas. Empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás para mantener a su hija calmada y así retrasar la toma lo máximo posible. Mientras, arrancó otra página del periódico y lo entregó a la purificación. Se movía de forma mecánica. Una tormenta de recuerdos la abocó a pocos días atrás cuando, recién parida, fue al Hospital Universitario Central donde le habían diagnosticado el cáncer terminal a su madre. Carolina volvió a percibir el olor a desinfectante que inundaba el aire tanto de salas como de pasillos; los rostros apesadumbrados de pacientes y familiares; las huellas de la enfermedad en los cuerpos gastados de muchos de ellos. Aquel no era lugar para una bebé recién

nacida, pero no tenía a nadie con quién dejar a Aroa. Los puntos de la episiotomía aún la molestaban. Su forma de andar era lenta y torpe, pero debía encontrar respuestas cuanto antes. Aguardó junto a la puerta de la consulta durante unos minutos, sin dirigir la mirada a nadie, balanceándose con movimientos cortos y continuos, acunando a su bebé para que siguiera durmiendo, igual que lo estaba haciendo ahora frente a la chimenea, solo que en aquel pasillo se respiraba el inconfundible hedor de la enfermedad. La puerta se abrió y salió la enfermera con el último paciente: un señor de al menos setenta años, delgaducho, pero con buena cara. Aún tardaron unos segundos en despedirse. Palabras de ánimo, sonrisas, palmadita en el hombro… Al fin se largaba.

—Hola. Necesito hacerle una pregunta al doctor Mengíbar —le pidió Carolina, sin dejar de mecer a su hija. La enfermera miró los ojos de desesperación de Carolina y luego al bebé.

—¿Tiene cita? —le preguntó.

—No, pero será solo un momento. Por favor.

Tras hacer un mohín de desaprobación, la enfermera la dejó pasar. Después, cerró la puerta. Carolina se aproximó a la mesa del doctor y pensó una vez más en su madre.

«¿Por qué no me dijiste que estabas enferma?».

—Hola. Me llamo Carolina del Monte Argandoña. Creo que usted fue el médico de mi madre, Bárbara Argandoña.

—¿Bárbara Argandoña? —Su ceño se arrugó mientras trataba de hacer memoria. El corte enjuto de sus facciones, las bolsas de sus ojeras, la nariz aguileña y sus canas le recordaron a su abuelo Constantino, el padre de su madre. Le había visto en fotos. Se preguntó si su madre también le encontró el parecido—. ¡Ah, sí! Aquella mujer que… ¿Te acuerdas de ella, María? —le preguntó a la enfermera.

—Sí. Ya sé a quién se refiere —le respondió ella. Luego, miró a Carolina—. Sí. Parecía una mujer muy segura de sí misma.

—Sí. Lo era.

—¿Y qué…?

—Murió hace unos días —interrumpió Carolina.

—Lo siento. La verdad es que estaba muy malita.

—Sí. Eso parece —Carolina no supo disimular el enfado que sentía hacia su madre—. Bueno, el caso es que he venido por esto —dijo dejando los papeles del informe médico sobre la mesa—. Necesito que me aclare qué implicaciones mentales podría haberle producido

esto.

—¿Se refiere usted a los síntomas que pudo provocarle su enfermedad?

—Sí. Justo a eso.

—Bueno. A ver. Su madre tenía un cáncer muy agresivo en el hígado. Tuvimos que hacerle pruebas para ver el alcance y determinar el mejor tratamiento, pero no nos dio tiempo a suministrarle…

—No vengo a que me explique lo que tenía, eso ya lo he leído en el informe, ni a que me justifique por qué no recibió ningún tratamiento. El cáncer le llegó a las meninges, ¿no? Lo que quiero saber es qué efectos, qué síntomas, podría haberle producido. ¿Pudo provocarle delirios?

—¿Delirios? Eh… No. A ver. ¿Por qué piensa eso?

—Porque no sé si se le fue la cabeza en las últimas semanas.

—No. El delirio no es un síntoma del que tengamos constancia, la verdad. Los más habituales son: cambios en la visión, como ver doble o borroso; dificultad del lenguaje; dolores de cabeza, náuseas y problemas de equilibrio. A veces, también, una pérdida auditiva o un zumbido en los oídos, o la pérdida del olfato o convulsiones o pérdidas de memoria. Pero no, no tenemos constancia de que ese tipo de cáncer, en esa localización, produzca delirios.

—¿Está seguro?

—Sí.

Aquel «sí», resonó en sus recuerdos como si fuera el replicar de una campana. Cerró los ojos al sentir una punzada en el cerebro. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Le pesaban los párpados. «¿Por qué no me lo dijiste?». Negó con la cabeza a la vez que se secaba las mejillas.

—Dios quiera que ese médico estuviera equivocado y tu abuela ya no supiera ni lo que decía —le dijo a Aroa.

La niña comenzó a llorar.

Carolina sintió una profunda sensación de agobio.

—Sí. Ya sé que tienes que comer… —Suspiró a la vez que se presionaba los pechos con los antebrazos. Dolorida, contuvo la respiración—. Está bien —dijo quitándose el abrigo y ahuecándose la ropa—. Aquí tienes. Intenta hacerlo despacio, por favor.

Pero no hubo calma. Aroa volvió a agarrarse al pezón de forma voraz, haciendo que el cuerpo de su madre se contrajera y segregara más lágrimas que leche.

4. Incesante lluvia

Sábado, 20 de octubre de 1990
Al día siguiente

Carolina del Monte Argandoña

Estaba terminando de ponerle el abrigo a Aroa cuando sonó el timbre.

—¡Voy! —gritó Carolina. Pensó que sería alguna vecina que había visto el coche en la puerta y se había acercado para darle el pésame por la muerte de su madre—. Ni que eso fuera a cambiar las cosas —farfulló.

Cogió a Aroa en brazos y fue a abrir. No se molestó ni siquiera en mirar por la mirilla.

—*Sentitzen dut zure amagatik* [1], Carolina.

No se equivocó. Al otro lado se encontraba, transmitiéndole sus condolencias, una de las amigas de su madre, la señora Uribe. En el pasado, Bárbara y la señora Uribe fueron íntimas; o al menos eso pensó Carolina, que habían sido grandes amigas. Sin embargo, ahora… Ahora, después de lo de su madre ya no sabía qué pensar acerca de nada. ¿Dos personas con una relación tan estrecha pueden dejar de verse y llamarse durante más de cinco años?

Carolina no la recordaba así. La señora Uribe, de nombre Cayetana, había cortado su larga melena castaña para lucir una melena ondulada por encima del hombro, de un color pajizo, que le hacía parecer aún más vieja. Las arrugas del contorno de los labios y de los ojos le recordaron que, en verdad, la señora Uribe era al menos diez años mayor que su difunta madre. La estatura también le había menguado. ¿O era ella quien era más alta que la última vez que la vio? No, después de pensarlo no lo creyó posible. La última vez tendría unos diecisiete años, y a esa edad las mujeres ya han pasado su etapa de desarrollo.

—*Egun on* [2], señora Uribe. Gracias. No se preocupe.

—Ay, *neska* [3], es verdad. Siempre se me olvida que no entiendes el vasco.

—Algo entiendo, pero es verdad que prefiero que…

—Deberías aprenderlo. Y más después de que tus padres o, sobre todo tus abuelos, hubieran vivido aquí tantos años. Ellos tampoco lo aprendieron. Como tu abuelo era del sur… De Almería, ¿no? Pero,

creo que no lo hizo porque no le dio la gana. Era más tozudo que una mula. Y bueno, dime, ¿cómo ha sido lo de tu madre? No sabía que estaba enferma. —El rostro de la señora Uribe se contrajo hasta casi hacer un puchero.

—Yo tampoco lo sabía.

La mujer frunció el ceño, haciendo que las gafas saltaran sobre el puente de su alargada y fina nariz.

—¿Quieres decir que ha sido algo inesperado?

—No. Lo que digo es que mi madre sabía que estaba enferma, pero no me lo contó.

—¿Y eso?

—Pregúnteselo usted a ella —respondió Carolina de mala gana.

La señora Uribe pareció no entender aquella respuesta.

—Ay. Bueno. Es que tu madre…

—No hace falta que la excuse.

—¡Anda! Y este pequeñín, ¿quién es?

Se acercó hasta Aroa fingiendo que no se había percatado antes de su presencia y se asomó para verle la cara. Un olor a leña y añejo penetró por las fosas nasales de Carolina, lo que le recordó lo que había leído sobre su bisabuela Agustina. De pronto la estaba imaginando delante de un caldero enorme, encorvada y moviendo algún brebaje, vestida de negro, con el pelo lacio y grasiento, cayéndole por cada lado de la cara, con los iris blanquecinos afectados por las cataratas, con las uñas largas y ennegrecidas y sus huesudas manos serpenteadas por venas gruesas.

—Se llama Aroa —dijo tratando de borrarla de la mente.

—¡Oh! Otra niña. Se parece a tu bisabuela Agustina.

Carolina alzó el labio.

—Pues espero que no sea como ella.

—¿Cómo?

—Nada. Olvídelo —Sonrió complaciente, tratando de no reproducir sobre el inocente rostro de su hija el de la bisabuela Agustina. Había visto fotos de ella y no le encontraba el parecido. En realidad, para ella, Aroa era distinta a cualquiera de la familia, de modo que, de guardar algún parecido sería con el padre, Luis; aunque tampoco le entusiasmaba la idea.

—¿Me la dejas? —preguntó la mujer, con las manos ya puestas sobre el bebé.

—En otro momento, si no le importa. Tenemos un poco de prisa.

—Ah. Bueno.

La señora Uribe retiró las manos despacio, como si se resistiera a la idea de no poderla achuchar.

—Gracias por las condolencias, señora Uribe. Ya nos vemos otro día.

—¿Vas a estar mucho tiempo por aquí? ¿Qué vas a hacer con la casa? En fin. Luego, si quieres, puedes venir a tomar un café y seguimos hablando.

Carolina miró el cielo. El aire había cesado, pero empezaba a llover.

—No sé si podré, pero gracias. Agur.

Carolina cerró de un portazo. No tenía ganas de aguantar a nadie, y menos a una cotilla como ella. Se le había olvidado por qué la señora Uribe nunca fue santo de su devoción. Por muy amiga que años atrás hubiera sido de su madre, si es que lo fueron, nunca le gustaron sus modales ni su descaro ni sus fisgoneos ni que soltara todo lo que se le pasaba por la cabeza sin medir las consecuencias.

Y de pronto, Carolina recordó el día en que enterraron a su madre. Después de todo, se sintió afortunada por no haber podido asistir.

—Hija, naciste justo a tiempo —le dijo a Aroa sinceramente agradecida—. ¿Sabes? Lo más seguro es que la señora Uribe pudiera decirnos muchas cosas de la abuela y las bisabuelas, pero si puedo evitar recurrir a ella, mejor. —Suspiró—. Vamos a coger tus cosas. Es hora de que conozcas a Zorione.

Se colocó a Aroa en la mochila portabebés y encima se puso el chubasquero. Al subirse la cremallera sintió dolor en los senos. Además, cogió un paraguas.

Su amiga de la infancia vivía a un par de calles. El empedrado estaba resbaladizo por la lluvia y ella llevaba contra el pecho a su tesoro más preciado. La mera idea de tropezar y caer sobre ella le hizo sentir náuseas.

—Espero que la encontremos en casa —dijo redirigiendo sus pensamientos—. No le he dicho que íbamos a venir.

Todo era silencio. Un silencio blanco acompañado por la lluvia constante y violenta. Las ventanas y puertas de las casas permanecían cerradas, así como bajadas la mayoría de las persianas. No había un alma por la calle, solo ella y su recién nacida. Las gotas golpeaban sobre el paraguas como si deseasen atravesar la tela. Carolina pensó

que Dios quería bañarlas con agua bendecida caída del propio cielo, ya que de alguna manera debían empezar a redimir tanta maldad generada por los de su sangre. Entonces pensó en Luis y se preguntó qué habría hecho mal, por qué tanto desprecio.

Llamó al timbre.

Zorione tardó unos segundos en abrir.

—¡Carolina! ¡Kaixo! ¡¿Qué haces aquí?!

—Necesito hablar contigo.

—Pero ¿cuándo has llegado? ¿Y esa cara? Ah, claro. Lo de tu madre. Pero no te quedes ahí afuera. Pasa. Te vas a empapar.

La casa olía a café recién hecho y a pan tostado. Zorione encendió la luz de la entrada. Todo parecía igual a la última vez que estuvo allí: las paredes blancas, tres lustrosas macetas a un lado, el paragüero al otro, junto a una percha para colgar los abrigos, el techo cruzado por varias vigas de madera…

—Trae. Dame el paraguas.

Zorione se lo quitó de la mano y lo llevó a la cocina. Carolina la siguió. Dejó el bolso cambiador apoyado en una silla. Sobre la mesa había un par de tazas, un azucarero, mantequilla, mermelada, miel, una cesta con cruasanes y un cartón de leche. Aquella cocina tenía la esencia de una cafetería de pueblo. La cafetera seguía sobre la lumbre, lanzando vapor al aire. Carolina sintió una arcada. El reflujo del café descafeinado que tomó a primera hora de la mañana le subió hasta la boca. Contuvo la respiración y tragó saliva.

—¡Pero bueno! ¿Qué…?

Zorione miraba extrañada el portabebés.

—¿Es…?

—Es Aroa. Y sí, es mi hija. Va a hacer una semana que nació.

—¡Por favor! ¡Qué sorpresa! ¡¿Por qué no me habías dicho nada?! ¿Tanto hace que no hablamos?

—No. Hablamos en Navidad, pero no me vi con fuerzas de decirte nada.

Zorione frunció el ceño.

—¿Con fuerzas? ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Uf. Es una larga historia.

—¡*Egun on*! —saludó el marido de Zorione. Carolina se había olvidado de que era sábado y de que el marido de su amiga probablemente estaría en casa.

—¡*Egun on,* Mikel! —respondió forzando una sonrisa.

—¡Oh! ¿Has tenido un bebé? ¡Qué bien! ¡Enhorabuena!

Ambos se acercaron para ver a Aroa. Estaba dormida.

—Gracias, Mikel.

—Es preciosa —dijo Zorione sin apartar la vista de la recién nacida—. Aprovéchala ahora. Pasa el tiempo tan rápido que no te das ni cuenta. Mira el nuestro. Ya tiene seis meses.

—¿Dónde está? —preguntó Carolina fingiendo entusiasmo. En verdad, había olvidado que su amiga tenía un niño.

—Durmiendo. En su cuarto. Se porta muy bien. Pero es lo que te digo, ya tiene seis meses. ¡Está enorme!

Carolina continuó con gesto complaciente, aunque en realidad deseaba dejar de hablar de niños para poder profundizar en el tema que la había conducido hasta allí.

—No le hagas caso —dijo Mikel—. Tu amiga es muy exagerada, siempre se disfruta de ellos. ¿Y cuándo has venido? ¿Desayunas con nosotros?

—Ya me he tomado un café hace un rato, pero gracias.

—Insisto. Siéntate y acompáñanos.

—Sí. Tú siéntate —apoyó Zorione—. ¿Y qué tal vas? Si dices que va a hacer una semana, ¿tienes dolores o ya no?

Carolina apartó una silla y se sentó.

—Sí, aún me molestan los puntos de la episiotomía, pero voy poco a poco; lo que realmente me duele es el pecho.

—Bueno. Al principio es normal. Ya verás como dentro de unos días también es más soportable.

—¿A ti también te dolió?

—No. Pero a mi tía sí. Cada una somos un mundo.

Hizo una mueca de resignación.

Mikel y Zorione se sentaron a la mesa después de servir los cafés.

—Por cierto, sentimos lo de tu madre —dijo Mikel—. Nos comentaron que fue raro no verte por aquí en el entierro.

—Estaba todavía en el hospital, desde allí hice todos los trámites.

—Vaya. Qué faena.

—No, no os preocupéis. Había dos asuntos que atender: su funeral y a mi bebé recién nacida; me decanté por lo que debía, por mi hija. Si se hubiera dignado a decirme que se estaba muriendo,

hubiera hecho lo posible por estar presente, pero no quiso hacerme partícipe de ello, así que…

—¿Estás diciendo que Bárbara estaba enferma y no te lo contó? —preguntó Mikel.

—Exacto.

—¿Y ella sí lo sabía? —El tono de Zorione era de completa incredulidad.

—Sí. Lo sabía ella y los médicos y la enfermera…

—Pero ¿por qué no te lo contó? ¿Estabais regañadas? —continuó Zorione.

—No. Para nada. Eso sí, me dejó una especie de diario con sus desvaríos. Según lo que escribió, en mi estado, prefería no contarme sus secretitos a la cara.

—Bueno, tal vez tu madre p…

—No, Zorione. No la excuses —respondió Carolina elevando la voz—. Todo el mundo la excusa. Creo que perdió la cabeza.

Carolina agachó la mirada hacia el café y comenzó a removerlo. Zorione y su marido se alzaron las cejas con complicidad.

—Bueno. Yo tengo faena en el taller —dijo Mikel, arrastrando la silla hacia atrás—. Me ha gustado verte y saber que eres mami. Ahora, con esto que ha pasado, te vendrá muy bien su compañía.

—Gracias, Mikel.

Se dio un par de golpecitos sobre los muslos, infundiéndose ánimos, y se levantó. Rodeó la mesa y le dio un beso a su mujer.

—Agur.

Las dos mujeres permanecieron en silencio. Escucharon las pisadas de Mikel en dirección a la puerta. Las llaves tintinear en sus manos. Un suave sonido al cerrarse el pestillo.

—¿Me vas a contar ahora lo que te pasa? —reclamó Zorione.

Ambas se miraron a los ojos. Los de Carolina se nublaron tras las lágrimas; los de Zorione ya no sabían ocultar que se compadecía de su vieja amiga.

—Espero que no pienses que me he vuelto loca, pero…

Carolina observó el rostro sereno de su bebé mientras se planteaba si estaría perdiendo la cabeza. Tal vez era mejor callarse y olvidarlo todo, pero…

—Carol… Dime qué te preocupa. Seguro que cuando lo hayas sacado te sentirás mejor. ¿Es por Aroa?

—No.

—¿El trabajo?

Carolina negó con la cabeza.

—Entonces… ¿Por la muerte de tu madre?

Carolina alzó la vista y clavó sus pupilas en el rostro de su amiga, y entonces se sinceró: —Creo que mi madre mató a mi padre.

5. Casi la verdad

Sábado, 20 de octubre de 1990
Mismo día

Carolina del Monte

Debía empezar por el principio, pero no sabía si tendría fuerzas para hacerlo. Zorione me miraba con total recelo, casi divertida, como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo. No me gustó. Lo que iba a contarle podría acabar con nuestra amistad, volverme una paria en el pueblo, si no lo era ya.

—Pero ¿por qué piensas eso? —Solo le faltó reírse, pero creo que yo hubiera reaccionado igual.

—Es una historia muy larga —le contesté—, pero…, es una intuición. Y no suelo equivocarme.

—Tengo todo el tiempo del mundo, así que…

—Está bien.

—Espera. Vamos al comedor. Allí estaremos más cómodas y calentitas.

Café en mano nos sentamos en el sofá, frente a la chimenea. Era como estar en mi propia casa. Zorione tenía la facilidad de hacerme sentir querida y arropada, a salvo de toda desgracia, y en ese momento lo necesita de veras. Aroa dormía plácidamente, así que lo interpreté como una señal para explayarme.

—Cuando quieras —dijo Zorione.

Tomé aire y empecé a hablar:

—Debo remontarme a hace varios días. Hará cosa de doce o trece. Tenía revisión con el ginecólogo, la última antes del parto. Fui y…, bien. Normal. Cuando salí de la consulta, eran cerca de las siete de la tarde, la hora perfecta para ir a la oficina y no cruzarme con los caretos indeseables de nadie. A la oficina donde trabajaba, me refiero, la empresa de Luis. Bueno, de su mujer. El caso es que no quería cruzarme con nadie. Nunca tuve amigos allí dentro. Eran todos unos falsos y unos pelotas. Después de dejar el trabajo, nunca me ha llamado nadie para interesarse sobre qué tal estoy. Pero bueno, eso ahora mismo es lo de menos. —Se me escapó un suspiro de amargura. Puede que uno de los sentimientos más tristes que existen es sentir pena por uno mismo. Zorione permaneció callada, concediéndome el tiempo necesario para reanudar mi digresión—. El caso… Lo que te

contaba. Fui a la oficina. Solo quedaba un coche en el aparcamiento, el de Luis. Era de esperar. El resto debían haberse marchado a sus casas hacía al menos una hora. Y llamé al telefonillo. Tuve que insistir tres veces antes de conseguir que me contestara.

—¿Sabía Luis que ibas a ir?

—No. Fue una visita sorpresa. Aunque la sorpresa me la llevé yo.

Doce días antes

—¿Sí? —respondió Luis al otro lado del telefonillo.

—Soy yo. ¿Me abres un momento?

—¿Qué quieres?

—Tengo que contarte algo. Y me gustaría hacerlo en persona, no a través de un telefonillo.

—Te dije que no quería volver a verte. No quiero saber nada.

—En serio. Esto te gustará oírlo. Abre, haz el favor.

Hacía semanas que no oía el zumbido de aquel cierre electrónico; el mismo tiempo que no empujaba aquella pesada puerta de cristal. No entendía por qué no la cambiaban. Era como arrastrar un ancla por el suelo.

«Vamos a ver a papá», le dije a Aroa una vez dentro del edificio. Me acaricié la tripa dando por hecho que ella lo sentía; estaba convencida de que llevaba tiempo escuchándome y entendiendo cuanto pasaba a nuestro alrededor.

No pasé de la entrada, no estaba para grandes caminatas. Aroa se había encajado en mi pelvis hacía varios días y desde entonces apenas podía andar sin sentir punzadas. Esperé, dando por hecho que Luis bajaría a verme. Mientras tanto, el silencio despertó mi nostalgia. Después de haber trabajado allí tanto tiempo, de pronto me había convertido en una extraña. Las luces estaban apagadas, igual que cuando Luis y yo nos quedábamos a escondidas hasta altas horas de la noche. Sentí un escalofrío recorriéndome la columna vertebral. La intuición me decía que algo no marchaba bien. Pensé en mi bebé. «¿Estás bien, hija?», le pregunté, tocándome el vientre, buscando un movimiento, una patada, un codazo…, cualquier cosa. El doctor acababa de reconocerme y había dicho que todo iba bien; no era lógico pensar que fuera a pasarle algo malo a ella. No obstante, sentí que se me aceleraba el corazón, que el aire empezaba a faltarme. Busqué la hilera de sillones situados enfrente del puesto de Raquel, la recepcionista. Estaban a unos pocos metros. Caminé hacia allí.

Escuché ruidos aproximándose. Solo podía ser Luis. Cada vez se le oía más cerca. Pero, al mismo tiempo, la visión se me estaba volviendo borrosa. Empecé a notar sudores fríos. No entendía qué me estaba pasando.

De soslayo, vi la figura de Luis, aunque no pude mirarle a la cara. Mi vista estaba fija en ese asiento del color de la bilis que parecía alejarse por instantes.

—¿Qué haces aquí? —me reprochó. Se le oía remoto, como si estuviera en el otro extremo de la oficina.

No contesté.

Di un paso más.

Él otros dos, hacia mí.

Aún me faltaban seis o siete antes de conseguir mi objetivo, antes de poder llevar mi atención a otra parte.

Volví a oírle: «¡Carolina…!».

Tres pasos más. El color verdoso del sofá se fue convirtiendo en blanco. *Todo* se estaba volviendo blanco. Eché el brazo hacia delante, como si así fuera a ganar estabilidad o a llegar antes.

Sentí unas manos sujetándome del brazo y de la cintura antes de perder el conocimiento.

Al cabo de un rato, no sé cuánto, abrí los ojos.

Cuanto me rodeaba era familiar. Aunque, ya no me encontraba en la recepción. Miré a un lado y a otro. Estaba en la sala de reuniones. Luis debía haberme llevado en brazos para tumbarme en el sofá. Pensé en la de veces que hicimos el amor sobre ese cuero. Lo más seguro era que hubiéramos concebido allí a Aroa.

Me incorporé con cierta dificultad. No tenía ni idea de dónde se había metido.

Seguía sintiéndome nerviosa, con taquicardia, pero no entendía por qué; con un hormigueo incesante en las extremidades. Apenas tenía fuerzas para moverme. Le pregunté a mi bebé si se encontraba bien, como si pudiera contestarme. Qué ridículo, ¿no? En ese momento, escuché a Luis que entraba en la sala.

—¿Estás mejor? —Su tono era igual de seco y distante que cuando contestó a través del telefonillo.

—Un poco.

Traía un refresco azucarado y un vaso de cristal.

—Toma. Bébete esto. Te habrá dado una bajada de azúcar.

Le di un buen trago. Era posible que tuviera razón, que tan solo hubiera sido una bajada de glucosa. Pero los nervios no se marchaban y las malas sensaciones tampoco.

Le di las gracias después de darle un segundo trago a esa cosa amarga y dulce con sabor a limón; era demasiado empalagosa para mi gusto, pero me sentó bien.

—¿A qué has venido, Carolina? Te dije que no quiero volver a verte. —Me hablaba con un aire déspota e inaguantable, pero yo había ido en son de paz.

—Vengo del médico —le contesté—. Me han hecho la última revisión. En una semana, más o menos, salgo de cuentas.

—Me alegro por ti.

Traté de no tener en cuenta su insolencia ni su tono de desprecio.

—Por fin se ha encajado —le informé, mostrándome cariñosa y tragándome el orgullo.

No soy de las que se callan, pero quería intentarlo por última vez. Así que le puse al día de lo que me habían dicho en la consulta.

—¿Has acabado ya?

—No te entiendo.

—No. Ya veo que aún no lo has entendido. Me importa un bledo lo que hagas —dijo sin importar lo hiriente que estaba siendo.

—Pero… He pensado que te gustaría estar durante el parto.

—¡¿Te has vuelto loca?! ¡No! ¡No quiero estar durante el parto! ¡No quiero saber nada de ti ni de ese maldito bebé! ¡¿Entiendes?!

Sus gritos llegaban a mis oídos como latigazos haciéndome sentir, una vez más, traicionada, insultada y engañada. El corazón empezó a palpitarme aún más desbocado. Los ojos se me empañaron, pero conseguí evitar las lágrimas.

—¡Me dijiste que dejarías a tu mujer para estar juntos! ¡Me engañaste!

—Sí. Te dije que la dejaría. Pero cambié de idea en el momento en que te quedaste embarazada, y porque te pedí que abortaras y decidiste tú sola.

—Yo tampoco lo esperaba, pero…

—¡No quiero tener hijos!

—¿Por qué?

—Porque vivo muy a gusto sin hijos. Voy donde quiero y hago lo que me sale de las pelotas. No voy a permitir que eso cambie.

—Pues ya es demasiado tarde. Vas a ser padre dentro de una semana.

—Eso porque tú lo digas. Ya te di dinero para que fueras a una buena clínica a abortar. Así que no pienso responsabilizarme de ese niño.

—Es una niña.

—Como si es un unicornio. ¿Vale? Además, me he dado cuenta de que con mi mujer puedo tener todo lo que quiera. Ella tampoco quiere hijos, así que, se acabó la discusión.

No cabía en mi asombro, pero reaccioné.

—Ah, ¿sí? ¿Tienes todo lo que quieres con ella? ¿Y ella qué opina de lo nuestro?

—No hay nada nuestro.

—Ah, ¿no? —dije señalándome la tripa—. ¿Tu maravillosa mujer opina lo mismo?

—A ella no la metas en esto.

—La has metido tú al estar casado y tener una aventura conmigo.

—¡Cállate de una vez y vete de aquí! Como vuelva a verte, te juro que no respondo.

—Esto no va a quedar así, Luis.

—Solo quieres sacarme el dinero.

—¿El dinero? ¿Qué dinero, si tú no tienes nada? Todo es de tu mujer. Yo solo busco que nuestro bebé crezca en una familia feliz.

—¿Una familia feliz, dices? Jamás podría ser feliz al lado de una tarada como tú. Así que, te pido, por favor, que desaparezcas de mi vida de una maldita vez.

Clavé mis ojos en él, como si fueran dagas capaces de sacarle los suyos de las cuencas. Deseé tener la fuerza necesaria para rajarle de arriba abajo como si fuera un cerdo en la matanza y luego hacerme una sopa con sus vísceras, bebérmela y luego defecarla sobre su tumba. En ese momento, juré por mi vida y la de mi bebé, que aquel malnacido se arrepentiría de todo el daño que me había hecho y que, de forma deliberada, estaba dispuesto a seguir haciéndonos a ambas.

Me levanté del sofá, aún con dificultad, y dejé el vaso de refresco encima de la mesa. Estuve tentada de tirarlo contra las paredes o a él a la cara, pero no era mi estilo. El mareo se me había pasado, aunque la sensación de que algo estaba yendo mal seguía anudada en mi pecho; era innegable que nuestro encuentro había sido un desastre. Contuve las lágrimas y esta vez le miré como mi madre me enseñó,

concentrando toda la ira en desearle el peor de los devenires, el mayor sufrimiento que cualquier hombre pueda soportar, y pasé a su lado reforzando el mal de ojo, farfullando unas palabras que aprendí de niña y que aún no había empleado contra nadie: «te maldigo, Luis Soto Cebrián. Te maldigo a ti y a todo lo que te importa».

—¿Qué mascullas? —preguntó.

—No volveré a molestarte.

Arrugó el ceño.

Las ganas de llorar y el mal pálpito me acompañaron hasta la calle. Estaba desconcertada.

Al llegar a casa, como de costumbre, miré el contestador. Ese día la pantalla parpadeaba indicando que tenía cinco mensajes sin escuchar. Me dio un vuelco el corazón. Apreté el botón y noté que un extraño temblor empezaba a recorrerme las extremidades. Recé por no volver a desmayarme.

Escuché el primer mensaje:

«Carolina. Hija, necesito que me llames. Es urgente. Soy Adela, la vecina de tu madre».

—Ya sé quién eres —susurré mientras el contestador seguía hablando. La voz desgarrada de Adela, de férrea fumadora, era inconfundible.

Segundo mensaje:

«Soy yo de nuevo. Adela. No sé cuándo… Eh… Llámame. Es urgente».

Tercer mensaje:

«Soy yo otra vez. Solo comprobaba que te funciona el teléfono. Cuando escuches el mensaje, llama a casa de tu madre. Estoy con ella».

Cuarto mensaje:

«Carolina… —Sorbió por la nariz, como cuando estás llorando, y eso terminó de alterarme—. *Hija. Lo siento mucho.* —Guardó silencio varios segundos. Pensé que la llamada se había cortado—. *Ha venido la ambulancia y se ha llevado a tu madre al Hospital Universitario Central. Yo voy para allá. Cuando escuches esto, ve allí. Pregunta en urgencias. Sabrán decirte algo».*

Quinto mensaje:

«Carolina, estoy en el hospital. Están atendiendo a tu madre, pero no me han dicho nada. Cuando escuches este mensaje, ven corriendo al Hospital Universitario Central…».

No pude escuchar más. Sentí una náusea. Aquel asqueroso

refresco azucarado que Luis me había dado me subió por la laringe hasta llenarme la boca de flemas y líquido agridulce. No tuve tiempo de moverme del sitio, solo a girarme para no vomitar encima del contestador. Una sucesión de arcadas siguió a la primera, entrecortando mi respiración, haciéndome temer por el estado de salud del bebé, aprisionándome el pecho… Entretanto, la voz robótica del contestador concluía con su: «Fin de los mensajes». Vomité hasta que ya no me quedó nada en el estómago, dejándolo todo perdido. El mal pálpito que me acompañó durante toda la tarde se debía a eso, a que a mi madre le estaba pasando algo malo.

De pronto sonó el teléfono; di un respingo.

Las dos míseras letras de un «¿Sí?» se me atascaron en las cuerdas vocales durante varios segundos; al pronunciarlas, fue como activar el botón de reproducción de una película de terror.

—Carolina, hija. Por fin te localizo —lloriqueó Adela, absorbiendo los mocos por la nariz.

—Acabo de llegar —conseguí articular.

Una punzada aguda me dejó sin aliento. Llevé la mano al bajo vientre. A punto estuve de volver a perder el conocimiento.

—Hija. Siento ser yo quien te diga esto, pero…, tu madre acaba de morir.

Ahora

Oteé el rostro compungido de mi amiga, que había estado callada durante un buen rato, dejándome contarle mis penas.

—Pasó los últimos minutos de su vida acompañada por una vecina, en vez de por mí. Y yo, mientras, discutiendo con el desgraciado de Luis. ¿Te lo puedes creer?

—De verdad que lo siento mucho, Carol —dijo Zorione a la vez que cogía mi mano.

Aproveché el paréntesis para darle un sorbo al café. Se había quedado frío, pero ahora, al menos, su olor no me producía náuseas.

—¿Quieres hablar de Luis, de lo de tu madre…, de por qué crees que ella mató a tu padre?

—Ahora llego a eso.

Asintió con una sonrisa de cordialidad, como cuando unos padres contemplan con paciencia a su vástago mientras este les representa una función de teatro o un baile que él mismo se ha inventado. Eso

me recordó que yo también me había convertido en madre. ¡Yo! Aún me parecía mentira que hubiera llevado dentro del vientre a una personita, que esa niña tan preciosa que tenía entre mis brazos fuera sangre de mi sangre. Y mientras ella seguía durmiendo, le acaricié el fino y suave cabello. Olía tan bien…

—Cogí un taxi y fui al hospital —continué hablando—. La tenían en una habitación. A ella sola. A oscuras. Aún no la habían trasladado a la morgue. No sé cuánto tiempo haría desde que había fallecido. Poco. ¿Una hora? Su piel estaba pálida y amarillenta. Me quedé petrificada mirándola, sin saber qué hacer. Sentí pena. Rabia. Incomprensión. Y cuando me acerqué y la toqué, fue una sensación muy rara. ¿Por qué no me dijo que llevaba tiempo enferma? En serio, no lo entiendo. Cualquier excusa sigue pareciéndome una estupidez. ¿Tan débil me creía?

Zorione hizo una mueca de pesar, pero no habló.

—¿Sabes? Cuando vi su color me di cuenta de que hacía mucho que no nos veíamos. Hablábamos por teléfono. Claro que hablábamos. Pero ¿vernos? Al menos hacía tres o cuatro meses que no lo hacíamos. Durante ese tiempo no hizo otra cosa que ponerme excusas para no quedar. Que si tenía gripe, que si estaba constipada, que si un virus estomacal… El caso era darme evasivas. Y yo no insistí porque sabía que, estando cara a cara, se recrearía en lo de siempre, en echarme la culpa del embarazo, de no poner remedio, de liarme con un hombre casado...

—Antes has dicho que no estuviste para su entierro —dijo Zorione.

—No. Eso fue otra odisea. Del hospital la llevaron al tanatorio. No había a nadie a quien avisar. Estuvimos velándola su querida vecina Adela y yo. Cuando llegó la noche, no sabíamos si quedarnos o irnos, así que le ahorré el trago a Adela, y pedí que cerraran la sala. Nos fuimos a casa a dormir. Al día siguiente, a primera hora, un coche funerario traería a mi madre aquí, para enterrarla junto a mi padre. Yo no llegué. Cuando estábamos a punto de subirnos al coche para venir a San Millán, rompí aguas, así que llamaron a una ambulancia y me llevaron al hospital. Creo que solo los sepultureros asistieron a su entierro, ni siquiera se trasladó su *queridísima* vecina. Cuando eres malo, te mueres solo; nadie acude a despedirte —sentencié a la vez que pensaba que tampoco debió ir la señora Uribe. Me lo habría dicho cuando vino a casa, habría presumido de haber sido la única que estuvo en el funeral.

La verdad, me importaba un pito.

—Lamento no haber estado nosotros tampoco. —Su pena parecía

sincera—. Me enteré demasiado tarde. Estuvimos en Francia el fin de semana, visitando a la familia de Mikel. Ya sabes que su madre es española, pero su padre es parisino. Y nada, estuvimos con unos tíos de Mikel… Nos enteramos cuando volvimos, el domingo a última hora.

—No te preocupes. Supongo que en la vida hay cosas más importantes que enterrar a un muerto.

—No digas eso, era tu madre.

—¿Y qué? ¿Morirnos deshace nuestros pecados? ¿De repente nos volvemos santos o qué?

—No, pero…

—Si mató a mi padre, ¿el hecho de haber muerto la exime de haber sido una asesina? Y un cuerno.

—En serio, que estés enfadada con ella porque no te dijo lo de su enfermedad lo entiendo, pero no sé por qué piensas que pudo haber matado a tu padre.

—No estoy loca, Zorione. Tengo mis motivos.

—¿Y cuáles son esos motivos?

—Me dejó un cuaderno contándome… —busqué la palabra idónea, pero solo se me ocurrió una— estupideces.

—¿Te contó que lo había matado?

—No, pero…

—Entonces no deberías llegar a conclusiones fuera de lugar.

—No lo entiendes.

—Pues explícamelo.

Se produjo un silencio. En realidad, deseaba contarle las cosas tremendas que escribió mi madre en ese cuaderno. Horribles. Pero entonces querría detalles y… Nunca supe mentir. Y si le contaba la verdad, ¿qué iba a pensar de mi familia, de mí? Medir las palabras era lo más sensato.

—Está bien. Continúa. —Fue su forma de invitarme a que le contara solo lo que estuviera preparada.

—Al día siguiente de que me dieran el alta fui a casa de mi madre. Olía todo a esa maldita enfermedad, era como tener su cadáver al lado. Aunque, parecía que de verdad estaba allí. Tú ya me entiendes. Me puse a hablarle al aire, a echarle en cara su cobardía. —Puse cara de desdén; seguía tan indignada…—. Eché un vistazo por el piso, supongo que para comprobar que estaba todo en orden. Y entonces lo encontré. Encima de su mesilla tenía un cuaderno con una

nota en la que ponía: «Carolina, hija, esto es para ti. Te quiero». Tuve la sensación de que se pitorreaba de mí. ¿Te quiero? No. A alguien a quien quieres no le haces eso. Y no lo digo porque quisiera ahorrarme el disgusto de su enfermedad durante el embarazo. ¿Tú sabes la de cosas raras e impensables que escribió en el cuaderno?

—No tengo ni idea.

—Lo tengo en la cocina, dentro del bolso cambiador de Aroa.

—¿Quieres que te lo traiga? —se ofreció Zorione.

—Sí, me harías un favor. Tal vez si no me muevo Aroa siga durmiendo un rato más.

Zorione se fue a la cocina y trajo el bolso. Le pedí que buscara el cuaderno. Y de inmediato me arrepentí. Lo sacó y empezó a ojearlo mientras yo enmudecía, tensa y pálida. ¿Cómo había sido tan tonta de pedirle algo así? Recé para que me lo diera, para que ignorara los marcapáginas y los pasajes que yo misma había subrayado. No podía dejar que lo leyera, pero sin saber por qué, seguía paralizada e incapaz de pedírselo. Lo máximo que conseguí fue alargar la mano. Y entonces, como por arte de magia, su hijo empezó a berrear, en un tono tan elevado y desagradable que parecía como si alguien lo estuviera torturando.

—Uno que quiere comer —bromeó despreocupada. Estaba claro que ella no pasaba un calvario cada vez que lo alimentaba. Si hubiera sabido de mi padecimiento, no lo habría soltado tan a la ligera. ¿Seguiría dándole el pecho? Zorione tenía ese perfil—. Voy a por él.

Me entregó el cuaderno y se marchó a toda prisa. Oí sus pasos mientras ascendía por las escaleras. Al entrar en el dormitorio, empezó a hablarle con un tono de voz en exceso agudo. No pensé que se convertiría en una madre de esas que hablan de forma estridente a sus hijos. Reflexioné en cómo le hablaba yo a Aroa. Definitivamente, no lo hacía como si la niña tuviera un retraso o estuviera sorda.

Dejé el cuaderno de mi madre a un lado y lo miré con asco. ¿De verdad iba a confiarle sus secretos a una amiga, la única que tenía, a alguien ajeno a nuestra familia? Mi madre me había advertido de que solo era para nosotras, para Aroa y para mí, para que supiéramos a qué atenernos. Y mientras lo miraba volví a escuchar en la mente la voz y las palabras del doctor Mengíbar: «No, no tenemos constancia de que ese tipo de cáncer, en esa localización, produzca delirios». No, definitivamente a mi amiga solo le confiaría una parte de la verdad.

Zorione regresó con el bebé en brazos. Iba bastante erguido y tenía un tamaño enorme. O a lo mejor era normal, solo que comparado con Aroa parecía un pequeño gigante. No recordaba su

nombre. Vaya amiga me estaba volviendo. El niño tenía los ojos enrojecidos y las lágrimas aún le mojaban uno de sus rollizos mofletes. Un par de velas le colgaban de su chata y redondeada nariz. No se le podía considerar un niño feo, pero tampoco había salido a ellos.

—Qué grande y precioso está —dije para disimular la indiferencia que sentía hacia él. Me las apañé bastante bien para no tener que pronunciar su nombre. Creo que Zorione no se dio cuenta.

—¿A que sí? Ya casi seis meses. Madre mía, cómo pasa el tiempo. Aprovecha de la tuya que esa etapa pasa volando.

—Sí. Ya lo hago.

Mentira. No estaba disfrutando una mierda de aquella etapa. Mi madre y los problemas con la lactancia lo estaban convirtiendo en algo insufrible; eso dejando al margen a Luis. Mi vida era...

—Ya voy, hijo. Dame un momento —dijo Zorione levantándose el jersey y retirándose el sujetador.

El niño se lanzó al pecho como un león hambriento. De solo imaginar que las fauces de aquel monstruito me tocaban los míos, se me cortó la respiración.

—Tranquilo, hijo, que vas a hacerme daño… —Zorione le miraba con una expresión de amor y devoción que yo aún no había podido dedicarle a Aroa. Me pregunté si en algún momento conseguiría experimentar algo semejante.

De pronto, Zorione alzó la vista, sonriente. La expresión se le endureció en el momento en que sus ojos se posaron en los míos.

—Cuando quieras. Soy toda oídos.

—¿No prefieres que lo dejemos para más tarde?

—No. Puedes empezar a leérmelo. Izan suele volver a dormirse nada más comer, así que, no nos molestará.

¡Izan! Es verdad. Al son de los lametones de Izan cogí el cuaderno y lo abrí por la segunda página. La nota de despedida de mi madre cayó de entre medias. Leí el «Te quiero» y sentí asco y desprecio. Nunca quiso a nadie más que a ella misma.

—No es muy largo. Creo que cuando empezó a escribirlo ya estaba… En fin. Te leo.

6. Cuaderno de Bárbara

Hola, hija.

Vengo del médico. Me acaban de confirmar lo que ya intuía. Me estoy muriendo. Me queda muy poco tiempo y hay tantas cosas que debería contarte que no sé si voy a poder. En cualquier caso, antes de morirme debo confesarte algo. Te lo contaré con calma, para que entiendas el motivo, pero, aun así, no sé si conseguiré tu perdón. Al menos, que no me recuerdes con odio.

Llevo unos días con un dolor de cabeza... Es como si fuera a estallarme. Pero tranquila, estoy bien. No pretendo que ahora te vayas a sentir mal por compadecerte de mí.

No sé cómo empezar para que no te dé un arrebato y quemes el cuaderno. Eso no arreglaría nada; la ignorancia solo le sirve a la gente estúpida. De modo que, tienes que prometerme una cosa: que lo leerás hasta el final. De una forma u otra, esto también te afecta a ti. Aunque estoy orgullosa de quiénes somos, de nuestras raíces, comprendo que son otros tiempos, que la gente no entiende las cosas como las entendía hacía años. Si quieres que acabe, tendrás que ser tú quien le ponga remedio. Aunque ahora con tu embarazo… Parece que para lo único que va a servir ese asqueroso de novio que te has echado es para hacer que nuestro linaje perdure al menos una generación más. Aunque con lo joven que eres tenías toda la vida para haberte juntado con alguien más decente. Pero bueno… Creo que las mujeres de esta familia somos indestructibles, a pesar de que muramos. Tú ya me entiendes.

A lo que iba. Voy a tratar de seguir un orden para no liarte.

Ya sabes que nací en el pueblo de la familia, en San Millán. Una vez murió mi madre, las cosas cambiaron. Digamos que (ya llegaremos a esa parte si me da tiempo) no era apropiado que me quedara en San Millán, por lo que me fui a Asturias. Y en Mieres conocí a tu padre. No te voy a decir que fue amor a primera vista. Tu padre no era especialmente guapo. Pero tenía un encanto que compensaba su falta de atractivo. Le conocí en una tienda del barrio. Por aquel entonces, él trabajaba en una panadería. Pero solo de tendero. Más tarde, cuando don Rodolfo, el anterior dueño de la panadería, enfermó, fue cuando tu padre aprendió el oficio. Ese señor no tenía descendientes, y tu padre siempre le trató con mucho respeto. Así que, don Rodolfo le propuso legársela. Como entenderás, tu padre se sintió honrado y aceptó feliz. Era una oportunidad que no podía desperdiciar, de las pocas que surgen en la vida. Durante el tiempo de vida que le quedó a don Rodolfo, que fue breve, le enseñó a tu padre el oficio desde lo más básico a lo más complejo. Cuando murió, tal y como le prometió el hombre, la panadería pasó a tu padre. Fue fácil, porque don Rodolfo no tenía hijos que dieran por culo para conseguir la herencia, así que…

Más tarde fue cuando me casé con tu padre…

No puedo más. Necesito descansar. No te haces una idea de lo que me cuesta mantenerme despierta y sujetar este maldito bolígrafo. Mañana sigo.

He estado varios días sin poder escribir una palabra. Esto es una pesadilla, pero si he empezado debo acabar.

Te decía que me casé con tu padre. Fue el 30 de marzo de 1957. Anda que

no ha llovido desde entonces. Fue un día nublado y hacía una temperatura gélida horrorosa. A pesar de ser un día para estar feliz, lo que más recuerdo fue el frío que pasé. Debí interpretarlo como una señal de lo que me aguardaría en el matrimonio. Pero no. En lugar de eso, inocente (o ingenua, más bien), pensé que ese sería el mejor año de mi vida, que ese mismo verano me quedaría embarazada. Nada más lejos de la realidad. Ahí fue cuando empezó mi obsesión por tener hijos. Pasaron ocho años hasta que tú naciste. Ocho. Durante ese tiempo, visité a una decena de médicos, me pusieron no sé cuántos tratamientos, y nada. Decidí desistir de las modernidades y recurrir a los remedios tradicionales, a los que utilizaban nuestras abuelas y de los que renegué para intentar adaptarme a la nueva sociedad. Nuestras herramientas son las hierbas, los ungüentos, las oraciones, las ofrendas… Ya sabes, la curandería. Pocos meses después, a finales del 1964, me quedé embarazada de ti. Tu abuela, tu bisabuela y demás, tuvieron problemas por utilizar lo que algunos ineptos llamaban brujería. Malditos retrógrados… No sabían, y siguen sin tener ni pajolera idea, de lo eficaces que son algunos tratamientos naturales. Es más, si quisiera seguir con vida me haría uno a mí misma, pero no me apetece.

Ay, hija. Me duele la cabeza, voy a tumbarme.

Hola. Hoy no sé cuánto aguantaré. Te hablaba de mi época en la que quise tener hijos. Durante ese tiempo tuve seis abortos. Seis niños no nacidos antes que tú. Qué triste. Llegué a pensar que alguien nos había echado un mal de ojo. Pero no era posible. Yo misma me hice limpiezas de reversión, por si acaso. Es verdad, nunca lo dejé del todo. El caso es que al fin llegaste tú. Recuerdo el día que naciste. Eras tan bonita… Una bolita sin apenas pelo, con los mofletes colorados y la cabeza muy redonda. Pesaste casi cuatro kilos. Me costó un infierno alumbrarte. Tenía que haberme tomado una tisana para acelerar el proceso, pero me dio miedo que pudiera hacerte daño, así que estuve más de veintiocho horas porque no dilataba. Ya te digo que fue un verdadero infierno. No sé si alguna vez te lo había contado. Nunca fuiste de preguntar mucho; algo que he agradecido siempre; tu falta de interés me ha hecho la vida más fácil, sobre todo en los últimos años.

Vengo de vomitar.

Creo que…

Hola. He estado tres días malísima y con vómitos. La cabeza cada vez me duele más. Ya no tengo descanso. Así que seré breve porque siento la muerte demasiado cerca. Te hablaba del embarazo. En el momento en que me quedé embarazada de ti, tu padre parecía el hombre más feliz del mundo. Desde el principio de nuestra relación se mostró atento y cariñoso. Tuvo que dejar la panadería porque no le iba bien, pero enseguida consiguió trabajo. Al cabo de los años, cuando tú ya tenías unos dieciocho, se fue transformando en una persona cruel y distante. Al principio, no me di cuenta. Pensaba que era una de esas chorradas modernas. ¿Cómo lo llaman, crisis matrimonial? Pues eso, un bache como otro cualquiera, y que antes o después pasaría. Pero aquella etapa duró demasiado tiempo. Me amenazó con divorciarse de mí, con irse de casa, con abandonarnos… Entonces, volví a recurrir a la curandería y, a base de ungüentos, oraciones y trabajos de unión sentimental, conseguí evitarlo. Anclajes, se llama. Te lo digo para que vayas aprendiendo, si es que te apetece. Tienes los otros cuadernos que lo explican.

Gracias al anclaje, entre otras cosas, volvió a ser como antes, como cuando lo conocí. Me llevaba a cenar, se le veía alegre, contaba chistes, se perfumaba, me traía flores… En verdad, empleé mucho tiempo en conseguir aquello. Sin embargo, hubo un factor que no entraba en mis planes. Tu padre se había echado una amante. Una mujerzuela de mi misma edad, más fea, bajita y gorda que yo. No entiendo qué encontró en esa ramera. Aunque no me enteré hasta haber pasado demasiado tiempo, en el 87. Llevaban tres años juntos, tomándome el pelo, insultando a mi orgullo, riéndose de mí a mis espaldas. Nunca te lo conté porque quería protegerte a toda costa, que tuvieras un buen recuerdo de él. Pero ya me he cansado de parecer yo la mala cuando el que nos traicionó fue él.

Me encuentro fatal, hija. Ya seguiré. Recuerda que te quiero, ¿vale?

Hola.

Te estaba contando lo de tu padre y la bicharraca de la amante. Espero que te lo estés tomando con calma y que entiendas que lo único que estoy haciendo es contarte la verdad. Considero que es lo justo y lo correcto.

Cuando me enteré, decidí que aquello debía terminar. Con todo el dolor del mundo, hablé con él y le imploré que la dejara. Pero él…

Me tiembla la mano.

Yo haría como si no hubiera pasado nada.

No quis….

7. Haciendo guardia

Sábado, 20 de octubre de 1990
Mismo día

Carolina del Monte

Ni siquiera había podido terminar la palabra. El rabo de la «s» bajaba de forma dramática por la hoja en un trazo irregular.

—Ya no hay más —dije, levantando la vista del cuaderno y apoyándomelo sobre las piernas. Aroa comenzó a llorar y yo me quedé abstraída, especulando, una vez más, qué era eso que no le dio tiempo a decir. Mi intuición solo veía una respuesta.

Durante unos segundos olvidé dónde me encontraba y porqué estaba releyendo en voz alta el cuaderno que me dejó mi madre. Zorione se mecía como un reloj con el movimiento cambiado, de norte a sur, en vez de, de este a oeste. Su rostro se mostraba serio. No dijo nada. Me pregunté qué estaría pensando. Sentía el pecho de mi hija agitado por el desconsuelo, su voz elevándose cuanto podía, esforzándose por llamar mi atención. Miré la hora en el reloj de pulsera y sentí que se abría un agujero bajo mis pies. Aunque no sé si el agujero quería tragarme o era yo la que deseaba ser engullida; creo que lo segundo. Suspiré con agonía y Zorione quiso saber qué me pasaba.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí pensativa, haciéndome a la idea de lo que me esperaba.

—¿Le toca comer?

—Por desgracia —dije mientras me quitaba el portabebés y apoyaba a Aroa sobre mi regazo.

Teníamos tanta confianza que no tuve reparo en sacarme un pecho para poner a Aroa a mamar, igual que había hecho ella con Izan unos minutos antes.

—¡Dios santo, cómo los tienes!

—Ya. Estoy pasando un infierno. Me duelen a todas horas y cuando le toca comer…

Aroa se agitaba y lloraba, y tuve ganas de unirme a ella hasta quedarnos afónicas.

—¿Quieres que le dé yo?

—Aún no quiero darle leche en polvo.

—No. Me refiero a que si quieres que le dé yo el pecho.

—¿El tuyo?

—Sí. Claro. Así descansas al menos esta toma.

Sentí celos, rabia, envidia, pena, alivio y rechazo, pero…

—Vale.

Se levantó del sofá y dejó a Izan en una canastilla que tenía a su lado, junto al sofá. No me había dado cuenta de cuándo había terminado de comer ni de cuándo Zorione lo había acurrucado entre sus brazos para acunarle, pero, tal y como había pronosticado, el niño se había quedado dormido después de llenarse el buche.

Todavía estaba pensando si aquello era una buena idea. ¿Qué pasaría si después de probar la leche de Zorione, Aroa rechazaba la mía? No sería de extrañar, y más teniendo en cuenta que la mía era pobre y con sabor a sangre y pomada.

Tendió los brazos para que le entregara a mi pequeña. Era posible que Zorione echase de menos la sensación de sostener un bebé recién nacido, tan blandito, tan pequeño, tan indefenso...

Mentalizándome, me recordé que tan solo era una amiga. Una buena amiga. Que su ofrecimiento era desinteresado. No quería robarme a mi bebé. ¿Qué tontería era esa? Pero según la tomó entre los brazos y empezó a susurrarle cosas bonitas, a sonreírla y acariciarle los mofletes, algo explotó en mi interior. No podía hacerlo. Aquello era como si fuera a perderla para siempre, a mancillar nuestro vínculo madre e hija. Pese a todo, volví a quedarme enmudecida. Zorione procedió. Cuando vi la boca de Aroa tocando el pezón húmedo de Zorione sentí náuseas y el cuerpo entero se me estremeció. «Aroa siempre va a ser mía. Antiguamente, las señoras tenían nodrizas para criar y alimentar a sus hijos. No pasa nada. Aroa no pensará que eres una mala madre por esto».

Y entonces me quedé mirando a Zorione: no entendía por qué no me preguntaba o comentaba nada de lo que acababa de leerle.

—¿Sabes que hay un remedio para que te suba la leche? —planteó distraída.

—¿Qué?

—Sí. Tu madre me dijo lo que tenía que hacer. Deberías probarlo. Es muy sencillo y a mí me funcionó. De hecho, juraría que aún tengo algunos ingredientes en el armario de la cocina.

—¿Mi madre? ¿Cuándo has hablado tú con mi madre?

—Hace meses. Cuando nació Izan.

No contesté. Estaba demasiado absorta viendo lo feliz que era mi hija comiendo de un pecho que no era el mío.

—Por cierto, todo eso que me has leído…

¡Al fin se pronunciaba! Sin embargo, dejó su frase sin terminar. ¿Acaso también ella se preguntaba qué era eso que mi madre no pudo terminar de escribir?

Me encogí de hombros y le hice una mueca de «no lo sé».

—Hay una cosa que… —continuó.

—Qué.

—Que no sé por qué crees que tu madre pudo haber matado a tu padre. ¿Por eso que me has leído? Ahí no pone nada que pueda hacerte pensar que lo mató. Dice que tu padre tuvo una amante durante tres años, y se nota que seguía resentida, pero… ¿O es que hay algo más?

—No. Eso es todo.

Hizo un mohín de decepción y menosprecio.

Durante unos segundos permanecimos en silencio.

—¿Estás bien? —se interesó Zorione.

—Sí, un poco cansada. Eso es todo.

—Sí, se te nota. ¿Qué piensas?

—Al margen de que estés tan segura de que mi madre no le hizo nada a mi padre, ¿qué crees que iba a decirme?

—¿Cuándo?

—No te hagas la tonta, Zorione. Cuando dice: «No quis…».

—No tengo ni idea.

—¿Qué sabes de la «curandería»? —pregunté con recelo.

—Mujer, algo sé.

—¿Relacionado con mis abuelas o con mi madre?

—Hace años, mi abuela me comentó algo de que tus abuelas o bisabuelas, durante generaciones habían practicado la curandería aquí, en el pueblo. Y bueno, ya sabes que tu madre también sabía *trucos* —dijo remarcando la última palabra en un tono raro—. Por eso la llamé, para ver si ella conocía algún remedio para la subida de la leche.

—Entonces, ¿tú no crees que mi madre pudo haber matado a mi padre?

—Sigo sin entender por qué se te ha metido ahora eso en la

cabeza —contestó molesta.

—Tú me contaste que ese día, el día que murió mi padre, le viste. Dijiste que se le veía bien.

—Sí, bueno, pero eso no quiere decir nada. Ya sabes que tan pronto estás bien como que al instante te da un infarto.

—¿Te puedes quedar con Aroa un rato?

—Sí, no me importa. Pero ¿dónde vas con la que está cayendo?

Al otro lado de las ventanas, tras las cortinas, se intuía el reguero de agua que la lluvia estaba dejando a su paso por San Millán. Pero no me importaba mojarme.

—Tengo que hacer algo —le dije—. ¿Seguro que no te importa quedarte con ella? No sé cuánto tiempo tardaré.

—No. Tranquila.

—De acuerdo. Ahora vuelvo.

Cogí el cuaderno y el abrigo y me fui sin darle explicaciones. Ni siquiera me acerqué a Aroa para darle un beso. ¿Para qué? Mi presencia le traía sin cuidado. Mi sentimiento de traición empezaba a desbordarse: primero mi madre; ahora, mi hija. No obstante, lo de mi madre no tenía perdón. Era evidente que había estado ocultándome cosas toda la vida. Me había utilizado para llevar a cabo sus jueguecitos de venganza. «Nunca fuiste de preguntar mucho», osó decir. Hasta el último segundo me tomó por tonta. Y lo fui. Por su culpa estaba en esa situación. Por su culpa mi vida se había convertido en un infierno.

8. Tú me diste la idea

Sábado, 20 de octubre de 1990
Mismo día

Carolina del Monte

A pesar de los pinchazos en la entrepierna, de una carrera llegué a casa. Entré, poniéndolo todo perdido de agua y barro. Cogí las llaves del coche y el monedero. Luego fui al comedor. En la mesita auxiliar había una libreta con los teléfonos de la familia, los amigos o los básicos para una emergencia. Si la memoria no me fallaba, mi padre anotó allí el número de teléfono del doctor Ventura. Tenía una consulta privada en Vitoria-Gasteiz, en su propia casa, pero también solía venir a San Millán cada cierto tiempo, a cubrir visitas a domicilio, una costumbre que se estaba perdiendo poco a poco. Pasé todas las páginas hasta llegar a la letra «V». Rastreé con el dedo sobre las páginas amarillentas: «Valentina», «Vitoria Arriaga», «Ventura».

Lo encontré.

Junto al número de teléfono había una dirección. Le di las gracias a mi padre. Le echaba tanto de menos…

Protegí la agenda telefónica entre el jersey y el abrigo y volví a subirme la cremallera hasta el cuello. Los ojos se me fueron al teléfono. La de conversaciones que había tenido allí plantificada cuando me quedaba a solas. La añoranza me cruzó el pecho como una caballada salvaje. Mi vida se había convertido en algo que nunca imaginé. Temblorosa, cogí el auricular y me lo llevé a la oreja. El «*piiiiii…*» de que la línea estaba esperando a que me atreviera a marcar penetró por mi pabellón auditivo haciéndome sentir aún más miserable. Lo aparté con recelo y recordé a Luis, nuestro último encuentro. Introduje el dedo en el orificio del 9. Lo hice girar hasta el extremo y dejé que el platillo volviera a su sitio. El sonido del retroceso me inquietó. Marqué el siguiente y luego el siguiente. Así, hasta marcar todos los números de la casa de Luis. Con el auricular apoyado en la cara, esperé. Al otro lado surgió la voz de una mujer, de Amaia: «¿Diga?». Hacía meses que no la veía en persona, pero sabría reconocer su voz firme y seductora entre mil. Fue como si me dieran un golpe en la boca del estómago. Me quedé sin aire. «¿Sí? ¿Hola?», insistió. Estuve tentada de decirle quién era, de descubrirle que su marido había sido un desgraciado, un mentiroso y un embaucador. Pero perdí la voz. «¿Quién es? Voy a colgar». Y colgó. Escuché el «*Pi. Pi. Pi. Pi. Pi…*» durante demasiados segundos.

Al final, yo también colgué.

Estuve absorta pensando en Luis durante un rato, en cómo empezamos nuestra relación y en la forma tan horrible en la que había terminado. ¿Por qué había sido tan tonta de telefonear a su casa, sabía que lo más probable era que lo cogiese Amaia?

Era hora de dejar de perder el tiempo e ir a Vitoria-Gasteiz.

Fueron treinta minutos de trayecto en los que el ruido del motor y de los limpiaparabrisas consiguió llevarme a otro mundo, aplacar los pensamientos. Aun así, no podía dejar de llorar. Sin gemidos. Sin sollozos. Simplemente, lágrimas.

Apenas me crucé con otros vehículos hasta llegar a Vitoria-Gasteiz. Aun con la lluvia y teniendo en cuenta que era sábado, me pareció raro.

Recordaba el camino de la única vez que mi padre me llevó a la consulta de doctor Ventura.

—No le digas nada a tu madre. Ella prefiere no recurrir a los médicos —dijo papá ya de regreso en el coche.

—Pero puedo tomarme la medicina, ¿no? —le pregunté, desesperada por el dolor.

—Sí. Yo la esconderé y te la daré a las horas que corresponden. Pero hazme caso y no le digas nada a tu madre.

Acepté a regañadientes, pero guardé silencio. Llevaba varios días soportando una cistitis que apenas me dejaba dormir y que incluso me había quitado el apetito. Mi padre me llevó al médico cuando vio que la cosa se ponía peor, había empezado a tener fiebre. Era una época en la que mi madre no tomaba ningún tipo de medicina farmacéutica; no lo tomaba ella ni nos dejaba tomarla a nosotros. Lo arreglaba todo a base de tisanas o emplastos. Y sí, a veces funcionaban, pero en aquella ocasión sus remedios no fueron suficiente.

Aparqué a pocos metros de la puerta. La fachada de la vivienda estaba como antaño, solo que la recordaba más grande. Aun así, era una casa unifamiliar de buen tamaño. De ladrillos marrones, más oscuros ahora por el baño de la lluvia. Si todo seguía igual, la consulta estaría en la planta de arriba.

Llamé al telefonillo.

Tenía las manos entumecidas y de un tono purpúreo enfermizo. Las froté la una contra la otra y las soplé aire caliente para hacerlas entrar en calor.

—¿Sí? —contestó una mujer.

—Vengo a ver al doctor Ventura —respondí.

Un sonido eléctrico y la puerta cedió. El recibidor era amplio, con un paragüero a un lado, un mueble de entrada y un perchero de pie del que colgaban varios abrigos. Desde ahí se distribuía una escalera hacia la planta superior, como las que encuentras en un portal de varias viviendas, y una puerta con su propia cerradura. Igual que la vez anterior, se encontraba cerrada; debía dar acceso a la vivienda. Subí las escaleras, sin correr demasiado, los puntos del parto seguían molestándome. Llegué a una sala de espera. En la pared de enfrente a las escaleras había dos puertas blancas. A ambos lados, en las paredes restantes, unos sillones y una mesita baja cuadrada con varias revistas. Fue una alegría ver que no había nadie esperando, tal vez porque era sábado.

Tomé asiento y me armé de paciencia. Observé las puertas cerradas. Se podía percibir a gente hablando al otro lado de una de las dos habitaciones. Traté de calmar el nerviosismo fijándome en los dos cuadros náuticos que había colgados en la pared de enfrente. Pero eran demasiado oscuros, como si fueras a perderte en mitad de una tormenta, así que bajé la mirada y continué frotándome las manos para hacerlas entrar en calor mientras pensaba en algo que fuera alegre, bonito: Aroa, por ejemplo. Fue absurdo. Esos trucos solo les sirven a los que no tienen problemas reales. El pie empezó a temblequearme como si tuviera una enfermedad neurológica; así estuve los ocho minutos que esperé a ser atendida. Al fin, una pareja salió de la sala. «Buenos días», dijeron ambos a modo de despedida antes de enfrascarse en sus asuntos. Las patas de una silla rozaron contra el suelo; el sonido venía de la misma habitación de la que habían salido esos dos.

El doctor Ventura apareció al otro lado de la puerta. Fue extrañó que no estuviera acompañado por una enfermera, que fuera él mismo quien saliera a llamar a su próximo paciente.

—Buenos días —saludé sin darle tiempo a que dijera nada—. Me llamo Carolina del Monte Argandoña. Mi padre me trajo a su consulta hace algunos años. ¿Le importaría que le hiciera unas preguntas?

El hombre, que ya peinaba canas, arrugó el ceño y examinó mi rostro. ¿Trataba de hacer memoria para acordarse de quién era? Yo, en cambio, no tuve problemas para recordarle de aquella única vez que estuve en su consulta. Conservaba la misma barba, esa que le ayudaba a disimular una cara picada por un acné demasiado agresivo. Sus gafas eran de moldura al aire en vez de la pasta oscura y gruesa que llevó antaño, y de su cabello moreno tan solo quedaban algunas muestras lapidadas entre tanto pelo blanco. Ahora, yo era más alta que él.

—Eh… Sí. Claro. Adelante.

Se quitó del umbral y pasé.

—Tome asiento, si quiere.

Cerró la puerta y anduvo hasta el otro lado de la mesa para sentarse.

—Estoy tratando de hacer memoria, pero… ¿Su padre era Abel del Monte?

—Sí.

Asintió de forma pausada, como quien descubre la última palabra de un crucigrama.

—¿Y en qué puedo ayudarla?

—Sé que usted le estuvo tratando durante años.

—Sí. Aunque no venía mucho.

—Quisiera saber si tiene algún informe de su muerte —dije sin rodeos.

Frunció el ceño.

—¿Algún informe? *Mmm*… No. Creo que no. Si no recuerdo mal, sufrió un infarto, ¿no?

—Eso quisiera averiguar. Según se nos comunicó, sí. Dijeron que le había dado un infarto, pero empiezo a sospechar que no fue eso.

—¿Qué le hace pensar de esa manera? —preguntó perfilando una leve sonrisilla de medio lado.

—Mi madre acaba de morir hace unos días y… —No. No iba a darle más explicaciones de las necesarias, así que decidí ir al grano—. No le practicaron la autopsia, ¿verdad?

—¿A quién, a su padre? —receló—. No.

—¿Por qué?

—Recuerdo que le trasladaron al hospital. Ese día estaba yo de guardia. Su cuadro clínico era claro: estaba sufriendo un infarto. Tratamos de estabilizarle, pero después de varios minutos, falleció. Fuimos varios los que le atendimos y todos coincidimos en que había sido un infarto, así que no había motivo para practicarle una autopsia. No obstante… Espere un momento.

Se levantó y fue a un mueble metálico con tres cajones grandes. Buscó mientras farfullaba algo, creo que el apellido «del Monte».

—Aquí no está. Puede que…

Rascándose la coronilla, regresó al escritorio.

—Estoy buscando el historial médico de su padre.

Esperé con paciencia mientras el médico escribía en su ordenador. Saltaba a la vista que el doctor Ventura procuraba estar a la última en su equipamiento, pero la velocidad en la que deslizaba sus gruesos dedos sobre las teclas y las innumerables miradas del teclado a la pantalla y de la pantalla al teclado, dejaban en evidencia su falta de soltura en el campo de la informática.

—Aquí está. Fecha de la defunción: el 11 de febrero de este año. Su padre vino a revisión siete meses antes de su fallecimiento.

—¿Y?

—Tenía el colesterol alto. Le sugerí que hiciera cambios en la dieta: retirar los embutidos, las grasas, los fritos, la bollería y el pan. Es evidente que le dio un infarto a causa de una obstrucción en las arterias.

«Claro, muy evidente».

—¿Qué habría que hacer para que le practicaran una autopsia?

Negó con la cabeza y sus delgados labios se perdieron bajo su barba poblada.

—¿Una autopsia? ¿A estas alturas? Necesitaría mover demasiados papeles y aguantar múltiples trámites burocráticos. Un juez tendría que autorizar la exhumación del cadáver, pero necesitaría presentar algo que justifique alterar el descanso de un muerto.

—Tenía que haberle practicado la autopsia —le reproché.

—Yo no practico necroscopias, señorita.

—Pero fueron ustedes, los que le atendieron, los que concluyeron que no era necesario, que era un simple infarto.

—No tuvimos la menor duda sobre las causas de la muerte de su padre.

Se me escapó un suspiro al darme cuenta de que allí no iba a conseguir nada.

—De acuerdo. Gracias por su tiempo, doctor Ventura —dije echando la silla hacia atrás con el cuerpo. Los puntos me dieron una punzada.

—Siento no haberle sido de más ayuda.

Me ofreció la mano y yo se la estreché falta de entusiasmo.

—En cualquier caso, ¿dónde puedo hablar con un médico forense? —pregunté.

Sus pequeños ojillos me volvieron a examinar. Adiviné que desconfiaba de mis intenciones, de modo que tuve que justificarme: —Solo quiero hacerle un par de preguntas. No pienso insinuar ni decir

nada que pueda perjudicarle; se lo aseguro.

—Está bien.

Rebuscó en uno de los cajones de su escritorio y sacó una agenda. Terminó arrancando una esquina de una hoja de papel en blanco y anotó algo.

—Aquí tiene. Dígale que va de mi parte. Probablemente así le atienda. No es una persona muy afable, que se diga. Aunque si consigue que la vea en persona tendrá mucho ganado.

Fruncí el ceño buscando entender qué quería decir con eso.

—Le pierden la mujeres jóvenes y guapas como usted.

Me acababa de dar los datos de un puto viejo verde; vamos, lo que me faltaba.

—Gracias —dije sin entusiasmo.

—Telefonéele por la tarde, a partir de las 18:00 horas. Antes no le responderá.

—Se lo agradezco de nuevo.

En el trozo de papel había un nombre: Dr. Gregorio Morientes, y un teléfono debajo.

Antes de regresar a por mi hija, debía hacer una parada.

9. El descanso de los muertos

Sábado, 20 de octubre de 1990
Mismo día

Carolina del Monte

Esos cuatro árboles a la entrada parecían antipáticos guardias a cargo de la protección y el descanso de los muertos. Las primeras hojas caducas alfombraban el suelo y aunque sus copas aún estaban pobladas, pronto parecerían cuatro siniestros candelabros de madera. Tras ellos, la fachada de piedra que en los últimos meses había visto en más ocasiones de las deseadas, y las cruces a lo alto de las puertas metálicas de acceso. Aquel sitio me daba repelús.

Permanecí en el coche, con el motor en marcha y las luces encendidas. La lluvia seguía cayendo constante. Los charcos ondeaban con cada gota. A simple vista no se veía ningún otro vehículo. ¿Quién iba a un cementerio con la que estaba cayendo? No obstante, tenía la esperanza de que estuviera abierto.

Caminé cobijada bajo el paraguas. Me asomé por los barrotes de una de las puertas. No vi a nadie, de modo que me dirigí a la de acceso. La empujé apoyándome en una de sus gruesas y frías barras de hierro. Tuve la sensación de estar colándome en un sitio donde no iba a ser bien recibida.

La tierra y las pequeñas piedras crujían a cada pisada. Eché un vistazo alrededor: de nuevo, no vi a nadie. Caminé hacia la tumba familiar donde descansaban los restos mortales de mis padres. El hecho de no haber visto enterrar a mi madre me hizo sentir extraña: de pronto fui consciente de que ella también estaba ahí dentro. Fue como si alguien me echara un jarro de agua fría por la cabeza. Estaban allí los dos y, a pesar de lo sucedido a raíz de la muerte de mi madre, a pesar de dejarme sus horribles secretos en un cuaderno, me invadió un sentimiento agónico, como si hubiera sido abandonada en un mundo demasiado grande.

No quería creerlos y a la vez lo creía todo. Por eso estaba allí.

Las flores sobre la lápida todavía conservaban un buen aspecto; apenas hacía unos días que la enterraron. Sus restos descansaban encima de los de mi padre. En la piedra aún no figuraba su nombre, solo el de él: «Abel del Monte Gil.

28/02/1930 - 11/02/1990.

Tu familia te quiere y te echará de menos.

D. E. P.».

«Tu familia te quiere y te echará de menos», releí. Esa frase la elegí yo después de que mi madre se desentendiera.

—Lo que se escriben en las tumbas son chorradas; la mayoría de las veces son mentiras —dijo ella—. La gente las pone solo para quedar bien, para dar la impresión de familia perfecta, aunque luego sea todo una patraña. Así que pon lo que quieras. No necesito dejar mensajitos en una piedra para hablarle a tu padre. Lo que tenga que decirle se lo seguiré diciendo como cuando estaba vivo —argumentó.

En ese momento creí que su tono de resentimiento era porque la había dejado viuda. Sin embargo, ahora… Ahora no lo tenía tan claro.

«Tu familia te quiere y te echará de menos».

—Yo, al menos, sí que te echo de menos —susurré mientras observaba el agua resbalando por el mármol hasta el suelo.

Las gotas de la lluvia golpeaban sobre los pétalos de las flores. Permanecí allí estática durante varios minutos. El olor de la tierra mojada, del campo que rodeaba el cementerio, de las flores frescas, de las piedras…, era el otro perfume de la muerte. Y el silencio, enturbiado por la lluvia, era como una voz diciéndome que debía seguir adelante.

Oí pasos y me giré asustada. Era un trabajador del cementerio.

—Buenos días —saludé.

Tuve la esperanza de que no me echara ni se pusiera impertinente. No tenía el horno para bollos.

—O buenas tardes, según si ha comido ya —respondió.

Debía ser más tarde de lo que pensaba. Pero no quise comprobar la hora, suficiente tenía con tener las manos heladas.

Sonreí con un gesto fugaz. Debió notar mi indiferencia.

—Yo te conozco, ¿no? —dijo, cuando me disponía a girarme de nuevo.

Le miré a la cara. Llevaba una gorra debajo del gorro del chubasquero que le ocultaban la frente, las cejas y la cabeza. Además, una espesa barba le cubría la otra mitad del rostro. No era fácil reconocerle.

—No sé decirte.

—Sí, mujer. Eres Carolina, ¿no?

Fruncí el ceño.

—Sí. ¿Y tú…? —pregunté con recelo.

—Xabier Aguirre García. Íbamos al mismo colegio.

—Creo que te estás equivocando. No recuerdo a ningún Xabier Aguirre en mi clase. Además, yo no fui al colegio de Vitoria-Gasteiz, sino a uno de Mieres, en Asturias. —Se aproximó hasta quedarse a un par de metros de distancia. Se echó la capucha hacia atrás y se quitó la gorra—. ¿Así mejor? ¿Me reconoces ahora?

Aunque no creía probable conocerle de nada le examiné a conciencia. De pronto, caí.

—*Aaaaah*… Ya sé quién eres. El hijo de Leire y Patxi. —Ahora entendía qué hacía ahí. Su padre había trabajado de sepulturero en el Cementerio de Agurain toda la vida. Él debía estar siguiendo sus pasos.

—El mismo.

—Pero tú eres un año o dos mayor que yo, ¿no? Además, como te he dicho, no fuimos juntos al colegio.

—Lo que tú digas. Pero te acuerdas de mí, ¿no?

—Sí. Claro que me acuerdo. En el verano solíamos juntarnos todos y volvíamos locos a nuestros padres. Juraría que eras de los pocos que no me llamaban bruja —dije sonriente a pesar de que no me hizo gracia recordar aquella época. No sé quién dijo la estupidez esa de «cualquier tiempo pasado fue mejor».

—Ya sabes que los niños son crueles. Escuchan algo y ya no hay quien los pare.

En ese momento se oyó un ruido estruendoso. Una de las escaleras plegables y de madera que había apoyadas contra una de las paredes de nichos se había escurrido a causa de los charcos que se estaban formando por la lluvia.

—Maldita escalera. Cada vez que llueve debo dejarla en el suelo si no quiero pegarme estos sustos —dijo a la vez que negaba con la cabeza—. Un día va a darme un infarto y se preguntarán por qué. Tú eres testigo. Ahí la dejo. Ya la pondré recta cuando deje de llover y se seque el suelo. Por cierto, siento lo de tu madre. Ha debido ser un duro golpe teniendo en cuenta que tu padre murió hace tan poco.

—Sí. Está siendo una mala época. Si no fuera por Aroa… —Arrugó el gesto. Mi corazón seguía agitado por el sobresalto—. Mi hija. Nació horas después de que falleciera mi madre.

—Ah. Enhorabuena, entonces, por la pequeña. Te servirá para desconectar de… —Hizo un movimiento con la cabeza señalando la

tumba—. Por cierto, te habrás fijado en que aún no está la piedra puesta.

—¿Te refieres a la inscripción de mi madre?

—No. Al mármol. Bueno, sí, eso también. Es decir, la piedra está colocada en su sitio, pero falta sellarla con silicona. No es lo habitual, pero nosotros preferimos esperar unos días. A veces, los familiares quieren meter recuerdos o fotografías y, si las selláramos de inmediato, no podrían.

No sabía a quiénes se refería. ¿Él y quién más? ¿Su padre seguía trabajando? Seguramente.

—Pues ahora que lo dices, sí. Llevo un par de días pensando en que me hubiera gustado enterrar con ellos una caja con recuerdos de cuando eran jóvenes. ¿Estoy a tiempo?

—Sí. Claro. Tráela cuando puedas.

—Mañana a mediodía, si no te importa. Hoy tengo otros asuntos que atender.

—Mañana es domingo, pero… Sí, no te preocupes. Por aquí estaré.

Le dediqué una sonrisa de cortesía y agradecimiento.

—Pues nada. Voy a seguir por aquí haciendo cosas. Si necesitas algo, ya sabes.

Miré la maldita escalera plegable que seguía en el suelo, bañándose con el agua de la lluvia, la madera oscurecida. Respiré hondo. Luego, observé la lápida que cubría la tumba de mis padres. Si quería hacer algo, el tiempo apremiaba.

10. Ahora mi casa

Sábado, 20 de octubre de 1990
Mismo día

Carolina del Monte

Zorione abrió la puerta con Aroa en brazos. La niña dormía plácidamente.

«Sí que está aprovechándolo, sí».

—Hola. ¿Qué tal ha ido? —preguntó a la vez que se echaba a un lado sin dejar de mecer a mi hija.

—Bueno. No he sacado nada en claro.

Limpié las suelas de los botines sobre un paño grueso que mi amiga había extendido sobre el gres. No hice intención de coger a Aroa, y ella tampoco me la ofreció.

—¿Dónde has estado?

—Visitando al doctor Ventura, el médico que llevaba a mi padre.

—¿Has ido a Vitoria-Gasteiz?

—Sí.

—¿Y qué le has preguntado?

—Nada del otro mundo. —Zorione me dedicó una mirada desaprobatoria, así que le contesté—. Nada, solo le he preguntado si le practicaron la autopsia.

—¿Por qué iban a hacerle la autopsia? Fue un infarto.

—Ya. Eso mismo me ha dicho él.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Poco más, la verdad.

Omití contarle mis planes para esa misma tarde.

—Bueno, ¿y qué tal se ha portado mi brujita?

—Muy bien. Comió y se quedó dormida, igual que Izan.

Fuimos al comedor.

Su hijo estaba sobre una manta gruesa, jugando con unos muñecos de tela.

—Por cierto. Toma —dijo inclinándose sobre la mesa pequeña de centro. Encima había una pequeña bolsa de plástico anudada—. Son

las hierbas que me dijo tu madre que tomara. Ya sabes, para lo de la subida de la leche. Tómatelas. Hazme caso.

Suspiré.

—Vale. Después de comer empezaré a tomarlas. Ahora, debo marcharme. Todavía tengo cosas que hacer en casa.

—De acuerdo. Si necesitas ayuda para lo que sea, ya sabes.

—Gracias. Puede que… —Me quedé pensativa. No sabía aún cómo lo iba a hacer, pero…—. ¿Podrías quedarte esta noche con Aroa? Necesito dormir y que me cicatricen un poco más las heridas —dije presionando los antebrazos contra el pecho.

—Pues claro. Yo me quedo con ella.

—No quiero abusar.

—Pero ¿qué dices? Estoy encantada.

—Vale. Pues, luego nos vemos.

Estiré los brazos para que me diera a mi hija. Según la cogí hizo un puchero.

«¿En serio? ¿Tan poco me quieres? Qué triste».

Poco después estaba aparcando delante de la que ahora era mi casa. La señora Uribe nos observaba a través de la ventana. Al sentirse descubierta, soltó la cortina y se escondió. Maldije a aquella vieja cotilla; ¿acaso no tenía otra cosa que hacer?

Aroa se había despertado, pero por suerte no lloraba.

Entré al comedor y encendí la chimenea. Tumbé a Aroa en su moisés y lo aproximé a la lumbre.

—No llores, ¿eh, cariño? Mami tiene que hacer cosas.

Se quedó dormida. Nunca la había visto tan relajada. Entendí que se debía a que, por primera vez en su corta vida, estaba satisfecha y feliz. Todo gracias a Zorione.

Aproveché para abrir las ventanas de la planta de arriba y ventilar. Entretanto, creí que era un buen momento para comer algo y comenzar a tomar la primera infusión *milagrosa*. Olí la bolsita de hierbas que me había dado Zorione; fue como meter la nariz en un pedazo de bosque seco envasado al vacío.

—¿Esto tampoco podías habérmelo dicho antes de morirte, maldita loca? Podrías haberme ahorrado bastantes dolores. Pero no, a mí no, para qué. Fue mejor contárselo a mi amiga cuando lo necesitó. Ella siempre te gustó más que yo, ¿verdad? No sé de qué me sorprendo.

Recordé aquella grandiosa frase de su cuaderno: «La verdad es que nunca fuiste de preguntar mucho; algo que he agradecido siempre; tu falta de interés me ha hecho la vida más fácil». Sentí que la cara se me torcía del asco. Eché una cucharada de *sus* hierbas en el agua y lo dejé reposar.

No podía olvidar lo que había escrito en ese maldito cuaderno y por qué me había escondido que estaba enferma y se iba a morir. Aun estando muerta iba a conseguir volverme majara.

Preparé un sándwich y me senté en un banquito de la cocina. Podría haber ido al comedor para estar con Aroa, calentita frente a la chimenea, pero tenía la mente en otra parte, buscando conexiones o alguna pista que seguir. Y entonces recordé que nunca dejaba que entrara en su habitación. ¿Por qué? ¿Qué escondía?

No debí levantarme tan rápido. Los puntos me tiraron y tuve la sensación de que mi piel era como una tela quemada por el sol a punto de rasgarse. Apreté las piernas a la vez que me doblaba a la mitad. «¡Mierda!». Tomé aire por la nariz. Deseaba que se curasen de una maldita vez.

Subí hasta la habitación que un día fue de mis padres. Sentí escrúpulo al imaginarme durmiendo en su cama, en su dormitorio, tapada con esa colcha gruesa y de tacto áspero, rodeada de muebles antiguos: el cabecero de color vengué, las mesillas a juego, el armario empotrado, los tres cuadritos de motivos florales… Aún olía a mi madre: una mezcla de romero, naftalina y agua de colonia barata. ¡Ya era suficiente! Borré la estampa de la cabeza y me concentré en lo que había subido a hacer allí. Ojeé el interior del armario. Si encontraba algo no estaría a la vista ni en la parte central, sino en el maletero, así que fui a por una silla y seguí buscando. Entre cajas de zapatos y de ropa, encontré una de un tamaño pequeño, de madera. Dentro había velas, un par de pañuelos de tela de hombre y de mujer con apariencia de tener muchos años, cada uno con sus correspondientes iniciales, en el de mujer «L, V» y en el de hombre «C, A».

—Tienen que ser de los abuelos —concluí—: Lourdes del Valle y Constantino Argandoña.

En el fondo de la caja encontré una libreta. Era la letra de mi madre. Pero solo había fechas y más fechas: 07/05/1959 - 30/06/1959

05/10/1959 - 02/01/1960

06/06/1960 - 03/09/1960

08/03/1961 - 23/05/1961

10/11/1962 - 03/02/1963

Estuve varios minutos mirándolas sin saber qué significaban. Parecían periodos, pero no entendía a qué correspondían.

Bajé de la silla y me senté en ella.

—¿De verdad papá te fue infiel? No puedo creerlo. De todas formas, lo fuera o no, ¿habrías sido capaz de matarlo? Si lo demás era cierto seguro que sí. ¿A quién podría preguntarle sobre esa supuesta infidelidad? Necesitaba ver la otra cara de la moneda.

—Siempre fuiste un poco paranoica —dije como si pudiera oírme—. Puede que solo fueran imaginaciones tuyas. Papá era un santo, por Dios. Además, ¿quién se supone que era la amante? ¿Acaso yo la conocía? Nunca le vi con nadie. Si consiguiera encontrarla, al menos podría hablar con ella, preguntarle su versión de los hechos, pero ni siquiera sé su nombre. ¡Aaaarrggg…! ¡Aún después de muerta no me dejas en paz!

Tiré sobre la cama la caja y el resto de los objetos.

—Debería hablar con la señora Uribe. Seguro que ella puede decirme algo. Aunque nadie sabe si las cosas que va diciendo son ciertas o se inventa la mitad.

Aroa comenzó a llorar.

—*Nooooo…*, por *favooor…*, que aún no quiera comer —lloriqueé.

Fui a la cocina. Le di un trago a la infusión y un mordisco al sándwich.

—Ya voy…, ya voy... No llores —dije por el pasillo.

La cogí en brazos.

—Tienes que dormir un rato más. Aún es pronto para comer.

La acuné a la vez que terminaba de comer y me bebía el resto de la infusión de un trago, sin respirar. Arrugué la cara en un gesto involuntario, como cuando le das un mordisco a un limón.

Un olor a caca se esparció por el aire.

—Ay, hija, ¿es eso? Tranquila, que ya voy.

Recordé los apaños que tenían que hacer las madres de la época de mi madre: todo el día lavando pañales de tela.

—Con el cuerpo tan pequeño que tienes… ¿Cómo puedes generar tanta mierda, hija?

La limpié con esmero.

—Tal vez, así me quieras un poco más. Y dentro de poco podré darte el pecho como corresponde. Te gusta la idea, ¿eh? A mí

también. Con tal de no ver las estrellas cada vez que me rozas… Y ahora, ven. Vamos a llamar al señor forense. Estate calladita, ¿eh?, que esta conversación es para mayores.

Marqué el teléfono que me dio el doctor Ventura. Varios tonos después, contestó un hombre con la voz grave. Lo imaginé calvo y con una tripa prominente, mayor, aproximadamente de la edad que tenía mi madre, cerca de los sesenta años.

—¿Diga?

—Buenas tardes. Con el doctor Gregorio Morientes, por favor.

—Dígame. Soy yo.

—Hola. Mi nombre es Carolina del Monte Argandoña. Me gustaría tratar con usted un tema delicado.

—¿Qué quiere?

—Puedo pagarle por el trabajo, y no tiene por qué enterarse nadie. Solo necesito saber la verdad.

—Señora…, Argandoña, ¿no?

—Carolina, por favor.

—Carolina, no me dedico a hacer trabajos ilegales.

—¿Ilegales? No. No es nada ilegal. Tal vez no me he explicado con claridad. Quiero analizar unas muestras y averiguar si hay algo fuera de lo normal, como envenenamiento, por ejemplo.

Se produjo un silencio.

—Lo siento, pero no puedo atenderla.

El *pi, pi, pi, pi…,* indicaba que había colgado.

—¿No? ¿No quieres hacer el trabajo? Eso ya lo veremos.

Colgué dando un golpe sobre el soporte. Aroa se puso a llorar.

11. El silencio de la noche

Sábado, 20 de octubre de 1990
Misma día por la noche

Carolina del Monte

A eso de las nueve de la noche fui a casa de Zorione para que se quedara con Aroa. Iba a haber esperado hasta las diez, cuando el cielo estuviera completamente oscuro, pero pensé que si se la dejaba antes a lo mejor me ahorraba la retahíla de preguntas incómodas que muy seguramente me haría. Confiaba en ella porque por lo general era discreta, no la típica chismosa que se mete en todo. Pero a veces… Ya lo dicen: la curiosidad mató al gato.

—Hola.

—¿Qué tal? ¿Pasas?

—No, no. Me voy rápido. ¿Estás segura de que no te importa quedarte con Aroa?

—Para nada —dijo cogiéndomela de los brazos. Le apartó ligeramente el saco en el que la llevaba resguardada del frío y le sonrió como si fuera su propia hija—. Es muy buena. Por cierto, ¿qué tal? ¿Has probado ya las hierbas que te di?

—Sí.

—Bebe mucha agua. Pronto notarás la mejora.

—Eso espero. Y, por cierto, no creo que tarde en pedirte comer.

Sonrió satisfecha y la peinó con el pulgar un mechón de la frente. Sentí una gran decepción conmigo misma.

—Será un placer. Y… ¿Vas a decirme adónde vas a estas horas?

—Preferiría que no.

—Ya. Pues ten cuidado, que ya hemos tenido muchos entierros últimamente.

Alcé una ceja.

—¿Por qué dices eso?

—Nada. Solo digo que tengas cuidado. —Se acercó la cabecita de Aroa hasta la cara y empezó a acariciarla con la mejilla.

—Siempre lo tengo —dije mientras las observaba.

Allí no pintaba nada. Hice amago de largarme, sin intención

siquiera de darle un beso a mi hija para despedirme. ¿Para qué? Ya estaba recibiendo todo el cariño de mi amiga; en ese instante el mío le hubiera sabido a poco.

—Oye. He estado pensando en eso que me has leído. Creo que… —comenzó Zorione. Pero no estaba dispuesta a perder más tiempo.

—Mañana me lo cuentas, ¿vale?

Estaba de los nervios. Necesitaba irme y hacer lo que tenía que hacer.

—Vale —claudicó.

—No sé a qué hora llegaré.

—No. Tranquila. Si quieres te la acerco yo a casa mañana por la mañana, después de que haya comido.

—Ah. Pues…, sí. Mejor. Vale. Mañana nos vemos. —Y ahora sí, comencé a andar—. Gracias por cuidarla —dije elevando la voz a medida que me alejaba.

No miré atrás. Caminé con la vista puesta en el horizonte, con la mente en otra parte. Oí cómo se cerraba la puerta de su casa, cómo mis botas se pegaban en la tierra aún empapada y sonaban como las ventosas al despegarse de un cristal. Por suerte, había dejado de llover. Alcé la vista al cielo: estaba despejado. Al menos no acabaría como una sopa.

Conduje convenciéndome de que todo saldría bien.

Al cabo de unos pocos minutos llegué al cementerio. Apagué el motor y las luces. La oscuridad lo envolvía todo. Cogí una linterna y anduve con sigilo, rezando por no encontrarme a nadie, no solo por el susto que me llevaría, sino porque no sabría qué excusa darle. Pero por fortuna, tan solo yo me encontraba allí. Yo y los muertos que descansaban al otro lado del muro.

De nuevo, los mismos árboles montando guardia en la puerta principal. De noche aún se veían más siniestros. Los imaginé sacando sus raíces de la tierra y caminando hasta cortarme el paso, «nadie puede entrar aquí de noche —dirían, con una voz hueca y grave— y menos tú. Vete por donde has venido» y, entre sus gruesos troncos, los muertos asomando sus cuerpos después de haber abandonado sus tumbas, con la única intención de estrangularme y convertirme en una más de ellos. Por lo general, el miedo te hace pensar cosas estúpidas. No obstante, a pesar del desasosiego, no estaba dispuesta a marcharme y, menos por las invenciones cobardicas de la mente. Cerré los ojos y traté de serenarme. ¿A qué le tenía tanto miedo, a los muertos? Era absurdo: ellos son los únicos que ya no pueden hacerle daño a nadie. El soniquete estridente de los grillos estaba poniéndome aún más

nerviosa.

—Vamos —susurré para darme ánimos.

Además, debía darme prisa. Cuanto antes empezara antes podría volver a casa y sentarme frente a la chimenea, bien calentita.

Saqué una pala del maletero, me colgué una mochila a la espalda y cogí un candado.

Cerré el maletero como si nada, olvidándome de dónde estaba y lo que me disponía a hacer. El estruendo del portazo me cortó la respiración durante varios segundos. Miré a un lado y a otro. A ese paso se iban a enterar hasta en la China. Entonces caí: había aparcado justo al lado de la carretera.

—¿Y si viene alguien y ve el coche? Puede que alguien lo reconozca y sepa que estoy aquí.

Tenía que aparcarlo en la parte trasera del cementerio; allí sería imposible que nadie pudiera verlo desde la carretera. De modo que volví al coche y lo moví.

—¡Claro! —caí a la vez que echaba el freno de mano—. Además de estar escondido, podré subirme en él para saltar el muro. —Me felicité por haber tenido tan brillante idea.

Caminé hasta la puerta principal del cementerio para cerciorándome de que seguía estando sola. Fue cuando vi que aparte de echar la llave ponían una cadena de hierro entrelazada a los barrotes, sujeta por un candado. Cogí un par de eslabones y enganché mi candado. Ahora nadie podría entrar sin la llave que yo traía.

Regresé al coche. La maniobra era sencilla: subirme en el capó y saltar. Sin embargo, podría resbalarme y hacerme mucho daño. Respiré hondo. Sacudí los brazos, como si el miedo fuera un bicho al que puedes espantar.

—¡Vamos, que no puedes estarte aquí toda la noche!

Rebufé como un toro y subí al capó con dificultad y cuidado, pero sin dar ningún traspié. Una vez arriba vi que me había dejado la pala tirada en el suelo, frente a la puerta principal.

—No eres más imbécil porque no te entrenas. Hala. Lista. Bájate y ve a por ella.

Según descendía los puntos me tiraron. Traté de moverme despacio, convenciéndome de que no tenía prisa. Pero sí la tenía. Debía largarme de allí lo antes posible.

Recuperé la pala y volví a subirme en el capó. El muro aún sobrepasaba unos treinta centímetros por encima de mi cabeza.

—Tenía que haber traído una escalera, joder.

La temperatura había descendido aún más después de que dejara de llover. Tenía los dedos entumecidos. Me froté las manos con viveza antes de buscar en la mochila un juego de guantes de cuero que llevaba para ponérmelos más tarde. Dudé de si con los guantes podría agarrarme bien al muro o me escurriría. Lancé la pala por encima y sonó otro estruendo cuando chocó con lo que fuera que hubiera al otro lado. Recé por que no hubiera nadie cerca.

Apoyé las manos y di un salto. Por suerte, siempre había sido bastante ágil. La estampa de las tumbas, los féretros y los nichos era siniestra. Los grillos parecían advertirme de que no siguiera adelante, pero no les hice caso. El muro era ancho y sin elementos cortantes, como trozos de cristal rotos. Tenía parte del cuerpo suspendido en el aire. El vértigo se abalanzó sobre mí sin previo aviso. Tuve la sensación de estar a punto de caerme hacia delante y clavarme la cruz de piedra de la tumba que tenía debajo. Cerré los ojos y volví a respirar hondo. Estaba quedándome helada por el contacto del cemento contra el cuerpo. El muro seguía mojado y la ropa no era suficiente aislante para evitar que su humedad empezara a alcanzarme.

«Cri, cri... Cri, cri... Cri, cri...».

Debía saltar de una maldita vez. Busqué por dónde hacerlo. Sentí pánico. Traté de localizar las escaleras plegables del cementerio: con un poco de suerte estarían cerca, apoyadas contra el muro por el que acababa de trepar. Pero no. Seguían tiradas en el mismo sitio donde las vi caer unas horas antes, justo al otro lado, en el suelo. No me quedaba otra que descolgarme por donde había subido. Imaginé a los muertos mirándome con cara de malas pulgas, juzgando mis actos. Medí la distancia hasta la cruz de piedra de la tumba que se encontraba justo debajo. Pero quedaba demasiado lejos como para servirme de apoyo. Lo positivo era que tampoco me chocaría contra ella. Y no aguanté más. Los brazos me flaquearon y los dedos se me resbalaron. Terminé cayendo de culo contra una tumba y luego contra el suelo. Sentí una punzada horrible en la pierna y de inmediato me la apreté lo más fuerte que pude. El dolor era agudo y profundo, no entendía lo que había sucedido. Miré a un lado y a otro, nerviosa, sin despegar la mano del punto doloroso. No había nadie, pero tuve la sensación de que me habían oído hasta en el mismísimo San Millán. Cogí la linterna y me alumbré. Tenía un corte de unos diez centímetros. Sangraba. Lo que faltaba. Quise ver el alcance del corte, pero la luz de la linterna hacía demasiadas sombras. No dejaba de sangrar. Debía tapármelo cuanto antes, y más si iba a estar removiendo tierra que podría tener larvas.

Fui quitándome prendas hasta llegar a la camiseta interior y con la que improvisaría un vendaje. Hacía un frío tremendo. Horrible. El aire que salía por mi boca se convertía en pequeñas nubes blancas, los dientes me castañeaban.

Sujeté la camiseta con los dientes y volví a abrigarme a toda prisa. Luego, di un par de tirones por una de las costuras hasta dejarla como un trapo rectangular. Me la enrollé alrededor de la pierna dándole un par de vueltas y lo anudé lo más fuerte que pude.

Ahora no solo me dolían los puntos de la episiotomía, que seguramente se me habían abierto, sino también el culetazo y el corte de la pierna. No obstante, tenía que terminar lo que había empezado. Cogí la pala y caminé hasta la tumba de mis padres. Calculé que, con un poco de suerte, en dos o tres horas habría conseguido largarme de allí.

Traté de apartar la piedra empujándola, pero no la moví ni un milímetro. ¡Ni un milímetro! No podía creerlo, no tenía la fuerza suficiente ni siquiera para empujar una lámina de mármol. Y de nuevo, sentí pánico. ¿Cómo iba a llegar, entonces, hasta la tumba de mi padre?

Sentí un ligero mareo.

—No puede ser. Me ha dicho que aún no la han sellado.

Volví a empujar con todas mis fuerzas. Pero con eso lo único que conseguí fue marearme y que me doliera todo el cuerpo.

No sabía qué hacer. Miré el nombre de mi padre escrito con letras en relieve. Noté un agujero en el pecho.

—¿Y ahora qué? ¿De verdad me va a tocar cavar ahí?

Apreté los puños. La rabia me corroía.

—Si te crees que voy a darme por vencida lo llevas claro. De aquí no me voy sin los restos de papá.

Sin quererlo, él mismo me dio la idea hace años. Me basaría en una práctica que se llevó a cabo a principios del siglo XIX, sobre todo en la ciudad de Londres, por unos señores llamados *resurreccionistas*. A mi parecer, era algo absurdo y macabro, pero dicen que a la fuerza ahorcan: para aquellos era un oficio. A cambio de unas monedas, desenterraban los cadáveres recién enterrados para llevarlos a los hospitales y a las universidades de medicina para que los doctores, ávidos de conocimiento, pudieran diseccionarlos y estudiarlos. Aunque, a veces, el objetivo de los *resurreccionistas* no era llevar los cuerpos a ninguna parte, sino, tan solo, robar las joyas con las que los familiares los hubieran enterrado. Mi padre me contó que acudían al lugar a altas horas de la noche y cavaban en la tierra hasta dar con los

ataúdes. A veces tenían que cavar al lado de donde habían enterrado a la persona porque encima habían puesto una lápida. En algunas ocasiones, el trabajo lo llevaban a cabo un par de individuos, pero en otras, se apañaba uno solo. Y eso era lo que tendría que hacer yo: apañarme yo sola y abrir un agujero en la tierra, en el hueco que quedaba entre la tumba de mis padres y la de los muertos de al lado.

El aire húmedo y frío entraba y salía por mi nariz destemplando mis intenciones, pero me froté las manos y clavé la pala en el barro. Por suerte, la tierra estaba más blanda de lo que esperaba.

Comencé así mi trabajo de *resurreccionista*. Hincaba la pala empujándola con el pie, y luego echaba la tierra a un lado; mucha, en pedazos aún compactos.

Una y otra vez.

Siempre la misma maniobra.

Un trabajo mecánico y agotador. Pero tenía que hacerlo. Y lo hice durante un largo rato, hasta que en el silencio de la noche pude oír que alguien se acercaba. No estaba sola.

12. Llamadas

1988
Dos años antes

Bárbara Argandoña

Se encontraba tejiendo cuando el teléfono empezó a sonar. Soltó las agujas y se levantó para contestar. Al segundo tono se cortó. Bárbara permaneció delante del aparato unos segundos.

El *«ring…»* de una nueva llamada volvió a romper el silencio.

—¿Quién es? —contestó.

Al otro lado no se oyó nada.

—¿Hay alguien ahí? —insistió.

La llamada se cortó.

Estaba acomodándose las agujas y la lana cuando oyó la puerta de casa.

El tintineo de las llaves.

Varios pasos dirigiéndose hacia la cocina.

El sonido de un periódico tirado sobre la mesa.

Más pasos.

—Ya estoy aquí. —Era su marido.

Bárbara alzó la vista de las agujas y se encontró con el gesto serio de Abel. «Ni que se le acabara de morir el perro», pensó ella.

Abel se sentó en el sillón.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Bárbara.

—Bien. Como siempre.

Cada dos vueltas, Bárbara alzaba la vista para observarle.

No habían pasado ni cinco minutos cuando el teléfono volvió a sonar.

La mujer hizo amago de levantarse, pero cuando quiso soltar las agujas su marido ya estaba de pie.

—¿Sí? —contestó él. Transcurrieron unos segundos—. Eh… Sí. Se ha equivocado.

Abel colgó ante la expectación de su esposa.

—¿Quién era?

—Se han equivocado.

Lo siguió con la mirada hasta que volvió a sentarse en el sillón.

—¿Y tú qué has hecho? —le preguntó Abel falto de interés.

—Lo de siempre. Limpiar. Comprar para hacer la comida, y ahora estaba terminando la chaqueta que te empecé.

Abel examinó la pieza de lana, cada vez más grande.

—Voy a darme una ducha y a leer un rato —dijo él a la vez que se levantaba. Le dedicó una mueca de complacencia a su mujer y se fue a la habitación a por un pijama limpio.

Después de la ducha, se encerró en la sala de estar, cogió el libro que estaba leyendo de Alejandro Dumas y lo abrió por donde dejó el separador la tarde anterior.

Abel madrugó para irse al trabajo. Minutos después, Bárbara comenzaba las labores domésticas. Miró en la percha que colgaba detrás de la puerta de su dormitorio para echar a lavar la ropa que su marido se puso el día anterior, pero no había nada. La encontró dentro de la lavadora, escondida entre la demás ropa sucia. La sacó con recelo y la examinó. No encontró nada que pudiera hacerle sospechar. Sin embargo, Bárbara había dejado de confiar en su marido; su intuición le decía que le estaba ocultando algo.

Aquella misma tarde, Bárbara fue hasta las oficinas donde trabajaba Abel. Se sentó en un banco en la acera de enfrente, escondida tras varios coches y una revista, y esperó a que dieran las cuatro. Desde allí lo controlaba todo, a cada persona que entraba o salía del edificio. Estaba convencida de que, fuera lo que fuera lo que hiciera y le ocultara su marido, sucedía inmediatamente después de que saliera del trabajo.

Faltaban cinco minutos para las cuatro en punto. Una mujer se paró a varios metros de la puerta principal. Bárbara la examinó de arriba abajo, y sintió una oleada de desprecio hacia esa desconocida. Tenía una constitución parecida a la suya, pero estaba más entrada en carnes. Morena, con el pelo por debajo del hombro. Vestida con una falda de tubo, unos tacones finos no muy altos y un chaquetón que le cubría el resto de la ropa. Bárbara pensó que parecía una pieza de carne embutida.

A las cuatro y dos minutos, Abel salió del trabajo.

No hubo titubeos: la desconocida le estaba esperando. Debía hacerlo siempre en el mismo sitio. Y Abel, en cuanto la vio, dibujó una sonrisa de oreja a oreja; sus ojos se iluminaron. Ella correspondió.

Hacía demasiado tiempo que Abel no le dedicaba a su mujer una muestra de cariño tan sincera como aquella.

Abel se acercó a la desconocida y de dio un beso. Luego, caminaron alejándose de allí. Paseaban como dos veinteañeros enamorados: abrazándose, riendo, hablando, besándose.

Ardiendo de rabia, Bárbara los siguió.

Entraron en un portal y subieron hasta el tercer piso. Solo había dos viviendas por planta.

Bajó las escaleras y miró en los buzones. Tercero A: Amadeo Collado Pérez y Cristina Hermoso de la Huerta. Tercero B: Juana García Ballesteros.

Entonces lo recordó. Juana. Esa Juana. Su *compañera* de trabajo.

Bárbara esperó a Abel en casa, igual que cada día, tejiéndole la chaqueta.

Esa tarde no hubo llamadas de teléfono.

Al cabo de un par de horas, Abel llegó. Saludó a su mujer desde la entrada y fue a darse una ducha. Cuando salió, se encerró en la sala de estar para seguir leyendo *El conde de Montecristo*.

Bárbara preparó la cena. La televisión volvió a ser la que puso la conversación en la mesa.

A la mañana siguiente, mientras su marido estaba en el trabajo, Bárbara fue a casa de Juana García Ballesteros. Llamó a su timbre. Juana abrió confiada, como si esperara a otra persona. Nada más ver a Bárbara se le endureció el gesto: sabía que era la mujer de su amante.

—¿Puedo pasar un minuto? —le preguntó Bárbara.

—Mejor que no.

—Lo sé todo. No te quitaré mucho tiempo.

—En serio, creo que no es buena idea que entres en mi casa.

—De acuerdo, pues te lo diré aquí mismo.

Su voz se mantenía sosegada, su mirada desafiante.

Apoyó una mano en la puerta para evitar que Juana cerrase.

—Escúchame con atención. Sé que tienes una hija.

—¿Eso tú cómo lo sabes?

—El estúpido de mi marido ha estado hablándome de ti como si fueras una compañera del trabajo. Me contó que eras viuda, que tenías una hija de veintitantos años…

—No quiero que sigas. Vete —dijo Juana, tratando de retirarle la

mano de la puerta y elevando levemente la voz.

—¿Acaso quieres montar un escándalo, que se te tache en el vecindario como la fulana que va rompiendo matrimonios felices? —preguntó calmada.

Juana la miró con recelo, pero paró de forcejear.

—Vengo para avisarte: o dejas de ver a mi marido o en menos de una semana tu hija sufrirá un grave accidente.

—¿Qué?

—Solo vengo a avisarte. Eso sí, ahí dará comienzo una larga y dolorosa etapa de tu vida.

—Estás loca.

—Una semana. O te alejas de mi marido o tu vida y la de tu hija serán un infierno.

—¡Vete!

—Claro —dijo apartando la mano de la puerta—. Pero más te vale que no le cuentes nada de esto a mi marido, o si no… Pues eso, si tienes alguna duda, ya sabes cuál es el teléfono de mi casa.

13. Una noche interminable

Madrugada del domingo, 21 de octubre de 1990
Ahora

Carolina del Monte

Apenas llevaba un par de palmos de profundidad cuando lo oí: un coche se acercaba.

Permanecí en silencio y quieta. Dejé de respirar durante unos segundos y agudicé el oído. El rugido del motor se apreciaba cada vez más cerca. Estaba aminorando la marcha. Más cerca. Las ruedas comenzaron a producir un sonido que yo conocía bien, el de los neumáticos pisando las piedras del camino de tierra que los traía directos al camposanto.

No podía ser. ¿Quién, a esas horas de la noche, podría querer ir a un cementerio? ¿La Policía? ¿Acaso desde la carretera se veía mi coche y querían comprobar que ningún gamberro estuviera haciendo lo que no debía?

Los faros del vehículo asomaron por entre los barrotes de la puerta principal. Dejé caer la pala sobre la tierra, dentro del agujero. Apagué la linterna y me escondí detrás de la tumba de mis padres, que se alzaba del suelo unos treinta centímetros. Mi cuerpo, tumbado bocabajo sobre la arena húmeda. Recé para que desde la puerta no se viera el hoyo. Y de pronto vi que la mochila estaba en medio del camino.

El corazón me latía a mil por hora.

El coche seguía moviéndose, iluminando arriba y abajo a merced de los antojadizos socavones del terreno.

Conseguí reptar hasta la mochila. Descendí por el agujero que yo misma había cavado. El olor a tierra movida me provocó náuseas. La humedad se calaba hasta mi piel, enfriándola en cuestión de segundos. La pierna empezó a darme pinchazos. Los puntos me tiraban. Se me saltaron las lágrimas. Maldije a la mala suerte. ¿Era obra de mi madre desde el más allá? ¿Acaso tenía el poder de seguir atormentándome la existencia? El rugido del motor de aquel maldito coche penetraba en los oídos como si fuera la sierra mecánica del asesino de *La matanza de Texas*. Asomé levemente la cabeza. Había dejado de circular, pero seguía arrancado. Miré la mochila. Los faros la iluminaban

provocando una sombra espectral. Si salía de detrás de la tumba pasaría a ser un blanco fácil, y como se tratase de la Policía y me vieran… A ver cómo iba a explicarles lo que estaba haciendo; pensarían que era una chiflada.

La indecisión empezaba a nublarme el juicio. No podía dejar ahí la mochila. Además, tampoco se encontraba tan lejos. Si estiraba el brazo lo suficiente…

Cerré los ojos, llené los pulmones de aire, lancé el brazo y di un tirón antes de volver a esconderme. Recé para que no me hubieran visto y se largaran lo antes posible.

Entonces, los faros del coche se apagaron. Podía husmear sin ser vista. Se bajó un chico del lado del conductor. Respiré más tranquila al ver que no vestía de uniforme.

—¡Vamos, cagona! ¡Sal, que no pasa nada! —gritó el chico.

Se me abrieron los ojos como platos. El corazón me bombeaba a un ritmo insano.

Un ruido de puerta cerrándose.

Pasos.

—¡Vamos! ¡Que los muertos están muertos! —continuó.

No entendía qué estaba pasando. ¿A quién le hablaba? ¿Por qué decía esas estupideces?

Una puerta se abrió.

—¡Que no! ¡Cierra! Además, allí hay un coche. Tiene que haber alguien —contestó una chica.

El chico se acercó hasta mi coche, que no estaba muy lejos.

—Este coche está vacío. Aquí no hay nadie —dijo después de mirar por las ventanillas—. Vamos, mujer, sal. ¿Qué?, ¿te da miedo o qué?

—¿A eso me has traído aquí? Como no te subas, te vas a quedar a pan y agua. Así que, tú mismo.

—Joder, tía…

Portazo.

Pasos.

Puerta abriéndose.

Portazo.

Confié en que el siguiente ruido fuera el del coche alejándose. Pero estaba claro que las cosas no iban a salir bien a la primera.

Apoyada contra la tumba de mis padres, cada vez más helada, cansada, desmoralizada y nerviosa, esperé unos minutos a ver si echaban uno rapidito y se largaran de una santísima vez.

Maldije infinidad de veces a aquellos dos niñatos. ¿No tenían otro sitio donde ir a meterse mano? Como me enterase de quiénes eran esos dos babosos se iban a enterar.

Miré el foso. No podía seguir excavando con la pala, pero sí podía ir ahuecando la tierra. Saqué un martillo que llevaba en la mochila. No creí que pudieran verme. Con la parte de quitar los clavos, levantaba trozos compactos de tierra y con las manos los echaba a un lado.

Y un rato más tarde, arrancó el maldito coche: al fin se marchaban.

—Sí. Idos ya, joder —susurré mirando hacia la puerta. Los faros alumbraron momentáneamente el interior del cementerio mientras giraban. El ruido se fue alejando, dejándome de nuevo en compañía del grillar de aquellos repelentes insectos.

Era hora de reanudar la excavación, pero esta vez con la pala.

Los minutos corrían como el agua de una catarata. Iban más rápido que mis fuerzas y los resultados. Cogí una de las escaleras que había por allí y la trasladé hasta el agujero. Tuve que cambiar las pilas a la linterna.

Eran más de las cuatro de la mañana cuando decidí probar suerte. Había conseguido abrir un agujero de al menos un metro y pico de profundidad. Desde ahí, debía cavar de forma horizontal para alcanzar el ataúd de mi padre.

Comencé a excavar, a veces con el martillo, a veces con las manos.

El tiempo seguía corriendo.

Por fin, el martillo golpeó en la madera.

Recé para que fuera el ataúd de mi padre.

Lo golpeé hasta que conseguí abrir un agujero por el que meter la mano. Hice un ruido terrible. Y de pronto, un olor hediondo penetró por mis fosas nasales. Sentí una arcada. Me cubrí la nariz y la boca con la manga del jersey. Los ácidos estomacales me subieron por la garganta hasta la boca. A punto estuve de vomitar.

Pero algo fallaba. Los restos de mi padre no podían oler así.

Corroída por la rabia, metí la mano para palpar el cuerpo.

No podía creerlo. Era mi madre. Hasta el último minuto iba a

estar entrometiéndose en mi vida.

Sin quitarme el antebrazo de la cara, empecé a echarle tierra para tapar el agujero por el que salía el olor de su cuerpo en descomposición.

Debía cavar más profundo todavía.

Las 5:04.

Pronto se haría de día, pero continué.

Y continué…

Cuando volví a mirar el reloj, eran más de las siete y media de la mañana. No podía entender cómo habían pasado tan rápido las horas. Pero llegados a ese punto, debía terminar. Golpeé la madera del ataúd de mi padre con todo el dolor del mundo. Cada vez estaba más convencida de que él no debía haber muerto; él podría haber conocido a su nieta. Le hubiera hecho tanta ilusión…

Conseguí romper la madera. De este no salió un olor vomitivo. Cogí de la mochila unas bolsas de plástico estériles. En una metí un hueso de su mano. Pero necesitaba algo más. Traté de alcanzar su abdomen. Me dolía tanto estar haciendo aquello…

Entre llantos, náuseas y disculpas, apoyé la mano en lo que debería ser su abdomen y metí los dedos. Era imposible adivinar qué demonios era aquella mezcla de tejidos blandos y viscosos, pero cogí una muestra y la metí en otra de las bolsitas.

Y vomité.

No sabía cuánto tejido y huesos de mi padre llevarme. Esperaba tener suficiente con lo que ya había cogido.

Acerqué la cara hasta su mano mutilada, dispuesta a darle un beso. Pero no lo hice: el asco pudo con el deseo de despedirme una vez más de él.

Las 8:02. Era hora de hacer desaparecer el hoyo y salir pitando.

El proceso inverso fue mucho más rápido, pero estaba agotada, sentía el dolor en todo el cuerpo: la pierna y las cicatrices me escocían y pinchaban; las manos, a pesar de tenerlas protegidas por los guantes de cuero, las sentía en carne viva.

La luz del sol comenzó a iluminar el cementerio.

Lo hacía lo más rápido que podía.

Las 8:22.

Ya había amanecido. Fue entonces cuando me vi el pantalón manchado de sangre.

Sentí pánico.

Seguí cubriendo el foso.

Media hora más tarde había terminado de cubrir el hoyo. Pisé la tierra para compactarla.

Las 9:13.

Oí un coche aproximándose.

Me colgué la mochila a la espalda y, a duras penas, corrí con la escalera hasta el muro. A cada zancada estaba a punto del desmayo. Había subido un par de escalones cuando oí que el coche pasaba de largo. Respiré hondo, pero continué ascendiendo peldaño a peldaño, lo más rápido posible. Aquello era la inequívoca señal de que tenía que salir de allí echando leches.

Me descolgué por el otro lado hasta caer sobre el morro del coche, haciéndole un abollón.

Arranqué y pisé el acelerador más de lo recomendable por ese terreno. Los socavones en la tierra hacían bambolear el coche sin clemencia, provocándome más dolor donde pensaba que era imposible.

El traqueteo cesó al pisar el asfalto. Entonces vi que a lo lejos venía un coche.

—No ha podido verme. No. No creo. Tranquila. Lo has conseguido.

Suspiraba al verle alejarse por el espejo retrovisor cuando de pronto me quedé sin aire: había olvidado el candado colgando de la cadena. Tenía que regresar y recuperarlo, si no, sabrían que alguien había estado allí.

Di la vuelta. Más bamboleos. Más socavones. Más angustia. Nadie había llegado todavía. Dejé el coche con el motor en marcha y la puerta abierta. ¿Dónde había echado las llaves del maldito candado? Me temblaba el pulso. Al fin las encontré dentro del bolsillo del pantalón. No atinaba a meter la llave. Al tercer intento lo conseguí. Sonó el clic al abrirse e, inmediatamente después, percibí el sonido de otro vehículo en la lejanía. Cogí el candado como si fuera el testigo en una carretera de relevos y corrí contraída hacia el coche. ¡Mierda! Ya había visto ese vehículo antes: era el mismo que vi aparcado en la parte trasera del cementerio cuando estuve la tarde anterior. Debía ser de Xabier o de su padre. Aceleré como si fuera a apagar un incendio. Me incorporé a la carretera. El coche puso el intermitente. Yo me cubrí la cara con la manga. Al cruzarnos, vi de reojo el ceño fruncido y los ojos inquisitivos de Xabier siguiéndome con la mirada. Me había visto.

14. Agua sucia

Domingo, 21 de octubre de 1990
Mismo día

Carolina del Monte Argandoña

Aparqué ante la puerta de casa y recé para que la señora Uribe no se asomara a cotillear. Solo cuatro metros más y podría sentirme a salvo.

Antes de abandonar el coche, observé las ventanas de la vecina. Tenía la sensación de que mil ojos lo observaban todo desde allí. Sin embargo, las cortinas no se movieron. Con el cuerpo acalambrado y dolorido, anduve hacia la puerta con las llaves en la mano. Me faltaba el aire, pero ¡al fin estaba en casa!

Ascendí las escaleras gimoteando, a punto de una crisis nerviosa. No me di cuenta de que llevaba la mochila a cuestas. Bajé los cinco escalones que con tanto esfuerzo había subido y la metí en la nevera, como si fuera un embutido más.

Encendí la calefacción de toda la casa.

Subí a la planta de arriba, cogí ropa limpia y la llevé al cuarto de baño.

Toda yo estaba llena de barro.

Bebí del grifo del lavabo un par de tragos. No quería mirarme al espejo. En su lugar, me centré en los guantes que aún llevaba puestos. Me los quité despacio. Tenía las palmas de las manos llenas de ampollas. Estaban reventadas y supurando un agüilla transparente con minúsculos hilos de sangre.

Quise llorar, pero estaba agotada.

Al fin, tuve valor para mirarme al espejo. Tenía la cara sucia, el pelo húmedo y con pegotes de tierra. ¿De verdad había pasado la noche entera excavando en la tumba familiar para coger muestras de los restos de mi padre?

Entumecida, fui a la habitación y rebusqué dentro del armario hasta que encontré una caja de costura y regresé al cuarto de baño.

Desanudé la camiseta con la que mantenía presionada la herida de la pierna y luego los pantalones. Toda la ropa estaba manchada de sangre. Tal y como temí, también se me había abierto la herida de la episiotomía.

El botiquín. El costurero. La pierna dentro de la bañera. Agua y

jabón. En cuanto empecé a limpiarme sentí la tensión en todo el cuerpo. Apreté los dientes. Los pinchazos eran penetrantes e intensos. Durante unas fracciones de segundo todo lo que había alrededor se convirtió en una nebulosa blanquecina. Comencé a hacer respiraciones profundas. Rocié la herida con un buen chorro de agua oxigenada. De nuevo todo se volvió blanco: la pierna parecía tener su propio corazón. Un chorro de Betadine. La solución yodada cayó por mi pierna dibujando varios caminos, como los brazos de un árbol aciago. Saqué del costurero una aguja enhebrada. Quemé el metal con una cerilla hasta que se consumió. Luego, procedí a coserme la herida. Las lágrimas me caían mientras hacía todo lo posible por seguir consciente. Reuní valor para darme cuatro puntos. Ni uno más. Volví a echarme *Betadine* y cubrí la cicatriz.

No quería mirarme el resto de las lesiones, pero las notaba húmedas, seguramente infectadas. Dejé la pierna que me acababa de coser fuera de la bañera y me senté en el borde. El agua caliente dejaba en evidencia todas las heridas de mi cuerpo, algunas que ni siquiera sabía que tenía. El agua dulce arrastraba la suciedad de cada palmo de piel, dejando tras de sí un odioso escozor de color marrón y rojo.

No podía dejar de llorar; mi vida era una auténtica mierda.

Enrollada en dos toallas, una en la cabeza y otra en el cuerpo, me tumbé en la cama y me quedé dormida.

15. No me mientas

Domingo, 21 de octubre de 1990
Mismo día

Carolina del Monte Argandoña

Di un sobresalto al oír un par de golpes en la puerta. Algo me decía que quien fuera que estuviera llamando llevaba un rato esperando a que le abriera.

Busqué la forma menos dolorosa de abandonar la cama.

—¡Voy! —grité a la vez que descendía a cámara lenta por la escalera, apoyándome en la pared y en la barandilla.

«Como sea la señora Uribe…».

—¿Dónde demonios estabas? ¿Estás bien? —Era Zorione, notablemente alterada—. Llevo un rato llamando. Creía que te había pasado algo.

Entró en casa, apartándome con el brazo. ¿Qué hora era? La seguí con la mirada mientras trataba de ubicarme. Miré las hombreras de la mochila portabebés; el cierre cruzado en su espalda. Me resultaba tan familiar…

—En serio, ¿dónde has estado? —continuó, apremiándome.

Yo parecía haber enmudecido; seguía tan cansada que no llegaba a entender el motivo de tanto alboroto. Cerré la puerta y fui detrás de ella hasta el comedor.

—Lo siento —atiné a decir.

—¿Que lo sientes? Joder, tía, me has dado un susto de muerte. ¿Estás bien?

Se sentó en el sofá y empezó a manipular el cierre a su espalda. Yo permanecí de pie, observándola. De pronto caí en la cuenta: esa niña era mía. Mi hija. Aroa. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado a mi propio bebé?

—Estás muy pálida. ¿Qué te pasa?

No respondí. Continué contemplando a Aroa, que dormía plácidamente; cosa que yo también deseaba seguir haciendo.

—Querrás cogerla, ¿no? —dijo Zorione.

Arrugué el ceño. Era como si no entendiera lo que estaba diciendo. ¿Cogerla? ¿Yo? ¿Por qué, si ya se la veía tan a gusto en sus

brazos?

—¡Carol! ¡¿Me oyes o qué?! ¡Tía, ¿qué te pasa?!

—Nada. Nada.

Sacudí levemente la cabeza. Volví a mirar a mi hija, y esta vez reaccioné como se suponía que debía reaccionar una madre, estirando los brazos para cogerla. Zorione me la entregó. Me dolía todo el cuerpo, pero me quedé embobada mirando el gesto relajado de Aroa y sonreí. Era tan bonita… ¿Cómo podía haberme olvidado de ella? Besé su pelo. Absorbí su aroma a inocencia. ¿Olía distinto? ¿A leche?

Y de pronto recordé las malditas infusiones. El agua.

Sentí la mirada inquisitiva e impaciente de Zorione. Cuando alcé la vista, negó con la cabeza con gesto recriminatorio.

—Estoy esperando —dijo.

—Lo siento, Zorione. Ha sido una noche de locos. Tenía que ir a un sitio y cuando estaba a mitad de camino, se me ha roto el coche.

—He visto tu coche en la puerta.

—Ya. Después de que me dejara tirada en mitad de la carretera, tuve que ir a buscar ayuda. No sé cuántos kilómetros habré andado. Estoy agotada. Me duele todo.

—¿Y vas a contarme qué te ha pasado en las manos?

Volví a fruncir el ceño. ¿En las manos? ¿Cómo era posible que me las hubiera visto?

—Las tienes destrozadas. Y no trates de escondértelas bajo las mangas, ya te las he visto.

—Me quemé.

—¿Que te quemaste?

—Sí. Con el motor. Al abrir el capó para ver si…

—Para ver una mierda —dijo en tono enfadado.

Me cogió de una muñeca y me dio un tirón hacia ella. Por casi se me cae Aroa de los brazos. Me examinó la palma hasta que se la retiré con la misma brusquedad.

—Esas heridas no son de una quemadura —dijo.

—Lo que tú digas.

—*Mesedez* [4]. ¿Te crees que soy tonta?

—No. Zorione. No creo para nada que lo seas.

—¡Pues deja de mentirme!

Guardé silencio.

Fui a sentarme en el sofá, pero por culpa de los dolores tuve que abandonar la idea.

—Está bien. Somos amigas de toda la vida, así que, si no quieres contármelo, no lo hagas; confiaré en ti. A ver qué remedio. Pero al menos, ten la decencia de no mentirme. Prefiero que seas sincera y digas que no puedes decírmelo.

—¿Y así no insistirás?

—No. No insistiré. —La observé con recelo—. Te lo juro. Solo quiero saber que estás bien.

—¿Bien? No. Bien no estoy. Me duele todo el cuerpo. Se me han infectado los puntos de ahí abajo y… Bah. Olvídalo.

Sus ojos me contemplaban con pena.

—Tengo una crema. Una pomada. A mí tampoco se me cerraron bien. Voy a casa y te la traigo. Es importante que se te curen, si no, tendrás que ir al médico.

—Ya. No me apetece.

—Dame quince minutos. Voy a casa y vuelvo.

No me dio tiempo a contestar, y aunque así hubiera sido, tampoco le hubiera dicho que no: ella era la única persona en mucho tiempo que se estaba preocupando por mí.

Dejé a Aroa en el cuco y fui a prepararme una tisana de las que le había recomendado mi madre. Sabía que en cuanto regresase sería lo siguiente que me preguntaría.

Tardó menos de quince minutos en estar de vuelta.

—Toma. Date esto tres veces al día —dijo dándome una caja rectangular y alargada—. Está sin abrir. Compré un segundo bote pensando que lo necesitaría, y al final no hizo falta.

—Gracias.

—Ve y date un poco.

—¿Ahora?

—No. Mejor mañana, cuando lo tengas peor. ¡Pues claro que ahora!

Le hice caso.

—Veo que te estás tomando las infusiones —dijo cuando regresé.

—Sí.

—¿Y qué tal? ¿Notas algo?

—No me ha dado tiempo a enterarme.

—Bueno, tú sigue tomándotelas.

Se quedó mirándome, como si quisiera averiguar lo que le estaba escondiendo.

—Oye. ¿Has pensado en preguntarle a la señora Uribe sobre tu familia? No sé cómo se las apaña, pero siempre termina enterándose de todo.

—Ya he pensado en ella, pero no sé si tengo ganas.

—Bueno. Tú misma. Si quieres que te acompañe o que te cuide a Aroa, lo dices.

Hizo amago de marcharse.

—Espera.

—Qué.

—Estoy pensado que, si algún día me pasase algo, me gustaría que tú y Mikel os quedaseis con Aroa.

—¿Qué?

—Que seas su tutora legal, vaya.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Porque no tengo a nadie. Solo quedaría Luis, y no la quiere. Así que, ¿querrías encargarte de ella si llegara el caso?

—Dios no lo quiera.

—Supongo que lo tendrás que hablar con Mikel.

—No. Sé que a él no le importaría. Adora a los niños.

—Entonces, ¿sí?

—Joder, tía. Vale. Sí. Yo… Nosotros… Ay, Carol, no me gusta nada hablar de estas cosas, me parecen de mal augurio.

—No te preocupes, solo quiero estar tranquila. Supongo que cuando te haces madre piensas en cosas que antes jamás se te habrían pasado por la cabeza. ¿Acaso tú no has pensado en quién querrías que se quedara con Izan si a ti y a Mikel os pasara algo?

—Mis padres.

—O sea, que sí lo has pensado.

—Sí. Pero no quiero hablar más de eso. Me da mal rollo.

—De acuerdo. —Nos miramos con nostalgia durante un par de segundos—. Gracias. Hablaré con un abogado para que lo recojan así en un testamento.

—Vale. Pero prométeme que vivirás hasta que seas viejecita. Por tu hija. Y por mí.

Asentí con la cabeza. Ella imitó mi movimiento, pero más lento e imperceptible que el mío, con un mohín de pena.

—Luego hablamos.

Una vez a solas, cogí el cuaderno de mi madre y me senté en el suelo, frente a la chimenea. Esta vez, releí el fragmento que no le quise leer a Zorione, uno que, seguramente, hubiera cambiado su forma de mirarme a la cara o su decisión de quedarse con mi hija.

16. Una visita inesperada

Lunes, 22 de octubre de 1990
Al día siguiente

Carolina del Monte Argandoña

Saqué de la nevera la mochila con los restos mortales de mi padre y la dejé en el pasillo. Me disponía a ponerme el abrigo cuando sonó el timbre. Pensé que sería Zorione.

Abrí sin mirar por la mirilla.

—Buenos días. Buscamos a la señorita Carolina del Monte Argandoña.

Eran un par de hombres de aspecto serio. Uno, de unos cuarenta años y, el otro, de unos cincuenta. Los miré de arriba abajo.

—Sí. Soy yo, pero ahora mismo me pillan mal de tiempo.

Di por hecho que eran testigos de Jehová, de modo que hice amago de cerrar la puerta. No tenía que darles más explicaciones.

—Somos de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial de la Guardia Civil, yo soy el teniente Héctor Sandoval y él el sargento Ismael Miranda. Necesitamos hacerle unas preguntas, si es tan amable.

Paré en seco a la vez que notaba cómo la sangre me huía del rostro. Respiré hondo con disimulo, y actué como si las piernas no estuvieran a punto de doblárseme como una paja seca al posarse un pájaro. ¿Me habían pillado? ¿Se habían enterado de que esa misma noche había estado en el cementerio profanando la tumba de mis propios padres? Pero ¿cómo lo sabían? Solo podían haberme visto aquellos dos babosos. Tuvieron que ver el coche cuando se iban. ¡No! Ellos no habían sido los únicos que me habían visto. Xabier. El muy gilipollas tuvo que llegar justo cuando yo ya me estaba yendo. Sus ojos penetrantes siguiéndome como si fuera un fantasma… Se preguntaría qué hacía allí, por qué no le había esperado. O tal vez el muy imbécil vio la tierra movida y…

Miré más allá de las espaldas de los dos guardias civiles para comprobar que la señora Uribe no estuviera haciendo gala de su merecida fama. Una sombra se intuía al otro lado de una de las cortinas. Eso no era un espectáculo que ella tuviera que presenciar.

—Está bien. Pasen.

Cuando estás tan cansada, nerviosa y dolorida la cabeza no te

rige como debería. Nada más entrar, ambos bajaron la vista a la mochila. Lógico: estaba en medio del pasillo, junto a la puerta. ¡Joder! ¿Por qué les había dicho que podían pasar? Cerré la puerta mientras reunía fuerzas para no desmayarme.

—Ustedes dirán —dije, consiguiendo atraer su atención. Con disimulo, escondí las manos bajo las mangas, sujetándomelas como si fuera una niña buena.

—¿Iba a salir? —preguntó Héctor Sandoval, el de mayor edad; el teniente. Tenía el pelo de un color castaño uniforme, a excepción de las patillas jaspeadas por las canas; un abdomen voluminoso y las piernas muy delgadas, como si fuera un jilguero. Su expresión era impertérrita.

—Sí.

—No le robaremos mucho tiempo —intervino el más joven, el sargento Miranda—. Nos gustaría saber si conocía usted al señor Luis Carrión Pacheco.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio en persona? —La pregunta la formuló el teniente Sandoval mientras el otro, el sargento Miranda, permanecía callado y tomaba notas. Sostenía el bolígrafo de forma ortopédica entre cuatro de esas feas morcillas que tenía por dedos; y las uñas tan roídas que apenas se le veían.

—El viernes pasado —respondí sin necesidad de hacer grandes esfuerzos por acordarme. Aun así, no entendía por qué me preguntaban por Luis. ¿Eso significaba que no habían venido por la profanación de la tumba de mis padres?

—¿Nos puede decir el motivo?

—¿De que nos viéramos? Acababa de nacer nuestra hija y quería que la conociera.

—¿Una hija juntos? —repitió el teniente Héctor Sandoval. E intercambió una mirada de recelo con el sargento Ismael Miranda, el de las morcillas por dedos.

—Sí. Eso he dicho.

—¿Eso quiere decir que ustedes tenían una relación…? —Todas las preguntas las hacía el teniente mientras el otro apuntaba en la libretita de las narices. No sé qué tanto tenía que anotar.

—Sí —respondí antes de que terminara la pregunta.

—¿Desde cuándo?

—No sabría decirle con exactitud.

Llevábamos un par de años, pero a ellos no les importaba lo más mínimo.

—Y ¿cómo se conocieron?

—Entré a trabajar en su empresa, hace varios años. Bueno. A decir verdad, la empresa no es suya, pero es un alto cargo.

—¿Puede ser más concreta?

—La empresa es de su mujer.

—¿Y aun sabiendo que estaba casado, ustedes empezaron una relación?

—¿Acaso han venido a mi casa a juzgarme?

—Responda, por favor. ¿Usted sabía que estaba casado y aun así empezaron una relación?

—¡¿Qué?! No tengo por qué contarles nada.

Otra vez se miraron.

—Señora, no la estamos juzgando —continuó el sargento Miranda —. Además, ya nos ha contado que han tenido un hijo.

—Sí. Hemos tenido una hija. Se llama Aroa, por cierto, como la abuela de Luis.

Empezaba a estar hasta las narices de tanta insolencia e impertinencia.

—Vale. Entonces, creo que podrá ayudarnos a entender la situación —continuó el teniente.

—En serio… ¿Qué situación? No hay nada que entender.

—Lo que el teniente Sandoval quiere decir —habló el sargento Miranda a la vez que dejaba de tomar notas—, es que, si usted sabía que estaba casado con otra mujer, ¿cómo es que decidieron tener un hijo juntos?

—Él va a dejar a su mujer. Si aún no lo ha hecho es porque no ha encontrado el momento.

—Entiendo.

—Entonces —intervino de nuevo el cincuentón, el teniente—. ¿El señor Carrión sabía que iba a ser padre?

—Claro que lo sabía.

—¿Y estaba de acuerdo con esa decisión?

—¿Qué está insinuando? Sí. Él quería que la tuviéramos. Siempre ha sido una niña muy deseada por ambos.

—Sin embargo, si quería tener ese hijo con usted, ¿cómo es que

aún no la conocía?

—¿Cómo?

—¿Por qué tuvo que llevarle usted a la niña hasta la oficina para que la conociera? —insistió el teniente Sandoval.

—Ya les estoy diciendo que no es sencillo. Como ustedes dicen, él aún no ha dado el paso de abandonar a su mujer. Le da miedo decirle nada. La pobre tiene problemas.

—¿Problemas de qué tipo? —preguntó el de los dedos horrendos.

—Mentales. Ha sufrido depresión y es muy celosa. Le ha amenazado un par de veces con suicidarse. Y claro, ninguno queremos que la pobre acabe en una caja de pino. Por eso nos toca hacer las cosas con mucho cuidado, sin que nadie se entere. Cuando se recupere, podremos decirle la verdad y al fin Luis podrá divorciarse de ella.

—Ha dicho que la última vez que lo vio fue el viernes pasado. ¿La última vez que habló con él también fue el viernes pasado?

—Pues…, sí. Llamé a su casa hace un par de días, pero lo cogió su mujer, así que, colgué. De modo que sí, el viernes. Pero no entiendo a qué vienen tantas preguntas sobre mi relación con Luis. ¿Me van a contar qué ocurre?

—¿Y el viernes cuando estuvo con él no vio nada raro en su forma de comportarse?

—¿A qué se refiere?

—A si vio que se encontrara mal o si le contó algo fuera de lo común.

—No. Y, me están asustando. ¿Me pueden decir de una vez a qué viene todo esto?

—Señora del Monte, el señor Luis Carrión falleció el viernes 19, el mismo día que usted fue a verlo. Ocurrió a última hora de la tarde.

—¿Qué?

—Después de que estuviera usted en la oficina, cuando se disponía a volver a su casa, empezó a encontrarse mal. Telefoneó a su mujer para que fuera a buscarle. Fue hospitalizado de gravedad. Finalmente, los médicos no pudieron hacer nada por salvarle la vida.

—No puede ser. ¿Cómo que ha muerto?

—Lo sentimos mucho.

—¡No puede ser…! ¡¿Cómo…?!

—Tranquilícese, señora —dijo el sargento, acercando una mano

hacia mi hombro. Yo lo esquivé como quien esquiva una bola de nieve con una piedra dentro.

—Se le ha practicado la autopsia —prosiguió el otro—, y los resultados concluyen que murió envenenado.

—¡¿Qué?!

—Usted fue una de las últimas personas que lo vio con vida, por eso estamos aquí.

—¡¿Acaso creen que he sido yo?!

—Me temo que no podemos descartar nada.

—Por ahí no paso. ¿No acaban de decirme que su mujer fue a buscarle al trabajo, que lo ingresaron de gravedad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué creen que he sido yo? Su mujer fue la última que lo vio, ¿no? Pudo enterarse de lo nuestro y matarlo. ¿Acaso no lo han pensado? —Empecé a llorar—. Iba a dejarla y luego, en cuanto pudiéramos, pensábamos casarnos. ¡Investiguen a esa loca! No sé cómo, pero seguro que se enteró de lo nuestro y…, y… Seguro que fue ella.

—¿Le importa que echemos un vistazo? —preguntó señalando hacia adentro.

—¿Por la casa? —Se me fueron los ojos a la mochila. Luego, recordé los cuadernos de mi madre. No podía permitir que los vieran. Se me aceleró el corazón—. No. Tengo que irme. Además, aquí no encontrarán nada. Yo no vivo aquí. La casa era de mis padres y acabo de heredarla.

—¿Heredarla?

—Sí. No me miren como si fuera una asesina. Mi padre murió hace meses de un infarto y mi madre acaba de morir hace unos días de un cáncer. Así que, no estoy para tonterías.

—Nuestro pésame.

No contesté.

—De acuerdo —dijo el de más edad—, volveremos con una orden de registro.

—Traigan lo que les dé la gana. Aquí no van a encontrar lo que buscan.

—Vámonos —le dijo el teniente Sandoval a su subalterno.

—Hablen con la desequilibrada de su mujer, seguro que lo ha matado ella.

—Lo tendremos en cuenta.

Me temblaba todo el cuerpo.

Esos dos guardias civiles sospechaban que yo había matado al padre de mi hija. Pero ahora no podía pensar en eso. Debía moverme rápido; no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que regresaran con una orden de registro.

17. Sabor a chocolate con leche

Viernes, 19 de octubre de 1990
Tres días antes

Carolina del Monte Argandoña

La conversación telefónica que acababa de mantener con Luis le había devuelto las esperanzas.

—¿Has oído? Tu papá quiere conocerte —le dijo Carolina a Aroa, que dormía plácidamente en el moisés—. Así que, vamos a darle una última oportunidad para hacer bien las cosas, ¿vale? Ahora todo depende de él.

Habían quedado a las dos y media en la oficina. Los trabajadores se habrían ido ya a sus casas y ninguno regresaría hasta el lunes a primera hora. Mientras ultimaba los preparativos, recordó una conversación telefónica que había tenido con su madre hacía unas semanas: —Mereces que te respete —le dijo Bárbara por teléfono.

—Ya lo sé, mamá. ¿Qué te crees?

—Hija, se está riendo de ti en tu propia cara. Te ha arruinado la vida. Te ha hecho un bombo y ahora, ¿pretende desentenderse de todo? No puedes permitirlo. Yo, desde luego, no lo permitiría. Te utiliza cuando le viene en gana. Y, por si aún no te habías dado cuenta, nunca ha tenido intención de abandonar a su mujer. Mucho criticarla y decir que es un martirio estar con ella, pero no la va a abandonar nunca. Ni teniéndote a ti. ¿Creías que porque estuvieses embarazada iría corriendo a tus brazos? No. No tiene la más mínima intención de cambiar su vida, porque lo tiene todo: a la mujer tonta, confiada y sumisa esperándole en casa, y a la estúpida y crédula de la secretaria comiéndole la entrepierna siempre que a él le apetece.

—¡Ya vale, mamá! —replicó ruborizada.

—Solo te digo que yo no lo consentiría.

Carolina estranguló en su mano los tenedores que estaba a punto de meter en la nevera portátil. Los ojos se le humedecieron; creía que su madre tenía razón, que debía respetarse a sí misma, darle algún tipo de ultimátum y, esta vez sí, mantenerse firme en su imposición. Entonces, su mente volvió a dar un salto al pasado, al día que llegó de ver a Luis después de que el tocólogo le hiciera la última ecografía, horas antes de dar a luz, el mismo día en que falleció su madre.

Revivió con dolor las malas palabras de Luis, su desprecio, la angustia al sentirse rechazada y ser tratada casi como una loca.

Recordó, a continuación, el día que fue con Aroa a casa de su difunta madre. Allí encontró un cuaderno que su progenitora le había dejado. Entre sus páginas, una nota suelta donde ponía: «Remedio para la traición del amante», junto a un pequeña bolsa de plástico y cierre hermético con unos polvos en su interior.

Fue al mueble donde escondía el cuaderno y rebuscó entre las páginas hasta hallar la nota. La sostuvo entre sus finos y fríos dedos y la leyó por tercera vez: Remedio para la traición del amante. Con una pizca de esto será suficiente. Apenas tiene sabor, pero es mejor mezclarlo con la comida o con bebidas que no sean agua. Si pones una buena cantidad, será rápido; si te quedas corta, solo le generarás un mal rato, así que, mejor que sobre a que falte. En cualquier caso, no te entretengas. Procura que no te vea nadie. Si terminas haciéndolo, estaré orgullosa de ti. A los ojos de los demás será como un infarto.

Llena de dudas, se quedó mirando las líneas temblorosas de cada trazo dado por su madre; después, la bolsita.

—Erais todas unas malditas taradas.

Al cerrar la nevera portátil vio un paquete que su madre había dejado envuelto, con una nota enganchada al lazo: «Carolina, te dejo esto para Luis. Al final me voy a morir sin conocerlo en persona, pero mejor así. No me cae bien. Aun así, lo he pensado mucho y creo que es mi obligación tener con él un gesto antes de irme al otro barrio. A fin de cuentas, es el padre de mi nieta y tú le quieres, así que… No hace falta que destroces el envoltorio, es una caja de bombones, de esos que a mí tanto me gustan gustaban. Me he comprado una también para mí. Te quiero».

Carolina dejó la nota sobre la encimera y guardó la caja de bombones en la nevera portátil.

—¿Y esto…? —Miró con recelo la bolsita con el polvo blanquecino.

El aparcamiento estaba vacío, a excepción del coche de Luis.

—La última vez que vinimos estabas en la tripa de mamá —le dijo Carolina a Aroa. La miró por el retrovisor: dormía—. Tu papá se portó bastante mal, pero le hemos perdonado y hoy vamos a darle una última oportunidad, ¿vale? Eso te alegra, ¿verdad? Claro que sí; yo también estoy muy contenta, parece que al final ha abierto los ojos.

Luis las esperaba en la entrada.

—Hola —le saludó Luis, agarrándola por la cintura—. Dios, cuánto te he echado de menos.

La besó como solía hacerlo antes de que se quedara embarazada.

—Deberíamos entrar —sugirió Carolina, mirando a un lado y a otro, como si temiera ser vista por alguien.

Luis cogió el moisés ante la eufórica mirada de Carolina. A pesar de las molestias de los puntos, ella llevó el resto.

Se dirigieron a la sala de reuniones. Luis dejó el canasto encima de uno de los sofás.

—No sabes las ganas que tenía de verte —dijo, quitándole de la mano la nevera y dejándola sobre la mesa—. Siento lo que pasó la semana pasada. Estaba muy estresado. Acababa de discutir con…, bueno, que no fue un buen día y punto.

—Desde luego que no lo fue. —La pena de Carolina desapareció cuando Luis se aproximó a ella y le dio un beso cálido.

Luis la sostuvo por los hombros y la observó un instante antes de estrecharla entre sus brazos. Entonces le dijo: —Siento también lo de tu madre. Han debido ser unos días terribles. Me hubiera gustado conocerla.

—Sí. Ha sido… Está siendo todo muy extraño.

—Lo importante es que estás, estáis aquí —dijo a la vez que le dedicaba una exuberante sonrisa.

—¿Quieres conocer a tu hija? —le preguntó Carolina, tratando de olvidarse durante unos minutos de la muerte y los delirios de su madre.

—Claro.

Carolina descubrió la cara de su bebé con cuidado de no despertarla.

—Aquí está. Le he puesto el nombre de tu abuela. Aroa.

—Oh. Bueno. No tenías por qué. ¿Sabes? Es preciosa. Ha salido a ti.

—Yo creo que tiene tus ojos. ¿Quieres cogerla?

—No. No quiero que se despierte.

—Como quieras —respondió decepcionada.

—No creas que no quiero cogerla, es que no quiero despertarla, y más sabiendo que lo pasas mal cada vez que le tienes que dar el pecho. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Se aproximó insinuante, sonriéndole y moviéndose juguetón. La

besó despacio, provocando la excitación de Carolina. Empezaron a desvestirse el uno al otro. Carolina llevó las manos a su espalda para quitarse el sujetador.

—No. Mejor no te lo quites. Ya sabes, la leche…

Luis siguió besándola, deslizando su mano hasta el vientre de Carolina aún abultado, y siguió bajando.

—Ten cuidado —le pidió ella entre gemidos—, aún estoy sangrando y me molestan los puntos.

—¿Sangrando?

—Sí. La famosa cuarentena. Aunque sangro muy poco.

—Ah. Vale. —Luis apartó la mano—. ¿Te duele?

—No. —Mintió

Luis la condujo hasta el sofá y la tumbó. Terminó de quitarse los pantalones y se puso encima de ella.

—Si te duele, dímelo y paro.

Luis la penetró despacio. Sus movimientos empezaron a ganar velocidad. Carolina empezó a sentir más dolor. Los gemidos resonaban en la sala de reuniones. «Estoy a punto de correrme», le susurró. A esas alturas, Carolina estaba deseando que acabara.

Cuando terminó, se quedó tumbado encima de ella, fingiendo haber muerto de placer. Carolina, dolorida, se movió para que se levantara.

—Oh, cariño. Ha sido estupendo. No sabía si iba a poder hacerlo. Con la sangre…, ya sabes. Pero… Ha sido de diez.

Carolina se quedó tumbada en el sofá como si fuera una colilla tirada en el suelo, observándole insatisfecha. Se sentía sucia y utilizada.

—Eres lo mejor que he tenido nunca. Luego, cuando me haya recuperado, si quieres volvemos a hacerlo. Esta vez conseguiré que disfrutes como nunca.

—Sí. Luego.

—¡Qué hambre! ¿A ver qué has traído…? —dijo Luis a la vez que con tono cantarín abría la nevera.

Carolina se acercó a su hija y comprobó que seguía dormida. Le sonrió apenada.

—Oh. ¿Y esto qué es? —dijo al tiempo que sacaba de la nevera la caja de bombones en su perfecto envoltorio.

—Es un regalo de mi madre, para ti.

—Pero si…

—Ya. No me mires así. Lo dejó preparado antes de morir. El otro día cuando estuve en su casa lo encontré. Había dejado una nota donde indicaba con claridad que era un regalo para ti, así que…

Luis lo desenvolvió con diligencia.

—¡Una caja de bombones! ¡Qué bien! ¿Le dijiste que me gustan los dulces?

—Claro. —Otra mentira. ¿A quién no le gustan los dulces?

—Luego nos comemos uno de postre.

Carolina le ignoró y siguió fingiendo que le procuraba algún tipo de atención a su hija dormida.

—Venga. Vamos —le azuzó Luis.

Ya se había sentado a la mesa y colocado las cosas sobre un mantel que la propia Carolina había cogido de casa.

La velada fue anodina. Apenas hablaron y los pocos temas de conversación que surgieron giraron en torno a trivialidades. Ella se limitaba a escuchar, sonreír y responder con respuestas cortas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Luis.

—Sí. Estoy cansada. Esta noche Aroa ha estado un poco revoltosa.

Ambos miraron hacia el moisés.

Luis no contestó.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Carolina. Su paciencia se había agotado.

—¿El qué, tesoro?

—Lo de la niña. Lo nuestro. Todo.

—Eh… —Luis sonrió agachando la cabeza y luego soltó una risa socarrona—. No sé a qué te refieres.

—A tu mujer, principalmente. Si dejas a tu mujer nuestros problemas desaparecerán de un plumazo.

—Ya te lo he dicho muchas veces, mi amor —dijo con voz parsimoniosa, como si le estuviera hablando a un niño corto de entendederas—. No puedo dejarla. Me arruinaría la vida. La empresa era de su padre. ¿Qué pasaría si ahora me divorcio de Amaia? Yo te lo diré: que lo perdería todo. Así que, esa no es una opción, cielo mío.

—Me dijiste que la dejarías.

—Ya. Eso es lo que deseo. Por encima de todo en el mundo. Pero es imposible.

—¿Y qué pasa con nuestra hija? ¿Qué pasa con nosotros?

—Nuestra hija… Bueno, tendrás que criarla tú. Serás la mejor madre del mundo. Yo podré darte dinero de vez en cuando, para ayudarte con los gastos. Pero no me pidas más, porque no podré dároslo. Y tú…

—Yo no quiero dinero. Te quiero a ti, quiero que seas un padre para nuestra hija.

—Ya, mi vida. Ojalá fueras Amaia. Tendríamos una vida perfecta. Lo tendríamos todo.

Carolina lo escuchaba y respiraba despacio para evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Luis se le acercó y acuclilló entre las piernas. Le acarició las mejillas. La besó en la frente.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. Estás diciendo que lo nuestro se ha acabado.

—¡No! ¡Por el amor de Dios, ¿qué dices?! ¡No, eso nunca!

La besó repetidas veces en la cara y luego en las manos.

—Nosotros estaremos siempre juntos. Seremos una familia, como tú quieres. Ya lo somos. Aroa es nuestra hija.

—¿Y lo que me dijiste el otro día de que vivías muy bien sin hijos?

—No. No. Eso fue una burda mentira para alejarte. Tenía que intentar darte la vida que te mereces. Que buscases a otro padre para nuestra pequeña. Creí que eso te haría abandonarme. —Agachó la cabeza—. Eres demasiado buena para mí. Y yo no soy capaz de decirte adiós. ¿Entiendes? Te quiero más que a nada en el mundo. ¿No ves lo maravilloso que está siendo hoy?

Carolina le dedicó la mejor sonrisa fingida que pudo.

Luis le dio un beso en los labios y después se puso en pie.

Carolina lo contempló. Su atractivo no compensaba tantos desprecios, tantas mentiras, tanto sufrimiento.

—¿Podrías traerme una poco de papel higiénico? —le preguntó Carolina, mirándose el cuerpo—. Creo que he tenido una subida de leche.

Desde que había dado a luz, sus pechos no habían sido capaces de tal proeza, y aquella no era una excepción.

—Sí. Claro.

Se dirigió satisfecho al cuarto de baño, pensando que, con un

poco de sexo y dinero, y quedando de vez en cuando para verse, podría quitarse de encima el problema de la paternidad.

—Aquí tienes. Te he traído el rollo entero —dijo sobresaltándola. Los ojos de la mujer estaban vidriosos, pero Luis no quiso hacer ningún comentario. Igual que las veces anteriores, ya se le pasaría el disgusto.

Fingió que se limpiaba el pecho mientras Luis se acomodaba de nuevo en la silla, dispuesto a empezar el postre.

—Es una pena que no nos hayamos conocido en persona.

—¿Qué? —preguntó Carolina.

—A tu madre, que es una pena no haberla conocido en persona.

—Ah. Sí. Una pena.

Luis abrió la caja de bombones y cogió uno. Se lo llevó a la boca y emitió un gemido de placer, como si fuera el mejor manjar que había probado en la vida. Seguía gimiendo de gusto con el segundo bombón cuando cogió las natillas caseras que había preparado Carolina y comenzó a comérselas con ansia; parecía un preso que ha estado a pan y agua durante una semana. Carolina le miró con cara de asco. Lo veía como un animal que solo busca saciar sus instintos primarios. Comer, dormir y fornicar.

—Están riquísimos. ¿No quieres uno? —dijo Luis dispuesto a comerse el tercer bombón.

—No puedo, me dan alergia. En fin, tengo que marcharme. Había olvidado que tengo que llevar a Aroa al pediatra.

—Oh, vaya.

Carolina cogió su abrigo y se echó el bolso al hombro.

—Te ayudo.

—No te preocupes. No hace falta.

Al cabo de unos minutos llegó a casa. La entereza que había mostrado estando con Luis se desvaneció en cuanto se sintió refugiada en su hogar. Las lágrimas le caían como el deshielo de una montaña.

Cogió el cuaderno de su madre y se sentó en el suelo de la cocina, apoyada contra uno de los armarios. Releyó algunos párrafos sueltos. Pasó una página tras otra hasta llegar a la última, a las postreras palabras escritas por su madre: Me encuentro fatal, hija. Recuerda que te quiero, ¿vale?

El caso es que. ¿Qué te estaba contando?

Lo de tu padre. Cuando me enteré, decidí que aquello debía terminar. Con todo el dolor del mundo, hablé con él y le imploré que la dejara. Pero él…

Me tiembla la mano.

Le supliqué que la dejara. Yo haría como si no hubiera pasado nada.

No quis…

Los ojos de Carolina se clavaron en el rayajo que salía de la «s» y su mente evocó la tarde que había pasado con Luis. Las emociones despertaron como un estallido, y de nuevo se sintió utilizada, ninguneada, vacía. Sucia.

—«No quis…», ¿qué? ¿Qué ibas a decir?

Y de repente, se le cortó la respiración.

Recordó la bolsita con los polvos blanquecinos, el rostro de su padre, el «A los ojos de los demás será como un infarto», la forma de ser de su madre…

El rostro se le tornó níveo como la escarcha y el corazón se le desbocó.

—No fue ningún infarto. Tú mataste a papá.

PARTE TRES

1. Con la mirada desenfocada

1984 - Navarra

Hospital Psiquiátrico San Francisco Javier El celador agarraba a Teresa del brazo mientras recorrían los pasillos del centro psiquiátrico y dejaban atrás varias puertas que daban a otras habitaciones con pacientes. La mirada de Teresa permanecía fija en el punto más alejado. Todo a su alrededor se convertía en figuras desdibujadas y abstractas. En oscuridad. Se encontraban cerca de la consulta del doctor Millares. Ni siquiera leyó el letrero situado junto al cerco de la puerta, en el que rezaba: «Dr. Óscar Millares Calvo. Psiquiatra». Desde hacía meses, tan solo era un borrón más en la decoración.

El celador llamó con un par de golpes de nudillos mientras su diestra sujetaba con firmeza a Teresa. Tras escuchar un lejano «adelante», entraron.

—¡Oh! ¡Teresa, Teresa…! —exclamó el psiquiatra en tono jovial, bajándose las gafas hasta la punta de la nariz y haciéndole un exhaustivo examen visual—. Buenos días, Teresa. ¿Qué tal estás, querida? Siéntate.

El psiquiatra permaneció con sus velludos y rechonchos antebrazos apoyados en el escritorio. Las manos, entrelazadas. El cuerpo, reclinado sobre la mesa, como si estuviera en mitad de una plegaria.

El celador condujo a Teresa hasta una silla de madera con el asiento forrado de polipiel, situada enfrente de la mesa del especialista.

Como de costumbre, Teresa se dejó manipular sin oponer resistencia, como una planta que está viva, pero aparenta ser un objeto inerte cualquiera.

En su mente se mezclaba el pasado y el presente, las pesadillas con las experiencias reales…, no obstante, recordaba lo que sucedía si se negaba a cualquiera de las peticiones del personal.

Había olvidado cuándo fue la última vez que miró el calendario o

que se preocupó de saber si amanecía o anochecía, de si era verano o invierno. Los días transcurrían como si viviera en un bucle infinito. Despertar, dejarse asear, el desayuno, la comida, las pastillas, el paseo vespertino, la cena… En días alternos, cuando no paseaba por los pasillos o las zonas de recreo, debía acudir a la consulta del doctor Millares. Durante los primeros meses después de su ingreso en el centro psiquiátrico, aún se percataba de que había dos días consecutivos en los que no le veía, ni al doctor Millares ni a ningún otro de su gremio, en los que descansaba de las preguntas y de los métodos para sanar su desequilibrio mental. «De nuevo fin de semana», concluía Teresa cuando gozaba aún de algo de lucidez. «Durante dos días no somos enfermos». «¡Benditas pastillas! Nosotros dejamos de estar locos para que ellos puedan disfrutar de la libertad con sus familias», pensaba cuando aún podía hacerlo.

La consciencia de Teresa se fue mermando con el paso del tiempo y de los tratamientos; hasta que dejó de apreciar ese intervalo de dos días; hasta que todos parecían el mismo. Empezó a vivir inmersa en una consciencia nublada. No obstante, hubo algo que aprendió el primer día y que, a pesar de todo, continuaba inalterable: su obediencia.

—Ya puedes marcharte —le dijo el doctor Millares al celador, menospreciando su presencia allí a la vez que se levantaba de su cómoda silla de despacho—. Te avisaré cuando hayamos terminado.

El psiquiatra caminó hasta Teresa y se sentaron uno enfrente del otro.

La puerta se cerró hasta oírse el sube chasquido del resbalón.

—¿Qué tal te están tratando? ¿Se portan bien contigo? —le preguntó Millares apoyándole los dedos índice y corazón en el mentón y elevándole la cara. Observó el rostro de Teresa, su mirada ausente. Le examinó los oídos; después, los ojos, abriéndole los párpados inferiores ayudándose de los pulgares.

—Abre la boca y saca la lengua. Di «aaa…».

Le apoyó un palo de madera sobre la sinhueso y se la empujó hacia abajo. Teresa sintió náuseas, pero no se quejó ni apartó la cara. La luz de una pequeña linterna le sirvió para reconocerle la garganta.

—¿Duermes bien?

Los ojos del psiquiatra se clavaron en los de Teresa.

—Mírame.

Teresa alzó la vista hasta encontrarse con el semblante serio del especialista.

—¿Duermes bien?

Teresa asintió.

—Necesito que hables. Tengo preguntas que hacerte. Tendrás que esforzarte y dejarte de niñerías. ¿Me estás escuchando?

Asintió.

—¿Qué te he dicho? Habla, Teresa, querida.

—Sí. —La voz de la mujer vibró con la misma intensidad que un susurro.

—Eso me gusta más. Sigue mi dedo.

Paseó el dedo índice de la mano derecha a pocos centímetros de la cara de la paciente. De izquierda a derecha; de derecha a izquierda.

—Muy bien. Y dime, ¿qué tal te encuentras?

—Bien.

—Habla más alto, mujer. Casi no te escucho. Qué has dicho.

—Bien. —Repitió, volviendo a sonar igual de lánguida.

—¿Te duele algo?

—No.

—¿Qué cenaste anoche?

—Judías verdes. Patatas.

—¿Estaban ricas?

—Sí.

—¿Recuerdas cómo se llama el hombre que te ha acompañado hasta aquí?

—Pe… Paco.

—Muy bien. ¿Y el de la cocinera que te prepara esas judías verdes tan ricas?

Al doctor le pareció ver una ligera mueca en los labios de Teresa.

—Alin.

—¿Te refieres a Alicia?

No contestó.

—La cocinera, ¿se llama Alicia? —insistió el psiquiatra.

—Sí.

—Bien.

Cogió la carpeta y apuntó sus impresiones.

—El otro día te pedí que memorizaras tres palabras. ¿Recuerdas

cuáles eran?

Teresa movió el cuello como si tuviera molestias en las cervicales. Permaneció con la mirada perdida.

—Teresa. ¿Me has escuchado?

Asintió.

—Las tres palabras, ¿las recuerdas?

—Perro.

—Muy bien. ¿Cuál más?

—Alto.

—No.

—Árbol.

—Espléndido. ¿Y la última?

Negó con la cabeza inclinada hacia su hombro derecho.

—Vamos, mujer, seguro que la recuerdas. Haz un pequeño esfuerzo.

El doctor Millares se había acostumbrado al cuerpo desalentado y al rostro ensimismado de Teresa.

—Empieza por la letra ele. La…

—La.

—*La*, ¿qué más?

—La… Lámpara.

—Eso es, querida. Estupendo. Creo que vamos avanzando.

Millares se apoyó sobre los muslos el portafolios y la pluma. Observó con detenimiento a la paciente. Su expresión, como la de un cordero confiado, le condujo a preguntarle: —¿Has vuelto a tener pesadillas?

Negó con la cabeza después de unos segundos.

—Responde con palabras. ¿Has vuelto a tener pesadillas?

—No.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. El tratamiento empieza a dar resultados, ¿no te parece? —Anotó algo—. Y dime, ¿recuerdas por qué estás aquí?

Teresa negó con la cabeza.

—Hablaaa… —le reprendió, severo.

—No.

—Bueno. ¿Recuerdas dónde vivías?

—En Álava.

—¿Estás segura?

—Sí. No. No lo sé.

—¿Recuerdas en qué año naciste?

—No.

—¿Sabes los años que tienes?

—Diecinueve.

—¿Diecinueve?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí.

El doctor Millares hizo una mueca de resignación.

—¿Y sabes dónde estás?

—En casa.

El psiquiatra le oteó el cuerpo de arriba abajo, tratando de imaginarla a la edad en la que, tanto la mente como la voluntad de Teresa, se habían quedado congeladas. Su cabello debió ser de un brillante y sedoso rubio oscuro; las mejillas, sonrosadas y tersas; los ojos, azabache y despiertos. Ahora, de aquello solo quedaba el olvido y algunos mechones teñidos de canas; arrugas y una piel translúcida que dejaba intuir las venas que cubría.

—¿Y mamá? ¿Dónde está mamá? —preguntó de pronto, asustada.

—Teresa, querida, tu madre ya no está. ¿No lo recuerdas? ¿Has olvidado lo que pasó?

—¿Se ha ido? ¿Dónde está? ¡Quiero que vengaaa…! —sollozó—. Quiero ver a mi madre —dijo bajando el tono, jadeante, vacía—. ¿Dónde está mamá?

—Bueno. Tranquila, Teresa. Tranquila. Estás con nosotros y todo va bien.

Teresa se levantó de la silla como si el asiento estuviera ardiendo. Millares la imitó como un reflejo tardío. El portafolios y la pluma cayeron con estrépito al suelo. La punta de la pluma se rompió al impactar contra el gres. Millares no se dio cuenta de que la tinta azul se vertía gota a gota como un grifo mal cerrado; su atención estaba puesta en Teresa. La respiración se le había acelerado, agitándosele el pecho de forma violenta. El aire no conseguía llenarle los pulmones. A pesar de la debilidad, agarró al doctor por la pechera. Los nudillos emblanquecieron, sin sentir el dolor bajo las uñas al estrangular la tela

de la bata. Los párpados se le abrieron como si quisiera expulsar los globos oculares de las cuencas. Pequeños vasos sanguíneos enrojecieron su mirada. Las lágrimas terminaron de nublarle la visión, ya de por sí desenfocada. «¡Mamá! ¡Mamá…!», gritaba en su mente con la mirada clavada en la del doctor. Los labios, arrugados y tensos, dibujaron una «o». Las palabras se le deshicieron en su aliento ácido. Aproximó el rostro al del hombre al tiempo que este apartaba la cara reaccionando a su quejido mudo, al olor a enfermedad. El silencio desapareció tras un repentino grito y el llanto jadeante de Teresa. La impotencia y la incomprensión volvieron una vez más a su realidad. El doctor Millares agarró a Teresa por las muñecas y trató de zafarse de ella, pero Teresa siguió aferrada a la tela de la bata. Se había quedado con la mandíbula desencajada. «Tranquila, Teresa. Tranquila», le repitió el psiquiatra varias veces. Las lágrimas empezaron a descender por las mejillas de la paciente mientras ella veía una cortina de humo expandiéndose a su alrededor, asfixiándole la garganta, sintiendo escozor en los ojos. Teresa abrió la boca para gritar, pero la voz se le había desvanecido.

2. Olor a lavanda

Lunes, 22 de octubre de 1990
Ahora

Carolina del Monte Argandoña

Cerré la puerta y me sequé las lágrimas. Temblaba como si estuviera dentro de una cámara frigorífica. Fui al comedor y, a través de la ventana, seguí con la mirada a esos dos guardias civiles que se alejaban de mi casa. Su forma de hablarme, de mirarme… Estaba claro que yo era una de sus sospechosas. Pero ¿en qué se basaban, en una relación extramatrimonial y una hija bastarda? Si les hubiera dicho que él nunca quiso tener a Aroa me hubieran puesto los grilletes allí mismo.

Aroa dormía apacible, abrigada dentro de su buzo color beige. Y recordé de nuevo a mi madre. Su voz. Nuestra última conversación telefónica. Su nota. La bolsita con el veneno. El cuaderno.

Tardé media hora en recobrar la compostura. Pero no podía olvidar que ahora estaba en el punto de mira de la Guardia Civil, por lo que no debía perder ni un segundo más: debía averiguar si las sospechas que tenía eran ciertas, si mi madre había matado a mi padre.

Terminé de abrigarme y cogí a Aroa.

Las calles estaban llenas de charcos y el cielo se veía negro hasta donde alcanzaba la vista. De nuevo, llovía.

Coloqué a Aroa en el asiento trasero del coche, en su canasto. No me apetecía pasar por casa de Zorione para que cuidara de ella. Su madre era yo, debía acostumbrarme a ejercer como tal.

Arranqué y conduje hasta el centro forense. Antes de salir había telefoneado para confirmar que el doctor Gregorio Morientes se encontraba allí. No di explicaciones, solo pregunté por él y cuando me dieron la información que necesitaba colgué.

Aroa no tardó en quedarse dormida.

El dolor en todo mi cuerpo era una constante y conducir tampoco ayudaba. No paraba de darle vueltas a todo lo que estaba sucediendo y, dejando a un lado la muerte de Luis, ¿de verdad aún nadie se había dado cuenta de la profanación de la tumba de mis padres? Empezaba a resultarme extraño: habían pasado unas cuantas horas, alguien debería haberlo visto, ¿no? La lógica decía que si se hubieran dado

cuenta me lo habrían comunicado, ya fueran los operarios del propio cementerio o la Ertzaintza. No obstante, al margen de todo lo anterior, lo único positivo era que no tenían forma de saber que había sido yo.

Seguí conduciendo hasta Vitoria-Gasteiz.

El cielo de la capital vasca estaba siendo más indulgente: apenas arrojaba un escaso chispeo que te permitía ir sin paraguas entre distancias cortas. Me coloqué a Aroa contra el pecho en su mochila portabebés. La que contenía los restos de mi padre la llevé en una mano.

Al entrar en el edificio sentí una sensación de frío penetrándome bajo la piel. Aferré con fuerza el asa de la mochila. Lamentaba tanto haber destrozado el cuerpo de mi padre… No obstante, sabía que él habría hecho lo mismo en mi situación. Él querría que supiera la verdad.

Un olor parecido al de la lejía se introdujo por mis fosas nasales hasta alcanzarme el cerebro, y los recuerdos. Tuve ganas de vomitar. Los pasillos eran largos y anchos. La luz, amarillenta, salía de unos plafones dispuestos cada pocos metros.

Una mujer se acercaba desde el final del pasillo. Llevaba una bata blanca encima de la ropa. No quería que me dijera nada, que me preguntara qué hacía allí. Había puertas a ambos lados. Pensé que se largaría por alguna de ellas. Pero no. Continuamos andando, aproximándonos. Tendría unos cuarenta y tantos años. Llevaba el pelo suelto. Una voluminosa cabellera pelirroja de tono apagado, con unos rizos abiertos y erizados, como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Su nariz alargada, acabada en una punta redondeada y gorda. Ojos pequeños. Mentón prominente. Cejas rectas y finas, depiladas en exceso.

—Buenos días —saludó amable, pero seria.

—Buenos días.

—¿Puedo ayudarle?

—Busco al doctor Gregorio Morientes.

—¿Ha quedado con él? —Su desagradable aliento a café y tabaco me dio una bofetada.

—Sí.

—Está en su despacho. ¿Sabe dónde es? —Sonrió, dejando al descubierto unos deteriorados dientes amarilleados.

—No.

—Es al final del pasillo a la derecha. Pone su nombre en una placa.

—Se lo agradezco.

Sonrió con los labios pegados y ambas continuamos nuestro camino.

Seguí sus indicaciones hasta llegar al despacho.

Di un par de golpes con los nudillos y luego abrí sin esperar respuesta.

—Buenos días —saludé a la vez que cerraba. Eché el pestillo sin que se diera cuenta.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí. Hemos hablado por teléfono. Le traigo unas muestras para analizar.

—Ah. ¿Es usted la que ha llamado por teléfono? Ya le dije que no soy un laboratorio ni hago trabajos ilegales.

Se levantó de la silla y se aproximó un par de pasos.

—Y yo, que se lo voy a pagar.

—¿Usted se cree que puede chantajearme? Hay que cumplir con unos trámites legales.

Mientras él hablaba, yo caminé hasta un sillón que había en una esquina del despacho. Me quité la mochila portabebés y tumbé allí a Aroa.

—¿Qué está haciendo? Este no es lugar para un bebé. Váyase o llamo a Seguridad.

—Cuanto antes me ayude antes podré llevármela.

—Por enésima vez: no voy a ayudarla.

Saqué un fajo de billetes que había preparado y lo dejé sobre la mesa.

—Ahí hay diez mil pesetas. Puedo darle más, si quiere.

El hombre observó el dinero y luego a mí. Sus canosas cejas se alzaron en un movimiento rápido, como si estuviera argumentando motivos para aceptarlo.

—¿Está usted casado?

—¿Qué? No. ¿Por qué?

Acorté la distancia que nos separaba hasta quedarme a escasos centímetros de él. Le sonreí con lascivia y apoyé mi mano derecha en su entrepierna, acariciándosela. Dio un pequeño sobresalto.

—¿Qué…? —susurró. Pero no se apartó, y tampoco me retiró la mano.

Aproximé la boca a su oreja, olía a colonia de lavanda. El cuello de su camisa me rozó la cara con amabilidad.

—Nadie sabrá nada —le dije muy próxima al oído—. Usted tiene una reputación que mantener y yo también. Simplemente, necesito saberlo, necesito que me ayude. A cambio…

Su respiración se había acelerado. Me agaché y le bajé la cremallera del pantalón. La balanza de la ética que segundos atrás tanto proclamó terminó en una erección y yo acabé con la poca dignidad que me quedaba.

Fueron pocos minutos, pero interminables.

Me limpié la boca y me puse en pie.

—Lo hará —le dije a la vez que recuperaba mi dinero de la mesa.

Él aceptó con un movimiento pausado.

—Llámame esta tarde a última hora, es muy probable que ya tenga un informe —respondió más calmado, sentándose a su escritorio.

No dije nada más. Cogí a mi hija del sillón, el dinero y salí de su despacho.

Antes de abandonar el centro forense, tuve que parar en los aseos para vomitar.

3. Suplencias

Viernes, 21 de septiembre de 1990

Un mes antes

Sofía Rubio

Sofía llevaba casi tres meses haciendo suplencias para la empresa Limpiezas Campoamor. Una semana en un sitio, dos semanas en otro, siete días en otro…

Desde que Sofía entró a trabajar, Eloísa fue a verla cada viernes a la empresa donde hubiera tenido que cubrir turno. Hacía una inspección y luego le daba el programa de la semana próxima.

—El lunes que viene empiezas a cubrir las vacaciones de Paula Chaparro. Serán dos semanas. De lunes a viernes, dos horas al día. De seis y media de la mañana a ocho y media. Aquí tienes la dirección —dijo Eloísa a la vez que le entregaba los datos en un papel y una llave.

—De acuerdo. ¿Y después de estas dos semanas? La semana que viene acaba septiembre; ya no quedará nadie a quien cubrir las vacaciones, ¿no?

—Sí… Claro… Ya hablaremos de eso, ¿vale? El viernes que viene. Pásate por la oficina cuando acabes el turno. Ahora, tengo que irme pitando que aún tengo que llegar a otros dos sitios.

—Vale. Feliz finde —se despidió Sofía, condescendiente.

—Igualmente, bonita. ¡Descansa! —vociferó Eloísa cuando ya se alejaba.

Sofía se echó el bolso al hombro y entonces leyó la dirección que venía en el papel. El semblante se le puso lívido. Le costó varios segundos recuperar el aire. En sus manos trémulas sostenía la dirección y la llave de su antiguo lugar de trabajo. ¿Qué había hecho ella para merecer eso? Lo temió desde el primer día, pero ¿cómo iba a tener tanta mala suerte? Y sí, una parte de ella lo intuyó, por eso estuvo durante casi tres meses convenciéndose a sí misma de que lo había superado; de que, aunque tuviera que pisar la empresa Vera, no se cruzaría con ese monstruo; de que, si llegaba el día, trabajaría con madurez y temple.

Pero se había equivocado. Ahora sabía que jamás perdonaría al hombre que le había arruinado la vida.

4. La otra visita

Lunes, 22 de octubre de 1990
Ahora

Carolina del Monte Argandoña

El sabor a vómito me acompañó hasta llegar a casa. Jamás me vi capaz de hacer una cosa así, pero ahí estaba. Lo había hecho. Nunca me había sentido tan sucia y miserable. Y todo por culpa de mi madre y sus engaños. ¡La odiaba!

Acababa de tumbar a Aroa en el moisés cuando sonó el timbre. Ni siquiera me había quitado el abrigo.

Tenía que dejar la mala costumbre de abrir sin mirar antes por la mirilla.

—Buenas tardes —saludó un agente de la Ertzaintza. Lo acompañaba Xabier. Ambos mostraban un gesto serio y preocupado. Noté que me huía la sangre de la cara.

—Buenas tardes —respondí, casi tartamudeando. Solo podían venir por dos motivos y ninguno era tranquilizador.

—Hemos venido varias veces, pero no estabas en casa —dijo Xabier.

—No. Acabamos de llegar.

Arrugó el ceño al ver a Aroa. Entendí que no se acordaba de que me había convertido en madre.

—Señora del Monte, sentimos comunicarle que existen indicios de que la tumba de sus padres ha sido profanada — dijo el ertzaina, clavándome sus preciosos ojos verdes como el musgo.

Aunque temía el motivo de su visita, se me cortó la respiración. De forma instintiva y con disimulo, escondí las manos bajo las mangas del abrigo. Una suerte no habérmelo quitado todavía.

No respondí.

—Tuvieron que hacerlo el fin de semana —prosiguió Xabier.

—Pero…, ¿qué ha pasado? —mi voz salió temblorosa y sin fuerza.

—Alguien hizo un agujero entre la tumba de tus padres y la del matrimonio Ochoa Campuzano —continuó Xabier.

—¿Tienen algún sospechoso? —pregunté.

—Me temo que todavía no —respondió el ertzaina.

—Nunca había pasado algo así —apunto Xabier en tono de disculpa.

—No. Sin embargo... Bueno… —prosiguió el ertzaina.

—Sin embargo, ¿qué? —reclamé.

—Pues que tengo entendido que su madre tenía algunos enemigos en el pueblo.

—¿Enemigos? ¿Aquí, en el pueblo? ¿Y en qué se basa para lanzar esas acusaciones? ¿Acaso la conocía usted de algo? ¿Qué clase de policía es usted?

—Nada. Olvídelo.

—No. No voy a olvidarlo. Quiero escuchar su teoría —le reté.

—No hace falta, Carolina —intervino Xabier.

Con una mirada le hice cerrar la bocaza.

—Quiero oírlo. Soy su hija. Requiero una explicación de inmediato, y más si me está diciendo que mi madre tenía enemigos.

—No hay nada seguro. Aún es pronto para sacar conclusiones.

—Pero bien que las ha sacado ya, ¿no? Pues quiero oír sus teorías, estoy en mi derecho.

El ertzaina suspiró.

Xabier agachó la cabeza.

—Puede que quisieran desenterrarla para...

—¿Para qué?

—No lo sé. Tal vez, para quemarla…

Recordé las palabras de su cuaderno: «Por cierto, cuando muera deberías incinerar mi cuerpo».

—¿Cómo?

—Pues eso. Que es una tontería fundada en habladurías del pueblo, así que, olvídelo. Seguiremos indagando.

Se hizo un largo silencio.

—Lo siento mucho —se excusó Xabier.

Yo permanecí con la mirada fija en el ertzaina.

—¿Tampoco tienen ninguna pista o prueba?

—Me temo que no.

Sentí alivio.

—Bueno, pues ya me ha dado la noticia. Cuando averigüe algo

que no sean milongas, ya volverá. Ahora, si no le importa, tengo cosas que hacer.

—Carolina… —me llamó Xabier, parando la puerta con la mano —. Sé que no es buen momento, pero tenemos que cerrar la lápida. ¿Cuándo podrás ir?

—¿Ir? ¿Para qué?

—Ayer te vi a primera hora de la mañana volviendo del cementerio. He imaginado que habías ido para meter aquello que me dijiste en la tumba de tus padres, antes de que la cerremos, como te comenté. Te hice señas y te pité un par de veces para que dieras la vuelta, pero no me oíste.

¿Me había pitado y no le había oído?

—¿Usted estuvo ayer domingo en el cementerio a primera hora de la mañana? —pregunto el ertzaina, regresando al umbral de la puerta.

Lo miré durante varios segundos, enmudecida.

—Sí.

La expresión de su cara mostró desconfianza. Entendí que de golpe y porrazo me había convertido en una sospechosa. De nuevo.

—¿Y qué hacía allí? ¿No le oyó? —preguntó, señalando a Xabier.

—No. No le oí. Si no, hubiera dado la vuelta.

—¿Y a qué fue al cementerio? —insistió el ertzaina.

—Pues eso, a dejarle una cosa a Xabier para que la metiera en la tumba de mis padres. Me olvidé de que era domingo.

—¿Qué cosa?

—Es algo personal, así que no tengo por qué decírselo.

Xabier trató de distender la tensión que empezaba a mascarse en el ambiente: —¿Quieres que me lo lleve?

—¿Qué? No. Ya no hace falta. Al final me lo quedaré.

—Ah. De acuerdo. Pues le diré a mi padre que…

—¿No vio nada sospechoso ni a nadie merodeando por el cementerio, aparte de usted? —continuó el ertzaina, interrumpiendo a Xabier.

—No. No vi nada ni a nadie. Llegué, encontré el cementerio cerrado y me volví. ¿Por qué? ¿Sospecha de mí?

—¿Debería hacerlo?

Silencio.

—No.

Nuestras miradas se cruzaron desafiantes. Xabier agachó la cabeza mientras yo rezaba para que se largaran de una maldita vez. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Ya tendrá noticias nuestras. Entretanto, procure mantenerse localizable.

5. La loca

Agosto de 1990
Dos meses antes

Miguel Elorga Mora

Estuve días tratando de averiguar el paradero de la única tía que le quedaba a Carolina, pero era como si se la hubiera tragado la tierra. No tenía posesiones a su nombre, ni cuenta corriente, ni piso… Nada. No obstante, los registros indicaban que seguía con vida. Fue entonces cuando decidí hacer un viajecito al pueblo de la familia materna de Carolina. Además del piso de Asturias, Bárbara Argandoña tenía una casa a su nombre en San Millán, Álava. Antes que a ella, perteneció a sus padres. Supuse que allí encontraría alguna respuesta.

Aparqué enfrente de la puerta de la casa de Bárbara. Tenía la fachada de piedra y las ventanas de madera. Las persianas estaban bajadas. Eché un vistazo alrededor. A pesar de ser verano, no se veía a nadie por las calles, como si el pueblo estuviera desierto. Tal vez por el calor.

—*Egun on* —escuché a mi espalda. Me giré sobresaltado.

No vi de dónde había salido aquella mujer y tampoco entendí lo que acababa de decir. Era bajita, de unos sesenta y cinco años, con el pelo corto y una mirada profunda.

—¿Perdón?

—Ah. No es de por aquí.

—No, señora. Estoy de paso.

Siguió aproximándose.

—¿Está buscando a Bárbara? Esa es su casa. —O la señora tenía una intuición muy aguda o yo llevaba demasiado tiempo observando la casa.

—Bueno, en realidad estoy buscando información sobre su hermana. Teresa Argandoña.

—¿La loca?

Arrugué el ceño.

«La loca».

—No sé si seguirá viva. Tengo entendido que la ingresaron en un loquero hace muchos años.

—¿Puede decirme el motivo?

—Uh… Es una larga historia.

—Me gustaría escucharla. Además, tengo todo el tiempo del mundo.

Sus ojillos verdosos me examinaron detrás del cristal de las gafas.

—Por desgracia yo también tengo todo el tiempo del mundo. —Suspiró—. ¿Quiere entrar en mi casa? No puedo estar mucho tiempo de pie sin moverme, si no, se me ponen las piernas como dos leños.

—Claro. Se lo agradezco.

La seguí. Una vez dentro mi invitó a pasar al salón. Era amplio y luminoso. Lo tenía perfectamente recogido, como si esperase visita. Los muebles eran de color oscuro. Resultaba llamativo el tamaño del televisor, más grande de lo que habitualmente se encontraba por ahí en cualquier domicilio.

—Siéntese, joven —dijo al tiempo que ocupaba uno de los sillones—. No me haga tener el cuello hacia arriba, que luego tengo dolor de cabeza.

Busqué un sitio donde sentarme.

—Así que quiere saber lo que fue de esa pobre desgraciada.

—Habla de Teresa, ¿verdad?

—Sí, claro. Preguntaba por ella, ¿no?

—Sí.

—Pues eso. Por cierto, no le importará que le tutee, ¿verdad?

—Claro que no —dije sonriendo.

—Voy a preparar un poco de café. ¿Cómo lo tomas?

—Por mí no se moleste.

—No es ninguna molestia.

—Está bien. Solo y sin azúcar.

Hubiera sido una pérdida de tiempo negarme; algo me decía que habría seguido insistiendo hasta que le hubiera dicho que sí, más o menos lo que me pasó con Amaia las primeras veces que fui a verla a su casa.

—Uh, hijo, vaya bomba. Yo no puedo tomar nada que no lleve azúcar. Vale. Ahora vuelvo.

—La acompaño a la cocina, si quiere.

—Como tú veas.

La hospitalidad y confianza de las personas de pueblo resultaba

encantadora. Aun así, lo más probable era que esa señora lo único que quisiera era gozar de un rato de charla y compañía.

—¿Usted cómo se llama? —le pregunté mientras la observaba coger el café molido y echarlo en la cafetera.

—Cayetana. Aunque aquí todos se me llaman señora Uribe. ¿Y tú? ¿Tienes nombre?

Sonreí para mis adentros. Tenía una forma de hablar muy directa, casi desafiante.

—Miguel.

—Mikel. Bonito.

No la contradije.

—¿Usted conoció a Teresa?

—Conocerla, conocerla, no. Conocía más a su hermana Bárbara. Con ella sí que tuve amistad durante la infancia.

—¿Y luego ya no?

—No. Su familia no tenía buena reputación y mis padres decían que me alejara de ellas, así que…

—Pero aquí, en un pueblo tan pequeño, habría pocos niños.

—Te las apañabas.

—Antes ha dicho que Teresa estaba loca. ¿Por qué?

—Porque creo que perdió la cabeza de golpe y porrazo. Antes no era así.

La cafetera comenzó a sonar. El aroma conquistó mi sentido del olfato.

—Tuvo que pasar algo para que diera ese cambio, ¿no? —pregunté.

—Supongo que fue a raíz de la muerte de sus padres. Pero tengo un recuerdo muy vago de aquella época. Yo era una cría. ¿Qué tendría, quince, dieciséis años? Puede que menos. Sin embargo, sí recuerdo un día que me la encontré delante de la puerta de su casa. No sé dónde estaría Bárbara. Teresa iba despeinada y con la ropa como si fuera una harapienta. Caminaba con la mirada perdida, encorvada, como si fuera un animalillo muerto de miedo. ¡Listo! Ven. Vamos al comedor. Allí seguiremos hablando. Si haces el favor, trae tú las tazas.

Cogió la cafetera, un protector de manteles hecho con un tronco cortado como si fuera una rebanada de pan, y una botella de leche que sacó directamente de la nevera. Yo, obediente, cogí las tazas, los

platitos y las cucharillas que la señora Uribe había ido colocando sobre la encimera.

Sirvió el café y del mueble del salón sacó una caja de pastas que dejó abierta al lado de las tazas.

—¿Qué pasó cuando vio a Teresa? ¿Dice que estaba alterada?

—Ah, sí. Pues pasó que la vi tan fuera de sí que me acerqué para preguntarle si se encontraba bien. Pero al verme se echó para atrás, como si hubiera visto a un fantasma. Traté de tranquilizarla, acercándome un poco más, despacio. La agarré del brazo y se puso a chillar y a llorar como una histérica. La solté asustada. No sabía qué hacer. Por mucho que le dijera no conseguía que se calmase. Entonces fue cuando empezó a decir: «Mamá. Mamá. La han quemado. La han quemado». Fue horrible. Me puse muy nerviosa; vamos, que me quedé de piedra. Ella salió corriendo y se escondió en su casa.

—¿Eso cuándo ocurrió?

—Pues… —Hizo una larga pausa para pensar—. Supongo que por el 50 o 51. Unos cuarenta años. Tal vez más.

—Eso es hace mucho tiempo.

—Sí, ya se lo he dicho.

—¿Y qué pasó después, habló con Bárbara para decirle lo que había ocurrido?

—No. Ya te digo que no tenía trato con ella. Al margen de lo que me dijeran mis padres, yo misma veía que se había convertido en una tipa rara, de la que no puedes fiarte. Igual que del resto de su familia. Mi madre me contaba que tenían un pasado oscuro. Aunque no todos, claro está. Las primeras que mancharon el nombre y la reputación de esa familia fueron esas dos que le he mencionado antes, Agustina e Irune, la abuela y la tía abuela de Bárbara y Teresa. Le he hablado de ellas, ¿no? —Negué con la cabeza—. Bueno. Da igual. Dos brujas y punto. No sé a quién salieron. La bisabuela y los demás, en cambio, siempre fueron buenas personas. Ayudaron a mucha gente de este pueblo, incluido mi bisabuelo, por eso lo sé, porque me lo contó mi madre.

—¿Le puedo preguntar cómo o en qué le ayudó? A su bisabuelo, me refiero.

—Le curó un dolor crónico que tenía en la espalda, a base de los ungüentos que ella misma preparaba.

Asentí con la cabeza. La señora Uribe continuó: —Vamos, que la bisabuela de Teresa y Bárbara era curandera, igual que todas las mujeres de esa familia. Por lo que se ve, hace muchos años tuvieron

problemas porque las acusaron de brujería. Pero bueno, eso ya no sé si es cierto o son solo habladurías a raíz de lo que hicieron generaciones más tarde las majaderas de Irune y Agustina.

—Irune y Agustina eran…

—Irune, la tía abuela de Bárbara y Teresa; y Agustina, la abuela.

Asentí lentamente con la cabeza.

—Soy todo oídos.

—¿Eso significa que quiere que se lo cuente?

—Si hace el favor, sí.

—Pues no sé si se lo va a creer. Pero se lo contaré de todas formas. Esas dos, Irune y Agustina, cogieron mala, malísima reputación cuando… ¿No ha oído hablar nunca de Juan Díaz Garayo?

—¿Juan Díaz Garayo? No. ¿Debería?

Alzó una ceja y asintió con la cabeza. La expresión de su cara hablaba por sí sola. Lo que estaba a punto de contarme sobrepasaba los límites de una mente cuerda.

6. Recortes de periódico

Miguel Elorga Mora

Me recoloqué en el asiento dispuesto a escuchar la historia que la señora Uribe iba a contarme.

—Ay, hijo. Aquello no pasó desapercibido en ninguna parte. Nos quitó la venda de los ojos a muchos: pensábamos que vivíamos en un país tranquilo, al menos, en un pueblo tranquilo. Pero creo que tan solo era cosa de otra época: casi nunca te enterabas de nada de lo que pasaba. No había televisión, ¿entiendes?

—Pero ¿qué sucedió? —insistí al ver que se iba por las ramas.

—Irune y Agustina, las abuelas de Bárbara, siguieron la tradición de la familia y se hicieron curanderas. Durante años ayudaron a gente de este pueblo y de los alrededores. Hasta que Juan Díaz llamó a su puerta.

»Se dice que Juan Díaz era un hombre feo, maloliente y bebedor. Aun así, se casó con una mujer que había heredado todos los bienes de su difunto esposo. Se casaron y tuvieron tres hijos. Se podría decir que eran una familia más; hasta que la mujer se puso enferma y Juan Díaz fue a pedirles ayuda a las hermanas. A partir de ahí, la cosa se torció, porque por muchos tratamientos, hechizos y rituales que le hicieron, la mujer de Juan se murió. Pero ahí no quedó la cosa. Mi madre me contó que, poco después, Juan volvió a pedirle ayuda a las hermanas Irune y Agustina, para que le hicieran un trabajo de brujería porque quería volver a casarse lo antes posible. Y lo consiguieron. Al poco tiempo se casó por segundas nupcias. Pero, también volvió a quedarse viudo por segunda vez. Era como si tuviera la negra. Sin embargo, las hermanas estaban detrás de todo aquello. Alguien le confió a mi madre que la propia Irune le contó que su hermana Agustina estaba recurriendo a remedios…, drásticos; por así decirlo.

—¿Eso qué significa?

—Ay, joven… Sacrificios. Al parecer, Agustina le dijo a Juan Díaz que, si sacrificaba a una mujer cualquiera, su siguiente esposa no se moriría tan pronto. Y eso hizo el muy… —Arrugó la boca y negó con la cabeza—. Atacó a una chica, la violó y la mató. Lo que no sabemos es si los demás asesinatos también los cometió porque se lo mandó Agustina o fue cosa suya.

—¿Más asesinatos, dónde, aquí en San Millán?

—Y tanto que sí, aquí en nuestro pueblo. Hubo trece muertes más.

—Pero ¿cómo…? —No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Ya te he dicho, hijo, que las cosas antes eran muy distintas. Una de sus víctimas consiguió sobrevivir. Siempre eran mujeres. Las atacaba y las estrangulaba hasta dejarlas inconscientes, entonces, las violaba y después las mataba. Pero esta consiguió defenderse y salir corriendo. Acudió a la Guardia Civil y lo denunció, sin embargo, por aquella época la acusación de una mujer no servía para nada. O lo denunciaba un hombre o… Así que, la pobrecilla optó por largarse del pueblo.

—No sabía nada de esta historia.

—Seguro que sí. ¿Nunca has oído hablar del Sacamantecas?

—Sí…, pero ¿eso no es una leyenda urbana?

—Ojalá lo hubiera sido, pero me temo que no. Aquel malnacido existió y le acusaron de haber matado a las doce mujeres y niña que encontraron muertas.

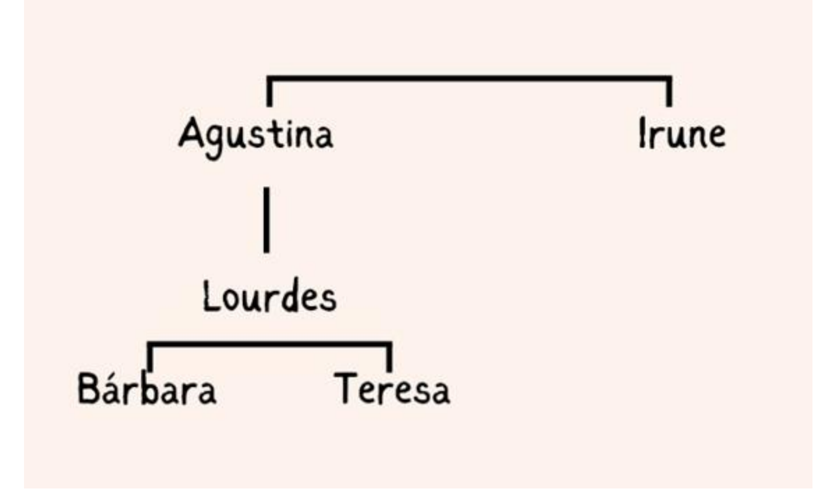
—¿Y por qué lo llamaron 'Sacamantecas'?

—Mi madre me contó que al principio las estrangulaba o las ahogaba en el río, pero que hubo un par de ellas a las que les rajó la tripa y se las sacó. Aunque también hablaron de que esas dos podrían haber sido asesinadas por otra persona, tal vez las propias hermanas en un sacrificio para conseguir qué sé yo.

—Sin duda es una historia que pone los pelos de punta, pero sigo sin entender qué tiene que ver todo eso con Bárbara y su hermana Teresa.

—Te lo he dicho antes.

Se levantó del sofá y se aproximó al mueble del comedor. Abrió un cajón y sacó un bolígrafo y un trozo de papel. Regresó a su sitio, apartó a un lado las tazas y las pastas y, apoyada sobre la mesita de centro, comenzó a escribir y hablar al mismo tiempo: —Agustina tuvo una hija llamada Lourdes. Y Bárbara y Teresa eran las nietas de Agustina. ¿Mejor así? —dijo a la vez que empujaba el papel en mi dirección—. Todas ellas estaban mal de la cabeza.



Me miró como si se compadeciera de mí y sonrió de medio lado. Luego le dio el último trago al café que le quedaba en la taza.

—¿Quieres otro?

Aquella mujer era como un pozo de petróleo recién perforado, y a mí me quedaban tantas preguntas por hacerle...

—Pues… Sí. Pero me gustaría que me contara qué pasó con las hermanas Irune y Agustina y ese psicópata de Juan Díaz.

—Dame un minuto, que traigo el café que ha sobrado antes.

Mientras ella iba y venía de la cocina, volví a observar su casa. Aquellos muros habían sido testigos de un suceso espeluznante, probablemente, de los actos de uno de los primeros asesinos en serie de la historia de los que se tenía constancia, no solo de España, sino también de Europa.

Llenó las tazas y regresó al mismo hueco del sofá que aún conservaba la forma de sus posaderas. De pronto se la notaba distraída. Removía el café, haciendo tintinear la porcelana mientras mis ansias de respuestas aumentaban.

—Los mataron a los dos por garrote vil —dijo, volviendo de sus pensamientos—. A Irune y a Juan Díaz. Lo vio todo el pueblo y cientos de vecinos de los pueblos de los alrededores. Hombres, mujeres, niños… Hasta los perros pasaron a ver su ejecución. Fue un descanso. Mi madre decía que ese día muchos volvieron a dormir tranquilos. Sí, Agustina se había escapado de la justicia, pero todo el pueblo estaba convencido de que aquella perturbada no volvería a pisar estas tierras. Porque huyó de aquí, ¿sabes? Lo que no sé decirte es dónde se escondió.

—¿Y sabe quién podría saberlo?

Se llevó la mano al mentón y agachó la cabeza, pensativa.

—Podrías hablar con don Baltasar. Fue el cura durante muchos años. Está muy mayor y dicen que se le va la cabeza, pero puede que él recuerde algo que yo no sepa o haya olvidado.

—Podría probar fortuna. ¿Y…?

Me dejó con la palabra en la boca; sabía exactamente lo que iba a preguntarle.

—Vive a un par de calles de aquí. Te puedo acompañar, si quieres.

—Claro. Se lo agradezco.

Al cabo de un rato estábamos llamando al timbre de don Baltasar. La señora Uribe golpeó la puerta con los nudillos, con insistencia.

—Está un poco sordo, ¿sabes? —Y volvió a aporrear la puerta. Tenía que estar haciéndose daño.

Pensaba que tendríamos que darnos la vuelta cuando oímos ruido al otro lado.

—Hay que darle tiempo —dijo la señora Uribe.

Por sus constantes comentarios llegué a creer que nos abriría un muerto viviente.

—¡*Egun on*, don Baltasar! —le saludó mi guía, a pleno pulmón.

—*Egun on, alaba, Jainkoak bedeinka zaitzala.*

—Disculpe, pero a partir del «egun on» no he entendido nada —expresé con una sonrisa.

—Solo estábamos dándonos los buenos días —respondió la señora Uribe mientras el hombre me examinaba con recelo.

Era un anciano, sí, pero nada que ver con lo que había imaginado. Alto, erguido, con abundante pelo blanco que llevaba peinado hacia atrás, gafas en su chata nariz, ojos pequeños... Afeitado. Aseado. De estructura ancha, sin estar gordo.

—Hablaré en castellano para que tu *amigo* pueda entendernos. —Don Baltasar me dedicó otra mirada, pero ahora de arrogancia—. ¿Qué te trae a mi casa, hija?

—¡Padre, este es el señor…!

—Mi nombre es Miguel Elorga —intervine, ofreciéndole la mano. La agarró con firmeza, como un hombre al que le quedan muchos años de vida—. Estoy…

—Quiere que usted le hable de aquella curandera que se escapó


del pueblo antes de que la pudieran condenar —intervino la señora Uribe.

—¿Curandera? No sé a qué t… *Aaaahh*… ¿Te refieres a la bruja?

—Sí. Esa.

—¡Pero ¿tú qué te crees, hija, que soy como Dios, que tengo ojos en todas partes?! —La señora Uribe arrugó el ceño.

—Alguna vez le he oído comentar cosas —argumentó ella.

—No debí hacerlo. —Don Baltasar se mostró arrepentido.

—Ya, pero…

—¿Usted sabe a dónde huyó? —pregunté, al ver que no íbamos a llegar a ninguna parte.

—Sí. Eso sí lo sé.

—¿Y puede decírmelo?

—No veo por qué no. Se fue a Almería.

—Almería es muy grande. ¿Puede concretar un poco más?

—A Gádor.

—¿Gádor? Me suena.

—Como para no sonarle, hijo.

Contraje tanto el ceño que hasta noté cómo se me empequeñecía la frente.

—Gádor es el lugar donde ocurrió aquella desgracia, lo de aquel diablo asesino —continuó el cura.

—¿Se refiere también al Sacamantecas? —pregunté a la señora Uribe.

Pero me contestó el anciano:

—No, hijo, me refiero al Hombre del Saco. Estoy viejo, pero aún sé lo que digo.

—Ya estamos —susurré, consciente de que la expresión de mi cara se había convertido en un poema. Se me escapó una risotada tosca, cargada de escepticismo—. ¿Está diciendo que…? Bah, en serio, esto empieza a resultar absurdo. A ver. Lo del Sacamantecas, todavía, pero ¿lo del Hombre del Saco? ¿Eso no es un cuento que se le contaba a los niños para que hicieran caso y se fueran a dormir?

—¿Absurdo? —repitió don Baltasar.

—¿Un cuento? —coreó la señora Uribe. —Quieres respuestas, ¿no? Pues cállate, hombre, y escucha —me reprendió severa—. ¿Por qué no nos lo cuenta, padre? —le solicitó al anciano—. Cualquier cosa

que sepa. ¿No te parece? —terminó, mirándome de nuevo.

Hice una mueca de resignación. Aquello empezaba a sonarme más a leyendas populares que a otra cosa, a los delirios de un par de viejos que necesitaban que alguien les diera palique, o que estaban tan chochos que mezclaban viejos acontecimientos con desgracias que les habían ocurrido a ellos mismos o a algún conocido.

—De perdidos al río —solté sin pensar.

—Si vamos a empezar así, me ahorro las molestias —reprendió el hombre.

—No, no. Lo siento. Me encantará escuchar lo que sepa del tema.

—Perdonado quedas, hijo. Pasad, entonces.

Lo acompañamos hasta un salón pequeño. En el centro tenía una mesa camilla, protegida con un cristal grueso. Varias estanterías con libros de aspecto antiguo y figuras de porcelana. En una de las paredes había una cruz de madera de al menos treinta centímetros.

Nos invitó a tomar asiento y nos ofreció algo para beber. La señora Uribe y yo declinamos el segundo ofrecimiento, pero ocupamos una de las sillas que rodeaba la mesa camilla.

—Agustina —dijo el padre Baltasar—. Aquella mala bruja se llamaba Agustina. Se estuvo carteando durante un tiempo con el padre Llorente. Agustina le confió solo a él dónde se había escondido y le pidió que no dijera nada a nadie, como es lógico. La Guardia Civil acababa de detener a su hermana Irune y a aquel demonio…

—¿Juan Díaz, el Sacamantecas? —aclaré.

—Sí. Los tres habían cometidos crímenes gravísimos; ellos lo sabían. Por eso Agustina decidió huir. Si se hubiera quedado la hubieran detenido y condenado también a morir por garrote vil. Así que, como le he dicho antes, joven, Agustina se escondió en Gádor, Almería.

—¿Y qué fue de ella? ¿Se casó? —pregunté.

La señora Uribe pasó a ser como una sombra que tan solo se limitaba a escuchar. Llegué a olvidarme de su presencia.

—Sí. Se casó y tuvo una hija. Lourdes —respondió don Baltasar.

—Entonces, Bárbara y Teresa…

—Bárbara y Teresa son las hijas de Lourdes —me interrumpió.

—Sí, eso ya lo sé —dije a la vez que apoyaba sobre la mesa el breve árbol genealógico que me había elaborado la señora Uribe—. Pero no entiendo nada: ¿Por qué las hijas regresaron a San Millán? ¿Y qué tienen que ver ninguna de ellas con… —me costaba decirlo sin

sonar ridículo—, el Hombre del Saco?

—A ver, vamos poco a poco. Según recuerdo, al poco tiempo de que Agustina llegara a Gádor, empezó a trabajar en la casa de un matrimonio. Ella llevaba las tareas del hogar. Allí conoció al que más tarde fue su marido. —Cogió un cuaderno viejo de la estantería y lo apoyó sobre la mesa. Lo abrió con parsimonia y punteó con el dedo hasta que dio con lo que buscaba. Luego, se sentó. De entre las páginas asomaban algunas que tenían aspecto de papel de periódico —. Pedro del Valle Campos, se llamaba. —Saqué un boli del bolsillo de la camisa y lo añadí al árbol genealógico—. Era un mozo que entró en la misma casa donde trabajaba Agustina. Se ocupaba de los cultivos, el ganado, el mantenimiento de la finca…, esas cosas. Eso fue sobre 1885. Y, tengo entendido que, más o menos, un año más tarde se casaron. No sé cuánto tiempo pasó desde el enlace hasta que Agustina se quedó encinta, pero estaba en estado de buena esperanza cuando tuvo un accidente que les hizo perder al niño. Todo esto, según el carteo entre Mateo y Agustina.

—Perdone, ¿quién es Mateo?

—El padre Llorente.

—Ah. De acuerdo.

—Como decía, el padre Llorente se carteaba con Agustina y gracias a ello sabemos que perdió al bebé. —Leyó unas líneas del cuaderno para sí y continuó—: En el verano de 1890 alumbró a su primer vástago. Seis meses más tarde lo encontró muerto dentro del canasto, ahogado con sus propias flemas. Siempre he pensado que fue un castigo divino, por todo el daño que Agustina había hecho. Sin embargo, el Señor es benevolente, el único que puede perdonar nuestros pecados. El 12 de abril de 1892 nació su única hija, Lourdes. A partir de ese nacimiento Agustina no volvió a cartear a Mateo, al padre Llorente —se corrigió, aunque ya lo había pillado—. Creemos que empezó a practicar la curandería. Aunque puede que nunca la dejase realmente.

»Lo digo porque ocurrió lo que muchos temieron que volviera a pasar. Recuerdo que por entonces yo era un crío que empezaba a ayudar al padre Llorente.

—¿De qué año estamos hablando? —le interrumpí.

—De 1910, aproximadamente.

—Disculpe la indiscreción, pero ¿qué años tenía usted, si puede saberse?

—Unos nueve o diez años.

Estaba ante un hombre de noventa años con un aspecto

inmejorable, el que todos desearíamos tener llegado el momento; si es que teníamos suerte de llegar tan lejos. El padre Baltasar siguió hablando: —Un matrimonio de allí, de Gádor, fue a pedirle ayuda porque el marido se estaba muriendo. Imagino que tenían que estar desesperados para hacer caso a aquella sierva del diablo. Mire. —El padre Baltasar me mostró un recorte de periódico, el que asomó entre las hojas del cuaderno cuando lo abrió—. Esto es lo que se publicó en los periódicos sobre el suceso.

Había dos recortes; en ellos se narraba la historia que venía a resumirse en que Agustina le había dicho al matrimonio que para salvar al enfermo del tifus tenían que coger a un niño, matarlo, beber su sangre aún caliente y untarse todo el cuerpo con un emplasto hecho con las tripas del pequeño.

Aún no creía lo que estaba leyendo cuando llegué al siguiente párrafo de uno de los recortes del diario ABC: Entre Lourdes y su infame madre Agustina, sujetaron a la horrorizada criatura, entretanto, el miserable verdugo, el barbero del pueblo, Francisco Leona, equipado con una navaja de afeitar con un finísimo filo, abrió en canal el pecho del niño. A continuación, el enfermo se preparó un emplasto con las tripas del niño mientras su esposa recogía parte de la sangre derramada. Una vez acabada la escabechina, tiraron el cuerpo del menor en los prados situados a las afueras del pueblo.

—El perro de un pastor de ovejas encontró el cuerpo torturado —prosiguió el padre Baltasar entre los continuos «Dios mío, pobre criatura» de la señora Uribe—. El terror se propagó por el pueblo como el fuego por un campo seco. «Se lo llevó el Hombre del Saco», dijo un niño a su padre al escuchar lo que había sucedido, identificando con acierto a Francisco Leona, el hombre que había raptado y después asesinado al menor.

»Cuando la Guardia Civil se personó en casa de Agustina y su marido Pedro para detenerlos, su hija Lourdes se encontraba fuera de casa. Fue gracias a la ayuda de una vecina que Lourdes consiguió escapar de Gádor. O eso le dijo al padre Llorente. No sé qué la trajo hasta aquí sabiendo que su propia madre había huido de San Millán.

—Pero, no sé si me he enterado. Agustina y Pedro le dijeron al otro matrimonio que tenían que matar a un niño, untarse su sangre y demás para que el enfermo se salvara, ¿no?

—Sí.

—Pero lo mató otro hombre, ese tal Francisco Leona, ¿correcto?

—Sí.

—¿Y por qué Francisco Leona mató al niño y no lo hizo el propio

matrimonio, el hombre enfermo?

—Eso ya no lo sé, hijo.

—Pero sí saben que Lourdes, la hija de Agustina y Pedro, y que luego más tarde se convertiría en la madre de Bárbara y Teresa, estaba presente.

—Correcto.

Suspiré.

—Vale. ¿Y sabe qué pasó con Agustina y el resto?

—Los sentenciaron a morir por garrote vil.

Me sentía raro y confuso. Parecía que tanto la señora Uribe como aquel anciano se habían puesto de acuerdo para contarme las peores historias de sucesos ocurridas en la España profunda del siglo pasado. Sin embargo, ninguna de las dos historias se trataba de ningún cuento. Aquellos recortes de periódico eran una prueba de ello.

—¿Y qué me puede contar de Lourdes y de sus hijas?

—Poco a poco, joven. ¿O tiene prisa?

No contesté. En realidad, me gustaba escuchar a las personas mayores. Supongo que era una forma de compensar la ausencia de mis abuelos biológicos, a quienes ni siquiera llegué a conocer. Los de por parte de madre, porque murieron jóvenes; los de por parte de padre, porque siempre fueron como un fantasma, igual que mi padre, quien nos abandonó a mi madre y a mí antes de mi primer cumpleaños.

—Recuerdo haber leído en los libros… —continuó el anciano—. A ver, déjeme un minuto. Mi memoria hace estragos, pero cuando empecé el servicio en la Iglesia de San Millán encontré los libros que el padre Llorente había ido escribiendo sobre las confesiones de sus feligreses. No lo escribía todo, por supuesto, solo las cosas importantes o que él consideraba necesarias conservar.

—¿Eso es legal?

—Hijo, ¿se va a poner ahora tiquismiquis con los temas de la legalidad o la ética?

—No. Claro que no.

—Ah. Ya decía yo.

—¿Y qué leyó? ¿Esos libros existen todavía?

—Me temo que no, que lo único que queda es mi memoria, y la pobre diabla a veces hace aguas.

Sin embargo, para tener noventa años, parecía tenerla mejor que yo.

Se levantó de la silla y se acercó a una de las estanterías de su austera y minimalista sala de estar. Cogió un libro con tapas de cuero que resultó ser un cuaderno antiguo. Era parecido al que encontré en la casa de Bárbara, el de las tapas oscurecidas y las anotaciones siniestras con esa caligrafía irregular y plagada de faltas de ortografía. Después de lo que me habían estado contando don Baltasar y la señora Uribe, hubiera deseado saber quién de todas ellas lo habría escrito. El anciano regresó a su sitio ante nuestras atentas miradas. Sus manos venosas lo sujetaban con firmeza. Sin alzar la vista del suelo, siguió rememorando: —Resulta que el padre Llorente estuvo carteándose con Agustina, como ya le he dicho, pero también con el Padre de la iglesia de Gádor. Aunque Agustina era una hereje y no iba a misa, su marido Pedro acostumbraba a hacerlo desde que era un crío. Él fue quien le contó que su esposa Agustina había comenzado a dar remedios en el pueblo. El padre Teodoro, según pude leer en la correspondencia, no era partidario de esas prácticas. Siempre lo consideró una artimaña del demonio para encandilar a las almas perdidas. Brujería, decía.

—Pero ¿cómo pudieron llegar a tanto? La historia que antes me ha contado la señora Uribe es una locura, pero la de que varias personas, se supone que con algo de cerebro, se reunieran y acordaran secuestrar a un niño para más tarde sacrificarlo como si fuera una cabra para, supuestamente, hacer que uno de ellos se curase de una enfermedad… ¿Acaso no hubo dudas, arrepentimiento, sorpresa…?

Se encogió de hombros e hizo una mueca de «estarían todos locos».

—Agustina y el barbero, Francisco Leona, se conocían de antes.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabe? ¿A qué se refiere con «de antes»?

—Ya se lo he dicho, joven. Las cosas que le cuento son las que pude interpretar del carteo. Agustina huyó cuando cogieron a su hermana Irune y a Juan Díaz, pero no todos los asesinatos que se le adjudicaron el Sacamantecas los cometió él. De hecho, cuando la Guardia Civil lo interrogó, Juan Díaz se negó a reconocer dos de los crímenes. Siempre lo negó. Pero a ellos eso les dio igual. Estaban ajusticiando a un demente y con eso era suficiente. Además, después de condenarlo no hubo más asesinatos por la zona. Así que…

—¿Eso es lo que me ha contado usted antes? —le pregunté a la señora Uribe. Ella asintió.

—Ya se lo he dicho —continuó el hombre—. A Juan Díaz le adjudicaron trece asesinatos. Pero un par de ellos nunca los reconoció. Siguiendo con la cronología de los hechos, el séptimo asesinato no era fiel a su forma de actuar. Juan Díaz siempre estrangulaba a sus víctimas, pero esa séptima mujer fue hallada con la tripa rajada y las

vísceras fuera.

—Entonces, fue… ¡Oh! ¿En serio? ¿Es posible?

—Me temo que la posibilidad está ahí. Es más que probable que aquella fuera una de las primeras víctimas de Francisco Leona. Y como ya he mencionado, no fue la única. Aquí mismo, en San Millán, asesinó a otra mujer de la misma forma, pero también se la endosaron a Juan Díaz. Cuando Agustina vio que la estaban buscando, avisó a Francisco Leona para que huyera con ella de San Millán. Compartían una mentalidad perversa y enfermiza. Los dos se hacían llamar curanderos. Pero eran demonios. Y les salió bien el plan. Huyeron y durante muchos años consiguieron escapar de la justicia; vivir en Gádor como si nada. Se buscaron la vida. Agustina entró a trabajar en una casa y Francisco Leona se hizo barbero.

—¿Y por qué no los delató nadie?

—¿Mis camaradas de oficio? Me temo que no se nos permite desvelar los secretos que escuchamos en confesión. No somos jueces ni verdugos. —Puse cara de desaprobación—. Ese privilegio le corresponde única y exclusivamente a nuestro Señor. ¿Entiende, joven?

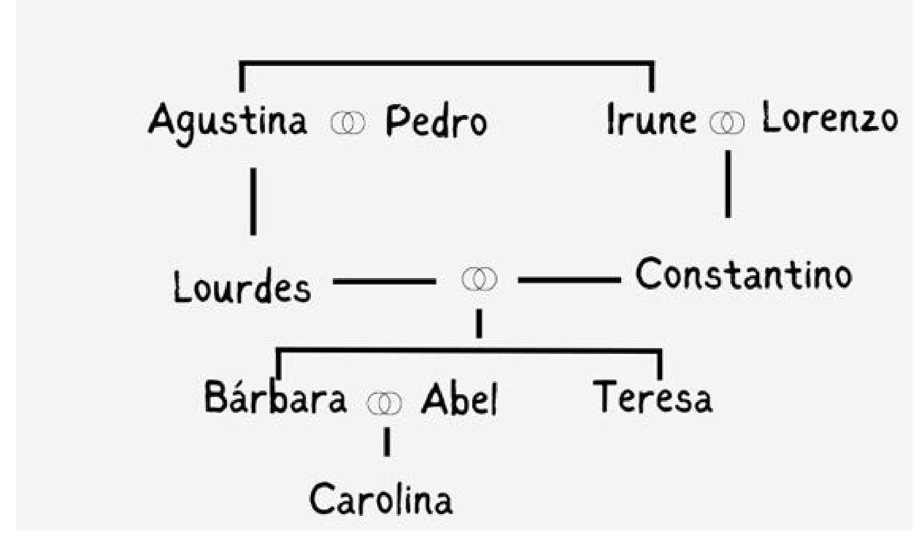
—¿Y qué pasó entonces con la hija de Agustina?

—Cuando Lourdes huyó de Gádor y regresó a San Millán, recuperó la casa de su familia, esa que hay enfrente de la de la señora Uribe. Pero nunca fue bien mirada. Los vecinos querían que se marchara de aquí. Pero al casarse con su primo Constantino, los vecinos no tuvieron más remedio que resignarse a aguantar cómo exhibía su insolencia por nuestras calles.

—¿Se casó con su primo?

—Sí. Con Constantino. El hijo de su tía Irune y su tío Lorenzo.

Anoté los nuevos nombres en el árbol genealógico:



—¡Ah! ¡Es verdad! ¡Lorenzo era el marido de Irune y al hijo le pusieron Constantino! —exclamó la señora Uribe, quien me miraba con los ojos muy abiertos y asintiendo con la cabeza como si tuviera un muelle en el cuello.

—A ver, entonces, si me he enterado bien… —dije, ignorando el comentario de la mujer—. Irune tuvo un hijo antes de que la ajusticiaran a ella y a Juan Díaz por garrote vil, ¿cierto? ¿Solo uno?

—Exacto, joven. Se ha enterado bien. Solo tuvo a Constantino.

Esta vez el que asintió despacio fui yo; empezaban a encajar todas las piezas.

El hombre abrió el cuaderno y lo ojeó con detenimiento.

—Supongo que le interesará saber que Lourdes, la hija de Agustina, fue quemada viva el 18 de diciembre de 1948.

—¿Qué?

—¡¿Que la quemaron?! —preguntó la señora Uribe, escandalizada—. ¡¿Aquí, en el pueblo?! ¡¿Cómo puede ser que no me acuerde?!

—¿Como si fuera una bruja de la Edad Media? —proseguí.

—Lo que era. Un demonio con faldas y pelo largo —respondió el anciano—. Ahí sí que estuve yo presente. Aunque era muy joven y no era partidario de un remedio tan…, retrógrado.

Esperé a que continuase. Se quedó con la mirada perdida, como si su mente hubiera volado varias décadas atrás y estuviera volviendo a ver el fuego ante él.

—¿Y por qué la quemaron? ¿Se enteraron de que ella tuvo algo

que ver con el niño que asesinaron en Gádor?

—No. Fue la repentina muerte de su marido.

—Su primo Constantino, ¿no?

—Sí. Constantino: su primo y marido. El pueblo entero la acusó de haberlo matado.

—¿Y cómo…?

Me quedé con la palabra en la boca cuando el anciano se dirigió a la señora Uribe: —Usted, hija, ¿dice que no se acuerda?

—No. Para nada.

—Pero si en el pueblo no sabían nada de lo de Gádor, ¿qué pasó para que quemaran viva a Lourdes? —insistí.

—Un día, de buenas a primeras, el marido se cayó desplomado y en seguida concluyeron que lo había envenenado.

—¿Sin tener pruebas?

—Su reputación y la de su familia fueron suficientes pruebas.

Se me volvieron a alzar las cejas, incrédulo. Pero un instante después pensé que, aunque se hubieran equivocado a la hora de acusarla de matar a su marido, seguía siendo culpable de la abominación que le hicieron al niño de Gádor.

—Teresa también lo vio todo —continuó el hombre—. La joven tendría unos diecinueve años cuando sucedió aquello.

—¿No estará hablando de Teresa Argandoña?

—Teresa… —repitió la señora Uribe pensativa—. Por eso perdió la cabeza, porque vio cómo quemaban viva a su madre.

—Lourdes y Constantino tuvieron varios hijos —prosiguió el anciano—. Cuatro…, o cinco. Murieron todos. Unos más pequeños, otros más mayores. Uno de los hijos murió durante la Guerra Civil. Otro, se ahogó o se asfixió o algo parecido. Vamos, que le quedaban solo dos hijas: Teresa y Bárbara. Teresa fue quien lo vio todo. Cogieron a su madre entre varios hombres del pueblo y la sacaron a rastras de la casa. Teresa lloraba y chillaba. Mientras unos reducían a su madre, otros habían preparado una hoguera. Fue todo muy rápido. Sin preguntas. Sin juicios por parte de las autoridades. Sin dar tiempo a que dijera una sola mentira más. La ataron a un poste, la rociaron con aceite de lino y le prendieron fuego delante de su hija mayor, Teresa, que pasó de los llantos a quedarse estupefacta. A partir de aquel día, la pobre se quedó trastornada. No hablaba, no comía… Bárbara la encerró en casa y empezó a cuidar de ella, a encargarse de todo. Yo las visité en un par de ocasiones, pero no fui bien recibido.

—¿Pero usted se da cuenta de lo que nos está contando? —tartamudeé. No daba crédito. Sin embargo, ese no era el momento de digerir la información; tenía más preguntas—: ¿Qué años tenía Bárbara?

—Pues no lo sé. Unos catorce o quince, supongo.

—¿Y después? ¿Dice que eso ocurrió en 1948?

—No lo sé con exactitud, ya que dos o tres años después de aquello se fueron a vivir a Asturias. Creo. Ya le digo que no estoy seguro. Alguien me dijo que Bárbara había metido a su hermana en un psiquiátrico, pero no sé hasta qué punto son ciertas tales afirmaciones.

»Pensábamos que no volveríamos a verla: ni a ella ni a nadie de su familia, pero al cabo de unos años Bárbara volvió casada y con una hija. No se quedaron. Pasaron unos días en la casa que heredó de su familia y luego se marcharon. A partir de entonces, empezaron a venir cada verano. Su hija Carolina se hizo muy amiga de una joven que vive aquí en el pueblo. Zorione. Y eso es todo. Creo que poco más puedo contarle.

—Es mucho más de lo que esperaba. Se lo agradezco de veras.

—No hay de qué, joven. Aunque me surge la curiosidad de para qué… ¿Sabe qué? No es de mi incumbencia.

7. Lo siento

Viernes, 28 de septiembre de 1990

Sofía Rubio

Para Sofía, Luis Carrión representaba el miedo, la decadencia, la muerte, la desesperación. Luis Carrión se había convertido en un monstruo al que deseaba no volver a ver, en un ser despreciable del que huir y mantenerse lo más alejada posible. Sin embargo, ahí estaba, limpiando su despacho por quinto día consecutivo, sacando lustre al escritorio, a la estantería, a la vitrina, a la silla… Tenía que cuidar hasta el más mínimo detalle, dejarlo perfecto; de esa forma, ese desalmado no podría emplear ninguna excusa con la que terminar de destruirla. Debía moverse como una sombra. Entrar, limpiar y salir sin ser vista, sin llamar la atención. Si le hubiera quedado perfume ni siquiera lo hubiera usado para no dejar su rastro. Es cierto: una sombra puede verse. De manera que ella debía ser como el oxígeno. Transparente. Inoloro. Intangible. Imperceptible.

El 24 de septiembre, después de cuatro años y medio de tormento, Sofía volvió a pisar las oficinas donde vivió los mejores años de su carrera profesional. Pero antes de ese lunes, pasó un fin de semana para olvidar. La ansiedad por regresar le robaron de golpe el sueño y el apetito. Carlos y Enrique volvieron a ver cómo su madre se encerraba en el dormitorio y, a través de la puerta, la oían llorar. Sofía tenía verdadero pánico de encontrarse con Luis cara a cara, y la tentación de abstraerse de la realidad la llevaron a rebuscar en el cajón de la mesilla el bote de antidepresivos que aún conservaba.

Sin embargo, se había hecho una promesa a sí misma; no solo por ella, sino por sus hijos.

«Solo son dos semanas», se dijo. «No tendrás que cruzarte con él ni verle. Él tampoco sabrá que estás yendo. Solo son dos semanas».

Durante la primera semana Sofía cumplió con sus dos horas diarias de trabajo estipuladas. No obstante, decidió entrar y salir media hora antes de lo indicado, para estar más tranquila. Antes de que él la despidiera, jamás lo vio llegar a la oficina antes de las nueve de la mañana. Pero no podía confiarse; era un ser tan impredecible que no iba a correr ningún riesgo. Gracias a aquella decisión Sofía fue a trabajar el lunes. Y después, el martes. Y después, el miércoles…, y así, hasta que fue viernes y estaba a punto de terminar su turno; su primera semana. Ya solo tenía que aguantar una más.

Cuando salió, se dirigió a las oficinas de Limpiezas Campoamor.

—¿Qué tal, Sofía? ¿Ya has terminado por hoy? —le preguntó Eloísa después de recibirla en el pequeño despacho.

—Sí. —Sofía sonrió; estaba orgullosa de sí misma. Pronto habría acabado todo.

—Bien. ¿Y qué te trae por aquí?

—Quedamos en hablar hoy —respondió Sofía a la vez que la sonrisa se le iba desvaneciendo.

Realmente parecía que Eloísa no se acordaba del motivo de su visita.

—Por lo de las suplencias —aclaró Sofía.

—Ah, eso. Sí, es verdad. No me acordaba. Tengo tanto lío… Querías saber si después de las suplencias te quedarás en la empresa, ¿no?

—Sí, justo eso.

—Ya. —Eloísa torció la boca y alzó una ceja—. De momento no vamos a renovarte.

Sofía sintió que le huía la sangre de la cara.

—Pero…

—Una de las chicas que iba a marcharse al final se queda. Te iba a dar sus turnos, pero si ella sigue…

—Y no hay nada que…

—No, Sofía. Lo siento mucho. Quizá te lo tenía que haber dicho antes, pero… Vamos que yo tampoco lo sabía.

Sofía no creía lo que estaba oyendo.

—El viernes que viene, cuando termines el turno, pásate por aquí y arreglamos los papeles, ¿vale? Me gusta mucho cómo trabajas, así que en cuanto quede un hueco libre te llamaré, si quieres.

—Sí. Claro. —A Sofía le escocían los ojos, pero contuvo las lágrimas.

—¿Te interesaría también que te llame en el caso de que necesite cubrir más vacaciones o bajas?

—Sí. Llámame para cualquier cosa que surja.

Sofía empujó la silla con el cuerpo y se puso de pie: la conversación había terminado.

—De acuerdo. Ay, Sofía. De verdad que lo siento mucho.

—Nada. Ya nos vemos el viernes que viene.

Caminó dirección a casa sintiendo una creciente angustia, como si nadara a la deriva en mitad de un enorme océano. El mero hecho de verse de nuevo sin nada… Y pensó en Luis. Siempre pensaba en Luis.

—Todo lo que me ha pasado ha sido por tu culpa. Y ya estoy harta. Se acabó.

8. Alguien en la recepción

Un día de septiembre de 1990

Miguel Elorga Mora

Mi visita al pueblo de San Millán me tuvo varios días dándole vueltas a la cabeza. De pronto, el principal objetivo era encontrar a Teresa Argandoña. Aunque antes, le conté a Amaia lo que había descubierto. Tuvimos una larga reunión en la que yo hablaba y ella escuchaba, y ponía caras de desagrado al llegar a los detalles más escabrosos.

—O sea, que la querida de mi marido viene de una familia de taradas —concluyó Amaia.

—Eso me temo.

—De acuerdo. Busca a esa tía loca que a ojos del mundo es un fantasma. Y quiero saber qué maldita enfermedad tiene la madre.

Y eso hice.

Al cabo de varias semanas conseguí dar con el paradero de la tía de Carolina. Tal y como aventuró el padre Baltasar, Teresa estaba ingresada en un hospital psiquiátrico, concretamente, en uno de Navarra. Cuando Bárbara cumplió los veintiún años se convirtió en la tutora legal de su hermana, y cuatro años más tarde, en 1958, ingresó a Teresa en un hospital psiquiátrico donde la mantuvo encerrada durante veintiocho años, hasta que la reforma legal de 1986 hizo que se cerrasen muchos de los centros psiquiátricos de España y Bárbara se vio forzada a buscarle una nueva residencia permanente.

Sabiendo dónde se encontraba, me prepararé una maleta con lo indispensable por si tenía que pasar una noche fuera de casa.

Estacioné en los aparcamientos que había en los aledaños del hospital psiquiátrico. El edificio era normal, el típico de líneas clásicas y sobrias que en su día debió costar una fortuna. Según te aproximabas a la puerta principal, tenías la sensación de estar a punto de entrar en un mundo miserable. Uno en el que, al poner un pie dentro, una horda de monstruos te lanzaría unos lazos irrompibles con los que te absorberían la energía vital, debilitándote el cuerpo hasta hacerte clavar las rodillas en el suelo. Una vez ahí, te someterían a continuas torturas y envenenamientos hasta perder la mucha o poca

cordura con la que hubieses entrado. Una vez traspasé la puerta, me pregunté cuánta cordura perdería yo en aquella visita.

—Buenos días. Quisiera visitar a Teresa Argandoña del Valle —le dije a la mujer que había en la recepción. Una mujer de unos cincuenta años con una sonrisa forzada y la mirada ausente de empatía. El pelo recogido en un moño y las uñas pintadas de un color rojo carmesí. Los dedos índice y corazón de su mano derecha teñidos del amarillo de la nicotina.

—¿Es usted su familiar?

—No. —Era una tontería mentir, ya que me pedirían la documentación y se darían cuenta.

—Me temo que entonces no puede verla. Solo pueden visitarla sus familiares o tutores legales.

—¿No pueden hacer una excepción?

—No.

—¿Suelen venir a verla?

—No. Desde que la ingresaron, aquí solo ha venido usted preguntando por ella.

—Entiendo.

—¿Y podría hablar con el médico que la trata?

—Lo siento, del mismo modo que con el régimen de visitas, la información de nuestros pacientes es confidencial y solo se les da a sus familiares o tutores legales.

—Ya.

—Al menos, ¿podría decirme qué tal se encuentra, si es feliz, si la tratan bien…?

—Señor, aquí tratamos a todos nuestros pacientes con el mayor cariño y profesionalidad que existen. Nuestra Teresa es ya una señora de sesenta y un años que ha vivido en centros psiquiátricos más de la mitad de su vida. Está todo lo bien que se puede estar.

—¿Tiene alguna enfermedad, algún achaque…?

—¿Quiere que le vuelva a repetir lo mismo?

—Ya: familiares o tutores legales.

—Exacto.

—¿Puede decirme al menos por qué la encerraron en un centro psiquiátrico hace tantos años?

Hizo un mohín de exasperación.

—Señora… —continué ante su cara de malas pulgas—. Sé que usted sigue unas normas, pero piense una cosa: durante los cuatro años que Teresa lleva aquí ingresada nadie ha venido a verla ni una sola vez. ¿Usted cree que a sus familiares o tutores legales les importa un rábano si alguien se interesa por ella? No. Se han olvidado de que existe. No, peor aún, saben que existe porque las facturas siguen llegando, pero no quieren saber nada de ella. Probablemente solo esperan la única llamada que les hará felices, esa que les librará de su carga para siempre. Así que, señora Tosar —dije tras mirar su apellido en la tarjeta identificativa que colgaba de la solapa de su chaqueta—, lo único que quiero saber es qué le pasó a Teresa para acabar encerrada en un centro como este. Yo, si estuviera en su lugar, me alegraría de que alguien, después de tantos años y aunque no fuera un familiar ni un tutor legal, se preocupase por una de mis pacientes.

Se quedó pensativa.

—Solo puedo decirle que si la encerraron fue por su bien.

—¿Por qué?

—Porque sufría mucho.

—¿Cuándo? ¿Al llegar aquí?

—No. Antes. La primera vez que la ingresaron. Nuestra pobre Teresa vio cómo su madre se quemaba viva sin poder hacer nada para salvarla. Eso le causó un trauma del que nunca se ha recuperado. Al principio se autolesionaba. Era una amenaza para ella misma y para los demás.

Con eso confirmaba lo que me habían estado contando la señora Uribe y el padre Baltasar.

—¿Y ya no le ocurre?

—No. Según su expediente médico, le practicaron varios tratamientos de choque. El último fue una lobotomía. Hace unos años se practicaron muchas. Es una intervención sencilla y sin riesgos para el paciente.

—¿Sin riesgos para el paciente? Se quedan como zombis —reprobé con desprecio.

—No, señor. A unos les afecta más y a otros menos. Pero lo que es indiscutible es que se amansan y dejan de ser un peligro para ellos y para el resto. —Sus afirmaciones me estaban dejando atónito—. Con esta nueva ley que se han inventado, ya no se nos permite curar a los enfermos. Nos han atado de pies y manos. Lo único que se nos permite es cuidarlos, como si fuéramos unas niñeras. Pero bueno, no creo que dure mucho. Seguro que de aquí a un par de años se dan cuenta del error que están cometiendo y reculan. Los pacientes necesitan ser

tratados y a veces con las pastillas no es suficiente.

Miré a un lado y a otro al tiempo que recordaba lo que me había dicho hacía unos momentos: «Aquí tratamos a todos nuestros pacientes con el mayor cariño y profesionalidad que existen». Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en Teresa y el resto de pobres diablos que había allí encerrados.

Aunque ya tenía la información que estaba buscando, fue superior a mí: —Le ruego que me permita verla cinco minutos —dije apoyándome en el mostrador, muy cerca de ella y en un tono bajo y persuasivo.

—¿No se cansa de pedir una y otra vez lo mismo? —preguntó impertérrita.

Bajé la mirada hasta mi mano y fue cuando la mujer se dio cuenta. Con el mayor sigilo del mundo deslicé un fajo de billetes doblado a la mitad. Alzó la vista y clavó la profundidad de sus pupilas en las mías. Mientras permanecía callada traté de adivinar cuál sería su siguiente paso: llamar a Seguridad o aceptar mi soborno con discreción.

Esta vez fue ella quien miró a ambos lados del pasillo.

Descolgó el teléfono y apretó un botón.

La observé tratando de mantener la compostura. Me esforcé por recordar si en la entrada había algún tipo de valla que pudieran utilizar para interceptarme en el caso de verme obligado a salir corriendo.

—Soy yo —dijo la mujer a su interlocutor—. Manda a alguien a recepción.

«Mierda».

9. Pajarillo abandonado

Septiembre de 1990

Mismo día

Miguel Elorga Mora

Con un movimiento pausado, la mujer de la recepción colgó el teléfono.

—¿Ha llamado a Seguridad? —le pregunté.

Sonrió de medio lado y empujó la silla con el culo. Después contoneó sus gruesas caderas rodeando el mostrador y se puso a mi lado. Apoyó la mano sobre la mía y entendí que me concedería los minutos que le había pedido con Teresa. Cogió el dinero como si cogiera una taza de té caliente y se lo guardó en el sujetador. Volvió a dedicarme una sonrisilla condescendiente.

—Tenía que haber empezado por ahí —susurró con rostro inexpresivo.

No supe si pretendió hacer una broma o hablaba en serio.

Apenas unos segundos más tarde apareció un celador al fondo de un pasillo, tras una puerta de doble hoja y cristales que daba acceso a un área restringida. Se trataba de un tipo alto y corpulento. Sus pasos eran torpes, como los de un gigante que trata de no destrozar un cultivo fértil con sus patosos y enormes pies.

—Ha venido a visitar a Teresa Argandoña. Llévalos a una sala vacía —le ordenó al celador cuando estuvo cerca.

—Muy bien —le contestó el hombre. Tenía cara de pocos amigos.

—Acompáñelo —me indicó. Luego se dirigió al celador—: Déjales… —Paró de hablar y se apoyó la mano en el pecho, como si a través de la blusa y el sujetador pudiera contar cuánto dinero le había dado—. Déjales diez minutos. Luego lo acompañas de vuelta —conminó a su compañero.

Atravesamos un largo y ancho pasillo, de paredes empapeladas con un papel blanco y rugoso en el que se disimulaban las manchas. Nuestras pisadas hacían eco sobre un gres que formaba un mosaico de pequeñas piedritas de río de varios colores, mucho menos elegante que el que había antes de cruzar la puerta de doble hoja. El celador caminaba un par de pasos por delante de mí dejando su impronta en

el aire: sudor mezclado con colonia de niños.

—Usted es la primera persona que viene a visitar a Teresa desde que la trasladaron aquí. ¿Quién es?

—Soy de la familia.

—Sí. De la familia. Yo también soy su primo. —Giró levemente la cabeza y me dedicó una sonrisa por encima del hombro.

Tomamos unas escaleras y subimos una planta. Le seguí hasta una sala diáfana decorada con un par de sofás y una mesita baja. Ni revistas ni libros ni muebles ni cortinas…, tan solo unas ventanas sucias protegidas desde el interior con una rejilla metálica y en el exterior los mismos barrotes color negro que decoraban el resto de los ventanales del edificio.

—Espere aquí un minuto.

—Gracias.

El olor a cerrado de aquella estancia no era más agradable que el del celador.

Mientras andaba de un lado a otro esperando a Teresa, pensé en la generosa compensación económica que había entregado a cambio de diez escasos minutos con una pobre mujer que presumiblemente no volvería a tener más visitas.

Al fin se abrió la puerta.

Ante mis ojos surgió una señora de piel nívea y aspecto débil, desgastada por el paso de los años y el enclaustramiento en los centros psiquiátricos. Aparentaba tener al menos quince años más.

—¿Teresa? —pregunté.

El celador sonrió antes de lanzar la puntilla: —Es lo que pasa cuando dejamos de ver durante mucho tiempo a nuestros familiares.

No contesté.

—Tienen diez minutos. ¡Teresa! ¡Tú familiar ha venido a verte! ¡Qué bien, ¿eh?! —le dijo a gritos, agarrándola por el brazo y haciendo que caminara varios pasos hacia mí. Luego me miró y remarcó—: Diez minutos.

Asentí. Se dio la vuelta y nos dejó en la intimidad de una habitación con escasa luz y abundante pena: la mía.

—Hola, Teresa.

Anduve hasta ella y le ofrecí la mano para acompañarla hasta el sofá. Ella me miraba a la cara, pero sus ojos se perdían en el infinito, como si estuvieran abismados en el pasado que la había llevado allí.

—Me llamo Miguel.

—¿Papá? ¿Dónde estabas? —Las lágrimas estaban a punto de caérsele y yo sentí que se me partía el alma—. ¡Papá…! —dijo ofreciéndome las manos para que se las agarrase.

Se la veía tan sensible que tuve miedo de tocarla y hacerle daño. Le cogí las manos con suavidad y me senté a su lado mientras ella no apartaba la vista de mi rostro y sonreí. La primera lágrima resbaló por su mejilla.

—Qué bien que hayas venido —siguió, con una voz carente de energía, temblorosa.

—No, Teresa. Me llamo Miguel…

—¿Dónde está mamá? Se fue a comprar el pan y aún no ha venido.

—Tu madre… Eh… No está, cielo. No ha podido venir.

¿Qué ganaba haciéndole ver que yo no era su padre? Al menos si mi presencia le hacía recordar algo bueno, a un padre querido… Viendo aquello el dinero que le había dado a la mujer de la recepción me pareció poco.

—No la veo —dijo Teresa. Agachó la cabeza y se quedó abstraída en el suelo.

—Siento que no haya podido venir, hija. ¿Tú qué tal estás? ¿Se portan bien contigo?

—Yo quería verla…

—¿Se portan bien contigo? —insistí.

—Me han bañado.

—¿Ah, sí? ¿Te gusta que te bañen?

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó volviendo a prestarme atención.

La sonrisa no maquillaba la tristeza de sus ojos.

—No lo sé —le contesté.

Arrugó el ceño.

—Voy contigo —afirmó.

—¿Dónde está tu hermana?

Giró la cabeza hacia la puerta, como asustada.

—Bárbara…

—Sí. Tu hermana Bárbara, ¿dónde está?

—Me ha traído a casa. No quiere que la vea.

—¿El qué?

—A mamá.

—¿Te ha llevado a casa para que no veas a tu madre?

—No quiere que la vea.

—¿Por qué no quiere Bárbara que veas a tu madre?

—Se ha ido a por el pan.

—Pero ¿por qué no quiere tu hermana que la veas?

—Mamá se ha ido corriendo. Chillaba. Chillaba a todos —dijo soltándome las manos de golpe—. ¡No quiero ver a mamá! —gritó a la vez que se cubría la cabeza con los brazos—. ¡No quiero ver a mamá! ¡No quiero ver a mamá…!

—Tranquila, Teresa. Tranquila…

En ese momento se abrió la puerta. El celador me fulminó con la mirada. Yo me puse de pie como un resorte.

—Se le ha acabado el tiempo. Tiene que marcharse —aseveró mientras Teresa repetía una y otra vez la misma frase, llorando y balanceándose adelante y atrás abrazándose el cuerpo y luego cubriéndose otra vez la cabeza.

—Pero si aún…

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No hace falta.

—Pues lárguese —dijo el celador mientras trataba de calmar a Teresa—. Tranquila, Teresa. Tranquila…

Caminé hacia la puerta, confundido y triste por aquella situación, por saber que Teresa no era la única persona en ese estado, abandonada y ahogada en un pasado que no lograba dejar atrás. Y de pronto oí que Teresa me llamaba entre el llanto: —¡Papá…! ¡Papá…!

Yo no era su padre, pero en el fondo era a mí a quien estaba pidiendo auxilio, una ayuda que no sabía darle.

Se me hizo un nudo en el pecho y solo pude darme la vuelta y decirle.

—Volveré otro día. Te lo prometo.

Y me fui a paso ligero porque no tenía fuerzas para permanecer allí más tiempo. Los gritos de Teresa llamando a su padre me acompañaron más allá de la sala, de las escaleras… Me acompañaron incluso después de entrar en el coche: se habían grabado en mi mente como una inscripción en un metal. Desde el asiento, y agarrado al volante, miré una vez más la fachada de aquel centro psiquiátrico de

ladrillo rojo y ventanas de medio arco con barrotes negros. Teresa llevaba demasiados años lejos de estar bien. Su hermana la había convertido en un pajarillo abandonado en una jaula llena de mentes trastornadas y yo acababa de hacer una promesa que deseaba cumplir.

10. Autopsia

Sábado, 20 de octubre de 1990

Ahora

Sargento Ismael Miranda

La muerte de Luis Carrión fue agónica. Durante su traslado en ambulancia al hospital más próximo, Luis empezó a convulsionar hasta entrar en parada cardiorrespiratoria. Los asistentes sanitarios empezaron las maniobras de reanimación hasta Urgencias, donde continuaron sin éxito. Pocos minutos después, los médicos certificaron su muerte.

Sin embargo, las personas no suelen fallecer sin un motivo, y menos si son jóvenes y gozan de buena salud. A Luis Carrión había que practicarle una autopsia para determinar cuáles habían sido las causas de la muerte.

Fue ahí, en el momento en que el Instituto de Medicina Legal de Oviedo tuvo los primeros resultados de la necroscopia, cuando mi compañero Héctor y yo nos hicimos cargo del caso.

—Hola. Somos el teniente Héctor Sandoval y el sargento Ismael Miranda, de la UOPJ de la Guardia Civil de la Comandancia de Oviedo —nos presentó mi compañero a la forense nada más abrir la puerta. Me sorprendió encontrarla en un despacho y rodeada de papeles en vez de desmenuzando a alguien—. Venimos por la autopsia de Luis Carrión Pacheco.

—Sí. Estupendo. Yo soy la doctora María Mendieta. Los estaba esperando.

Estábamos ante una mujer de unos cincuenta años, delgadísima, de estatura media, melena corta y rizada, nariz chata sobre la que apoyaban unas gafas grandes de pasta blanca.

—Usted dirá —dijo Héctor a la vez que ella abandonaba su silla y cogía una manzana que reposaba sobre la mesa.

—Pero cuéntenoslo como si fuéramos niños de párvulos; que nos enteremos, vaya —pedí en tono humorístico.

Héctor me dedicó una mirada de desaprobación.

—Claro. Acompáñenme —solicitó la forense.

—No les importa que me la vaya comiendo, ¿verdad? —planteó

retórica a la vez que nos mostraba la manzana—. Llevo desde anoche sin probar bocado y miren las horas que son. —Y le dio un mordisco.

Héctor hizo un gesto de «adelante» mientras yo me preguntaba por qué no se la habría comido en el despacho antes de que nosotros llegáramos.

Poco después, entramos en la sala donde descansaban los restos mortales de Luis, dentro de uno de los bancos frigoríficos.

—¿Le importa sujetármela? —preguntó y, de nuevo sin esperar respuesta, me dejó a cargo de su manzana mordisqueada.

Abrió la pequeña puerta metálica y extrajo la camilla.

—Pues aquí esta: Luis Carrión Pacheco —expuso al tiempo que destapaba el cuerpo—. Varón de treinta y ocho años. El pasado viernes sufrió un repentino malestar y pocos minutos después falleció. A falta de los datos del laboratorio, las evidencias nos conducen a una muerte por envenenamiento.

—¿Lo han envenenado? —preguntó Héctor.

Como era habitual, Héctor hacía las preguntas y yo tomaba notas de lo más relevante; solo que, en ese instante, tenía la mano ocupada en sostener una pieza de fruta medio comida y me parecía de poca educación dejarla en el primer sitio que encontrase.

—Digo que la causa de la muerte ha sido envenenamiento —remarcó la forense a la vez que recuperaba la manzana—. Podría haber sido envenenado por otra persona o por él mismo, de forma intencionada o por accidente. Eso es algo en lo que deberán indagar ustedes. Por mi parte, espero que con los resultados del laboratorio al menos consigamos aclarar cuál fue el tóxico utilizado.

Recuperó su manzana y ¡otro mordisco!

—¿Y cómo sabe entonces que ha sido, perdón, que ha muerto por envenenamiento? —dije midiendo las palabras.

—Hay varios signos que apuntan a ello, como el color rojo intenso de la piel y las mucosas. Esto se produce cuando el agente tóxico impide que el oxígeno que está en la sangre llegue a los pulmones y demás órganos. La sangre se queda oxigenada y provoca el enrojecimiento, lo llamamos arterialización. Además, tenemos la presencia de livideces paradójicas que, al contrario que las cadavéricas, no se forman en las zonas declives del cuerpo.

—¿En cristiano, por favor? —reclamó con sutileza el teniente Sandoval.

—Que la sangre tiende a acumularse, dependiendo de la posición del cuerpo después de la muerte, en las zonas más bajas debido a la

gravedad, lo que deja unas manchas de color rojo oscuro o púrpuras en la piel. Sin embargo, en este caso no es así.

Héctor y yo intercambiamos una mirada; no sé si él se había enterado de algo o seguía igual de perdido que yo.

—¿Y sospecha de alguna sustancia en concreto? —continuó preguntando mi compañero.

—Hay muchos venenos de origen natural que son letales: la belladona, el cianuro, el beleño… He extraído muestras de sangre y de órganos: cerebro, riñón, hígado, pulmón…, pero hasta dentro de unos días no tendré los resultados. Algunos venenos son muy difíciles de detectar, incluso en una autopsia, sobre todo si han pasado días desde la muerte hasta el análisis. Por suerte, dispusimos del cadáver pocas horas después del fallecimiento, así que tengo esperanzas de que los resultados sean esclarecedores. En los casos de envenenamiento, tanto en el tratamiento como en el diagnóstico o en el análisis forense, el tiempo es crucial. Por ejemplo, cuando lo trasladaron percibí un leve olor a almendras amargas que ahora ya se ha extinguido.

—¿Y?

—Pues que, si mi olfato no me ha fallado, el olor a almendras amargas suele ser un indicativo de envenenamiento por cianuro.

—Cianuro… —reflexionó Héctor. ¿Es difícil conseguir cianuro?

—No. Solo en el reino vegetal existen más de mil especies capaces de generar cianuros. También se encuentra en la fauna, como pueden ser en algunos artrópodos e insectos. Vamos, que podríamos encontrarlo en más de dos mil fuentes naturales.

—Pero es raro que usen cianuro para envenenar a alguien, ¿no? —pregunté ignorante.

—Para nada. El cianuro viene usándose desde hace siglos. Existen referencias de que ya lo empleaban en el antiguo Egipto en la época de Cleopatra. Más actualmente, no hace tantos años, se empleó el cianuro de hidrógeno, es decir, el cianuro en su forma gaseosa, para llevar a cabo el exterminio nazi durante la Solución Final en la Segunda Guerra Mundial. Las cámaras de gas esparcían el ácido cianhídrico, conocido como Ziclón B. Lo desarrolló una empresa alemana en la década de 1920 y se usó durante años como pesticida, rodenticida, para desinfectar instalaciones, silos de grano, barcos... Y más tarde, ya saben, los nazis lo emplearon para aniquilar a cientos de miles de personas en las cámaras de gas. Después de la Guerra se prohibió su uso.

Héctor y yo asentimos con la cabeza.

—Antes ha dicho que podría haber sido una ingesta accidental.

¿De verdad lo cree posible? —preguntó el teniente.

—Eso es lo que tratamos de averiguar. El finado acababa de comer, así que, profundizando en la explicación anterior de que el cianuro se encuentra en muchas fuentes de origen vegetal. —Nos señaló su manzana, que empezaba a oscurecerse por la oxidación y siguió—: En los huesos de algunas frutas como las manzanas, los albaricoques, los melocotones… Podría haberlo consumido por accidente; comiendo puedes tragarte alguno. Sin embargo… —La doctora torció la boca.

—¿Qué?

—Sabemos que acababa de comer, pero vomitó y… Para acabar con la vida de una persona la cantidad ingerida tiene que ser muy superior a la de un simple hueso; además, el cianuro se encuentra en la semilla que por lo general está recubierta por el hueso. Y a juzgar por la rapidez en la que murió, la cantidad debió ser elevada. No obstante, en el caso de que fuera intolerante, sí, podría haber sido un accidente, ya que la intolerancia es una reacción tóxica a una dosis que de forma usual no es tóxica.

A partir de ahí, la doctora Mendieta continuó con una larga explicación sobre las diferencias entre la toxicidad, el envenenamiento y las reacciones de hipersensibilidad e idiosincráticas, estas últimas impredecibles y no relacionadas con la dosis.

Al cabo de un rato salíamos con las mismas preguntas que al principio: ¿había sido un suicidio, un accidente o un asesinato? Entretanto, los compañeros del SECRIM peinaban la oficina en busca de alguna pesquisa: alguna nota de suicidio, un recipiente contaminado, cualquier cosa que nos ayudase a esclarecer el caso.

Mientras nos dirigíamos a la vivienda de la viuda, recordé algo que nos dijo la doctora Mendieta cuando ya nos marchábamos del Instituto de Medicina Legal:

—No soy nadie para decirles cómo deben hacer su trabajo, pero tal vez sería conveniente que empezaran a indagar entre las mujeres del entorno más cercano de Luis. Les recuerdo que el veneno ha sido, de siempre, un arma de mujeres.

11. Sin motivos para mentir

Septiembre de 1990

Un mes antes

Miguel Elorga Mora

Una vez en casa, escuché las grabaciones que los micros habían recogido en los domicilios de Carolina y de su madre Bárbara.

La primera conversación fue una llamada telefónica de Bárbara a Carolina: —Hola, hija. ¿Qué tal llevas el embarazo?

—Pues empiezo a estar gordísima. Y muy torpe. Se me caen las cosas al suelo y me cuesta agacharme a recogerlas.

—Siempre fuiste un poco torpe.

—Gracias.

—Es verdad.

—Sí. Ya lo sé.

—No te enfades, hija. Es un hecho. ¿Y qué te ha dicho el médico? ¿Sabe ya el sexo?

—Ya te lo dije, mamá. Va a ser una niña.

—¡Ay, sí! Es verdad. No sé dónde tengo la cabeza.

—Mañana o pasado iré a verte. Hoy no puedo porque me he puesto a limpiar la casa y voy a acabar agotada.

—No, hija, mejor que no. Llevo desde anoche con dolores de tripa y no quiero contagiarte ningún virus.

—¿Con dolores? ¿Y eso?

—No lo sé. Para mí que es gastroenteritis o algo de eso.

—¿Estás con la tripa suelta?

—Sí. Estaré con dieta blanda, a ver si se me pasa pronto.

—¿Quieres que vaya a la farmacia y te lleve algo?

—¿Qué? No. Tú quédate en casa. Ya nos veremos otro día.

—Como quieras».

Bárbara seguía escondiéndole a su hija lo de su enfermedad y no entendíamos el motivo.

Escuché el resto de las cintas de la casa de Bárbara. Le gustaba

hablar sola, como si tuviera a alguien delante. Por sus monólogos, pude enterarme de que le había empezado a escribir un cuaderno a su hija. «No me voy a morir sin que sepas la verdad», repitió varias veces en voz alta. Se la notaba molesta. «Pero no estoy para aguantar preguntas estúpidas. Si luego me queda tiempo ya te contestaré. Aunque con un poco de suerte me habré muerto antes».

Me hubiera gustado leer qué era esa verdad a la que se refería, pero no hubo suerte. Tal vez se trataba de lo mismo que yo había averiguado hablando con la señora Uribe y el padre Baltasar.

Entretanto, Carolina seguía discutiendo con Luis cada dos por tres. La última, debido a un comentario que le hizo el adúltero a la amante: —Creo que podrías dar a la niña en adopción. Hay tantas parejas que quieren tener hijos y no pueden… —le dijo Luis.

—¡No pienso darle mi hija a nadie! —chilló Carolina—. ¡¿Pero tú estás loco o qué?! ¡No quiero que vuelvas a mencionarlo!

Después de aquello, estuvieron una semana sin verse ni hablarse.

Octubre de 1990

Carolina estaba a punto de salir de cuentas.

Amaia seguía guardándose todo lo que sabía sobre su marido, sin decirle nada. Escapaba a mi entendimiento de dónde podía sacar tanta sangre fría.

Bárbara continuaba encerrada en casa, saliendo solo para comprar las cuatro cosas que necesitaba para subsistir y guardando las distancias con Carolina, a base de excusas.

Respecto a mí, tal y como me pidió Amaia, seguí controlando las entradas y salidas tanto de la madre como de la hija. Bajo mi punto de vista, empezaba a pintar poco o nada en aquel asunto, pero Amaia insistió. Alternándolo con otros trabajos, investigué las «recetas» que encontré en los cuadernos que Bárbara escondía en su casa. Resultaron la confirmación a las prácticas de curanderismo de las que me habían estado hablando la señora Uribe y el padre Baltasar. Un curanderismo que tan pronto ofrecía un remedio para sanar, como otro para echar un mal de ojo, procurarle mal a alguien o directamente quitarle la vida.

Y, de repente, Luis murió.

12. Motivos

Sábado, 20 de octubre de 1990

Ahora

Sargento Ismael Miranda

La última persona que lo vio con vida fue ella, Amaia Vera. Ella fue quien lo llevó al hospital de urgencias, quien habló con él por última vez. Debíamos tomarle declaración.

Llamamos a la puerta de una suntuosa casa y nos abrió una mujer joven y atractiva.

—¿Amaia Vera? —preguntó el teniente. Amaia asintió—. Somos el teniente Héctor Sandoval y el sargento Ismael Miranda de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Estamos investigando la muerte en extrañas circunstancias de su esposo, el señor Luis Carrión Pacheco.

—¿Investigando? —repitió extrañada.

—Sí. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Creen que lo ha matado alguien?

—Eso es lo que tratamos de averiguar.

Con el gesto contrariado nos condujo hasta el salón y nos invitó a tomar asiento. Tenía una casa enorme y elegante. Su forma de vestir era acorde a una persona adinerada. Su actitud, por otra parte, era la de una mujer dura e imperturbable. Acababa de perder a su marido y no mostraba pena, más bien asombro por nuestra presencia allí.

«El veneno es un arma de mujeres», recordé.

—Señora Vera —comenzó a hablar el teniente—, venimos del Instituto de Medicina Legal. Acabamos de tener una larga y sustanciosa charla con la forense que le está practicando la autopsia a su marido. Sabemos que Luis ha muerto por envenenamiento.

—¿Lo está diciendo en serio?

—Sí. ¿Conoce a alguien que quisiera desearle algún mal a su marido? —prosiguió mi compañero.

Amaia negó con la cabeza a la vez que su mirada se perdía en el suelo.

—No. No lo sé. Es… Pensaba que le había dado un infarto, un

ictus o algo de eso. Se quejaba de que le ardía el pecho, estaba mareado, le dolía la cabeza…

—Usted fue la última persona que lo vio con vida aquella tarde. ¿Puede contarnos qué pasó?

—¿Eh? Sí. Claro. Me llamó por teléfono desde la oficina. Decía que no se encontraba bien, que fuera a buscarle. Cuando llegué, estaba tirado en el suelo. Consciente y dolorido. Llamé a Emergencias. Pasarían unos diez o doce minutos hasta que llegó una ambulancia.

—Y usted, ¿cuánto tiempo tardó en llegar?

—Pues…, no lo sé. Diez minutos. Quince, como mucho.

—De acuerdo. ¿Qué más recuerda de esa tarde?

—Seguí con el coche a la ambulancia. Cuando llegué al hospital no me dio tiempo a verlo, se lo llevaron a toda prisa para dentro. Tuve que quedarme en la sala de espera de emergencias. Al cabo de un rato vino un doctor para decirme que Luis había muerto. No podía creérmelo. Le pregunté qué le había pasado, pero no supo darme una explicación. Entonces dijo que querían practicarle una autopsia. Yo les autoricé a que se la hicieran; aunque lo más probable es que se la hubieran hecho de todos modos.

—¿Firmó un consentimiento?

—Sí. Creo. O no. No lo sé. Últimamente no hago más que firmar documentos y ya no sé ni de qué son.

Miré al teniente Sandoval; hubiera sido interesante saber qué estaba pensando. Tenía seis años más que yo de experiencia y a veces su instinto iba un par de pasos por delante que el mío. No obstante, no supe interpretar nada; mostraba una expresión adusta e indescifrable.

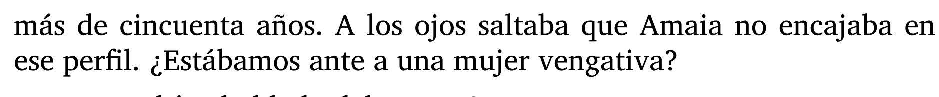
—¿Tenían problemas conyugales? —siguió Héctor.

Amaia Vera permaneció en silencio unos segundos.

—Podría decirse que sí. Había estado siéndome infiel.

Acabábamos de encontrar un posible móvil.

Conocía más de un caso en el que la mujer sabía de las infidelidades de su marido y, sin embargo, prefería guardar silencio. Ninguna de esas mujeres quería volver a empezar de cero, perder la estabilidad y todo lo que habían conseguido a lo largo de una vida de trabajo. Preferían hacer de tripas corazón, seguir mirando para otro lado. Algunas fingían que les daba lo mismo, que ya no sentían ningún aprecio por sus maridos; otras, las que menos, buscaban consuelo más allá de su lecho: en el alcohol, en sus hijos, en el juego, en la compañía de otros hombres… Todas ellas tenían algo en común: eran madres de familia, sin trabajo o con pocos recursos y, por lo general,


más de cincuenta años. A los ojos saltaba que Amaia no encajaba en ese perfil. ¿Estábamos ante a una mujer vengativa?

—¿Habían hablado del asunto?

—No.

—¿Y cómo sabe que le era infiel? ¿Le pilló alguna vez con otra?

—Sí.

—¿Y prefería…? —intervine, pero no me dio tiempo a terminar la pregunta.

—Sí. Preferí seguir con él. Tenía mis motivos —argumentó la mujer.

—Tal vez deba compartirlos con nosotros, señora Vera —le sugirió Héctor.

—¿Por qué, acaso soy sospechosa?

—Su marido ha muerto envenenado, así que, de momento, todo el mundo es sospechoso. Además, sin ánimos de ofenderle, por lo que vemos, usted podría haber tenido motivos para matarlo. ¿Puede que la razón para continuar con él fuera que le mantenía?

—¿A qué se refiere? —preguntó ofendida.

—¿De quién es esta casa? —continuó Héctor.

Amaia sonrió burlona de medio lado.

—Qué, ¿porque soy una mujer tengo que ser dependiente económicamente de un hombre? ¿Acaso cuando han conseguido mi dirección no han visto que la casa está a mi nombre?

—No. No quería decir eso, pero…

—Pero es lo que ha dicho. Soy una mujer y no puedo tener dinero suficiente como para mantener un hogar sin la ayuda de un marido. Pues para que lo sepa, la casa es mía.

—¿La ha pagado usted?

—No. La pagaron mis padres. Igual que el resto de bienes que heredé de mis padres. Murieron hace años.

—Ah, es eso.

—Claro. Es eso —respondió con desprecio— Así que no, no estaba con Luis porque necesitase que me mantuviese, como ha insinuado hace unos segundos. Es más, antes de que murieran mis padres ya trabajaba en la empresa que ellos levantaron, y después de su accidente la he dirigido con éxito durante años, así que les agradecería que no volvieran a insinuar que soy una buena para nada.

—No era nuestra intención. Disculpe. Pero entonces, díganos,

¿por qué continuó con Luis si sabía lo de su adulterio?

Nos dedicó una mueca de repulsión.

—Seguí con él porque lo estaba dejando con su amante. Creí…

—¿Que lo estaban dejando? —salté—. Habla de ellos como si fueran un par de quinceañeros y usted su madre —dije algo sarcástico.

—Miranda, déjala terminar —me reprendió el teniente. Luego la miró a ella—. ¿Qué creía, señora Vera? Continúe, por favor.

—Creí que se terminaría olvidando de ella y volveríamos a ser un matrimonio normal.

—Pues no sé por qué tengo la sensación de que nos está ocultando algo —insistí—. Si no habló nunca con su marido de la infidelidad, ¿cómo sabe que iban a dejarlo o que *lo estaban dejando*? —Y de nuevo, el final de la pregunta sonó más burlón de lo que hubiera deseado.

Amaia suspiró como si le exasperaran nuestras preguntas. Luego, con su mirada felina puesta en mí, continuó: —Señor…

—Miranda. Sargento Ismael Miranda.

—Sargento Miranda. Mi marido y yo queríamos tener hijos. Lo estuvimos intentando durante mucho tiempo. Sin embargo, no pudimos concebir uno.

—No está contestando a mi pregunta —perseveré.

—Mi marido dejó preñada a su amante. ¿Entiende? Ella quería el bebé, pero mi marido no. No quería ser padre con esa mujer. Sin embargo, ella continuó con el embarazo, a pesar de que él le dejó claro que no lo quería, que no se haría cargo. A partir de ese momento empezaron a discutir como locos. Había tanta tensión y desavenencias entre ellos que era cuestión de tiempo que hubiera terminado dejándola.

—¿Y cómo sabe que discutían como locos y que en repetidas ocasiones le dijo que no quería al bebé, que no se haría cargo de él, etcétera? —preguntó Héctor.

—Le oí. Se encerraba en el despacho a hablar con ella por teléfono y, aunque él se creía que no, me enteraba de todo. En más de una ocasión descolgué el auricular del comedor para escuchar las conversaciones; el que no se enteraba era él.

—¿Y pudo oír en varias ocasiones lo que hablaban?

—Eso es lo que les estoy diciendo: estaba al tanto de todo. No medían. En una ocasión su amante le echó en cara que no estaba cumpliendo con las supuestas promesas que Luis le había hecho.

Según ella, le prometió que me abandonaría para crear ellos una familia juntos. Pero era mentira. Desde el principio Luis quiso que ella se deshiciera del bebé y, cuando ya era demasiado tarde para que abortara, le pidió que lo diera en adopción.

—Creí haberle entendido que querían tener un bebé —receló el teniente.

—Exacto. Nosotros: Luis y yo. No mi marido con otra.

—¿Alguna vez le dijo su marido que quería acabar con el matrimonio o separarse de usted?

—¿Él a mí? No. Jamás. Él vivía muy bien gracias a mí. Lo tenía todo.

—¿Y cómo le sentó a usted la noticia de que la amante de su marido estuviera embarazada? —pregunté.

—Creo que no necesitan mi ayuda para imaginárselo. —E hizo una mueca de desdén.

—Me cuesta creer que nunca le dijera nada —continuó Héctor.

—En verdad, sí. Sí hablamos. Hace cosa de un par de semanas. Le dije que lo sabía todo y que le perdonaba. Él se agobió mucho, me pidió perdón mil veces y ahora estábamos dándonos una segunda oportunidad.

—¿Por qué no nos lo ha dicho desde el principio? —le reprendió Héctor.

—Porque a ustedes no les importa mi vida privada.

—En este caso, sí nos importa, y mucho.

—Bueno, pues ya lo saben. Así que, creo que en vez de investigarme a mí deberían estar investigándola a ella, a su amante. Seguro que se le cruzó el cable cuando Luis le dijo que estábamos dándonos otra oportunidad. Porque sé que se lo dijo. Y ella está loca.

—¿Qué insinúa con eso de que está loca?

—No insinúo nada. Afirmo que no está bien de la cabeza. Tienen que investigarla.

El teniente y yo nos miramos; a él se le escapó un suspiro. No le gustaban los casos de líos domésticos. «Parecemos los torpes polis de un culebrón», solía decir.

—¿Sabe cómo se llama? —le pregunté.

—Claro que lo sé. Carolina del Monte Argandoña. Era empleada de mi empresa. La contrató Luis.

—Pero usted es la dueña, heredó la empresa de sus padres. ¿No

tiene que dar el visto bueno a las nuevas contrataciones? —recelé.

—En efecto. Pero dejé que Luis se encargara de supervisar el departamento de recursos humanos, dado que fue él quien despidió a la anterior secretaria, Sofía Rubio, y luego al chico que entró para sustituir a Sofía. Sofía llevaba muchos años en la empresa y me dolió que Luis la echara. Así que, decidí desvincularme de los contratos o los despidos que pudieran surgir.

—Perdón, no me ha quedado claro del todo —intervino Héctor, y volvió a tomar la rienda de las preguntas—. ¿Usted conoció a Carolina del Monte Argandoña?

—Sí.

—¿En persona?

—Sí. Coincidí con ella algún tiempo, antes de que yo decidiera quedarme en casa… —Amaia paró de hablar y se le empañaron los ojos.

—Continúe, por favor.

—Creí que me quedaría embarazada pronto. Me equivoqué.

—¿Y qué impresión le dio Carolina?

—Normal. Parecía una chica aplicada y competente. Aunque su estilo era… Creo que intentaba mostrar algo que no era. Como si quisiera aparentar mejor gusto o tener más dinero del que tenía.

—¿Está insinuando que Carolina tenía problemas financieros?

—No. Estoy diciendo que parecía el típico caso de quiero y no puedo. Aun así, es evidente que se las apañó muy bien para engatusar a mi marido. —Aunque Amaia hablaba con tranquilidad y, en ocasiones, una sutil sonrisa, se notaban sutiles carices de rabia en sus palabras—. Puede que quisiera su dinero y por eso se quedó embarazada. Aunque tal vez lo que ella no sabía es que él no tenía nada, que todo es mío. Nos casamos en separación de bienes. —Sonrió y, ahora sí, su despecho quedó escrito en el aire cuando, como quien escribe a máquina golpeando con furia cada letra, repitió palabra por palabra—: Él no tenía nada.

13. La otra

Lunes, 22 de octubre de 1990

Sargento Ismael Miranda

De la declaración de Amaia Vera extrajimos un posible móvil por el que ella podría haber deseado acabar con la vida de su marido. No obstante, si las cosas que nos había contado sobre Carolina del Monte eran ciertas, tal vez Amaia no era la única con sed de venganza.

En cuanto conseguimos la dirección acudimos al domicilio de Carolina, pero nos topamos con que nadie abría la puerta. Tardamos un par de días en localizarla en una casa que tenían sus padres en San Millán, en la provincia de Álava. Allí nos dirigimos. Ahí sí, nos abrió una mujer joven y guapa, pero con un aspecto desgastado. Las ojeras le contorneaban unos ojos grandes y expresivos, con una nariz recta y fina, como la que cincelaría un escultor que quiere extraer de la piedra un bello busto femenino. También sus labios eran carnosos, pero los tenía agrietados, como si estuviera deshidratada. Estaba con el abrigo puesto; la pillamos por los pelos y tampoco estuvimos mucho rato. Quisimos hacer como que no sabíamos nada de la niña que acaba de tener con Luis, para ver qué nos decía sin condicionarla.

La versión que nos dio Carolina fue muy distinta a la que nos había dado Amaia: «No es sencillo. (…) Él aún no ha dado el paso de abandonar a su mujer. (…) La pobre tiene problemas. (…) Ha sufrido depresión y es muy celosa. Le ha amenazado un par de veces con suicidarse. (…) Cuando se recupere, podremos decirle la verdad y Luis podrá divorciarse…».

¿Era posible que Luis estuviera jugando a dos bandas?

La reacción de Carolina al darle la noticia nos pareció sincera. Esta sí se puso a llorar y a preguntar lo lógico: «¿Cómo ha sucedido?». Pero su afligimiento no tenía por qué significar que fuera inocente o que le doliera más que a Amaia. Es más, ellas, Carolina y Amaia, fueron las últimas personas que habían estado con Luis aquel fatídico viernes. Ambas eran sospechosas.

Después de entrevistarnos con Carolina decidimos dejar Álava y regresar a Asturias. Debíamos averiguar si era cierto lo que acababa de contarnos Carolina sobre que Amaia tenía problemas psicológicos o si estaba tratándose. Además, le pediríamos al juez una orden de

registro para las viviendas tanto de la viuda como de la amante.

—¿La crees? —le pregunté al teniente cuando ya nos encontrábamos en el coche, de regreso a Asturias.

Héctor conducía absorto. Ni siquiera con la pregunta apartó la vista de la carretera.

—No. Pero tampoco creo la versión de la esposa. Es todo bastante extraño, como si ambas escondieran algo. ¿A ti no te da la misma sensación?

—Las dos tenían motivos para vengarse —dije—. Amaia por la infidelidad de su marido; y Carolina, porque, según lo que ella cuenta, Luis aún no había abandonado a Amaia, tal y como le prometió.

—¿Te crees lo que nos dijo Amaia de que Luis le pidió a Carolina que abortara?

—No lo sé. Las dos se muestran muy seguras a la hora de contar su versión, y es totalmente contraria —reflexioné.

—¿Y si lo hubieran planeado juntas? —preguntó Héctor de pronto.

—¿Planear el qué, matarlo? —Me pareció un planteamiento estúpido.

—No lo veo tan descabellado —concluyó Héctor, reflexivo.

—Con todo el respeto, pero creo que has visto demasiados culebrones —bromeé. Pero él no cambió el semblante.

—Sí. Tú ríete, pero la gente hace cosas muy raras.

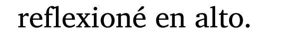
—A mí me parece una majadería; creo que si lo hubieran planeado juntas al menos habrían elaborado una coartada firme, una en la que la una no acusara a la otra. ¿No? Pero, de acuerdo, si lo piensas habrá que tenerlo en cuenta. Llevas más años que yo en esto, así que… Además, tratándose de desengaños amorosos…

Héctor era un perro viejo: su mente barajaba posibilidades más rápido que la mía. Y cuanto más pensaba en su hipótesis, menos descabellada me resultaba.

Corrieron unos segundos antes de que volviera a preguntarle: —¿Y te has dado cuenta de que la una llama «loca» a la otra, y viceversa?

—Sí. Curioso, ¿verdad? —Héctor asintió concentrado en la conducción; yo, en cambio, observaba esa mancha fugaz e indefinida que era la vegetación que rebasábamos. Aún nos faltaban unos minutos para llegar a Asturias.

—¿Quién se beneficiaría más por la muerte de Luis Carrión? —


reflexioné en alto.

—¿Económicamente?

—Sí.

—Creo que este caso no se sustenta en un móvil económico, sino pasional. Con la muerte de Luis, la mujer no gana nada que no tuviera antes; todo el patrimonio ya era de ella, como bien nos ha dicho. En el caso de Carolina, legalmente tampoco puede conseguir nada, ya que ni estaban casados ni Carrión había reconocido legalmente a la niña. Si lo mató alguna de las dos fue por un móvil claramente pasional.

—¿Y si tienes razón y lo hicieron juntas? —planteé.

Héctor giró la cabeza.

—No sería tan descabellado, ¿verdad? —dijo meditativo.

—No —reconocí.

Y mientras nosotros viajábamos de regreso a Asturias y barajábamos hipótesis tras hablar con las dos principales sospechosas, la madeja de las respuestas se desovillaba en otra parte.

14. Lo pagarás

Viernes, 5 de octubre de 1990
Unos días antes

Sofía Rubio

Llevaba desde el viernes de la semana anterior dándole vueltas a la cabeza. «Lo siento mucho. Quizá te lo tenía que haber dicho antes, pero… Vamos que yo tampoco lo sabía», le dijo Eloísa. Como si con una disculpa sus problemas fueran a resolverse. Cuando Sofía llegó a casa, los niños aún estaban en el colegio; no tuvo que esconderse para llorar y desahogarse. Sin embargo, estaba decidida. Su suerte iba a cambiar. Era cuestión de días. Además, a quién quería engañar. Tiempo atrás ya barajó la posibilidad de vengarse. Si no lo hizo fue porque nunca se le ocurrió un buen plan; demasiados cabos sueltos. De modo que, en lugar de cobrarse una torpe venganza se fue convenciendo de que debía olvidarlo. No. De que debía olvidarle. Puede que, algún día, con mucho esfuerzo, lo hubiera conseguido. Sin embargo, el destino es caprichoso: la obligó a reencontrarse con el pasado, sí, pero también le sirvió en bandeja de plata la oportunidad de que su plan dejara de tener cabos sueltos.

Sacó del cajón de la mesilla el bote de antidepresivos, los machacó hasta convertirlos en polvo y lo mezcló con matarratas. Luego lo echó todo en el recipiente de las pastillas y lo guardó en el bolso.

El lunes fue a trabajar. Limpió. Regresó a casa.

«Mañana», se dijo a la vez que observaba el bote con el medicamento pulverizado.

El martes fue a trabajar. Limpió. Regresó a casa.

«Mañana», se repitió, convirtiendo la palabra en un mantra.

El miércoles fue a trabajar. Limpio. Regresó a casa. Una vez más no encontró el valor suficiente.

«Se te acaba el tiempo, Sofía. Tienes que hacerlo mañana».

El jueves volvió al trabajo. Limpió. Pero volvió a marcharse sin llevar a cabo el plan.

«Te arruinó la vida», se dijo mientras daba vueltas en la cama. La luz del alumbrado público se colaba entre los agujeros de las

persianas. Observó la silueta de su bolso: en el interior llevaba el bote con el veneno.

El viernes era su último día en el trabajo. El último día que tendría en su poder la llave de la empresa de los Vera. La última oportunidad para vengarse. Recordó el día que Luis la despidió. A él no le tembló el pulso cuando la echó, y por su culpa se quedó sin empleo, sin casa, sin dinero…; casi le quitan a sus hijos…; su marido se suicidó…

«Mañana lo haré», se prometió.

Y mientras lloraba y recordaba el pasado, se quedó dormida.

El viernes, se levantó de la cama antes de que sonara el despertador. Se duchó. Se puso el uniforme, dejó preparado el desayuno para los niños, les dio un beso antes de salir de casa y se fue al trabajo.

Empezó limpiando la planta de abajo. La entrada. La recepción. La sala de reuniones. El almacén. Los aseos.

Después, continuó arriba. La oficina. Un despacho. Otro despacho. Los cuartos de baño.

Se encontraba en el despacho de Luis. Miró la vitrina, la botella de wiski rodeada de vasos sobre una bandeja de cristal. Recordó que, en especial los viernes, Luis acostumbraba a tomarse una copa de ese wiski tan caro que solo les ofrecía a los clientes importantes. A juzgar por la poca cantidad que quedaba dentro de la botella, debía seguir haciéndolo.

Sacó el bote de veneno del bolsillo de su pantalón. Había tantos narcóticos y matarratas que tumbarían a un camello y, mezclados con tan poca cantidad de licor…

—Con que des un buen trago será suficiente —susurró.

Destapó la botella de wiski y lo olió.

Cerró los ojos.

Jamás pensó que la venganza oliera a wiski del caro.

15. Debiste callar

Lunes, 22 de octubre de 1990
Ahora

Carolina del Monte Argandoña

Eran poco más de las cinco de la tarde, pero Carolina estaba agotada. Apenas había comido algo a lo largo del día. Tenía un nudo en el estómago que le impedía probar bocado sin sentir náuseas. No se le iba de la cabeza la visita que la Guardia Civil le había hecho esa misma mañana para decirle que Luis había muerto envenenado. Ni más tarde, su desesperado encuentro con un médico forense para conseguir la prueba con la que confirmaría que su madre había asesinado a su padre; nada que ver con el infarto que los doctores dijeron que había sufrido. Para colmo, según acababa de llegar de hacer lo más deshonroso que haría en su vida, apenas hacía un par de horas, ese ertzaintza y Xabier habían llamado a su puerta para notificarle que alguien había profanado la tumba de sus padres. Si ellos hubieran sabido la verdad… Aunque eso era precisamente lo que Carolina quería averiguar, lo que le había llevado hasta San Millán: la búsqueda de respuestas. ¿Cuánta verdad había en los cuadernos que le dejó su madre? Y más aún, ¿qué fue eso que no pudo terminar de contarle?

Carolina permanecía sentada frente a la chimenea, con la mirada perdida más allá del fuego que crepitaba a pocos centímetros de su rostro. El calor le rozaba la piel, enrojeciéndola, como si quisiera lamerle las heridas aún palpitantes. Tenía el pulso tembloroso; y las llagas de las palmas, supurando. Además de lo sucedido a lo largo del día, lo acontecido en los últimos días cruzaba por su mente como una sucesión de rayos: la última comida con Luis; él viendo por primera vez a Aroa, ignorándola más tarde; la última imagen de su madre; Zorione amamantando a Aroa; los restos de su padre en pequeñas bolsitas de plástico… Y otra vez Luis. Sus besos. La última vez que hicieron el amor. El dolor en sus genitales. La sensación de sentirse un trapo sucio y usado. Las falsas promesas… Y de nuevo, la Guardia Civil diciéndole que había muerto envenenado.

Muerto.

Envenenado.

—Están todos muertos —susurró Carolina.

Aroa comenzó a llorar.

Carolina se levantó del suelo y cogió a Aroa del moisés. Dolorida, empezó a acunarla entre los brazos, tratando de serenarla.

—Necesito conocer de una maldita vez la verdad.

Miró la hora. Eran las cinco y media de la tarde. Se dirigió al teléfono y marcó el número que había aprendido de memoria. Al segundo tono, el médico forense Gregorio Morientes, ese asqueroso sin ética ni vergüenza, contestó; su voz era inconfundible. Carolina sintió náuseas.

—¿Tiene ya lo mío? —le preguntó sin ni siquiera saludar. Lo que había hecho para conseguir los resultados forenses la acompañarían toda la vida.

—¿Carolina?

—Sí.

—Buenas tardes.

—¿Tiene ya los resultados?

—Lo siento, pero no he podido averiguar nada sustancial. Las muestras no sirven.

—No puede ser. ¿No estará mintiéndome?

—¿Por qué iba a hacerlo? Me quedó claro que esto era importante para usted. No le mentiría en algo así.

«Tanto esfuerzo para nada», se lamentó Carolina.

Cerró los ojos. La rabia resbalaba por sus mejillas. La voz del doctor Morientes volvió a oírse al otro lado de la línea, lejana.

—¿Sigue ahí?

—Gracias —dijo Carolina. Y colgó mientras oyó un, cada vez más remoto, «no hay de qué».

Sin fuerzas se acercó al bolso para bebés de Aroa. Una punzada en los puntos de la episiotomía le recordó que debía darse la pomada y tomar la infusión para la subida de la leche. «Luego», se dijo. Cogió el cuaderno que le había dejado su madre; necesitaba volver a leerlo. Pasó las hojas despacio; cada movimiento resultaba doloroso. Los ojos le pesaban, le escocían. Su cuerpo tiritaba a pesar de la lumbre. Se llevó la mano a la frente; le ardía. ¿Tenía fiebre?

Observó con pena el rostro sonrosado de su hija, ahora relajado. Empezaba a quedarse dormida.

—¿Te acuerdas del cuaderno que me dejó tu abuela Bárbara y de lo que le estuve leyendo a Zorione? Pues no se lo leí todo. Pero tú eres

mi hija y sí debes saberlo.

Y a continuación empezó a leer en voz alta.

16. Cuaderno de Bárbara

En fin, Carolina, hija mía, voy a tratar de seguir un orden para no liarte.

Ya sabes que nací en el pueblo de la familia, en San Millán, Álava. Digo «pueblo de la familia» porque, aunque tu bisabuela Agustina tuvo que marcharse de allí una temporada y estuvo viviendo en Gádor, Almería, las raíces siempre nos tiran hasta llevarnos al lugar de donde somos. Son como un imán que nos atrae sin remedio, aunque no queramos. En su caso, aunque tu bisabuela no regresó, sí lo hizo tu abuela Lourdes cuando era joven, y eso que tu bisabuela la parió en Almería y jamás antes había visitado San Millán. Así que, sí, sus raíces, igual que las de toda nuestra familia, están sujetas a San Millán, lo queramos o no. A mí, a pesar de todo lo que se diga, me hace sentir orgullosa. La gente no entiende nada y solo tiene prejuicios. Eso incluye a la familia de tu padre: tu abuela Paula y tu tía Elisa... Si no hubiera sido porque se murieron, quién sabe lo que habría pasado. Esas dos mequetrefes me acusaron de cosas muy feas. Aunque ahora no me apetece recordarlo.

Yo jamás le he hecho daño a nadie que no se lo mereciera. Soy justa; de eso que no te quepa la menor duda. Lo que les tocó vivir a mi madre y a mi abuela fue una lección para todas nosotras. A mí me sirvió para aprender a defenderme. Y tú también deberías aprender a hacerlo. Por eso estoy aquí escribiendo todo esto y no descansando el tiempo que me queda.

Aun así, lo reconozco: no es fácil manejar nuestras virtudes. Porque sí, es una virtud ser como somos, tener unas capacidades tan próximas a ser divinas. Dios obra a través de nosotras y no pone juicios a nuestra voluntad, por eso la gente ha confiado en nosotras durante generaciones. Pero tu padre llegó a creer a esas dos chifladas: a tu abuela Paula y tu tía Elisa. Se tragó todas las mentiras sin sentido que se les ocurría sobre mí, envenenando nuestro matrimonio y provocando que discutiéramos como nunca lo habíamos hecho. Estuvieron a punto de separarnos.

Estoy planteándome… No sé si debería contártelo. Para qué, si ya están todos muertos y siempre has malinterpretado mis intenciones.

Deja que lo piense mientras me hago un café. ¿Te lo puedes creer? Es una de las pocas cosas que echaré de menos cuando me muera, el maldito café. Y sí, ya te lo he dicho miles de veces, los muertos también pueden echar cosas de menos.

Ya estoy de vuelta. No veas lo bien que huele ahora mismo la casa. ¿Te acuerdas de los desayunos que os preparaba los domingos? Todos juntos, en la mesa de la cocina, el café, tu cacao, las tostadas recién hechas, la mermelada, la mantequilla… Éramos tan felices… Por eso no se puede permitir que alguien de fuera estropee tu vida. Así que, sí, te lo voy a contar. Esto te abrirá los ojos y dejarás de verlas, a tu abuela Paula y tu tía Elisa, como a unas pobrecitas, igual que lo hacía tu padre; se notaba que eran familia.

Al poco tiempo de conocer a tu padre me presentó a su familia. Tu abuelo paterno, Miguel, era un hombre bueno, ausente, no se metía con nadie. Murió de un cáncer de próstata que le detectaron demasiado tarde. Apenas duró tres o cuatro meses. Aun con todo, llegó casi a los ochenta años. Cuando murió tu abuelo Miguel, ellas empezaron a atosigar a tu padre. Aunque no fue de la noche a la mañana; aquello llevó su tiempo. A tu abuela Paula empezó a írsele la

cabeza a los pocos meses de que se le muriera el marido. Llevaban casados más de cuarenta años. Supongo que, si siempre fueron felices, es normal que una parte de ella no lo aguantara.

El caso es que tu abuela Paula y, sobre todo, tu tía Elisa, le echaban en cara a tu padre que no fuera a verlas, que no las cuidara, que no las llamara por teléfono… Lo mejor, es que me hacían responsable a mí de todo eso. Con el tiempo, sus quejas se convirtieron en algo más. Empezaron a decirle que yo era mala persona, que debía alejarse de mí si quería ser feliz. Le comieron tanto la cabeza, que tu padre empezó a visitarlas un par de veces por semana. Al principio yo iba con él. ¿Te acuerdas? Tú tenías catorce o quince años. Por esa época estabas más pendiente de salir con tus amigas que de otras cosas, así que creo que no te enterabas de nada.

Poco a poco, dejé de acompañarle. No solo me miraban con desprecio y hablaban mal de mí a mis espaldas, sino que se convirtió en costumbre que a la mínima oportunidad tu tía Elisa se llevara a tu padre a la cocina y empezara a envenenarle la cabeza en mi contra. Como si yo no supiera lo que estaba haciendo o lo que se traía entre manos. Así que, sí, llegó un día que dejé de ir donde tu abuela. Por mi parte, les podían dar mucho por saco a esas dos estúpidas.

Pero claro, el tonto de tu padre siguió yendo a verlas. Hasta que un día, tu padre vino con el cuento de que yo había estado en casa de su madre y las había amenazado. ¿Amenazado? ¿Yo? ¿Con qué? ¿Para qué?, le dije.

Pero sí fui a verlas. Estaba hasta el moño de que me dejaran de lado, de que metieran sus afiladas narices en la relación que yo tenía con tu padre.

De verdad que me cuesta saber si llegaste a enterarte de algo. Creo que vivías como en un mundo de fantasía, ignorándolo todo; pero eso me venía muy bien.

¿Sabes lo que pasó? Te lo voy a contar. Fui a casa de tu abuela Paula con un bizcocho casero como ofrenda de paz y nos sentamos a tomar un café. Lo hice mientras tu padre estaba en el trabajo.

No olvidaré nunca aquel día. Tu tía me miraba con desprecio, como si yo fuera el mismísimo demonio. Y tu abuela Paula ni te cuento. No tenía nada que ver con la mujer que yo conocí. Se había convertido en un títere a manos de su querida hija. La manejaba a su antojo. Pero bueno, no me enrollo. Les pregunté qué problema tenían conmigo. Fue entonces cuando supe lo que sucedía: tu tía Elisa había convencido a tu abuela de que yo quería quedarme con su herencia: con la casa y su dinero. Claro, que lo dijeron con otras palabras, con rodeos, como unas cobardes. La vieja se había vuelto loca, pero la hija aún más. Tu tía no tenía dónde caerse muerta, la pobrecita. No tenía estudios ni trabajo ni nada más que a tu abuela. Y tu abuela, después de que muriera tu abuelo le entró demencia. No sabíamos cuánto tiempo le quedaba de vida, pero todos intuíamos que poco.

Para tu tía Elisa, el hecho de que en cualquier momento su madre pudiera morir, suponía una amenaza a su estilo de vida de parásita. Y claro, estando solo tu padre —si conseguía quitarme del medio—, le podría convencer de que no tenía otro sitio a donde ir. Es más, le habría convencido para quedarse con el piso y con todo lo que tus abuelos estaban dejándoles de herencia tanto a tu padre como a tu tía. Tu tía Elisa le habría dejado sin nada y no habría tenido ningún remordimiento. Tu padre era así de imbécil. No obstante, tu tía sabía que,

estando yo con él, no lo permitiría. De modo que, empezó a malmeter, a inventarse historias, a decirle que quería alejarle de ellas, que yo era mala, que tuviera cuidado conmigo porque podía matarle y yo qué sé cuántos chismes más. Como te digo, todo obra de tu tía Elisa; tu abuela se limitaba a seguirle el rollo, ¿qué iba a hacer la pobre mujer si se había convertido en una piltrafa sin espíritu ni voluntad? Era como un mono de repetición chocho y maloliente.

Y bueno, el resto ya lo sabes: un día hubo un escape de gas en su casa y se murieron intoxicadas. Las dos. De un plumazo. A veces, las cosas se ponen en su sitio por obra y gracia divina.

Por supuesto, a tu padre le dio un disgusto horrible. Pero a mí no me dieron ninguna pena. Desbordaban falsedad por cada poro: muy agradables y simpáticas por fuera, pero por dentro, malas y venenosas como una adelfa. Una eriotz-orri: así es como tu abuela Lourdes llamaba a las adelfas. Te hubiera caído bien, estoy segura. Os parecíais bastante.

Pues ya está bien por hoy. Necesito descansar un rato. Mañana sigo.

Recuerda que te quiero.

¿Sabes qué? Que no me pienso callar. Si he empezado a escribirte todo esto es para que abras los ojos, no para que sigas en la inopia.

La muerte de tu abuela Paula y de tu tía Elisa no fue del todo un accidente. Cuando estuve en su casa con el bizcocho, después de tomar el café, estuve toqueteando la calefacción de gas que tenían en el cuarto de baño. A los cinco minutos me fui. Por precaución. Estuve tentada de envenenar el bizcocho, pero viendo la fama que me estaban echando, no se fiarían si yo misma no me comía un trozo. Así que, me tocó buscar otra forma. Y al parecer no pude hacerlo mejor.

Fue al día siguiente cuando nos enteramos de que se habían muerto. Aunque claro, yo ya lo sabía. O lo esperaba. Tu padre estuvo llamándolas por teléfono a casa. Pasaban los minutos y no contestaban. Ahí fue cuando me imaginé que se habían intoxicado con el monóxido de carbono. Tu padre cogió el coche y fue para allá; yo me quedé viendo la tele. Se llevó la copia de la llave que teníamos de su casa y, cuando entró, se encontró el pastel. Pero no me refiero al bizcocho. Me entra la risa solo de recordarlo. Pobres alimañas.

A una la encontró en el cuarto de baño y, a la otra, junto al sofá. Según me dijo tu padre, las dos despanzurradas en el suelo, como dos cucarachas rociadas con insecticida. Bueno, esto último lo digo yo; tu padre no hacía más que llorar. ¿Llorar por esas dos locas? Ni una lágrima solté. Y no me arrepiento de lo que hice. Se lo merecían. En cambio, a tu padre le habían lavado demasiado el cerebro.

Pero no sufras, nos hice un favor a todos. Si no, ¿qué hubiera sido lo siguiente, ponerte a ti también en mi contra? Ninguna en nuestra familias somos de quedarnos de brazos cruzados.

No sé lo que estará pasando ahora por tu cabecita, pero espero que no me juzgues. Tal vez necesites un tiempo para asimilarlo, pero te diré que ellas solitas se lo buscaron. Por desconfiadas, por egoístas y por malas. Además, no sufrieron.

En fin. Tengo la cabeza que me va a explotar. Mañana trataré de seguir contándote el resto. Te aconsejo que tú también te tomes un descanso. Para

algunas cosas no eres tan fuerte como yo; has salido más sentimental y blandengue, como tu padre.

Hola, hija. Seguro que has estado llorando como una magdalena. Yo, como diría tu abuela Lourdes, he dormido peor que un animal en un colchón de cardos. Pero por este maldito cáncer, no por lo que te conté. Tuvieron lo que se merecían. Vamos, que si no quieres polvo no vayas a la era.

Pero ya está bien de hablar de esas individuas.

Tengo algo más que contarte. Aunque voy a empezar dándote un consejo: ten cuidado con el hombre que metes en tu vida, porque, salvo rara excepción, la mayoría son malos y traicioneros. Ya lo estás viendo con ese picha floja que está toreándote. Por culpa de tu abuelo yo tuve que irme de San Millán. Prepárate un café que esta historia también es larga.

Tu abuela Lourdes tuvo tres abortos y luego nacimos el resto: José Ignacio, Ezequiel, Teresa y yo. De una forma u otra, todos murieron; solo quedo yo. José Ignacio murió en la Guerra Civil y Ezequiel se ahogó cuando tenía dos añitos. Todos vamos a morir tarde o temprano, pero algunas muertes son más dolorosas que otras. Ese fue el caso de tus tíos. Por desgracia, hay cosas que los remedios y la curandería no pueden sanar. Tu abuela Lourdes, era una auténtica curandera. La mayoría de los vecinos acudían a ella para pedirle tratamientos de todo tipo. El doctor que visitaba San Millán cada cierto tiempo, se quedaba asombrado por lo sanos que estaban los vecinos. Ignoraba las prácticas de mi madre. Ella fue la que me enseñó lo que sé. Aunque murió cuando yo era todavía muy joven. Por suerte, dejó varios cuadernos de lo que ella aprendió de su madre Agustina y de su tía; mi tía abuela Irune.

A lo que iba, que tu abuela Lourdes conocía tratamientos de todo tipo. La mayoría, para sanar o aliviar el sufrimiento.

Después de la muerte de tu tío José Ignacio en la Guerra Civil, tu abuelo Constantino empezó a frecuentar la tasca del pueblo. La tabernera se había quedado viuda durante la Guerra Civil. Claro, los dos parecían tener mucho en común, ¿no? La muerte, la Guerra, el dolor… Sin embargo, la muy fulana empezó a engatusarle. Le invitaba a chatos de vino, a tapas… Estaba claro que tenía prisa por ocupar el hueco que su difunto marido había dejado en su lecho, sin importarle lo más mínimo estar destrozando una familia resentida por la pérdida de un hijo. No obstante, tu abuela no era tonta y se enteró de que por el pueblo empezaron a llamarla «La cornuda». Y se vio obligada a actuar. Para tu abuela era una situación caótica y ofensiva. No podía consentirlo. De modo que optó *por emplear algo que su madre Agustina le enseñó junto con el resto de tratamientos. Sería la primera vez que lo pondría en práctica, pero estaba decidida a correr con todas las consecuencias. Molió unos cuantos huesos de cereza y se los echó en la comida a tu abuelo Constantino. Aquello sucedió el 24 de noviembre de 1948, un día frío y húmedo como no recuerdo. Todo el mundo pensó que le había dado un infarto. Se murió. Fue letal. Un remedio como otro cualquiera para acabar de un plumazo con la infidelidad de un marido rastrero y con las mofas crueles de las falsas amistades. A lo mejor a ti también te toca usarlo algún día. Aunque te duela, ya te digo yo que es muy útil.*

Hubiera sido todo perfecto, si no hubiera sido por la reputación que precedía a nuestra familia. Las habladurías no cesaron, más bien lo contrario. Enseguida

empezaron a acusarla de haberlo matado, de envenenarlo. Tu abuela optó por alejarse una temporada de San Millán, tal y como había hecho su madre Agustina cuando no vio otra salida que marcharse lejos, a Almería, donde no la conocieran. Como a tu bisabuela le fue bien, tu abuela Lourdes pensó que ella tendría la misma suerte.

Sin embargo, no le dio tiempo a ir a ninguna parte. Su muerte… Dios. Fue una de las peores experiencias que he vivido en mi vida. Un grupo de locos hizo una pila de maderas y la quemaron como si fuera una bruja. Por suerte yo no lo presencié.

La he echado tanto de menos todos estos años... Pero bueno, pronto estaré de nuevo con ella. Es muy doloroso perder a una madre en esas condiciones, ya te puedes imaginar.

Hablando de quemar, cuando muera deberías incinerar mi cuerpo, como ya te he comentado en varias ocasiones. Harás lo que te dé la gana, ya lo sé. Con tal de llevarme la contraria… Pero creo que sería conveniente. El elemento más purificador es el fuego, una vez ya has abandonado el cuerpo, claro.

Por dónde iba. Eso, que de pronto me vi sola en un pueblo desconfiado de cualquiera que tuviera parentesco con nuestro apellido. Así que, una vez murió mi madre, no había nada que me retuviera en San Millán, por lo que me fui a Asturias. Y en Mieres conocí a tu padre (…)».

17. Todo lo que debiste callar

Lunes, 22 de octubre de 1990

Ahora

Carolina cerró con rabia el cuaderno.

—Tu abuela siempre ha sido una maldita egoísta. ¿Qué ganaba contándome toda esta mierda? Si no se calló es porque disfrutaba haciéndole daño a cualquiera que no fuera ella misma. ¿Que no me enteraba de nada? Lo que sé es que prefería estar lejos de ella. Se pasaba el día hablando mal de los demás, quejándose por todo, malmetiendo contra papá… Pero es verdad, ignoraba que todas ellas eran unas asesinas.

Aroa comenzó a llorar.

—Has tenido suerte de no conocerla.

Carolina la acunó sin fuerzas. Sintió punzadas en cada milímetro de piel. El ardor de la cabeza le estaba llegando al cuello.

—Ya, hija, ya —dijo con desgana—. Quieres comer, ¿no?

Suspiró como si tratase de abandonar su cuerpo dolorido. Miró las llamas ascendiendo hacia la campana de la chimenea y recordó la

petición que le hizo su madre, esa en la que le pedía que incinerase su cuerpo una vez muerta.

—Con todo el daño que hiciste y solo querías purificar tu alma, ¿verdad? Pues ya la purificarás en el infierno, maldita loca —susurró con los dientes apretados, hablándole a su madre. Sentía que toda su vida había sido un engaño.

Se quedó abstraída, pensando en las conversaciones que habían tenido en más de una ocasión cuando su padre aún estaba vivo, sentados a la mesa de la cocina, compartiendo alguna comida, hablando de lo que cada uno desearía que se hiciera con su cuerpo llegado el momento de abandonar este mundo. Su padre le tenía pánico al fuego; aún después de muerto no quería ser incinerado, prefería que los gusanos encontraran en él un suculento manjar con el que alimentar sus diminutos cuerpos. «El ciclo de la vida —decía—, unos mueren para que otros tengan una oportunidad». En el caso de su madre siempre pedía lo mismo: «a mí que me incineren». Carolina, en cambio, no sabía qué era peor: que la quemaran le daba la sensación de que podría dolerle, mientras que dejar que su cuerpo se pudriera bajo tierra, en el nicho de sus padres, le daba ganas de vomitar. «A mí no me habléis de eso, que aún me queda toda una vida por delante».

Y mientras el llanto de Aroa sonaba lejano, más incluso que el crepitar de la leña, su mente regresó a los recuerdos y la imaginación, a los fecundos pechos de Zorione, a Luis jugando y riendo con Amaia, a su madre manipulando el radiador de su abuela Paula, a su padre llevándose la mano al pecho cuando sufrió el infarto, a la caja de los bombones que dejó su madre para Luis…

—¿Le odiabas y le dejas bombones? No tiene… —Y de pronto empalideció—. Los bombones… No. No puede ser. —Un escalofrío le recorrió la columna—. ¿Fuiste tú? ¿Le envenenaste tú? —preguntó como si su madre fuera a contestarla.

Evocó la bolsita de cierre hermético con polvos dentro, la nota que ponía: «Remedio para la traición del amante».

El rostro de Carolina se tornó lívido; el pulso, galopante. Una lágrima descendió por su mejilla. Tambaleante se apoyó en el sofá. Rebuscó entre las hojas del cuaderno la nota y volvió a leerla una vez más:

> *Con una pizca de esto será suficiente. Apenas tiene sabor, pero es mejor mezclarlo con la comida o con bebidas que no sean agua. Si pones una buena cantidad, será rápido; si te quedas corta, solo le generarás un mal rato, así que, mejor que sobre a que falte. En cualquier caso, no te entretengas. Procura que no te vea nadie. Si terminas haciéndolo, estaré orgullosa de ti. A los ojos de los demás será como un infarto.*

—Mataste a papá con esto y luego envenenaste los bombones —sollozó. Algo dentro de ella ahora lo entendía todo.

Miró a Aroa, que lloraba sin consuelo.

Carolina sintió que la sangre le abandonaba el rostro. Tuvo que sentarse. Respirar despacio. Sus brazos perdieron fuerza: a punto estuvo de que se le cayera Aroa al suelo.

«El señor Luis Carrión falleció el viernes 19, el mismo día que usted fue a verlo. Ocurrió a última hora de la tarde», fueron las palabras de los guardias civiles que la visitaron esa misma mañana: «Los médicos no pudieron hacer nada por salvarle la vida». «…alguien lo envenenó».

—Sabías que yo no los comería porque tengo alergia a la lactosa. Me utilizaste para que yo misma matara al hombre que amaba, al padre de mi hija. ¡Me utilizaste! Y yo, como una idiota, te hice caso y… —gimoteó.

Le faltaba el aire. Recordó lo que acababa de leer: «… optó por emplear algo que su madre le enseñó. (…) Molió unos cuantos huesos de cereza y se los echó en la comida a tu abuelo Constantino. (…) Todo el mundo pensó que le había dado un infarto. (…) Para acabar de un plumazo con la infidelidad de un marido rastrero. (…) A lo mejor a ti también te toca usarlo algún día. (…) Ya te digo yo que es muy útil», ponía en el cuaderno.

—Envenenaste a papá. Sabías que yo no lo haría, que no usaría tus polvos, y por eso te aseguraste de que le diera los bombones que tú previamente ya habías llenado de veneno. —Se le hizo un nudo en la garganta que terminó en una arcada seca—. Yo…. Somos una familia de…, de…

Las lágrimas le mojaban la cara. Le punzaba el cuerpo, le ardía, pero aquella era poca penitencia para lo que había hecho.

—Y tú… Nunca conocerás a tu abuelo —le dijo a Aroa—. Ni a la abuela Paula ni a la tía Elisa. Ni a tu papá, porque también nos lo ha robado. Todo por su culpa. Todo porque venimos de una familia de majaderas. ¿A cuántos más habéis matado? ¡Eh! ¿A cuántos?

El llanto de Carolina y Aroa se alzaba desesperado. Carolina sentía que le faltaba el aire. Apretó a Aroa contra su pecho doliente.

»Eres…

»Sois…

»Estamos malditas. Somos unas asesinas…

»Ay, hija… —La separó para contemplarla. Aroa estaba roja del llanto—. Lo siento tanto… Y yo te he traído a este mundo para

condenarte. Tal vez tu padre lo intuía y por eso no quería que nacieras. Lo vio venir. Lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía. Ay, hija… Lo siento tanto…

Volvió a estrecharla con fuerza entre sus brazos. El dolor físico era insignificante comparado con el de la angustia provocada al conocer la verdad.

—Pero esto no va a volver a pasar. Te quiero muchísimo. Lo sabes, ¿verdad?

Comenzó a acunarla con un movimiento nervioso, adelante y atrás, sin despegar los pies del suelo, sin saber qué hacer.

—No podemos seguir así. No puedo dejar que pases por esto. No. Estaría convirtiéndome en mi madre. Y yo no soy como ellas. Ay, hija… Mi niña… —Volvió a separársela del cuerpo para mirarle la cara; la niña no se calmaba—. Tú no vas a tener que pasar por esto. ¿Me oyes? Nunca. No voy a consentirlo.

Dejó a Aroa en el cuco y subió a su habitación. La fiebre le estaba entumeciendo el cuerpo. Cogió un par de folios y un bolígrafo. Se miró las manos, aún doloridas, trémulas. La rabia y la desesperación se agitaban en su pecho como un pez en un cubo sin agua. Sobre el escritorio estaban los otros cuadernos que le había dejado su madre, aquellos que sus abuelas fueron llenando de remedios de todo tipo. Los agarró y regresó al comedor. Aroa seguía llorando.

—Aquí. Aquí está todo el mal —dijo agitándolos en el aire, ignorando el desconsuelo de su hija.

Los tiró al fuego de la chimenea y contempló cómo empezaban a arder.

El llanto de Aroa le recordó la petición que le hizo a Zorione. Recordó la cara que le puso su amiga al preguntarle: «¿Querrás cuidarla si me pasa algo?».

—No he hablado con el abogado, pero da igual. Aunque yo no esté terminaría igual que todas nosotras. Estamos malditas.

Cogió el folio y comenzó a escribir:

«Lo siento, Zorione. No puedo dejarte a mi hija. Sé que la habrías criado como si fuera tuya, pero ella está condenada. Está maldita, como yo. Gracias por haber sido mi amiga, y espero que algún día lo entiendas. Que seas muy feliz, todo lo que no he podido ser yo. Tu amiga. Carol».

Con la nota en la mano, caminó hacia su hija. La aflicción de la pequeña no cesaba.

—Ya queda poco, cielo.

Miró las llamas alzándose hacia la campana. El calor queriendo abrazarla. «El fuego purifica las almas», pensó. «En eso sí que tienes razón». Y miró de nuevo a su hija, agitándose dentro del moisés.

—Tú alma aún es pura, así que no voy a dejar que sufras sin necesidad.

Se giró buscando otra forma menos dolorosa de acabar con la vida de su hija. Cogió un cojín del sofá y lo puso sobre el pequeño rostro del bebé, apretándolo contra ella para asfixiarla. Los ojos de Carolina se llenaron de lágrimas.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida. Lo sabes, ¿verdad? Te quiero con toda mi alma. Perdóname. Perdóname.

Los llantos y pataleos de la niña se transformaron poco a poco en quietud y silencio.

Carolina soltó el cojín y alzó las manos, como si acabara de soltar una sartén ardiendo. Una arcada hizo que le subiera hasta la boca todo lo que tenía en el estómago. No le dio tiempo a moverse del sitio. Giró la cara y vomitó a los pies del moisés de su hija.

Dio un paso atrás, limpiándose la boca con el dorso de la manga. Los ojos rojos, llenos de lágrimas, la frente ardiéndole.

No podía ver a su hija. No quería que su último recuerdo de ella fuera ese. Sin embargo, no conseguía apartar la vista del cojín que acababa de usar para asfixiarla, ese que aún cubría su carita.

El corazón le empezó a bombear desenfrenado. Las manos le temblaban.

—¿Qué he hecho? —susurró—. ¡Me has obligado a esto! —hipó, gritándole a su madre—. ¡¡Me has convertido en un monstruooo…!!

Empezó a marearse.

Anduvo a trompicones hasta la cocina.

Cogió una botella de aceite y se la echó por encima.

Tenía la vista nublada.

Fue hasta la despensa y rompió una por una cada botella de alcohol que encontró. Contra los muebles. Contra las puertas. Contra el suelo. Arrancó las cortinas a tirones y las soltó próximas a los cristales.

Giró los cuatro mandos de la cocina de gas. El olor del butano empezó a propagarse libre.

Buscó las cerillas en el cajón.

Sacó una. La apoyó contra la parte rugosa de la caja e hizo un movimiento rápido. Surgió una chispa y a continuación una llama. El

aceite escurriéndole por la piel reflejó un rutilante color azul y anaranjado. El llanto de su hija persistía vívido, ausente, pero al mismo tiempo tan real como el escozor en los ojos o el ardor en la frente y en el cuello. Las náuseas volvieron. La llama estaba a punto de alcanzarle los dedos cuando Carolina la acercó a la cocina de gas. Entonces se produjo un fogonazo que le alcanzó la mano.

En un instante su cuerpo comenzó a combustionar.

El silencio se tornó en gritos.

Un humo negro empezó a propagarse.

La cocina entera ardía en llamas.

Carolina era la representación de la angustia tratando de huir del tormento.

El fuego avanzó hacia el pasillo, hacia el resto de la casa.

Carolina murió arrepentida por lo que había hecho, pero con la convicción de que, al menos, había librado a su hija de la maldición que perseguía a las mujeres de su familia. Puede que, incluso, de que ella abandonaría este mundo purificando su alma.

Así, su linaje y la maldad moriría con ellas.

18. Una suave caricia

El humo se escapaba por la ventana de la cocina. La señora Uribe fue la primera en verlo. Salió de casa, apresurada, pensando que Carolina y su hija podrían estar dentro; el coche de Carolina estaba aparcado en la puerta y no las había visto salir en ningún momento.

—¡Ayuda! ¡Fuego! ¡Fuego! —gritó en mitad del camino.

Un vecino oyó los gritos de la señora Uribe y acudió a ayudarla.

—¡¿Ha avisado a los bomberos?! —le preguntó el hombre mientras corría hacia ella.

—¡No! ¡Acabo de verlo! —le respondió asustada.

—¡Pues llámelos! ¡Yo iré a buscar más ayuda!

El vecino fue llamando puerta por puerta, gritando auxilio. Llegó a casa de Zorione y Mikel, quienes ajenos a la tragedia jugaban con su hijo.

—La casa de Carolina se está quemando —les informó el vecino después de aporrear también su puerta. Ellos fueron de los pocos en abrir.

—¡¿La casa de Carolina?! —preguntó Zorione, aterrada.

—¡Sí! ¡Sí! —respondió el hombre, acelerado—. ¡Vamos! ¡Avisa a alguien, mujer! ¡Mikel! ¡Vamos! ¡Hay que tratar de apagarlo, si no, se podría propagar por todo el pueblo!

Mikel le dio un beso a su mujer en la mejilla y corrió tras el vecino, que ya se dirigía al lugar del suceso.

—¡Mikel, ten mucho cuidado! —gritó Zorione cuando Mikel ya salía por la puerta.

—¡Sí…!

Zorione sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Miró a su hijo y se le llenaron los ojos de lágrimas. «Carol… Aroa… Dios quiera que no estén dentro». Pero algo le decía que debía esperar lo peor.

Un par de hombres consiguieron abrir la puerta. Una enorme nube de humo escapó de la casa, como si quisiera engullirles. Se cubrieron la nariz y la boca y, entre toses, intentaron acceder a la casa. Sin embargo, las llamas invadían el pasillo.

—¡Por aquí no se puede! —voceó el vecino que acompañaba a Mikel.

—¡Probemos por la ventana del comedor! —respondió él.

Rodearon la casa. Rompieron una de las ventanas del comedor. El humo era más leve, pero aun así tenían la sensación de estar a punto de irrumpir en el infierno. Mikel saltó al interior al ver el moisés de Aroa. No se movía ni se escuchaba nada que no fuera el crepitar de la madera. Corrió hacia el moisés: la niña estaba dentro, con la cabeza debajo de un cojín. Apenas llevaba unos segundos dentro de la casa y los ojos empezaron a escocerle y lagrimearle.

—¡Carol! —gritó entre toses—. ¡¿Carol?!

Apartó el cojín, cogió al bebé y la cubrió con su chaqueta. Corrió hasta la ventana y le dio la niña a un vecino que acababa de llegar.

—No sé si respira —informó Mikel.

—Sal de ahí —le respondió el hombre.

El primer vecino trataba de entrar por otra ventana.

—¡No! ¡Voy a ver si encuentro a su madre!

Mikel dio media vuelta. Sabía que Carolina tenía que estar en casa. Ojeó por el comedor, pero no la vio. El humo era insoportable.

—¡Carol!

Cuando quiso atravesar el pasillo, se topó una vez más con las llamas impidiéndole el paso. No había ninguna otra forma de atravesar la casa para subir a las habitaciones.

—¡Carol! ¡¡Carol!! —La garganta le ardía.

Oyó el lejano sonido de las sirenas aproximándose.

—¡*Caroool…*!

Entre las llamas, tirada en el suelo, consiguió vislumbrar a la que había sido una de las mejores amigas de su mujer desde que eran unas niñas. Su cuerpo estaba ennegrecido, lamido por las lenguas del fuego que no cesaban de degustarla. Y de nuevo le escocieron los ojos, pero esta vez no por el humo. Devastado, dio media vuelta y huyó.

—¡¿Has encontrado a la madre?! —le preguntó la señora Uribe, quien había acabado con el bebé en brazos.

Negó con la cabeza afligido.

—No se puede hacer nada por ella… —respondió al fin.

Las sirenas cada vez más cerca.

—Qué desgracia. Si hubiéramos llegado antes...

—No te hostigues, Mikel —le consoló la señora Uribe—. Al menos has conseguido salvar a la pequeña.

—¿Está bien?

—No lo sé. Respira de forma débil. Pero respira.

—Estaba cubierta con un cojín. Eso habrá evitado que tragase demasiado humo. Aun así, tendrán que examinarla en el hospital.

—Pobrecita —dijo la anciana, acariciando con delicadeza la carita de Aroa, sintiendo pena por ella, recordando la larga conversación que mantuvo hacía pocos días con aquel extraño al que tanto le interesaba la vida de las Argandoña.

19. La carta

Miguel Elorga Mora

Me enteré del suceso gracias a la señora Uribe, que me telefoneó ese misma noche:

—Como me dijiste que te llamara si me acordaba de alguna cosa más…

—Sí, gracias, es todo un detalle, señora Uribe.

—Bueno, en realidad no me he acordado de nada, pero tal vez quieras saber que esta tarde ha salido ardiendo la casa de Carolina. Ella y la niña estaban dentro. A la niña se la han llevado al Hospital, puede que se salve, pero Carolina ha muerto.

—Pero…

—Ha sido esta tarde. A eso de las seis y algo. Yo he sido la primera en verlo. He avisado a un vecino y este a su vez ha avisado a otros. El caso es que cuando han querido hacer algo ya era tarde. Los bomberos han venido al poco rato, pero se ha quemado la casa entera.

—Gracias por la información.

—Si me entero de algo más te llamaré.

—Gracias.

No podía creerlo. Primero Luis y luego Carolina.

Eran más de las nueve y media. Con las mismas, telefoneé a Amaia. Lo poco que atinó a decir fue: «¿Entonces Carolina ha muerto?».

¿Quién podía esperar que sucediese aquella tragedia?

Sabía que lo más seguro era que no consiguiera nada yendo a San Millán, pero aun así preparé una maleta de mano con una muda y viajé hacia allí de inmediato. Cuando llegué lo único que encontré fueron las briznas de humo que aún salían de la vivienda, ahora ennegrecida y medio derruida. Sentí realmente pena por la pobre Carolina y por su hija, la cual, si se recuperaba, pasaría a cargo de los servicios sociales.

El informe que elaboraron los bomberos determinó que el incendio había sido provocado. Encontraron una carta de despedida medio chamuscada que Carolina le había dejado a su amiga Zorione.

Se podían sacar tres hipótesis de aquella carta: una, que llevaba tiempo pensando en quitarse la vida; dos, que en algún momento le dijo a su amiga Zorione que si moría quería que ella se quedara al cargo y custodia de Aroa, petición de la que, no obstante, se retractaba en la carta; y, la tercera, que frases como «Está condenada» o «Está maldita, como yo», dejaban en evidencia la mente perturbada de una mujer que debía haber sufrido mucho y que había terminado perdiendo la razón.

Conseguí hablar con Zorione. «Sí, me dijo que si le pasaba algo quería que yo me encargara de su hija», me confirmó entre llantos. Sin embargo, como digo, al final algo le hizo cambiar a Carolina de opinión, y su última voluntad fue la de acabar con la vida de ambas, dejando constancia por escrito. Por suerte para la niña, no lo consiguió del todo.

A partir de aquello, la UOPJ de la Guardia Civil que investigaba la muerte por envenenamiento de Luis se centró en indagar en la vida de Carolina. El departamento del SECRIM registró los domicilios de Mieres de Carolina, incluido el que fue de Bárbara. Por suerte para mí, los micros estaban bien escondidos y los criminólogos no buscaban pesquisas de ese estilo. No obstante, en cuanto tuve ocasión entré y los retiré.

Aun con todo, el SECRIM encontró las pruebas que necesitaban para señalar a una culpable. En uno de los cajones de la cocina del piso de Carolina hallaron una bolsita de plástico con unos polvos sospechosos que llevaron a analizar. Los resultados del laboratorio determinaron que eran polvos de huesos de cereza, una prueba irrefutable que les hizo concluir que la asesina de Luis Carrión Pacheco había sido su amante, Carolina del Monte Argandoña. Concluyeron que la culpa le había hecho perder la cabeza, y por eso quiso acabar también con su vida y la de su hija.

Los servicios sociales trataron de localizar a algún familiar que pudiera hacerse cargo de Aroa. Sin embargo, no quedaba nadie a quien acudir. Por la rama materna, la única familiar viva era Teresa, pero no estaba en disposición de encargarse ni de ella misma. Luis tampoco tenía hermanos y sus padres habían fallecido. En cuanto Amaia se enteró de lo sucedido, no tardó en pedirle a su abogado que solicitara la custodia de la hija de su difunto marido. Se la concedieron.

Al día siguiente de que le entregaran a la niña me llamó para que fuera a su casa a verla. Estaba rebosante de alegría. Una alegría excitante de esas que hace que los ojos se te llenen de lágrimas. Nunca había visto a nadie llorar de felicidad, pero es evidente que cuando

consigues algo que deseabas y creías casi imposible… Pues eso.

—¿A que es preciosa? —Me preguntó mientras yo le daba un sorbo al café, de nuevo reunidos en la cocina de su casa.

Miré a la niña y no pude evitar acordarme de Carolina. Se parecía a ella, aunque era una percepción que me guardé para mí.

—Sí que lo es —sonreí sinceramente esperanzado por ellas—. ¿Vas a cambiarle el nombre?

—¿Qué? No. Me gusta el nombre que le puso Carolina. Además, me parecería una falta de respeto a su memoria. Demasiado sufrió la pobre con todo lo de su familia. Además, gracias a ella ahora soy madre, ¿no?

—Es una forma de verlo.

—Para mí es la única forma de verlo —dijo tranquila.

—¿Y has pensado qué harás cuando Aroa sea más grande y tenga preguntas?

—Aún es pronto para pensar en eso, pero… —Se quedó abstraída —. No lo sé. Si quieres que te diga la verdad, ahora no quiero pensar en eso.

Sonrió y miró a su hija con adoración. La besó la cabecita y absorbió el aroma del bebé. «Te quiero, mi niña», le susurró.

Pocos minutos después, me pagó lo que faltaban de mis honorarios y me fui.

Ahora, Amaia y Aroa, madre e *hija,* tendrían una segunda oportunidad y yo no volví a verlas. Podría olvidarme de todas ellas.

Excepto de una.

20. Verde esmeralda

Lunes, 10 de diciembre de 1990

Un mes y medio más tarde

Sofía Rubio

La plancha se deslizaba sobre la misma blusa que ya había planchado la tarde anterior, apoyada sobre el suelo, ya que el gasto de una tabla nueva no era una prioridad.

«No puede tener ni una arruga», se dijo, y volvió a deslizar el acero sobre el algodón.

Tenía el pulso firme, sin embargo, notaba el pecho como una Sabana siendo atravesada por cientos de ñus en estampida.

«Tengo que darle buena presencia. Ella confiaba en mí y tiene que volver a hacerlo».

Miró las cajas donde se apilaban las pocas pertenencias que le quedaban. Para qué molestarse en deshacerlas, si la situación seguía igual tendría que… Mejor no pensarlo. En una de las cajas aún se podía leer el rótulo «cosas de Manuel». Era lo único que le quedaba de su marido.

Colgó la blusa en una percha y fue al cuarto de baño para maquillarse.

Barra de labios, raya de ojos, máscara de pestañas… Vio su reflejo en el espejo. Habían pasado algo más de cinco años. Cinco años en los que le habían robado todo lo que amaba y tenía. Intentó taparse las ojeras bajo una buena capa de corrector, pero apenas le quedaba. «Tengo cara de enferma», suspiró. Y mientras trataba de esconder la realidad tras una máscara de químicos gastados o aguados, recordó lo que había sido su vida a partir de aquella tarde de marzo de 1985 cuando Luis Carrión Pacheco provocó que el mundo se le desquebrajara bajo los pies y cayó en un abismo.

Agachó la mirada. A punto estuvo de echarse a llorar.

«Ahora no puedes caer en estúpidas lamentaciones», se dijo. «Tienes que estar firme», resopló. «Es tu oportunidad».

Inspiró hondo y se retocó el carmín de los labios.

Se arregló como cuando iba cada día a su antiguo puesto de

trabajo. Sí, su ropa empezaba a estar pasada de moda, pero por suerte los antiguos trajes seguían en buen estado, aunque ahora le quedaban más grandes.

Cogió el abrigo, el bolso y salió de casa.

«No pasa nada si llego antes. Ojalá pueda darles una buena noticia a Carlos y Enrique cuando lleguen del cole».

Minutos más tarde se encontraba ante la puerta de las oficinas que tantas veces pisó en el pasado, incluso, en un pasado bastante reciente. Al entrar, la recepcionista le pidió el nombre. Ella tampoco era la misma; en el puesto de su antigua compañera Emma ahora se encontraba una chica de unos treinta años, de figura redonda y con un encanto exótico: pelo cobrizo, piel blanca, infinitas pecas, ojos verdes…

—Soy Sofía Alcántara. Tengo una entrevista con la señora Amaia Vera.

—Sí. Espere ahí un momento. La aviso enseguida.

Sofía se fijó en la limpieza. ¿Qué pensarían si se enteraban de que ella había estado limpiando esas oficinas pocas semanas atrás? No había nada deshonroso en ello, pero cuando te pones la cofia la gente termina creyendo que solo sabes hacer eso. Tal vez pensarían que era lo que tenía que haber estado haciendo siempre, en vez de jugar a ser la secretaria del jefe. Pensarían que por eso Luis la había despedido, porque era una incompetente que solo servía para limpiar.

Sofía tomó asiento en los sillones de la entrada y esperó. Trató de borrar de la cabeza los pensamientos que le hacían sentir fuera de lugar. Acarició el terciopelo; siempre le encantó el color verde esmeralda de aquellos sillones.

Al cabo de un par de minutos, Amaia bajó a recibirla.

—Sofía. Hola, ¿qué tal? Me alegro mucho de verte.

Se estrecharon las manos.

—Hola. Yo también. Gracias por recibirme.

—Faltaría más. Ven. Acompáñame a mi despacho.

Mientras subían las escaleras Sofía tuvo la sensación de que los años no habían pasado, de que su despido había sido una horrible pesadilla. Pasaron por delante de la puerta del despacho de Luis, que permanecía cerrada. Sofía recordó la botella con el wiski caro que tanto le gustaba a Luis, los antidepresivos y el matarratas…

—Pasa. Siéntate —le ofreció Amaia con agrado.

La expresión de Amaia era como la recordaba: amable y apacible,

como también lo era la del señor Vera.

—Gracias.

—Y dime, ¿qué tal te va? ¿Qué puedo hacer por ti? —se interesó Amaia.

—Bueno, he vivido épocas mejores. Así que, iré directa al grano. Vengo porque me gustaría recuperar mi antiguo puesto de trabajo.

Amaia se mantuvo con la misma expresión de cordialidad. La propuesta no le cogía por sorpresa.

—Actualmente tu puesto lo ocupa un chico que entró hace poco.

—¿Y lo hace bien? ¿Confías en él?

—De momento se desenvuelve bastante bien, sí.

Sofía tomó aire por la boca. ¿Cómo iba a seguir su puesto libre? ¿Acaso no se daba cuenta de que los años sí habían pasado, que la pesadilla había sido real?

—Eso…, quiere decir que no, claro —dijo Sofía, decaída.

Amaia hizo una mueca: la estaba poniendo en un compromiso.

—Vi en el periódico que tu marido murió hace poco —continuó Sofía—. Que, ¿lo envenenaron?

—Sí. Hace más o menos un mes.

—Mis condolencias. ¿Y han averiguado cómo pasó?

—La Guardia Civil ha decretado que lo envenenó su amante, con cianuro.

Sofía se quedó boquiabierta. Recordó ese instante en el que estuvo a punto de volcar todo el bote de veneno y antidepresivos en la botella del wisky caro de Luis y, llorando, terminó tirándolos por el retrete cuando llegó a casa. A esas alturas, sabía que Dios no existía, sin embargo, tenía que existir algo más allá, algo que después de todo premiaba los buenos actos, el esfuerzo, el amor. Quién le iba a decir que, al final, otra persona haría lo que ella no había sido capaz de hacer.

—Sí. Tenía una amante —prosiguió Amaia ante el silencio de Sofía—. Carolina. La contrató para sustituirte, y al final nos sustituyó a las dos.

—Vaya, no tenía ni idea. Lo siento. Espero que te sobrepongas pronto; siempre has sido una mujer fuerte.

—Gracias. La verdad es que estoy llevándolo mejor de lo que cabría esperar. Además, ahora tengo a una personita que me está dando todo el amor del mundo. —A Amaia se le iluminó la cara.

—No sé si te entiendo —le dijo Sofía con una sonrisa de desconcierto. ¿A quién se refería?

Amaia abandonó el sillón para dirigirse a un extremo del despacho. Era tan grande que apenas se había fijado en un canasto que había junto a la ventana.

—Acércate —le pidió Amaia, exultante. Jamás la había visto mostrarse así.

Sofía obedeció llena de curiosidad.

—Esta es mi hija. Se llama Aroa.

—¡¿De verdad, eres madre?! ¡Enhorabuena!

—*Sííí*… —respondió Amaia con una sonrisa radiante—. ¿A que es preciosa?

—Es una preciosidad, sí. Pero… No sabía que habías sido madre.

Amaia sonrió por toda respuesta. Ambas contemplaron a la niña.

—En fin, volviendo al tema del trabajo… —dijo Amaia.

—Si no es mi antiguo puesto, no me importaría hacer cualquier otra cosa —la interrumpió Sofía.

—En realidad… Tu despido fue un trago muy amargo, ¿sabes? Mi padre confiaba tanto en ti… Supongo que ahora que Luis ya no está, no habría problema de que regresases a la compañía. Francamente, sería agradable volver a trabajar con personas como tú. Y ahora que soy madre me vendrá bien tener a alguien de máxima confianza cerca.

—¿Hablas en serio?

—¡Pues claro! —dijo a la vez que le retiraba el pelo de la frente al bebé y le dedicaba la más tierna de las sonrisas.

—¡Gracias, Amaia! —dijo Sofía con la voz quebrada y escozor en los ojos.

—No las merecen. Deja que piense… Jolín, tengo tan reciente todo esto de la maternidad que me cuesta bajar de la nube. Seguro que sabes a qué me refiero.

—Sí, sí que lo sé. En mi caso… —Sofía recordó lo mal que lo habían pasado tanto ella como sus hijos, las ganas que tuvo de abandonar este mundo y partir tras su marido. Pero no pudo por ellos; amaba a sus hijos por encima de todo—. Harías cualquier cosa por ellos.

«Casi cualquier cosa», pensó.

Amaia sonrió y se hizo un largo silencio. Acariciaba a la niña ante la mirada emocionada de Sofía. ¿Conseguiría volver a ser tan feliz

como antes, igual que lo era ahora Amaia?

—¿Sabes? —dijo Amaia dirigiéndole la mirada—. Si te parece bien, me ayudarás con algunos temas en los que sé que mi padre habría confiado en ti.

—¿Hablas en serio? Donde tú digas.

—Sí. Completamente. Empezaré dándote el mismo sueldo que tenías, aunque…, deja que hable con el gestor, la vida ha subido en estos años y me siento en deuda contigo. ¿Te parece bien?

—Mejor que bien. Muchas gracias, Amaia. No te arrepentirás.

—Lo sé. ¿Empiezas mañana?

—Por supuesto.

Epílogo

Lunes, 7 de enero de 1991
Un mes más tarde

Miguel Elorga Mora

La primera vez que visité ese sitio me pregunté cuánta cordura perdería una vez traspasase la puerta. Sin embargo, ahí estaba de nuevo, frente al vetusto edificio con barrotes negros en cada ventana que servía de hogar a más personas de las deseadas.

Continuaba produciéndome grima, y puede que me la diera toda la vida, quién sabe. Sin embargo, era una grima distinta a la del primer día, una desazón controlable, de esas que al mismo tiempo te causan rechazo y miedo, pero en la dosis justa para poder seguir adelante, para mantenerte alerta sin paralizarte.

—Hola… —saludé a la mujer sentada en la recepción. Hacía apenas quince días de mi última visita. Seguía la decoración navideña.

Alzó las cejas y sonrió de medio lado; se alegraba de verme, eso seguro.

—¿Otra vez usted por aquí?

—Sí. —Sonreí a la vez que deslizaba un fajo de billetes bajo mi mano —. Quisiera ver a Teresa Argandoña del Valle.

Ella observó mi mano y luego oteó mi rostro.

Yo continué:

—Ya sabe, diez minutos.

Descolgó y con su dedo amarillento presionó un botón de la centralita.

—Visita para Teresa Argandoña —anunció a su interlocutor. Después, colgó, se puso de pie y con disimulo cogió el dinero—. Diez minutos —dijo a la vez que se lo escondía en el sujetador.

—No sabía que fuera a volver —dijo acicalándose el moño.

—Mientras pueda, me gustaría seguir viviendo cada quince días.

Hizo una mueca de complacencia que acabó en una sonrisa. Seguro que estaba haciendo cuentas mentales del sueldo extra que sacaría a mi costa.

—¿Y merece la pena?



—Sí. La merece. Pero…, si voy a venir a menudo por aquí creo que deberíamos negociar una tarifa.

Agradecimientos

A Antonio Orozco Guerrero, escritor e historiador por sus sugerencias y ser, una vez más, mi lector cero.

A Iván Bel, Especialista en Anestesiología, por sus aportes para el capítulo *Autopsia*.

A mi marido y mi familia por su constante apoyo.

A ti, lector, por elegir mi novela para ocupar tus horas de lectura. Espero que la hayas disfrutado.

[1] *Sentitzen dut zure amagatik*: siento lo de tu madre.
[2] *Egun on:* buenos días.
[3] *Neska:* muchacha
[4] *Mesedez*: por favor.